



El último
RIESGO

Serie Match Point 1

Kristel Ralston

El último riesgo

Primero de la serie Match Point

Kristel Ralston

El último riesgo

©Kristel Ralston 2015

SafeCreative N. 1501163012903

Diseño de portada: Alexia Jorques

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

“Apunta hacia la luna. Aún cuando falles, habrás aterrizado entre las estrellas.”

(Autor desconocido)

Capítulo 1

—¡No puedes estar hablando en serio, Theo! —gritó Jake dando un golpe sobre el escritorio del productor de la cadena de deportes SWC, la más popular de California. Había llegado al canal de televisión hacía quince minutos cuando su copresentador, Patrick Lombardo, le informó que iban a salir del aire para siempre—. ¿Cómo puedes cancelar mi programa? ¡Es el de mayor audiencia de toda la Costa Oeste de Estados Unidos!

El productor se preparó para lo que vendría a continuación.

Todos conocían el carácter temperamental y el cinismo de Jake Weston. Él era el consentido de la prensa deportiva desde que empezó su carrera en el tenis a temprana edad, y también el ganador de siete trofeos Grand Slam y un título de Masters. Jake había dejado su carrera por una grave lesión en el brazo izquierdo, cuatro años atrás.

—Lo lamento muchacho —Theo se ajustó un botón de la camisa verde de la cual sobresalía la evidencia de su falta de ejercicio— son órdenes de arriba. La cadena tiene problemas de dinero y tu salario y el de Lombardo son los más altos que se pagan, sumado a ello algunos auspiciantes están reacios a invertir lo que cuesta la publicidad de *Stars Match*.

Theodore Artemini llevaba en el negocio de la producción televisiva más de treinta años. Y a sus sesenta de edad, ya pensaba en retirarse. Para él también resultaba penoso que Jake y el afamado futbolista Patrick Lombardo salieran de la programación. De hecho, ambos atraían a la parte de la audiencia que otros canales deportivos no podían, la femenina. Los días en que se emitía el programa había un desfile de mujeres esperando en las afueras de SWC tan solo para ver pasar a Jake y Patrick, o pedirles autógrafos y fotografías.

—¡Y una mierda! —rugió—. ¿Le van a dar el espacio al imbécil de Kruster? ¡Para que hable del estúpido golf nada menos! *Stars Match* ha ganado los premios televisivos de California al mejor programa de deportes desde que empezamos, hace cinco ediciones. —Curvó los dedos ligeramente callosos, por los años de empuñar la raqueta de tenis, sobre el borde del escritorio del productor y lo miró con desafío—. Nuestro rating nos respalda. El público nos adora, maldición —gruñó.

Theo suspiró paciente cuando notó que la vena del cuello de Jake dejaba de palpar. El ex jugador se sentó con desgano en uno de los caros asientos de la oficina.

—Cálmate, Jake. Kruster no va a trabajar aquí, lo han llamado de Atlanta para un proyecto. Escucha muchacho, a mí menos que a nadie me agrada la idea de dejar el programa. Pensaba retirarme el próximo año, pero si esto acaba, también yo —emitió un suspiro cansino—. Quiero pasar tiempo con mi esposa y mis hijas. Este negocio de la televisión es muy sacrificado. —Encendió un puro. Le dio un par de caladas y se estiró hacia atrás más relajado—. Sé lo que *Stars Match* significa para ti, más que para Lombardo. Quizá puedas dedicarte a entrenar a tenistas jóvenes. ¿Lo has pensado?

La mirada de Jake se encendió de rabia.

—Yo soy una maldita estrella retirada del tenis internacional, no tengo ganas de dar clases a unos críos que apenas saben lo que es el esfuerzo y el sacrificio de la carrera. —Se puso de pie caminando de un lado a otro sobre el suelo alfombrado. Lo enfadaba abandonar el lugar que había sido su único punto de apoyo de los últimos años. Después de su retiro, los millones de dólares que tenía en su cuenta no le daban satisfacción, y para ser sincero sentía como si la noticia que acababa de recibir le hubiese quitado la brújula y eso lo exasperaba. Le había costado muchísimo recuperarse del golpe que representó no volver a las canchas profesionalmente, y ahora ocurría esto—. No necesitamos el dinero, ni Patrick ni yo. ¿Acaso Fred Dillon lo quiere todo gratis en su canal? ¡Podemos irnos a otra cadena!

Theo negó con la cabeza y sus hebras blancas de cabello se agitaron.

—Tienes treinta y cinco años, y décadas por delante para buscarle un rumbo a tu carrera como comentarista deportivo o lo que quieras hacer. Mira Jake son ciclos y el nuestro ha acabado. No podemos irnos a otro canal, ya sabes que firmamos los derechos para la SWC. Así que el proyecto es de ellos. —Theo se tocó la barba espesa, pensativo—. Me contaste que te propusieron ser actor. ¿Por qué no incursionas en ese campo? Las mujeres se desviven por ti y seguro se pondrán contentas de verte con poca ropa en la pantalla —dijo riéndose—. Sé que algunas actrices estarían más que dispuestas de ser tu pareja en un rodaje.

Jake gruñó algo por lo bajo sobre la falta de perspectiva.

—Fingir no es lo mío —espetó de mala gana—. Y ya tengo suficiente con las mujeres que me lanzan lencería y me llenan el Aston Martin de números de teléfonos y propuestas calientes —replicó con acidez pasándose con cansancio la mano sobre el espeso cabello rubio oscuro.

El productor lo quedó mirando un rato antes de continuar.

—Necesitas un descanso —sugirió con suavidad dejando el tono bromista—. Los jefes no van a cambiar de parecer sobre el programa.

—Puedo decirle a mi agente que hable con Dillon. A pesar de ser algo imbécil en algunas ocasiones, el dueño del canal sabe cuando está cometiendo un error.

Theo contempló el rostro decidido de Jake. Se fijó en la mandíbula firme, la nariz recta y los huesos angulosos. No en vano le decían *El Gladiador* cuando era activo en las canchas. El muchacho había sabido explotar su físico y su éxito. Lamentablemente en esta ocasión estaban atados de manos. En temas de números, o caprichos como en el caso del dueño del canal, ya no había mucho que hacer. La cancelación del programa no tenía marcha atrás.

—Tu agente no suele ser muy agradable. —Jake sonrió ante el comentario. Gordon Rister era todo menos dulzura, pero sabía negociar muy bien—. He hablado con Dillon esta mañana, Jake. Me reuní con él durante cuatro largas horas y con unos nuevos creativos. Esos muchachos cada vez más locos que le han metido ideas en la cabeza y ya sabes cómo es Fred Dillon cuando se entusiasma con algo. Me ha dicho que piensa cambiar el formato de la programación de deportes, quiere algo más light —meneó la cabeza decepcionado—. Adicional a eso quiere sumar un *reality show* —dijo a Jake con resignación—. Sé que somos un buen material televisivo, pero Dillon es el dueño de la

cadena y de los derechos —concluyó con un suspiro cansado.

—El dinero no es problema. Patrick y yo podemos estar sin cobrar, pero detesto ver en las noticias de deporte la cantidad de estupideces e incoherencias que dicen los comentaristas. Los reportes son cada vez menos sustentados y no se les brinda el lugar que los deportistas se merecen. ¡Yo sé lo que es vivir en una cancha, la competencia, la adrenalina, y cómo un mal comentario puede arruinarte el día! Patrick también lo sabe, y ambos hemos hecho un buen trabajo, no solo por nosotros, sino por nuestros colegas que sufren de la desinformación de los periodistas —argumentó con ímpetu.

Theo lo miró pensativo.

—Quizá deberías pensar que esto que acaba de ocurrir con el programa es una señal de la vida, Jake. Habrá algo más que puedas hacer, quizá es tiempo de cambiar el barco de rumbo. Sé lo poco que toleras el acoso de la prensa...

—No tengo tiempo para ponerme a pensar en las malditas señales de la vida — interrumpió—. Ya pasé mi época de juerga luego de retirarme Theo, ahora la prensa tiene otros objetivos jóvenes en la mira del lente. Yo utilizo a los medios a mi conveniencia; después de todos los cotilleos que se han inventado sobre mí, no tengo ningún reparo en hacerlo. Así que no me sermonees. Lo que quiero es trabajar en el área de deportes; y eso es lo que hacía, hasta hace veinte minutos —expresó con fastidio mirando su reloj Tag Heuer.

Los ojos azules de Theo brillaron con sabiduría y se clavaron en la mirada gris del joven que tenía enfrente. Soltó el humo del puro que estaba consumiendo, despacio, como si meditara lo que iba a decir a continuación.

—Han pasado casi dos años desde que esa muchacha salió de tu vida, Jake. La prensa se olvidó del tema y creo que ya deberías haberlo hecho tú también. Pasa la página de ese episodio. Quizá fuera mejor así. Sé que estar ocupado ha sido tu medio de distención. Pero ya es hora de que dejes de empujarte tanto. No sé si has notado que desde el asunto con esa chica tienes más obligaciones de las que eres capaz quizá de soportar. En un principio *Stars Match* fue una terapia, muy buena, pero ahora, ¿en qué momento descansas, o te tomas un respiro? Si no estás en el set del estudio, viajas para asistir a alguna demostración de tenis benéfica al otro lado del mundo, o llevas el negocio de vinos que tienes en Napa Valley...

La boca sensual de Jake se curvó en una mueca que era la sombra de la deslumbrante sonrisa que le había valido algunos contratos de comerciales televisivos bien pagados. Toleraba que Theo le hablara de ese modo, porque bien o mal, era una de las pocas personas de quien escuchaba consejos y sabía que era sincero. Sin embargo, la sola mención de su exprometida lo irritaba.

Lauren Jovinella lo tuvo arrastrándose a sus pies durante un año, hasta que finalmente aceptó casarse con él... y luego todo se torció. La había conocido en una cena benéfica para niños discapacitados de escasos recursos económicos, en el tiempo en que *Stars Match* tenía ya tres años al aire. Aún le escocía lo que había ocurrido entre ellos.

La prensa había hecho un circo mediático con su historia. Puras mentiras. Y si algo le concedía a

Lauren es que mantuvo los verdaderos motivos de su ruptura en silencio. Los medios publicaron la versión que más les convenía, y era que ella lo dejó por un adinerado criador de caballos pura sangre de Kentucky.

Para Jake esa invención era menos dañina que la amarga verdad.

Se inclinó hacia adelante en la silla, y posó los codos sobre sus rodillas. Miró a Theo con cinismo.

—Lauren es agua pasada. No eres mi maldito psicólogo.

El amigo de Jake suspiró tratando de no perder la paciencia.

—Ni pretendo serlo, pero hijo, no has parado de trabajar, ni hacer campañas publicitarias y tienes que darte un respiro. Si veías el exceso de actividades profesionales como medio de distensión, ya has tenido suficiente. ¿Por qué no te retiras a un lugar más tranquilo durante una temporada? Quizá te haga bien cambiar de aire, y ponerte a disfrutar de todos esos millones que has acumulado en tu carrera.

Jake enarcó una ceja, arrogantemente.

—Ya empiezas a hablar como mi madre. Theo saca tus narices de mi vida personal —lo apuntó con el índice—, y mejor piensa en cómo vas a hacer para que tus nietos te soporten si piensas retirarte. No creo que aguanten mucho tiempo a un abuelo tan agobiante, ¡el destino los proteja!

Theodore se echó a reír con ganas. Aplastó la colilla del puro en el cenicero. No iba a insistir en el tema, al final sabía que Jake rumearía la idea de tomarse las cosas con más calma. Dejaría que la idea surtiera efecto. Él era un zorro viejo del negocio, conocía la psicología de las estrellas, los egos, y, aunque Jake manejaba un temperamento de miedo, le reconocía que era un muchacho que había madurado y ahora mantenía los pies sobre la tierra, pero sobre todo, era una persona íntegra.

—¿Cuándo quieres que Patrick y yo hagamos el anuncio de despedida? —preguntó prácticamente escupiéndole las palabras.

El productor exhaló aliviado que la batalla hubiera terminado. Entrelazó los dedos regordetes de las manos sobre el escritorio.

Miró a Jake sabiendo cómo terminaría aquella discusión.

—Hoy.

—¿¡Hoy!?

Theo, en respuesta, se encogió, y Jake salió dando un portazo.

Colette estaba batiendo un poco de crema para ponerle a su café, mientras observaba cómo se desvanecían los últimos vestigios de luz en Santa Mónica. Ella agradecía que dentro de dos semanas

llegaría su estación favorita del año, la primavera.

Desde el balcón de su departamento cerca de la playa, el viento corría suave, pero aún frío. Se acomodó el suéter, y dio un sorbo al líquido caliente que tenía entre manos. Agregó un poco más de crema y azúcar. Sonrió luego de probarlo. «Delicioso.»

—¡Ven aquí, Colie! —gritó su mejor amiga desde la sala, llamándola por su apodo.— Están dando el resumen de deportes y en pantalla sale el bomboncito del tenis. Deberían empacármelo para llevar —dijo riéndose.

Colette se echó a reír también, y caminó hasta el salón. No le gustaba el programa *Stars Match*, presentado por dos deportistas retirados. Para ella eran un par de arrogantes sin ningún aporte especial que hacer durante los cuarenta y cinco minutos de programa. Kate, su amiga de toda la vida, parecía saber la biografía de todo hombre famoso en California.

—Pon el canal de noticias —murmuró sorbiendo del líquido con sabor a amaretto. Le habían dicho siempre que el elixir de vida de los periodistas era el café, y ella no podía dejar de concordar con aquella magnífica apreciación del gremio—. Vamos, Kate. —Se acercó y haló la coleta rubia sonriéndole—. Somos periodistas y necesitamos ver información más interesante.

Kate Blansky desestimó las palabras de su amiga con un gesto de la mano. Luego dio varios sorbos al vaso con agua Evian.

—Los deportes son serios, Colie —gruñó sin dejar de observar el televisor plasma con imagen de alta resolución—. Presta atención —señaló con el dedo enfáticamente— ¡Esos son hombres de verdad! Solo están esperando que aparezca la mujer perfecta para casarse —comentó suspirando cuando los animadores aparecieron en un primer plano en la pantalla.

Colette se sentó en el sillón verde. Le quitó un poco de Doritos del bowl a Kate, y fijó la mirada en la televisión. Un gran cartel de SWC estaba de fondo, y los dos presentadores, impecablemente arreglados, sonreían y hablaban con camaradería sobre las noticias deportivas.

—No creo que casarse sea lo que buscan —murmuró centrándose en el presentador de cabello rubio oscuro. Miraba con soberbia a la cámara y se veía muy pagado de sí mismo. Aunque ya lo había visto varias veces en el programa, forzada por Kate, y años antes en partidos de tenis televisados, ese día el semblante de Jake Weston parecía irritado. «Seguro la amante de turno lo dejó plantado», pensó con una sonrisa cínica bebiéndose el café. Ella sabía mejor que nadie cómo se comportaba Weston con una mujer que había perdido la novedad.

—Te concedo ese punto con Jake. ¿Sabes que su última novia, bueno, su prometida, lo dejó por un criador de caballos de Kentucky? —soltó Kate, antes de beber varios sorbitos de agua. Dobló las piernas bronceadas para acomodarse mejor—. Al menos es lo que decían los tabloides. Fue el cotilleo más sonado hace dos años, y dicen que desde entonces Jake no se toma en serio a ninguna mujer.

Colette rodó los ojos.

—Seguramente lo dejaron por mujeriego.

Kate le lanzó un almohadón, que Colette agarró al vuelo antes de que diera en la cara.

—Vamos, Colie, si se comprometió no es... ¡Espera! —Le tomó la mano, urgiéndola a atender lo que pasaba en la pantalla. Los presentadores acababan de ponerse de pie, algo inusual, al menos para Kate que seguía el programa cada día—. Patrick dice que tienen que hacer un anuncio importante. —Agarró el control remoto y subió el volumen—. Escuchemos.

—...*así que a toda nuestra audiencia que nos ha acompañado durante los últimos cinco años queremos agradecerles la lealtad y apoyo. Lamentablemente todo lo bueno llega a su fin, ¿no es así Jake?*

Con la mirada gris y las facciones cinceladas a la perfección, Jake parecía estar transmitiendo un mensaje íntimo y personal. Algo se agitó en ella al escuchar la voz profunda y grave, lo cual le agrió el humor. Era difícil fingir que el desencanto con Jake había desaparecido del todo, pero con Kate a la caza de cualquier información, más aún si estaba loca por esos presentadores, más le valía continuar con su fingido desinterés. Su mejor amiga era astuta y si reconocía algún indicio de que ella y Jake se conocían, no la dejaría en paz hasta haberle extraído la última sílaba de información.

Colie desestimó cualquier emoción, y se enfocó en lo que decía el ex tenista.

—*No lo pongo en duda. Ha sido un placer compartir cada noche de lunes a viernes con ustedes. Quiero agradecer a nuestros auspiciantes, que siempre apostaron por un trabajo responsable y con experiencia. ¡Los dejamos a continuación con Directo 24, el noticiero estelar! Hasta pronto, California.*

—*Buenas noches y gracias de nuevo* —secundó Patrick a la pantalla, y luego se giró dándole un apretón de manos a Jake, mientras la toma de la cámara se alejaba, dejando ver como última imagen a los dos presentadores conversando.

El final de la emisión cerró con un vídeo con los mejores momentos de los últimos cinco años de *Stars Match*.

—¡Oh, por Dios! ¡Esta bomba no me la esperaba! —exclamó Kate tan intensa como siempre era con todo. Se giró hacia Colie que la miraba con una sonrisa—. ¡No puedes sonreír! Es una noticia triste.

—¿Para la población femenina, o para los aficionados al deporte?

Kate la fulminó con la mirada, y Colette contuvo la risa.

—Eres una insensible. Aquel era el mejor programa de todo el estado. ¡Dos leyendas jóvenes del deporte! —suspiró como si hubiera vivido una experiencia traumática—. No me lo esperaba. —Se metió dos doritos en la boca—. Mañana serán el centro del cotilleo, vas a ver. Me da la impresión que Weston se siente cada vez menos atraído por la prensa.

—Deberías hacerle de relaciones públicas si tanto te preocupa su imagen —expresó Colette soltando una carcajada, mientras se ponía de pie evidenciando su metro sesenta y cinco de estatura, y la cabellera negra y lacia que le llegaba a la altura de los hombros. Tenía una figura esbelta con las curvas adecuadas, aunque a ella le hubiera gustado tener unos pechos menos generosos. Sus dos

hermanas, que vivían con sus esposos e hijos en Nueva York, solían decirle que sus senos eran más grandes de lo que una pasarela podía permitirle y que haber desistido de ser modelo le había ahorrado muchos rechazos de la industria. ¿Cómo les decía que en realidad tan solo quería ser modelo por ellas...para sentirse menos opacada por sus logros? Menos mal aquella tontería de seguir el ejemplo profesional de sus hermanas nunca prosperó, y encontró en el periodismo una fuente inagotable de posibilidades de ser más ella misma.

—Ja ja. Tan graciosa como siempre.

Colette se encogió de hombros sin dejar de sonreír, y luego dejó su taza de café sobre la mesita de centro del pequeño salón del piso que compartían desde hacía varios años.

—Solo es un tonto programa, Kate, anda, ¿vamos a hacer un poco de ejercicio? —preguntó yendo a su habitación a ponerse la ropa de deporte.

—De acuerdo, yo ya estoy con esta ropa de yoga, que me vale igual para correr. —Se acercó al umbral de la puerta de la habitación de Colette, mientras esta se ajustaba el top y se hacía una coleta—. Por cierto, sé que el departamento lo pagamos a medias, no quiero incomodarte, pero...

Colie se giró cuando estuvo lista.

—Ya sabes que puedes pedirme lo que sea. ¿Viene ese novio tuyo a pasar unos días y quieres el espacio todo para ti? —le preguntó empezando a hacer un suave precalentamiento.

—Eh, no precisamente —dijo algo nerviosa—. Viene Damon a la ciudad. ¿Te molesta?

Colette y el hermano mayor de Kate habían tenido una suerte de romance años atrás, unos meses antes de que sus padres la enviaran a Francia. Él le llevaba seis años de diferencia, y ella no pudo evitar prendarse de su optimismo y madurez. Damon fue su primer beso, pero cuando quiso llegar a segunda base, ella sopesó su amistad con Kate y lo que implicaría si una relación con Damon salía mal. Jamás sacrificaría su vínculo con su mejor amiga. Cuando se lo dijo a Damon, él aseguró que lo comprendía. De aquello hacía cuatro años, y las pocas veces que se encontraban, él se comportaba como si nada hubiese ocurrido.

A veces se lamentaba no haber dejado que Damon fuera su primera experiencia sexual, porque si lo hubiese permitido, entonces no tendría que cargar con recuerdos que prefería relegar en lo más profundo de su memoria.

—Para nada, ya sabes que nos llevamos bien.

Kate soltó un suspiro de alivio. Había lamentado que su hermano y Colie no hubieran llegado a ser algo más que una simple atracción de verano. Pero muy dentro lo agradecía, porque habría sido terrible que su mejor amiga y su hermano se odieran y ella hubiese tenido que estar como mediadora.

—¡Genial! Se quedará solo unos días, aún no tiene fecha exacta de llegada. Dice que quiere cambiar el aire de Burbank con la playa de Santa Mónica —se encogió de hombros—, no lo culpo. Después de Orange County, y luego de vivir aquí también un tiempo, le hace falta reconectarse.

—Sin duda, ¿sigue de novio con Valerie? —preguntó mientras conectaba el Ipod.

Kate intentó encontrar algún atisbo de interés de parte de Colie, más allá de una simple pregunta, pero no hubo ninguno.

—Rompieron hace unos meses. Ella me gustaba. La conocí cuando fui a Burbank a ver la nueva oficina de mi hermano. ¿Sabes que trabaja en alianza con Disney?

—Sí, me lo contó alguna ocasión en uno de esos emails que rara vez intercambiamos. Nunca imaginé que la industria de la animación y los comics pudiera ser tan intensa. Podemos llevarlo a algún bar, a lo mejor conoce a alguien y se olvida de Valerie —sonrió.

—Ya sabes que hacer de casamentera es mi terreno no el tuyo —replicó bromista—, y por ahora no quiero ver a mi hermano viviendo una decepción. —Colette sabía que Kate, a pesar de negarlo, solía ser muy celosa con su hermano—. Así que dejémoslo en una noche de copas para recordar viejos tiempos.

—Hablas como una vieja, y tenemos veinticinco años —bromeó Colette—. Ahora ve por tu Ipod, que luego empiezas a hacerme conversación y no me dejas cumplir la rutina.

—¡Sí, mi comandante!

Con una carcajada, Colette ajustó la lista de reproducción de su Ipod antes de salir con su amiga rumbo al Muelle de Santa Mónica.

Después de realizar el anuncio al aire, Jake se despidió del equipo de producción. Theodore le pidió que intentara ver el punto positivo a la situación, y recibió un gruñido como respuesta.

Al abrir la puerta trasera del estudio, el aire fresco de la noche golpeó a Jake, así como los flashes de las cámaras de los paparazzi que estaban a la caza de declaraciones sobre la repentina cancelación de *Stars Match*. Él no tenía ganas de hablar con la prensa, lidiaba con ellos desde que tenía memoria, y ya estaba harto de los chismes y las entrevistas. Se sintió de pronto cansado de todo aquel mundo de atención mediática.

Empezó a caminar a paso rápido hacia su automóvil, haciéndose espacio entre el grupo de periodistas que podían ser tan alimañas como bienintencionados. Odiaba a la prensa, en especial desde aquel accidente que les quitó la vida a su padre, su hermana y su cuñado. Los medios no respetaron su necesidad de privacidad, y él casi se volvió loco viendo cómo su nombre y las fotografías del accidente de tránsito aparecían cada día en la prensa con nuevas versiones, testigos salidos de la nada y mil personas haciendo conjeturas. Odió esa época de su vida más que ninguna otra.

—*Jake, ¿cómo te sientes al dejar el programa?* —gritó una periodista—. *¿Es cierto que estás saliendo con la protagonista de Pecado Ardiente, Deanna Jonas?*

—*¡Jake para tus fans, un mensaje!* —pidió otro—. *Dinos si es verdad que le propusiste una noche de pasión a la modelo Olga Kaster en Dubái.*

—*¡Posa para El Meridiano, Jake!* —casi rogó un fotógrafo.

—*Una sonrisa para tus fans de El Ojo del Surf* —exigió un alto profesional con la cabeza rapada, y varios aretes en la oreja.

—*¿Cuál será el siguiente paso en tu vida ahora, Jake?*

Ante la última pregunta, Jake detuvo su andar abruptamente. Se giró. Alrededor todos parecieron callarse. Temían el estallido de genio de *El Gladiador*. No ocurrió, y Jake casi quiso reírse al ver las caras de alivio.

El periodista estiró el micrófono consciente de que era el único que había obtenido la atención del ex chico dorado del tenis. Los flashes de las cámaras se empezaron a disparar con vehemencia. A lo lejos, Jake escuchó los pasos apresurados de sus fans gritando frases ininteligibles intentando llegar a él. Si no se iba pronto quedaría atrapado, pero sentía la necesidad de contestar la pregunta.

—¿De qué medio?

—Crónicas Espectaculares, soy Frank Timbrell.

—Bien, Frank. Cambiar de rumbo. Ese es el siguiente paso. —Y al decirlo, comprendió que era lo que Theodore le había sugerido, y el viejo estaba en lo correcto. Era tiempo de buscar un poco de tranquilidad, y un enfoque diferente. Lo único que tenía claro era que no volvería al plató televisivo —. Dejaré la televisión.

Las exclamaciones de los reporteros abarrotaron el círculo que rodeaba a Jake.

—¿Estás enfadado con Fred Dillon por la cancelación de tu programa? —preguntó una reportera delgada y entrada en años que logró hacerse un espacio entre el tumulto de colegas hasta llegar a Jake. Llevaba trabajando en el *Los Ángeles Times* desde hacía veinticinco años, y cubría el área de espectáculos.

—En absoluto, Katty. —La mujer había sido de gran ayuda al aconsejarlo sobre el modo de manejar los periodistas. Si a alguien podía darle una exclusiva y asegurarse de que saliera fiel a la verdad, esa era Katty Williams—. Creo que todo en la vida merece renovarse. Buscaré una nueva dirección a mi carrera, y en cuanto a SWC puedo asegurarte que nos echarán en falta —dejó que su famosa sonrisa cautivara a los periodistas.

Todos rieron con el comentario, y los flashes se dispararon en secuencia.

—Jake, ¿piensas quedarte en Beverly Hills? —preguntó ella.

Él negó.

—¿Entonces, te marchas de California?

—California es mi hogar, no podría vivir en ningún otro Estado. Solo quiero descansar fuera de las cámaras. Es todo.

—¿Una decisión definitiva?

—Katty —dijo con su tono bromista—, estás más curiosa que nunca. Pero como te has portado tan bien hoy y no me has golpeado con tu micrófono —los periodistas rieron—, te diré que el retiro de la televisión no tiene vuelta atrás, y cuando sepa de algo sobre mis planes, Gordon seguro les envía a todos un comunicado de prensa. —No pretendía comentar nada de su vida a partir de esa noche, a menos que sus planes coincidieran con una necesidad de utilizar a los medios en su favor.

—¿Dónde irás? —irrumpió otro periodista empujando a unos y otros hasta llegar a Jake, y logrando que Katty se quedara rezagada. Así era la caza de noticias en Los Ángeles—. ¿Venderás tu mansión?

—Aún no lo sé. —Sí lo sabía. Dejaría una temporada su casa en el lujoso barrio residencial de Bel Air. De hecho, acababa de ocurrírsele el tipo de sitio perfecto para vivir y no sabía cómo había tardado tanto en reconocer que necesitaba más de la naturaleza en su entorno diario—. Y si lo supiera, seguro me protegeré de ti, no vaya a ocurrírsete perseguirme por una entrevista.

Todos rieron. Si por algo lo adoraban era que podía darle vueltas a las preguntas sin sonar grosero y lograba encandilar a los periodistas con sus bromas, o su fabulosa sonrisa encantadora. Salvo cuando lo enfadan, entonces se volvía completamente inaccesible.

Los gritos de las fans se escuchaban cada vez más cerca.

—Una pregunta más... —empezaron a gritar varios, cuando notaron que tenía intención de alejarse.

—Nos vemos, muchachos —se despidió intentando abrirse camino. Segundos más tarde tenía a los guardias del canal sacándole de encima varias chicas que intentaban tocarlo, mientras él se introducía en su Aston Martin azul, y conducía hacia su mansión de siete millones de dólares.

Capítulo 2

Jake estacionó en el garaje para ocho automóviles de su mansión en Bel Air, entre el Porsche y el Jaguar. Durante el camino a casa sintió ganas de aceptar la invitación para ir con un grupo de amigos a un famoso y exclusivo club de striptease. Luego imaginó la cantidad de titulares que sacaría la prensa, y las fotografías conseguidas por algún desconocido que intentaría obtener sus cinco minutos de fama a su costa, y descartó la posibilidad.

Recordaba claramente que los primeros meses después de anunciar su retiro deportivo se ganó el título de “juerguista playboy”, y era titular semanal de la prensa del corazón. Podía decir que conocía todos los mejores clubes nocturnos de Hollywood. Fue *Stars Match* el proyecto que lo ayudó a restaurar su imagen profesional como era en sus tiempos de gloria deportiva: impecable, saludable y positiva. El espacio televisivo fue su terapia emocional en la que se volcó de lleno, pero no solo cuando anunció su retiro, sino cuando sus familiares murieron en aquel aparatoso accidente, y cuando todo acabó con Lauren. Para él, *Stars Match* era más que un programa, por eso estaba tan enfadado que el dueño de la cadena lo hubiera suspendido. Pero se consideraba a sí mismo un luchador, y encontraría su Norte, nuevamente. Estaba seguro.

No iba a volver a ser el Jake Weston que disfrutaba de la fama y las mujeres fáciles cuando estaba en el número uno del ranking de la ATP; cuando había sido uno de los mejores jugadores jóvenes de Norteamérica. A ese Jake que le gustaba gastar dinero a raudales, hacer fiestas salvajes cuando no estaba entrenando y podía escaparse de su entrenador porque se consideraba demasiado brillante para fallar en la cancha, y que estaba dispuesto a comerse el mundo sin importarle nadie, lo desconocía. Aquel muchacho estaba a cientos de años luz del hombre que era ahora.

Por otra parte, sabía que nunca se recuperaría del todo del impacto emocional que tuvo el accidente de tránsito en que murieron su padre, su hermana Carole y Orson, su cuñado, fue una situación que lo marcó; lo despertó brutalmente de aquella vida despreocupada, luego de su retiro. Una vida que muchos consideraban envidiable, y quizá lo era, pero desde el día que sus seres queridos murieron todo se convirtió en un infierno.

Recordaba aquella fatídica noche del accidente. Llovía muchísimo, y él estaba visitando a su madre que se había quedado al cuidado de su sobrino Brad, quien en ese entonces tenía un año de edad. Acababa de regresar de un torneo en Europa, y había llevado recuerdos para el pequeño. Estaba muy feliz, por el resultado que había obtenido en el Masters de Montecarlo, cuando su madre recibió la terrible noticia por teléfono.

Las autoridades habían solicitado que se necesitaba que alguien cercano fuera a reconocer los cuerpos. Con el corazón impregnado de dolor, se ofreció a hacerlo. No podía soportar la idea de que su madre tuviera que digerir otro trago adicional de dolor observando cuán destrozados quedaron los cuerpos. Su madre hubiera sufrido mucho al ver a su esposo prácticamente calcinado. Habían tenido un matrimonio feliz, y Jake prefirió que ella recordara a su padre, su hermana y su cuñado, sin marcas del aparatoso accidente.

El proceso fue una pesadilla, y todo a su alrededor parecía una broma de mal gusto. Después del sepelio hubo una audiencia para determinar quién se quedaría con la custodia del pequeño Brad. Su madre y él acordaron compartirla. Jake era consciente de que tarde o temprano se quedaría a cargo de la educación y cuidado de su sobrino. Estaba encantado con la idea, pero también tenía un poco de temor de no poder hacerlo bien.

Brad le había cambiado la vida justo en el momento en que su mundo estaba patas arriba. Fue consciente de que el niño necesitaba una imagen masculina de la cual sentirse orgulloso, así que el comportamiento errático ya no tenía cabida.

Antes de que dedicara un pensamiento más al asunto de *Stars Match*, apareció su sobrino para recibirlo en la puerta en la casa.

—¡Tío, Jake! —corrió y lo abrazó de las piernas. Él se inclinó para auparlo, mientras el niño se echaba a su cuello—. ¡La abuelita me trajo hoy porque dijo que necesitabas un abrazo! —Jake elevó la mirada sobre el hombro del pequeño, que era la viva imagen de su hermana, y vio aparecer a su madre con el cabello blanco perfectamente peinado, y un elegante vestido floreado.

Page Weston tenía setenta años, pero se conservaba bastante bien. Madre e hijo compartían los ojos grises y una sonrisa encantadora.

—Claro que sí, campeón, siempre necesito un abrazo tuyo —replicó apretándolo con afecto.

—Perdona por aparecernos sin avisar —dijo Page acercándose a su hijo.

—No pasa nada, me alegra que vinieras. —Abrazó a su madre, y sostuvo en brazos a Brad que empezaba a contarle que había aprendido a mezclar colores con acuarelas, y a sumar hasta el cincuenta—. Viste las noticias —afirmó al notar el rostro inquieto de su madre.

—Sí, por eso vinimos —le palmeó el hombro con dulzura. Brad se deslizó del cuello de su tío y fue corriendo a buscar el Play Station que tenía Jake en el cuarto de juegos que había construido para el pequeño—. Abandonar la televisión es un paso importante. ¿Estás seguro que no quieres buscar otras opciones en la pantalla chica?

Se adentraron en la casa, y se acomodaron en uno de los sillones de mimbre que daban a la piscina y al gigantesco patio. El viento se colaba por el balcón y él agradeció contar con su propio refugio.

—Lo estoy. Antes del anuncio tuve una agridulce charla con Theodore. Me hizo pensar en que es tiempo de tomar unas vacaciones. Y tiene razón. Han sido cinco años ininterrumpidos de trabajo... —suspiró—. Necesito una motivación diferente.

Su madre lo miró, comprensiva.

—Tener una pareja estable sería un paso para empezar —sugirió con cautela, mientras daba un sorbo al té helado de durazno que le había llevado el ama de llaves. Page conocía que aquel asunto era un tema espinoso. Pero ella era su madre, así que poco o nada le importaba si él se enfadaba.

—En estos momentos no estoy para perder el tiempo jugando a ser la pareja de nadie, mamá. Y

creo que a ninguna mujer le gusta un hombre que tiene como aderezo un niño en el paquete de responsabilidades —replicó meditabundo.

Page estiró la mano libre y apretó con firmeza la de su hijo.

—Eso solo lo piensan las mujeres egoístas y sin corazón. —Jake supo que su madre se refería a una en específico—. Quítate esa máscara de cinismo que ahuyentas a todas.

«No las ahuyento de mi cama», pero eso no podría responderle a su madre.

—¿Quieres ocupar el cargo de Gordon?

Page se echó a reír. Solía pensar que el agente de su hijo era un hombre demasiado rudo, aunque muy dentro le estaba agradecida por los buenos contratos que le había conseguido a Jake a lo largo de su carrera profesional.

—Quiero más nietos. — Jake se tensó. Ese tema le traía amargos recuerdos de los que no había hablado solo con sus dos mejores amigos, y no pensaba hacerlo con nadie más. Confiaba mucho en Rexford y Cesare—. Brad necesita un compañero de juegos, o una compañera para hacer travesuras y también quiero una nuera a la que pueda llamar *hija*. —Ambos se quedaron en silencio. Él era consciente del dolor que llevaría su madre siempre en el corazón por la pérdida de Carole—. Hemos sufrido bastante, Jake, y yo más que nada quiero verte feliz. Después de esa muchacha Lauren no eres el mismo —susurró con tono compungido.

—Mamá...—dijo en tono quedo.

—De acuerdo —musitó—. No hablaré sobre ello.

Page sabía que aquella parte emocional era terreno vetado para las madres, pero ella odiaba ver a su hijo tan gruñón. Necesitaba una mujer que le devolviera la esperanza, y a ella, el hijo bromista y juguetón que fue antes de que sus vidas cambiaran. Si Jake le hubiera hecho caso a su consejo cuando le dijo que la tal Lauren no sería una buena esposa, quizá todo habría sido distinto. Pero ya no había vueltas que darle, el daño estaba hecho.

Nunca le gustó esa muchacha, especialmente cuando la encontró con la mano levantada a punto de golpear a Brad. Se tuvo que interponer, y empujó con todas sus fuerzas a esa arpía llevándose a su nieto lloroso en brazos. No se lo dijo a Jake, porque él estaba tan cegado que la habría acusado de querer interferir. Fue una época en la que ambos se distanciaron. Fue un tiempo difícil y que gracias al cielo ahora estaban recuperando poco a poco. Desconocía los motivos por los cuales Lauren dejó de estar con su hijo, pero lo agradecía.

Jake sonrió a su madre, y luego se puso de pie.

—Quédense a cenar —miró el reloj—, y a dormir también, ya es tarde para que Brad y tú vuelvan a casa. Le he dado el día libre al chofer, así que no podría llevarlos. No quiero que corran riesgos.

—De acuerdo, cariño. Nos quedaremos.

—Estupendo. Ahora tengo que hacer un par de llamadas, por cierto, ¿te gustaría vivir aquí una

temporada?

—No hijo, la escuela de Brad está cerca de nuestra casa de siempre, y no me gusta lo estirados que son tus vecinos de Bel Air. —Jake rió, porque su madre llevaba razón—. Prefiero nuestra casa de toda la vida que es más pequeña. Aquí con tantas habitaciones y salas interiores, me pierdo, aunque tu ama de llaves es un encanto de señora. ¿Dónde piensas mudarte? —preguntó frunciendo el ceño.

Jake estiró los hombros cansados.

—Voy a tomar una decisión en unos días, aún no lo decido, primero quiero hablar con mi corredor de bienes raíces. Lo único seguro es que no viviré mucho tiempo más en esta mansión; pero no quisiera que se quede vacía...—permaneció en silencio unos segundos, antes de agregar—: Quizá deba decirle a Rex que puede quedarse aquí una temporada.

—¿Rexford Sissley? —indagó Page. Rexford y su hijo habían sido compañeros de cancha desde muy jóvenes; también rivales. La única diferencia era que el joven, procedente de San Francisco, sí había logrado mantenerse en las canchas mucho más tiempo que Jake. Recordaba que Rex, Jake, y un chico de padres italianos, llamado Cesare Ferlazzo, estaban siempre muy unidos, hasta que lograron que un agente los fichara, y poco a poco empezaron a separarse inevitablemente para dedicarse a los tours propios de la carrera—. Hace tiempo que no sé de él. ¿Cómo está?

—Se retiró hace dos años. Hablamos hace un par de semanas durante una cena de negocios en Milán. Le han hecho una oferta muy buena para poner su propia escuela de tenis de élite aquí en Los Ángeles. Necesita una casa urgentemente, porque el contrato es inminente, y el asunto de bienes raíces a veces toma su tiempo. Se acaba de instalar en un hotel hace unos días aquí en el área. Le he ofrecido alquilarle esta casa. Veremos qué sucede.

—Sería estupendo que pudieras ayudarlo. ¿Y qué ha pasado con el otro muchacho, el chico Ferlazzo?

—No lo sé. —No iba a contarle a su madre que una noche de juerga, años atrás, estuvo a punto de cortar su amistad con Cesare, quien con su maldito encanto italiano estuvo coqueteando con una mujer con la que él quería acostarse durante una noche de juerga en Sicilia. Aunque después de recuperar la cordura, supo que liarse a golpes con Cesare fue una estupidez, pues lo que en realidad había pretendido su amigo era que entendiera que la familia de la muchacha aquella, de quien no recordaba ni el rostro ahora, era la hija de un conocido capo de la mafia siciliana. Jake no pidió disculpas aún a pesar de ser consciente que, librándolo de esa muchacha, Cesare le evitó la debacle de su reputación y probablemente su carrera en el tenis a los veintitrés años de edad. Desde aquella noche de fiesta en Sicilia, se habían distanciado un poco, y cuando solían coincidir en la cancha en algunos circuitos, el que limaba las asperezas, si acaso surgían, solía ser siempre Rex; aunque eso no impidió buscar la opinión de Cesare cuando ocurrió lo de Lauren. A pesar de todo sabían que entre los tres podían cuidarse las espaldas—. Supongo que estará viviendo como un rey en algún sitio...

Antes de que Page fuese a decir algo más, llegó Brad corriendo con un brillo de triunfo en sus ojos azules, herencia de su abuelo. Se lanzó a las faldas de su abuela, y luego se acomodó para mirar a Jake.

—¡He ganado, he ganado el juego de carreras, soy el más veloz!

—Eres todo un campeón, ven aquí pequeñajo —dijo Jake, tomándolo en brazos, para luego lanzarlo al aire con entusiasmo.

Colette esperaba ansiosa en el vestíbulo de la radio. Ya sumaba dos meses que había intentado, sin éxito, que la contrataran en varias revistas y periódicos, desde su último y poco memorable empleo. Aún tenía ahorrado un poco de dinero, pero no era suficiente para mantener su independencia. Vivía del pago por artículos periodísticos que enviaba aquí y allá, y de clases particulares de redacción que daba a los alumnos que empezaban la carrera de periodismo. Necesitaba algo estable.

La emisora se llamaba *Radio Costa Azul*. Una antena pequeña, pero con grandes posibilidades de expansión, o al menos eso le había dicho el hombre que la llamó para decirle que le recomendaron su hoja de vida desde la universidad. «Un trabajo es un trabajo», se dijo, y a pesar de que la radio no era precisamente su idea de hacer periodismo era un buen paso para tener ingresos fijos, y hacer contactos. Quizá pudiera trabajar noticias que dieran voz a las necesidades sociales de la comunidad, porque la política no era lo suyo.

—Señorita Kessler, pase por favor —anunció con acidez una mujer pasada de kilos, lentes demasiado grandes para su rostro y el cabello necesitado de un buen tinturado—. El señor Murdock la espera en su despacho. —Colette se enteró luego que la mujer se llamaba Vivianne.

El despacho consistía en una pequeña estancia con demasiados diplomas, periódicos dispersos en una mesilla de centro, dos sillas que habían visto mejores días, una cafetera, la pequeña biblioteca de la que pendía un titular que ella alcanzó a descifrar como *Penthouse*. «Interesante», pensó Colette conteniendo una risa.

El hombre detrás de la silla era calvo, ligeramente grueso de contextura, ojos negros como el carbón y piel cetrina. Al verla sonrió, y Colie notó cómo las facciones se suavizaban completamente.

—Bienvenida. —El hombre se puso de pie revelando su baja estatura, y su voz tan firme como cuando la llamó por teléfono—. Murdock —dijo a modo de saludo—, pero las damas pueden llamarme Francis.

La decoración era un poco triste y con toques desgastados de pintura. Eso la hizo pensar en el bajo salario que percibiría, aunque quizá si lo completaba con sus artículos como *freelance*, su monto mensual de ingresos sería decente.

—Encantada de conocerlo, señor Murdock —sonrió.

—Francis a secas, por favor. Toma asiento.

Ella temió que el tapizado de la silla se hundiera con ella, así que se acomodó suavemente y lo más cerca del borde. Se sintió demasiado elegante con la ropa que llevaba. Vestía unos pantalones

de oficina ligeramente ajustados, una camisa morada con escote en V con vuelos de seda en la cinturilla, tacones altos —que ya le hacían ampollas— y una sofisticada coleta, cortesía de Kate, sumado a un toque ligerísimo de maquillaje, pues no era aficionada a él.

—Gracias, Francis —repuso con suavidad.

—Quiero ir al grano. Estamos pensando en la expansión de la radio. Somos tres socios, pero los otros solo ponen el dinero; yo soy el que me echo el trabajo en hombros —se inclinó para tomar una esferográfica un poco mordida en la punta donde se la sostenía—. Hemos decidido cambiar el concepto de radio musical. Queremos lanzar una revista informativa que sea fresca y diferente. La audiencia está cansada de noticias aburridas.

—Cambiar e innovar es importante —acotó.

Francis asintió.

—El problema está en que no tenemos ni idea de cómo se hace eso, y aunque supiéramos, nuestra creatividad tiene las limitaciones de la edad —se rio de su propia broma—. Somos expertos en el negocio de la música, el noticiero, pero una revista con temas más variados o juveniles es otro asunto. —Se echó hacia atrás en la silla que chirrió con su peso—. Sé que tu especialidad es la prensa escrita, pero me preguntaba si te interesaría sacar adelante este proyecto. Tomará un tiempo hasta darle forma. La paga no será demasiado alta. —Ella ya se lo había figurado, y la cantidad que él le mencionó lo confirmó—. Sin embargo, conforme lleguen los auspiciantes irá mejorando. Para ello necesitamos que la revista sea magnífica. Como el salario no será tan generoso te compensaríamos con unos días libres, siempre y cuando lo dejes todo organizado. La revista será tres veces por semana, aunque los otros días laborales tendrás por supuesto que trabajar para cada edición. Esto último sobra decirte, pero para que no existan malos entendidos...

Colette sonrió genuinamente, y asintió. Aquellos días libres que le ofrecía, le permitirían continuar dando clases particulares, y escribir sus textos. Intentaría ser eficiente para poder tomarse el tiempo necesario una vez que preparara el programa de cada día. La tensión que llevaba encima se disipó.

—Me gustan los retos, Francis, y creo que esta es una oportunidad estupenda para mi carrera. Claro, si al final del proceso deciden elegirme.

Los ojos del empresario se ensancharon.

—¡Magnífico! —exclamó con una palmada—. Eres nuestra opción número uno Colette, no soy aficionado a perder el tiempo. El trabajo es tuyo si lo quieres.

Ella sonrió con entusiasmo.

—¿Cuándo empiezo?

—Si puedes hoy mismo para que conozcas al personal. Serás la productora y lo que me importa al final son los resultados: rating y auspiciantes. Hazlo todo en el menor tiempo posible, y con calidad. ¿De acuerdo? Te daré avances de las fechas que tengan mis socios para lanzar la revista radial, aunque quizá no importa demasiado si están de viaje o no, dado que tenemos la versión online

y en vivo de la emisora —sonrió—. Desde ya contamos contigo. Bienvenida a *Radio Costa Azul*.

«Libertad creativa. ¿Qué más podía pedir una periodista cansada de jefes tiranos en trabajos esporádicos?», reflexionó entusiasmada. La idea de contribuir a que esa radio lograra reconocimiento, puso a trabajar su adrenalina.

Francis la guió por las instalaciones, mostrándole la cabina de control, el espacio que sería su minúscula oficina, las cuatro cabinas de locución y todo el equipo de trabajo que sumaban veinte personas en total. La radio era espaciosa, pero el área estaba mal distribuida.

Lo primero en lo que pensó fue conseguir un auspiciante que se encargara de la decoración, otro de la pintura y otro para la readecuación de espacios; hablaría con la encargada de manejar la publicidad. En general, Colette podía decir que tenía entre manos un diamante en bruto y haría todo lo que estaba en sus manos para pulirlo y hacerse una reputación en el medio.

—De aquí en adelante, pues estás en tu casa, Colette.

—Gracias, Francis —replicó con emoción.

Arreglar su oficina nueva le llevó el resto de la tarde. Se había sacado los zapatos, y al caminar sobre la alfombra mullida se calmaron sus adoloridos pies. Al final, quedó satisfecha con el resultado. El escritorio estaba despejado y tenía en funcionamiento la pequeña laptop que le habían entregado horas atrás. La estantería apenas incluía una colección decente de libros de especialidad, pero ella se encargaría de surtirla más adelante. Las paredes lucían desnudas, pero pronto tendrían su título universitario con el Summa Cum Laude que avalaba su sacrificio en los estudios. Además había encargado a Boris, el mensajero de la radio, que le trajera unas bonitas flores. Algo de naturaleza siempre iba genial.

—Wow —dijo una voz desde la puerta—. Ahora sí parece esto una oficina.

Ella se giró y sonrió. Era el muchacho que se llamaba... ¿Cuál era su nombre?

Él debió interpretar su rostro de desconcierto, porque se acercó con una sonrisa gentil.

—Zack Jensen —estrechó su mano—, programador de consola. Tienes un gran sentido de la organización Colette —dio un vistazo alrededor—. Has hecho un magnífico trabajo en unas pocas horas. El jefe ha querido tener ese programa de radio desde hace meses. Francis es un poco exigente, así que tu perfil debió de resultarle intachable.

Colie inclinó la cabeza hacia un lado, ligeramente.

—O a lo mejor hubo otros candidatos que prefirieron huir cuando se dieron cuenta en qué iban a meterse —explicó con humor. Zack se relajó de inmediato ante el comentario de la que sería su nueva jefa—. Por cierto, llámame Colie. Así me dicen todos.

El hombre de treinta años asintió, y se metió las manos en los bolsillos.

—Hay algo que debes tener en consideración con Francis.

Ella lo miró interrogante, así que Zack continuó.

—Es algo... —frunció el ceño—, digamos inquieto con sus proyectos.

—No comprendo.

—Se aburre fácilmente. Puede que ahora esté emocionado por esta revista radial, pero al poco tiempo podría desistir y mandar abajo todo plan. —Se miró la punta de los zapatos algo sucia por el desgaste diario—. Ya nos ha ocurrido.

Colette sonrió con optimismo.

—No te preocupes. Francis estará tan contento con el resultado que seguirá encantado mucho tiempo.

Zack asintió.

—Bien, Colie. Si necesitas ayuda...bueno...estoy a cinco oficinas de la tuya. Quizá puedas necesitar mis habilidades de programación musical para cuando empieces a rodar tu programa. ¿Ya has pensado en un nombre o algo así?

Ella se fijó en Zack. Medianamente atractivo, con unas cejas bastante pobladas, la nariz patricia, labios amables y el cabello rubio muy claro y alborotado. Vestía de modo informal, y algo dentro de él, le dijo que era una persona en la que podría confiar.

—Apenas he tenido tiempo de dedicarme al proyecto —su estómago eligió ese momento para lanzar un vergonzoso gruñido—. Ya ves, me muero de hambre —se echó a reír.

Zack abrió la puerta con ceremonia.

—Yo conozco un sitio buenísimo donde hacen unas hamburguesas deliciosas.

Sin dudarle, ella se acercó a su escritorio y tomó el bolso para salir. No era remilgada cuando de comer se trataba.

—Fabuloso. Vamos.

Las siguientes dos semanas Colette estuvo alimentándose a punta de cafeína y donuts. Casi sentía estar viviendo en una serie de policías en entrenamiento del canal de pago. Se despertaba a trotar a las seis de la mañana, llegaba a ducharse, escuchaba las noticias, mientras Kate se quejaba de su puesto como dependienta de una famosa cadena de joyerías en donde trabajaba, porque se rehusaba a ser parte del staff de empleados en la revista de su padre. Luego se vestía y subía en su automóvil para conducir hasta la radio que estaba a veinte minutos de distancia.

Una vez que ponía el pie en la radio, le llovían los correos, las preguntas, las reuniones. Se quedaba hasta casi la media noche terminando de planificar la revista de variedades a la que llamó *Oxigen California*. Luego estaba el asunto de los patrocinadores. Ella y Deirdre Santorum, la encargada de publicidad, visitaban a los posibles clientes, y Colette tenía que explicarles con detalle sobre la revista.

Al final de los primeros quince días contaba con cinco auspiciantes que cubrirían al menos la remodelación de la radio, lo cual a su juicio no era un mal comienzo.

—Colette estoy impresionado —comentó su jefe cuando le mostró la carpeta con los segmentos, el *timing* de cada uno y los auspiciantes—. Para ser una novata en temas radiales has conseguido resultados estupendos, y me siento satisfecho de que tu título universitario no sea una excusa, sino un hecho verificable. —Ella asintió—. Solo hay un asunto que me inquieta —murmuró inclinado sobre el documento.

Ella se sintió intrigada, pues se había asegurado punto a punto el detalle del programa.

—¿Y qué es?

Francis se acomodó en su sillón detrás del escritorio, el cual crujió por su peso.

—Oh, no te preocupes me encargaré de solucionarlo. Nada importante, pero absolutamente necesario. —Colette lo miró sin comprender—. ¿Cuándo sale al aire el programa?

—El lunes.

El empresario sonrió con confianza.

—Hasta entonces todo se habrá resuelto. Tenemos cuatro días.

—No comprendo a qué te refieres, Francis. El bosquejo está listo, he hecho un piloto en el que Zack manejó el sonido, y yo hice de locutora. Deirdre fungió de invitada especial. Creo que la muestra está aquí —rebuscó entre los documentos que llevaba en la mano un pendrive—. Aquí tienes —se lo extendió—. Escúchalo. No falta nada, de verdad.

—Lo sé, muchacha, eres eficiente, lo que quería decirte...

—Señor Murdock tiene al agente en la línea tres —interrumpió la secretaria asomando en el umbral de la puerta. Francis se disculpó con Colette para atender la llamada, y luego prestó toda su atención a la persona del otro lado de la línea—: ¡Qué gusto me da que llamas! —le hizo un gesto a Colette, y ella supo que la reunión había terminado.

Intrigada se fue hasta su oficina y se encerró hasta terminar de hacer un boletín de prensa que enviaría antes de que *Oxigen California* saliera al aire por primera vez. Los nervios la invadían, pero también una sensación de excitación porque ahora era responsable de un gran proyecto. ¡Productora, nada menos!

Mientras completaba su lista de contactos, pensaba en el fin de semana. La idea de ir a casa de sus padres la ponía de mal humor. Soportar el escrutinio, las críticas constantes de su madre a todo cuanto hacía, y el modo tan sutil que tenía su padre de humillarla públicamente se convertían en motivos suficientes para rehusarse a verlos. Cuando estaba con Greta y Phillip Kessler volvía a ser la niña insegura de catorce años que vivía a la sombra de sus despampanantes y exitosas hermanas, y recibía críticas por no parecerse a ellas.

En su casa de Newport Beach era Colette, la pobrecita que jugaba a ser periodista y se había mudado de su residencia lujosa para vivir una aventura en Santa Mónica con su mejor amiga. Le dolía el modo en que sus padres la creían incapaz de llevar adelante su vida.

Cuando era adolescente solía ser caprichosa y armaba líos, pero aquella muchacha estaba en el pasado. Lástima que su familia no se hubiera dado cuenta de ello y aún la consideraran un “problema” por arreglar.

En un principio pensó llamar a decir que no podría acudir a la cena de cumpleaños número sesenta de su padre. Ambos chocaban de pareceres constantemente, y ella no lograba comprender por qué tenía que comportarse siempre más severo, distante y exigente con ella, que con sus hermanas. Ese hecho la había resentido siempre, y las pataletas que solía armar eran para llamar su atención. Nunca lo conseguía, o si acaso lo lograba solo era para recibir un castigo o una palabra hiriente. Su madre no era su defensora tampoco.

Cuando cumplió diecinueve años la relación con sus padres se volvió tirante, en especial porque su madre rara vez, o casi nunca, salía en su apoyo o defensa, así que, cansada de intentar ir contra corriente, optó por alejarse definitivamente de Newport Beach. Fue fantástico que Kate siguiera sus mismos intereses profesionales, además de ser su mejor amiga. Siempre se sintió más unida a los Blansky que a su propia familia.

Con un suspiro resignado fue por una bebida caliente a la pequeña cafetería al final del pasillo. Cuando repararon en su presencia, todos le sonrieron.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Wanda dirigiéndose a ella. La muchacha trabajaba en el turno de la mañana en el área de programación, lo que la convertía en compañera y competencia de Zack—. ¿Es en serio?

Colie la miró con cara de ¿me-perdí-de-algo?

—Ya saben que mi información es de fiar —expuso Deirdre acercándose con una sonrisa de suficiencia—. No sé cómo pueden esperar que el mismo Francis venga a contárselos. Se supone que es confidencial...—se echó a reír—, bueno, *era*.

—Me he perdido —dijo Colette poniendo la bolsita de té en el agua caliente.

Zack fue a su encuentro con una sonrisa.

—Colie, los muchachos estábamos un poco sorprendidos de que no nos dijeras nada.

«¿Qué le pasaba a la gente en ese trabajo? ¿No pillaban que ella no tenía idea de qué rayos estaban hablando?»

—No sé de qué me hablas. —Agregó un poquito de azúcar a su taza—. Si me cuentan tal vez...—bebió un poco del líquido caliente.

Zack se sentó y la miró como si esperase que ella le revelara algo.

—¡Veenga, Colie! El jefe se lo acaba de decir a Vivianne casi gritando. Queremos tu confirmación.

—Yo salí hace unas tres horas de la oficina de Francis, pero él no me dijo nada. He estado trabajando en mi despacho desde entonces. No tengo idea.

Deirdre se acercó enfundada en su habitual mini falda y recargado maquillaje. Le sonrió a Colie con complicidad.

—No seas modesta. ¿Se los dices tú o lo repito yo? —le preguntó retóricamente la encargada de publicidad y luego soltó una risita—. ¡El jefe ha podido sellar trato con una magnífica contratación! Al parecer alguien le debía un favorcito, y él ajustó un par de tuercas por aquí y por allá.

—¿Ah sí? —notó que su té no tenía ningún sabor extraño, así que no entendía qué era lo que tomaba esa gente para estar tan chalada.

—El mismísimo Jake Weston será el anfitrión del programa.

Colette empezó a toser desesperadamente.

—¿Có... cómo pasó eso? —preguntó incrédula. Esa noticia se asemejaba a su peor pesadilla

Ella había pensado contratar un periodista conocido en la ciudad con una trayectoria en programas de variedades para televisión que quisiera trabajar tres horas a la semana en radio. De hecho ya tenía el contacto, y bastante tiempo de negociación le había tomado concertar la entrevista telefónica.

Dejó la taza a medio tomar sobre la mesa.

Zack se estiró cuan largo era en la silla, sin dejar de sonreír como cuando a un niño le ofrecen entradas gratis a Disneylandia.

—Vivianne acaba de contarle a Deirdre que el agente de Weston quiso confirmar el nombre del programa que Gearforce iba a auspiciar los próximos meses, pues es la marca oficial de bebidas de Jake Weston. Bien hecho, Colie. Estamos felices porque así nos pagarán a tiempo...y bueno ni qué decir, Jake es uno de los ídolos del deporte a nivel internacional y va a disparar el rating. ¡En *Radio Costa Azul* nada menos! —exclamó entusiasmado y con los ojos brillantes de alegría.

«Nada menos», pensó ella con ironía. Y lo más gracioso de todo era que ella no tenía ni la más remota idea de dicho auspiciante. Pero dado que era un asunto negociado directamente por Francis, e implicaba dinero para la radio. ¿Quién era ella para meterse a discutir?

Todos empezaron a alejarse para volver a sus puestos con un humor especialmente alegre. Todos excepto ella que echaba humo por las orejas. «¿Qué iba a hacer trabajando con un mentecato del tenis, cuando el enfoque principal de su revista era tendencias de mejora de calidad de vida y temas familiares?»

Y por más que se dijo durante el camino de regreso a casa que el pasado no iba a afectarla, no terminó de convencerle la idea de tener a Jake Weston alrededor con la posibilidad de arruinarle la oportunidad perfecta de demostrarle a su familia que ella no era una niña jugando a ser adulta con tendencia al fracaso profesional, sino una mujer capaz de abrirse paso y dejar huella en su trabajo como periodista.

Además también estaba el pequeño detalle que no había confesado a Kate. A nadie en realidad. Jake Weston era el hombre a quien le había entregado su virginidad mientras estaba estudiando

francés en París, y él participaba en el torneo Roland Garros. Pero no quería dedicarse a recordar esos días.

Aceleró su pequeño Peugeot y giró a la derecha. Antes de ir a casa se daría un masaje relajante.

Era urgente su necesidad de asimilar la idea de que Jake estuviera trabajando muy cerca. Ella era experta en ponerse una máscara para capear temporales más complicados, como su familia, por ejemplo. Jake Weston no sería ningún problema. Aunque lo más probable era que él ni siquiera la reconociera. Con la cantidad de mujeres con las que salía y se acostaba, ¿cómo iba a recordar a una enamoradiza e ingenua muchacha que prácticamente se había derretido en sus brazos, cuando habían pasado ya seis años desde aquellos días en Francia?

Capítulo 3

Jake estaba conforme con el pago de los tres millones de dólares que transfirió a su corredor de bienes raíces. La casa, ubicada en la esquina de Ocean y Hollister, era una preciosidad y tenía vistas al mar.

El cuarto principal de su mansión poseía una cómoda cama gigante, un jacuzzi y vistas a la costa. Se aseguró de tener dos habitaciones de invitados para su familia, así como una sala confortable, también una cocina equipada porque a su madre le encantaba hacer dulces, y piso de mármol para que Brad se deslizara con facilidad mientras jugaba.

«¿Qué más podía pedir por tres millones de dólares de inversión? Una compañía femenina agradable y sin complicaciones», se preguntó y respondió a sí mismo con buen humor.

Después de pasar al menos seis meses en un celibato que nada tenía que ver con su voluntad, sino con las campañas de promoción de programas para personas necesitadas en las que contribuía, además de las extenuantes sesiones de ejercicios a las que se sometía para mantenerse en forma, su libido empezaba a protestar. Él nunca había pasado un periodo de tiempo tan largo sin una mujer. Generalmente no encontraba inconvenientes para tener compañía, de hecho, él se daba el lujo de rechazar a quien no le interesaba. Esa noche tenía una cita y esperaba que terminara en una noche de sexo desenfrenado para recuperar el tiempo de abstinencia.

Recostado en la tumbona acolchada, observaba el ir y venir de las olas a lo lejos, mientras la chimenea de la terraza lo calentaba. Llevaba una semana en Santa Mónica, y por primera vez en mucho tiempo no sentía apuro de hacer ninguna gestión para su imagen profesional, o soportar a los paparazzi en cada esquina cuando iba a un restaurante. Al menos no tanto como en Beverly Hills. No es que Santa Mónica estuviera demasiado lejos de Bel Air, pero al menos era una locación diferente con el aroma del mar a disposición, y la playa a pocos metros. Un cambio era un cambio.

Su madre estaba organizándose, según le había contado, para ir de vacaciones con Brad a casa de su única tía, que residía en Delaware. Le habría gustado ir con ella, pero este era un momento para intentar borrar los fantasmas del pasado que aún se colaban de vez en cuando en su mente, atormentándolo.

El teléfono empezó a sonar. Se puso de pie y se acercó al mini bar en donde aún se mantenía la botella de vino que había abierto minutos antes.

—Weston —saludó sin mirar quién llamaba. De todas maneras pocas personas tenían acceso a su número privado.

—¡Mi cliente estrella!

Jake elevó los ojos. «Su agente.»

—¿Qué novedades tienes para mí, Gordon? Espero que hayas buscado ese escape profesional prometedor que acordamos.

—¡Oh, lo tengo, claro que lo tengo! *Gearforce* va a patrocinar una revista radial de actualidad en una radio pequeña, justo lo que buscas para mantener un perfil activo, pero no demasiado expuesto. Serán tan solo tres días a la semana durante unos cuarenta minutos más o menos, y eso te permitirá continuar con tu agenda o irte de viaje.

Jake se terminó de servir el resto del vino, y saboreó un largo trago del Cabernet Sauvignon del viñedo de la familia *Bryant*. Un capricho de seiscientos dólares la botella para la tarde. La textura era exquisita y única, así que el precio era lo de menos.

—¿Una radio pequeña? ¿Por qué habría de interesarse mi auspiciante en ellos? Erick Pagalle no pierde el tiempo en tonterías.

Gordon se aclaró.

—El propietario de *Gearforce* no nació en cuna de oro, ya lo sabes, y le debe un favor a uno de los dueños de esa radio, quien por cierto es de lo más avaro. Un tal Francis Murdock. En todo caso, al parecer se encontraron por casualidad en una reunión hace poco, y el tal Francis no se dejó nada en la lista de pendientes. Como tenía la idea de esta revista radial, lo puso como plato principal. Pagalle no se negó. Hay que pagar las deudas... supongo —dijo, y soltó una carcajada—. En el paquete venías tú pues has firmado un contrato con ellos por seis años, y aún te quedan ocho meses con ellos. A menos que quieras renovar —explicó con suavidad.

—Como si fuera una bagatela, ¿eh, Gordon? —expresó molesto—. ¿Y qué gana mi auspiciante? —preguntó con sospecha—. Mis honorarios son bastante altos. Irán a pérdida.

El silencio del agente no le agradó a Jake para nada.

—¿Gordon?

—Tendrás que hacer algunas apariciones públicas de la marca.

—¡Maldición! Ya habíamos hablado de eso. No quiero saber de la prensa, ni de una radio de mala muerte. Espero que no hayas aceptado, llevas bien claro que no deseo intromisiones. Por perfil bajo se entiende un negocio lejos de los medios, o seguir aportando en temas de fundaciones *sin prensa*. ¿Acaso hablo en japonés?

Desde el otro lado de la línea Gordon Rister puso los ojos en blanco. Sus clientes a veces eran demasiado demandantes, inconformes, o como Jake, un grano en el culo. ¿Por qué simplemente no podía apreciar una oportunidad de dinero fácil?

—Yo...

Jake soltó varios improperios propios de un marinero de barrios bajos.

—Quiero un límite de tiempo. No más de tres meses. Luego me largo, y no me importa si lo que ocurra con ese asunto; si despega o se hunde. Estoy harto de este circo. O vas y negocias mis

condiciones o considérate despedido.

—Será algo bastante light —replicó con aquel tono que conseguía aplacar a sus clientes más controversiales o temperamentales—. La prensa no molestará demasiado, y nadie notará apenas que estás en esa radio. Piénsatelo como un asunto de caridad. —Jake gruñó por lo bajo—. Será algo bajo perfil sin duda, vamos muchacho entiendo que tu vida ha dado un giro inesperado, pero esto es algo fácil. Si pudiera sacarte de este asunto, lo haría, pero este es tu auspiciante por antonomasia. Lo que sí te digo que es que yo trataré de negociar para que tus apariciones públicas en eventos como representante de *Gearforce* se limiten a cinco.

—Demasiado.

—Tres.

—Dos. No habrá más de eso.

Un suspiro cansino resonó del otro lado de la línea.

—Hecho.

—Solo hay un punto adicional a considerar. La productora.

Jake, a lo largo de su carrera, se había topado con personas muy quisquillosas a la hora de trabajar, o que lo trataban con demasiada deferencia, lo cual llevaba a que su genio saliera a flote. Si iba a encontrarse con una productora gruñona y quejica, prefería continuar admirando el mar y gastándose en paz su fortuna. No necesitaba trabajar para ganar dinero, sino porque le gustaba ayudar, por eso sus actividades estaban directamente enfocadas a las fundaciones.

—¿Qué hay con ella?

—El plan piloto del programa *Oxigen California* es su experimento. Nunca ha trabajado en radio, porque su especialidad es la prensa escrita...

Jake dio un largo trago a su copa. El líquido se deslizó por su garganta reconfortándolo, mientras el cielo empezaba a oscurecerse y el viento se volvía más frío al ocaso, a pesar del fuego que se movía inquieto en la chimenea.

—*Oxigen California*...—repitió como si estuviese meditándolo—. Mmm, supongo que alguien que pone ese nombre tiene una imaginación desbordante, y seguro es de esas mujeres con piercings, cabello verde con azul... —suspiró—. Siempre y cuando me deje actuar con libertad en el programa, me da igual si se viste como forastera o como la última princesa veleidosa del desierto.

Lo único que le importaba como agente era que un auspiciante iba a pagarle a Jake, y por ende, él como su asesor recibía una comisión. Si era *Oxigen California* o «el club de los patitos», le daba lo mismo.

—Oh, seguro podrás negociarlo, Jake. Te esperan el lunes en la tarde para el primer ensayo.

—Entendido.

—Para eso me pagas los billetes verdes.

—Te quedarás sin ellos, si no negocias este maldito contrato con Gearforce como te lo he explicado. Tres meses en esa radio, un diez por ciento extra del dinero habitual, y solo dos apariciones por la marca. Es todo. No quiero saber más del asunto. —Llenó otra copa—. ¿Queda claro?

—Totalmente. — Gordon odiaba perder dinero o una oportunidad de conseguir una buena tajada en comisiones. Y Jake era uno de sus mejores clientes. «Ya se le pasaría la rabieta.»

Los días sábados las autopistas estaban atestadas, pero no tanto como en horarios de oficina. Eso sí que era un desastre. Llevaba lo justo a casa de sus padres. El vestido de noche, lo suficientemente escandaloso para llamar la atención y avergonzarlos, tal como siempre hacían con ella cuando minimizaban sus aspiraciones profesionales; un bikini, para disfrutar de las olas frías; y un traje casual para cualquier eventualidad.

Cuando era pequeña solía disfrutar de la mansión con estilo toscano que habían construido sus padres. El dinero que ganó Phillip Kessler como Premio Nobel de Economía sirvió para reformar la casa, y ampliar el área de la piscina, también para renovar el comedor y retocar las suntuosas tinas de baño de mármol rosado. Se modificó la habitación de sus hermanas con madera de nogal importada de Brasil, así como las vigas del techo alto que coronaban el pasillo de la entrada frontal, el cual estaba adornado con suelos de piedra.

En cuanto a su habitación, pues era preciosa, no podía quejarse, y cuando sus padres empezaban a insistirle en su necesidad de ser más dócil como sus hermanas, Colette se rebelaba y se perdía por el acceso rápido que tenía la casa hasta la bahía. Sus años de adolescencia no fueron fáciles. Hubo días de cabello pintado de verde, bucles alisados, melena cortada con una tijera de cocina, uñas con laca azul eléctrico y toques fosforescentes, maquillaje de rockera, novios estrafalarios o moteros – estos eran la pesadilla de su madre – y un sinfín de ideas que puso en práctica cada vez que sus padres o sus hermanas la criticaban.

El último enfrentamiento con su familia ocurrió cuando decidió estudiar periodismo. Recibió sermones de sus padres, sus hermanas le explicaron que era una carrera poco prestigiosa. Así que durante un tiempo se vio obligada a acudir a reuniones con altos ejecutivos que la contrarían solo por ser una Kessler, e inclusive sus padres le habían ofrecido pagarle el costo académico de La Sorbona, si estudiaba Economía. Rechazó las propuestas de trabajo, porque no podía sentirse encerrada, ella necesitaba variedad, adrenalina e interactuar con otras personas, y si no eran estiradas como los amigos de sus padres millonarios, mejor. No rechazó hacer un tour para conocer Europa a los diecinueve años con el dinero ahorrado. Y en lugar de ir a La Sorbona como sus padres tanto querían, rechazó el dinero, y prefirió aplicar para una beca de periodismo. La consiguió, por supuesto. Y a la par que estudiaba francés, se había encontrado inmersa en una asignación de cobertura periodística: conseguir entrevistar a uno de los tenistas participantes del Roland Garros.

Kate era su compinche, y se unió a su cruzada de irse de Orange County a buscar una vida. Los padres de Kate y Damon adoraban bucear en la Gran Barrera de Coral australiana, en un par de ocasiones la invitaron, y ella no pudo experimentar una sensación de libertad más deliciosa que estar rodeada de esa maravillosa fauna. Por otra parte, sentir la aceptación del excéntrico matrimonio Blansky, pues los padres de sus amigos se creían *hippies*, siempre había sido un bálsamo para su resentimiento con su propia familia, en especial con su padre. Con los Blansky podía ser ella misma sin temor a ser criticada. Quizá por eso, colarse un poco por Damon no le resultó nada difícil.

Después de graduarse de periodista en Santa Mónica College, Colie quería demostrarles a sus padres que haberse ido de casa no fue una acción de rebeldía, sino que realmente amaba el periodismo. Lograr que *Radio Costa Azul*, a través de *Oxigen California*, fuera reconocida iba a convertirse en su gran logro.

Después de casi una hora y media de viaje por la autopista, estacionó frente a la casa de sus padres. El aire yodado inflamó sus pulmones. Hacía casi un año que no volvía a Cypress Street.

Arrastró la maleta de mano, hasta la entrada. Su madre apareció tan resplandeciente como habituaba. Extendió los brazos hacia ella. Incómoda Colette aceptó el gesto de saludo.

—¡Colie, cariño, estás... más delgada! —exclamó con una sonrisa perfecta. Ni un solo cabello cobrizo fuera de su sitio.

Colette hizo su mayor esfuerzo para no rodarle los ojos por el comentario. ¿Por qué creían que decirle que estaba más delgada era el mejor cumplido nada más verla? Un, “¿cómo va la carrera?”, vendría bien.

—Hola, mamá. Tú también te ves genial.

—Gracias, hija. ¿Tuviste un buen viaje? Me preocupaba que no quisieras que el chofer de la familia fuera por ti. Mira que andar sola por las autopistas cuando puedes tener la seguridad de un conductor. La próxima intenta hacerme feliz, y acepta venir con el chofer. ¿Lo harás? —preguntó sonriente.

—Lo pensaré, mamá...

Greta asintió y le pasó una mano por la mejilla con afecto. Luego inclinó la cabeza ligeramente, frunció el ceño y tomó una de las hebras de su cabello en las manos.

—Este cabello tan hermoso que tienes te ha crecido bastante, tesoro. ¿Sabes? Tengo un amigo estilista...

Y así empezó una letanía de información sobre la moda, las tendencias, lo que decían sus amigas de la alta sociedad y claro, lo que opinaba su padre de que se hubiese ido lejos de casa y hubiera rechazado las oportunidades maravillosas de tener un trabajo más acorde con la naturaleza familiar. El sermón habitual.

Lizzie y Moira no podían ser más distintas a ella.

Lizzie, siete años mayor, tenía un cabello ondulado precioso que caía como una cascada caoba

hasta su media espalda, poseía ojos celestes almendrados como su padre, y una piel de alabastro. Su altura era quince centímetros mayor a la suya, y además de ser modelo tenía una especialidad en la rama familiar por excelencia, la Macroeconomía.

Por su parte, Moira, seis años mayor, tenía los rasgos faciales finos, una figura esbelta y bien proporcionada, doce centímetros más de estatura que ella, ojos verdes gatunos, una sonrisa deslumbrante y un sentido del humor que su padre adoraba. Y su especialidad era Microeconomía, y Gerencia de Proyectos.

Ambas tenían esposos que besaban el suelo que pisaban, hombres exitosos y con un pulcro pedigrí para felicidad de sus padres, y tenían dos y tres preciosos hijos, respectivamente, que Colie adoraba con locura aunque los viese muy poco.

Ella era la curiosidad familiar. Pelo negro lacio, ojos azul verdoso, a veces pensaba que ni eso podían apreciar con claridad sus padres, apenas llegaba al metro sesenta y cinco de estatura – un rasgo similar al de su madre, al menos –, y a diferencia de las perfectas Lizzie y Moira, su figura estaba marcada por curvas generosas. Ah, el detalle imperdonable, ella era periodista. Rareza total.

El único que la aceptaba sin reparos era su adorado tío Robert, Bob Meadows, uno de los amigos más allegados de su padre. Aunque no tenía su sangre, para ella como si la tuviese. Solía tener charlas largas con él, un cariño inmenso y siempre le agradecía el apoyo incondicional que tenía hacia cualquier elección de vida que hiciera. Le daba los mejores consejos. En sus momentos difíciles siempre estaba para ella.

—Mis hermanas fueron modelos, mamá, no yo. Así que no sé por qué te empeñas en criticarme y hacer sugerencias que sabes de sobra que no me interesan —murmuró, mientras Greta señalaba con los dedos dando indicaciones al servicio doméstico—. Lamento ser una decepción para la perfecta familia que has formado, pero tienes que aceptar que no soy un molde, no me gusta la Economía, detesto estar encerrada en una oficina viendo números y gente matándose por conseguir subir o bajar los índices de lo que sea que estudian.

Greta se detuvo un instante como si meditase sus palabras.

—No está bien que manifiestes envidia de ellas, cariño —replicó con su tono despreocupado, acompañando a Colie a su habitación. El vestido strapless de color índigo se movía al compás del elegante andar de Greta—. No somos una familia perfecta, tan solo respetada y conocida. No puedes esperar menos cuando tu padre ha ganado un Nobel por su trabajo e investigación profesional. —Colette contó mentalmente ovejas y burros, para no regresar sobre sus pasos y arrancar el automóvil con rumbo a Santa Mónica—. No quiero escuchar discusiones este fin de semana. Lizzie y Moira han dejado a los niños en Nueva York porque tenían escuela, así que será un momento perfecto para que interactúen entre todas como solía ser antes de que te marcharas y dejaras de asistir a las reuniones familiares.

«No podía faltar el recordatorio de sus ausencias los últimos tiempos», pensó con amargura.

—Seguro. —Aspiró el aroma conocido de su habitación.

Su madre se giró hacia ella dedicándole una sonrisa afectuosa.

—Tu padre quiere verte, cariño. —Le acarició el cabello con suavidad. Una de las pocas muestras de afecto que tenía—. Ahora está en el club de golf, pero apenas regrese, búscalos. Se alegrará de que estés en casa.

—Mamá...

Greta ya tenía una mano en el pomo de la puerta. Mantuvo su rostro perfecto, libre de demasiadas arrugas y un perfecto maquillaje de primavera, atento a su hija más pequeña.

—¿Si?

—Solo por este fin de semana procura que mi padre no me humille en público. ¿Puedes conseguir eso, por favor? De verdad tengo mucho trabajo y lo último que quiero es regresar estresada a Santa Mónica.

Le pareció notar cierto pesar en los ojos de su madre, pero la impresión desapareció pronto, y Greta volvió a tener el mismo semblante sosegado de siempre. Colette podía afirmar que jamás había visto a su madre mostrarse descompuesta, se preguntaba cómo podía vivir con una máscara frente a su propia hija. Jamás se enteraba de los problemas entre sus padres, pues ambos eran como una empresa de seguridad: brindaba confort, pero no podías conocer lo que ocurría dentro. Y sus hermanas eran un mundo aparte.

—Tu padre no busca humillarte, tesoro, ¿cómo puedes siquiera pensarlo? Tan solo es muy directo. Ya sabes que para él es importante esta noche.

Colie suspiró. «Punto muerto.»

—Voy a deshacer la maleta...

—Linette ha hecho galletas de avena, chocolate, vainilla y otras que son solo dietéticas, por si deseas. Me alegra tenerte en casa, hija.

No esperó que Colette respondiera, y salió de la habitación.

Colie se quedó mirando la puerta y meneó la cabeza. Solo tenía que aguantar cuarenta y ocho horas para ser libre de nuevo y volver a su vida independiente.

Luego de bañarse, y cambiarse, bajó a buscar a su padre.

La conversación fue exactamente lo que esperaba. Áspera. No lo había visto en casi siete meses, y parecía como si la edad se le notase cada vez más en su rostro anguloso. Los ojos tenían profundas arrugas, aunque su sonrisa continuaba siendo tan diáfana como siempre, y su mirada conservaba el destello severo que estilaba dedicarle cada dos por tres.

—Gracias por venir a mi cumpleaños, Colie. —Ella le concedía un punto a favor: el que sí la llamara por su apelativo cariñoso.

El salón de lectura y pintura solía ser el sitio preferido que escogían sus padres para conversar con sus hijas. Era un espacio precioso, acogedor, con una colección de primeras ediciones de libros famosos, y una pared completa de cuadros de pintores españoles, ingleses y franceses. Además

contaba con una antesala moderna, que su padre había elegido como sitio de reuniones, y en donde se encontraban en ese momento.

—Ha pasado un tiempo, papá —sonrió después de darle un abrazo—. Espero que la colección de palos de golf que te envié te gustara.

—Me encantaron. Un regalo perfecto. Los estrené hoy y le gané la partida al presumido de Roger Shannon.

«Primera prueba. Superada.»

—¿Cómo van las cosas en la empresa? —siguió con una sonrisa.

Al parecer no irían por terrenos pedregosos, pensó Colie.

Su opinión cambió muy pronto.

—Sería estupendo si pudiésemos contar con tu preparación para asumir los cargos administrativos de alto nivel, pero quizá más adelante te intereses por los números. —Colie sintió esfumarse poco a poco la sonrisa de su rostro—. Le dije a tu madre que quería verte en privado por un motivo muy particular.

—Claro, papá. —En un acto reflejo se alisó el vestido rojo corto que se había puesto para la ocasión. Su padre vestía un elegante esmoquin, y desde donde se encontraban podía escuchar el murmullo de los invitados que empezaban a llegar. El vuelo de sus hermanas se había retrasado por mal tiempo en Nueva York. Agradecía no tener que enfrentarse a ellas todavía.

La música de fondo de Vivaldi sonaba en la sala privada. Su padre era un melómano, y en ocasiones solía invitar famosos músicos para conciertos privados. Un gasto excesivo y ostentoso a su consideración personal, en especial cuando no disfrutaba de esa música. Ella prefería el pop, el rock inclusive, y a veces el techno.

—Hoy va a venir un importante empresario griego millonario. Alexandros Karimidis. Su hijo, Nikos, necesita una anfitriona que lo convenza de desistir en su intento de volver a Grecia y dejar los negocios en América delegados a su hermano menor, Andreas. Lo último no me conviene.— «Aquí vamos. Emparejarme con otro de los hijos de sus amigos», pensó con amargura—. Sé que conoces mucho de la cultura de Grecia, porque cuando fuiste a estudiar francés también pasaste una temporada en Mikonos, Creta y otros lugares. —Ella asintió—. Supongo que tu formación de periodista —dijo con cierto retintín en su voz. Colette apretó las manos en su regazo—, pueden ayudarme en esta ocasión a dar una buena impresión de la familia y su intelecto en temas más... digamos diversos, y utilizar esa capacidad persuasiva que estoy seguro has aprendido bien de mí, con Nikos.

Ella lo miró perspicaz.

—Papá, ya te he dicho que...

—¡Escucha, Colette! En esta ocasión no me interesan tus necesidades de libertad e independencia —la interrumpió frunciendo el ceño. Cualquiera que lo viese en ese momento dudaría que fuera todo

un investigador paciente con sus números. Además, con el físico fuerte y tosco, distaba mucho de los “nerds”, cuyos estereotipos asociaban a los premios Nobel—. La empresa familiar te necesita. Uno de los socios dimitió. Para ser más claro, Bob.

Ella abrió los ojos en par en par. Su tío era el hombre más leal que conocía, así que para haberse desvinculado de la compañía, la discusión con su padre tuvo que ser impresionante. Y muy grave. Con pesar supo que lo más probable era que su tío no estuviese en la fiesta esa noche. Los detalles sobre el motivo de la discusión solo los podría obtener de Bob, si acaso no estaba ya embarcado en uno de sus adorados cruceros por el Caribe, o el Mediterráneo.

—Yo también me sorprendí —dijo al ver la expresión del rostro en forma de corazón de su hija—, pero no puedo retenerlo contra su voluntad. Últimamente hemos tenido algunas diferencias. Presentó su dimisión a la corporación textilera, y yo necesito un punto de apoyo. Alexandros tiene el perfil para cubrir el puesto de Bob, y además nos ayudaría a continuar la expansión a Europa, no puedo permitir que se marche. Si su hijo lo convence de que vivir en América no es lo idóneo, entonces tendré graves dificultades para encontrar un mejor candidato. De hecho, no quiero otra persona. En realidad no me importa lo que haga Nikos, pero sí la influencia sobre Alexandros.

«Y cuando su padre se obstinaba, no había quién lo hiciera cambiar de opinión», reflexionó observando la penetrante mirada de Phillip Kessler.

—¿Y mi papel aquí cuál es? ¿Hacer conversación? ¿Por qué no le pides a una de tus otras hijas eruditas que se acomidan y entretengan con sus experiencias cosmopolitas al tal Nikos?

Phillip se incorporó del cómodo asiento y se acercó a Colette, quien de pronto se sintió muy pequeña. Él era un hombre tan alto como sus hermanas. Jamás le había levantado la mano a ninguna de sus hijas, pero no hacía falta, porque sus comentarios severos o hirientes podían causar más daño.

—El hijo de Alexandros es periodista —soltó desde su altura, como si eso lo explicara todo. Y lo hacía, de hecho—. Si él logra ver un punto favorable en permanecer en Estados Unidos, entonces podría aconsejar a su padre y convencerlo de quedarse. Quiero que sienta la importancia que le damos al concepto de familia aquí en el país, así como ocurre en Grecia, y necesito que le brindes un vistazo del panorama empresarial desde dentro. Sé que ganaste muchos debates en el colegio, así que espero que conviertas tu conversación con Nikos Karimidis en uno sutil, y claro, que lo ganes.

Colette no pudo evitarlo y se echó a reír por la ironía de la situación ante la mirada furibunda de su padre.

—Ya veo...—comentó poniéndose en pie. La luz de la lámpara de araña se reflejó en sus zapatos amarillos de tacón, a juego con los aretes amatistas y el maquillaje en degradados de negro. Estaba preciosa, y al menos por esa noche pretendía utilizar la máscara de los Kessler para soportar a la cantidad de invitados que seguramente, hasta que llegaran del aeropuerto sus hermanas, repararían en ella—. Supongo que entre colegas nos entenderemos mejor —dijo encogiéndose de hombros, y ahora comprendía la insistencia de su madre en que fuese a la reunión familiar. Siempre existía alguna intención detrás cuando eran particularmente amables con ella—. A mis hermanas sueles darles una recompensa cada vez que logran que la sucursal de Nueva York supere las metas que les pones. ¿Qué obtendré yo a cambio, si el tal Nikos decide finalmente quedarse en América en lugar de volver a

Grecia con su padre? Ya sabes, los periodistas solemos ser un poco trotamundos...

Lo hacía para pincharlo. No quería nada de ellos. «Como si su profesión fuera tan solo una mera excusa para dar conversación.» Bullía de rabia por dentro.

—Por una vez en tu vida Colette no me hagas sentir arrepentido de haberte dado mi apellido. —
Dicho esto se ajustó la corbata y salió a celebrar su cumpleaños, dejando a Colie con una conocida sensación de rechazo.

Capítulo 4

Colette no se había divertido tanto con una compañía masculina como en ese instante. Nikos Karimidis era seductor; un clásico ejemplar griego masculino. Alto, muy varonil, con una mirada profunda del color de la noche, la nariz fuerte y el mentón firme. Su modo pragmático de ver la vida acabó con la acidez que le quedó después de hablar con su padre, e inclusive estuvo tentada de ir a darle las gracias por haberle presentado a Nikos.

—Eres una mujer encantadora, aunque supongo que eso ya lo sabes —dijo el atractivo griego con una sonrisa. El aire de la noche removió los cabellos negros y espesos, y por un segundo ella quiso saber qué se sentiría ser amada por un hombre fuerte, aventurero y decidido como Nikos. Conocía cómo eran los periodistas. No tenían un lugar fijo en el que vivir, y añoraban la adrenalina que solo una buena historia les podía provocar. «Podía intuir que Nikos no era el tipo de hombre que la dominaría o intentaría cambiarla como su padre. Al contrario, él la comprendería y...»—. ¿Me estás escuchando? —indagó sin dejar de sonreír, mientras se movía con ella al compás de la música.

Colette elevó hacia él, su rostro ruborizado.

—Lo siento. Estaba pensando en lo distintos que podemos ser por el mero hecho de elegir una profesión. Mis padres insisten en que debí dedicarme a la Economía. No tienes idea lo mucho que me mortifica. El mercado es muy bueno, pero yo prefiero el campo de las noticias sociales, o de actualidad, ajenas al tema de inflaciones, superávit, y otros, aunque lo comprendo todo muy bien. — De no haber bebido al menos tres copas de champán no habría abierto la boca sobre ese asunto.

La risa grave de Nikos retumbó contra su cuerpo. Alrededor, las doscientas personas creaban un bullicio que se ralentizaba por la brisa del mar que llegaba hasta la casa.

—Lo comprendo —dieron un giro suave con la balada de fondo—, mi padre quiere quedarse en Estados Unidos, aún le sigue pareciendo una tierra prometedora. Está un poco delicado de salud, y a veces prefiero que permanezca con mi madre en Santorini.

—¿A ti no te interesa quedarte? Hay oportunidades de trabajo muy buenas, Nikos. ¿En qué país resides ahora?

Él se quedó en silencio un largo rato, tan solo moviéndose al ritmo de la música en la voz de Sting.

—Voy y vengo entre Grecia, Inglaterra y Estados Unidos. —La miró fijamente. Ella sintió como si leyese sus pensamientos en el rostro con facilidad—. Me gustaría que fueras sincera —expresó al fin.

—¿A qué te refieres? —preguntó cautivada por su voz y la cadencia marcaba por el acento extranjero.

—Colette, seguro te saco al menos diez años más en edad y experiencia. Tu padre me presentó con tus hermanas, y ahora contigo, al parecer para darme un discurso similar...

—¿Ah, sí? —Ella había saludado con Lizzie y Moira hacía media hora. Sus hermanas le hicieron un scanner a la ropa que utilizaba para la ocasión. Hubo un par de comentarios sobre lo que había estado haciendo últimamente, y ellas sacaron a relucir sus magníficas vidas en Nueva York. Pasados los cinco minutos no soportaron que por esa noche la apariencia de su hermana pequeña fuese irreprochable, pues dejaron caer una crítica sobre lo escotada que era la espalda del vestido de Carolina Herrera que llevaba, y lo nada apropiado que resultaba para su baja estatura. Colie preparó una réplica mordaz y estuvo lista para decírselas, cuando su madre interrumpió la conversación para pedirle que fuese a recibir a Byron Goshltheron, uno de los invitados. Debía agradecerle a su madre porque acababa de salvar la velada. Su genio estaba a punto de estallar, aún más, después de la conversación agrídulce con su padre—. ¿Ya las conocías antes de que mi padre te las presentara hace un rato?

Sting terminaba *Fields of Gold*, para dar paso a *Hey Jude* en la voz de Los Beatles con el DJ de turno. La banda que había contratado Phillip Kessler estaba alistando los instrumentos musicales, poniéndolos a punto antes de empezar a tocar.

—Antes de venir a Orange County, mi padre y yo pasamos por la sucursal de Nueva York de tu empresa para conocerla. Moira y Lizzie intentaron convencernos que permanecer en Norteamérica sería fabuloso. Tienes unos cuñados muy persuasivos —expresó con humor—, me propusieron contactar con un par de editores. National Geographic, New York Times, o donde yo quisiera. —Colette se paró en seco, y él se detuvo también llevándola con cortesía hacia una mesa ubicada en la esquina del jardín, y que estaba vacía en ese momento. «Así que no era la primera opción de su padre, sino la segunda. Una vez más», pensó Colie sin sorprenderse, pero no por eso dejaba de dolerle—. Sé que tu padre está interesado en que el mío asuma un cargo en Textileras Kessler y la expanda hasta Europa. A mí me preocupa más la salud de mi padre y su felicidad que sumar un par de millones a nuestras arcas familiares, que no necesitamos.

—Yo... no sé qué decir.

Él desestimó su preocupación dándole un apretón con sus dedos fuertes sobre los suyos, más delicados.

—Tus hermanas me dieron la impresión de que tienden a menospreciar la profesión que tenemos en común, Colie. —Su apelativo sonaba fabuloso en sus labios, y ella se dejó llevar por la tormenta que veía en el fondo de sus ojos. «Si pudiera inclinarse solo un poquito hasta su boca... solo un poquito»—. No sé por qué creían que yo necesitaba esos contactos. Los dueños de esas publicaciones son amigos personales. ¿Creen tus hermanas que los periodistas nos morimos de hambre o algo por el estilo? —preguntó trasluciendo humor en su voz.

—Algo así —concedió sonriente, pero sin alegría—. No puedo culparlas... es su modo de ser. Yo soy distinta. Ellas en realidad piensan que está mal ser independientes del negocio familiar. Lo ven como una falta de lealtad. Algo que no he logrado comprender nunca —expresó con sinceridad.

Inesperadamente, Nikos se echó a reír. Su voz grave hirvió por la sangre de Colie, y quiso

besarlo, porque esa boca que tenía era definitivamente tentadora. Jamás como la que había devorado la suya años atrás, una noche en París, pero casi. El tiempo había hecho su trabajo, y la impronta de los labios sensuales de Jake Weston era casi inexistente.

—Y tú eres independiente.

—Sí...

—Bien, Colie. Si no fuera porque tengo una novia que me espera en Santorini, ya te habría besado e intentado seducir. —Ella lo miró sin dejar traslucir su decepción porque tuviese pareja. ¿Qué esperaba? Un hombre guapísimo, perspicaz, exitoso... no podía fijarse en la hija “extraña” de un Nobel de Economía—. Eres una preciosura, aunque creo que no te das cuenta del todo —le pasó un dedo por la mejilla—. Me apena que tu padre te utilice para intentar convencerme con tu inteligente conversación sobre los horizontes profesionales que podría abrirme en Norteamérica de modo perenne, y la conveniencia para mi padre de asumir nuevas rutas empresariales.

Colette giró ligeramente la cabeza, y notó que Phillip la observaba como un halcón al tiempo que bailaba con su madre y saludaba a los demás invitados. Su padre le transmitía con la mirada que fracasar con Nikos no era una opción.

—Supongo que no siempre se puede conseguir lo que se desea...—replicó imaginando los mil y un reproches que le haría su padre, cuando se enterara que los Karimidis preferían la familia a los negocios o la reputación social.

—A veces el destino tiene designios interesantes —continuó ajeno a los pensamientos de Colette—. Mi novia es estadounidense y le pedí que se case conmigo. Así que, indistintamente de los planes persuasivos de Phillip, ya había pensado en dejar a un lado las idas y vueltas como periodista trotamundos, y establecerme para formar una familia en Norteamérica. Quizá trabaje dentro de tu país viajando, pero mi ancla será de ahora en adelante Chantelle y los hijos que tengamos.

—Lamento que mi padre intentara embaucarte poniéndome de intermediaria —expresó avergonzada—. Felicidades por tu compromiso, Nikos.

Él la miró sonriente.

—Gracias. Mira, pequeña, yo tengo treinta y ocho años. Si no deseo hacer algo, simplemente no lo hago, por más encantadora e inteligente que sea la compañía. —Ella se ruborizó—. Mi padre me dio un par de sermones cuando decidí dedicarme a la aventura de cazar noticias, en lugar de ocupar mi puesto de heredero de las navieras Karimidis y de la cadena de ropa de alta costura de la familia. Al final entendió que ese no era mi camino. Lo aceptó. Comprendo cómo te sientes con respecto a tu padre. Si algo tiene en similitud con el mío es su necesidad natural de tenerlo todo bajo control. Mi hermano Andreas se ocupa del negocio ahora, y a veces yo echo una mano, pero respetan mi decisión de viajar por el mundo para plasmar historias de personas con menos recursos, y también aquellas noticias que se encargan de poner en claro los mensajes detrás de las mentiras de los políticos.

—Qué afortunado. Yo aún pago el karma de ser la oveja negra de la familia —repuso sin ocultar su amargura.

—Luego de haber conocido al resto de los Kessler, entiendo lo difícil que debe ser para ti. ¿Vives aquí con ellos?

—No, me mudé a Santa Mónica cuando empecé la carrera.

—Una decisión coherente —dijo con tono alegre—. Me encantaría continuar charlando contigo, pero en Grecia casi ha amanecido y tengo que hacer un par de llamadas. Le diré a mi padre que quizá sea una excelente opción permanecer en Norteamérica y disfrutar del clima de California, así como la oportunidad de convertirse en socio de una nueva empresa en un mercado distinto al nuestro como lo es el textilero. Pero es todo lo que haré en honor a una colega que tiene tan buena conversación y encanto como tú. No sé por qué Phillip cree que mi padre sigue mis consejos —explicó con una carcajada—. Asumo que él considera que ese famoso asunto de la importancia de la familia en Grecia, se extiende hasta la posibilidad de poder persuadir a los testarudos como mi padre de hacer la voluntad de su hijo mayor. Nada más lejos de la realidad. Al menos no en la familia Karimidis.

—Nikos, yo... —suspiró ligeramente avergonzada—. Yo quería convencerte de quedarte en Norteamérica así como mis hermanas trataron en Nueva York. Por eso me dediqué casi toda la velada a acaparar tu atención —ambos rieron—, y a echarte ese discurso sobre los mercados emergentes, cuando en realidad prefiero conversar respecto a los países en vías de desarrollo, sus sistemas de gobierno, los desastres naturales, nuevas tendencias de periodismo... —suspiró más relajada. «Nikos era perfecto... y ya había encontrado a su pareja ideal. Una lástima»—. Tú me comprendes. Lamento no haber sido sincera desde un principio.

—No has negado tus intenciones, así que eso también es sinceridad. Espero volver a verte en algún momento, quizá te guste Chantelle, es una mujer encantadora.

—Me encantará volverte a ver, por supuesto. Y gracias por haber tomado una decisión que, sin pensarlo, me ha salvado de una gran discusión con papá.

Él asintió sonriente, y se despidió con un beso, antes de encaminarse hacia la salida del área donde se celebraba la fiesta.

Colette supo que acababa de ganar un amigo.

El viaje de regreso a Santa Mónica lo hizo con la música del grupo *Imagine Dragons*. Le encantaba la canción *Demons*. Fue tarareándola durante todo el camino, pero sin olvidar que en el desayuno de esa mañana, su padre le hizo todo tipo de preguntas sobre Nikos, mientras sus hermanas comían con moderación, y su madre —como era habitual cuando su padre la tomaba con ella— lo hacía en silencio, y opinaba muy poco.

—Cuando sepa la decisión de Alexandros podré decir si has hecho un buen trabajo, Colette —dijo su padre, mientras bebía café—. Y espero verte más seguido por la casa.

«Si fuera una petición, y no una orden, tal vez.»

—Ya tienes a Lizzie y Moira, no me necesitas.

Su padre gruñó, y sus hermanas menearon la cabeza.

—Te equivocas —intervino milagrosamente su madre—, somos una familia. Así que es importante que estés con nosotros más seguido. Trae la próxima ocasión un novio para que lo conozcamos. Siempre estás sola y no es bueno que una muchacha tan joven dedique todo su tiempo solo a trabajar. Además, así coincides con las visitas de tus hermanas que en esta ocasión no han podido conversar mucho por el retraso en el vuelo.

«Un respiro del cielo», pensó Colette sonriendo ante ese hecho de no haber tenido que soportar la cháchara y crítica de sus hermanas.

—Claro, mamá. —«Ni loca les presentaba a nadie.»

—Tienes veinticinco años y jamás has presentado un novio formal... los moteros, tatuados con piercing, y esos rockeros sin aspiraciones que nos paseabas en tu adolescencia no cuentan —expresó Lizzie mirándola condescendentemente—. Somos más adultas que tú y conocemos lo que te conviene. Esa profesión tuya no te permite rodearte de personas más... pues más como nosotros.

—No seas snob —se había limitado a decir, dándole un mordisco al cruasán. «¿No le reconocían veinticinco años, o ella había escuchado mal y quiso decir diez? ¡Cielos!»

Los ojos de Lizzie relampaguearon.

—Ya traerás a alguien cuando creas conveniente, ¿verdad Colette? —expresó Moira interviniendo ante la inminente discusión que se aproximaba. Había amanecido curiosamente amable e inclusive antes de bajar a desayunar le dejó a ella una bolsa con maquillaje y alabó el brillo de su cabello negro—. No la atosigues Lizzie. Cuando venga a Nueva York en algún momento tendrá oportunidad de conocer a alguien interesante. Aún hay tiempo.

Colie le sonrió con agradecimiento.

—¿Vas a contarlo ahora? —preguntó Greta a Moira con entusiasmo.

—¿El qué? —intervino Phillip.

—¡Voy a ser mamá otra vez! —exclamó Moira resplandeciente.

«Así que era eso», pensó Colette alegrándose por su hermana. Cuando Moira estaba embarazada solía ser más dulce, o bueno, no se ensañaba con ella tan insistentemente, sino que Peter, su cuñado, era el que sufría las exigencias de su carácter.

—Felicitaciones —dijo Colie y se levantó para darle un abrazo que fue bien recibido.

Se había ido de casa sin contarles nada sobre *Oxigen California*. Iba a darles una gran sorpresa cuando los titulares de los periódicos empezaran a reconocer su trabajo, entonces la respetarían como profesional y dejarían de verla como la rebelde de la familia. Además esperaba que eso les diese otra visión del periodismo, porque su profesión se trataba de darle una voz a aquellos que lo necesitaban, informar para ayudar, hacer una diferencia, y aquella era una responsabilidad, no cualquier cosa.

Cuando estaba a unas pocas cuadras de distancia de su departamento en Santa Mónica, el equipo

de sonido de su automóvil empezó a fallar. Lo apagó de un manotazo. Reparar su radio era una prioridad ahora que tendría su programa en *Radio Costa Azul*. Con una sonrisa sorteó los últimos semáforos y parqueó su viejo automóvil en el garaje del edificio.

«Hogar dulce hogar.»

Jake estaba acostado en una cama extraña. Frunció el ceño. Abrió los ojos, y poco a poco fue recobrando la conciencia sobre la noche anterior. El bar, las copas, las luces y una mujer sexy bailando con él un largo rato, hasta que lo invitó a su casa. No se había hecho de rogar.

Se estiró sobre el colchón, y pronto sintió la caricia de una mano deslizarse hasta su entrepierna y tomarlo de modo posesivo. El recuerdo de la sesión de sexo las últimas tres horas le arrancaron una sonrisa de suficiencia masculina. La mujer que en esos momentos le ponía el condón a su miembro erecto era una rubia fabulosa. Tenía unos pechos perfectamente redondeados con pezones rosáceos y pequeños, una cintura fácil de abrazar mientras enlazaba las piernas alrededor de sus caderas antes de ser penetrada. Apenas recordaba su nombre. ¿Abril? ¿Donna? ¿Mandy? Daba igual. Con ella dio fin a su periodo de abstinencia. Y se sentía...

Se sentía vacío.

Antes que la mujer se inclinara hacia adelante, para colocarle los pezones erectos en la boca con la inmediata intención de deslizarse hacia abajo sobre su miembro, para encajarlo en su humedad femenina, Jake la agarró de las caderas y la apartó con rapidez. Se incorporó de la cama con la soltura de un felino yendo hasta el baño para deshacerse del látex sin utilizar.

—¡Oye, Jake! No hay motivo para rechazarme —exclamó desde la cama la mujer con un tono de voz frustrado, mientras observaba la espalda musculada de piel bronceada y el firme trasero que hasta hacía poco había acariciado, desaparecer tras la puerta—. Si no te gusta que te despierten con sexo, me lo dices y ya está... Aunque tu miembro no opina igual...

La respuesta de Jake fue dar un portazo y empezar a ducharse. Se sentía extrañamente sucio. Su cuerpo se rehusaba a dejar de sentir placer, pero su mente tenía una opinión distinta. La sensación de vacío era demasiado fuerte. No podía explicársela a sí mismo y eso le agrió el genio. Le faltaba algo, y no sabía qué.

Dejó que el agua fría le calara la piel.

Cuando terminó de vestirse, su amante de la noche anterior aún estaba desnuda sin tapujos sobre las sábanas grises de la cama. Lo miraba con resentimiento.

—¿Me puedes explicar qué ha sido todo este número de hombre ofendido? —preguntó ronroneando y dejando expuestos sus pechos—. Creo que te he complacido, y me has complacido. ¿Qué tal repetir? —sonrió con aquellos labios que a la luz del día le parecieron pálidos y carentes de atractivo.

La contempló indiferente.

—Ni siquiera recuerdo tu nombre, así que no creo que merezcas una explicación. —La mujer lo miró ofendida, pero él no le dio tiempo de replicar—. Gracias por el revolcón. Fue un sexo estupendo, tal como lo has dicho. Espero que no tengas la idea de que volveremos a vernos. —Se sacó del bolsillo del pantalón un papel con el número telefónico que ella le había anotado en algún momento que él no recordaba, y lo lanzó a un lado—. Tampoco pienso llamarte.

Con eso en mente y aún furioso consigo mismo por haber roto su intención de no ligar con cualquiera. Salió de la habitación. Lo último que escuchó fue una frase cargada de insultos y una lámpara romperse contra la puerta que acababa de cerrar. No era su estilo comportarse de ese modo, pero en ese momento no se sentía conforme con su conducta. Algo extraño porque rara vez se cuestionaba.

Fue a buscar su Jaguar y se dirigió al único sitio en que podría relajarse.

Llegó a la playa, se sacó la camisa y se recostó sobre la espalda. El sol apenas brillaba con fuerza, quizá porque era primavera, pero la brisa fresca acompañaba el vaivén de las olas. Cerró los ojos para escuchar el mar.

Una risa a lo lejos le trajo recuerdos de una noche en la que no solía pensar a menudo. París. Aún le escocía un poco lo cretino que se había comportado con aquella joven, cuyo nombre intentaba recordar sin éxito. Pero habían pasado seis años desde entonces. Seis años en los cuales no había vuelto a experimentar el júbilo y la satisfacción de tocar algo puro y genuino. En ese tiempo era joven, estúpido, y lo había echado a perder, cuando los ojos azul-verdosos habían destellado con algo más que simple placer. Lo asustó la idea de atarse a alguien. Quería vivir, experimentar, divertirse. Aquellos ojos soñadores esperaban algo duradero. Lo máximo que pudo darle fueron los cuatro días hasta que lo eliminaron de Roland Garros. A sus veintisiete años no quiso cadenas. No las quería ahora, menos aún después de Lauren. Lo más probable era que aquella muchacha de París, lo odiara, y los recuerdos de su primera vez fueran la de un cretino que se largó al cuarto día sin darle explicación. Y con justa razón.

Ya casi era el ocaso cuando despertó.

El ruido arrullador de las olas lo había adormecido. Verificó su reloj sorprendiéndose por dormir casi seis horas seguidas sin que hubiese sido presa de algún ladrón de paso. Miró a su alrededor y comprobó que las estaciones de los salvavidas estaban trabajando, aún el domingo, y un par de policías merodeaban a varios metros de distancia.

Recogió las piernas y cruzó sus brazos marcados por el ejercicio, sobre las rodillas, apoyándose.

Observó el horizonte sintiéndose descansado de verdad, como no le ocurría desde hacía mucho tiempo. La sensación que lo invadió cuando despertó en la cama de la mujer de la noche anterior se había desvanecido.

Ya no se sentía asqueado, aunque ahora tenía plena conciencia de que existía un gran vacío emocional en su vida, y nada tenía que ver con su familia. Le hubiera gustado continuar bloqueando los recuerdos, como lo había hecho durante los últimos años cada vez que la escena de la ruptura con

Lauren se atravesada en sus pensamientos. En esta ocasión resultó inevitable.

Las imágenes empezaron a llegar como una película.

Lauren poseía una belleza arrebatadora, diría que etérea. Era casi tan alta como él, tenía una figura delicada y proporcionada. Elegante. Los cabellos ensortijados le caían sedosos hasta la espalda y su risa podía quitarle el mal humor con facilidad. Se habían conocido durante una de sus visitas de ayuda social en un centro de enfermos incurables. Ella era la asistente personal del presidente de uno de sus auspiciantes.

Desde el primer día que la conoció quiso que fuera suya. Podría asegurar que estaba enamorado de ella. Y aún ahora, a pesar de todo, también se atrevía a afirmar que ella lo estuvo de él...en algún momento. Estuvieron juntos más de un año.

Hubo un periodo en el que las graves peleas se volvieron demasiado comunes, y él casi creyó perderla. Una noche, Lauren volvía de un viaje de trabajo y se había comportado más afectuosa que nunca, y él supo que no podría vivir sin ella. Cuando finalmente consiguió convencerla de casarse con él, recibió a cambio la sonrisa más gloriosa que hubiese visto desde que estaban juntos. Aquella noche la había amado con ternura imaginando un futuro sólido e indefinido a su lado.

A pesar de que su madre era reacia a la presencia de Lauren, nunca hizo comentarios delante de su novia para hacerla sentir mal o desacreditarla. Lo que siempre le llamó la atención fue la actitud de su pequeño sobrino. Brad rehuía a Lauren cuando ella se presentaba con algún obsequio o intentaba abrazarlo. No encontraba motivos, pues su prometida era encantadora.

Cuando pasaron tres semanas de su propuesta, Lauren le anunció que estaba embarazada. Él se tomó el embarazo con alegría. Un hijo llevado por la mujer con la que iba a pasar el resto de su vida. ¿Qué más habría podido desear? «Que durara.»

Lauren tenía seis semanas de gestación cuando sufrió un aborto espontáneo. Fue entonces cuando su mundo se deshizo.

—Necesito hablar contigo —le había dicho cuando volvieron del hospital.

Él se sentía devastado, y admiraba la calma que ella mostraba. Una mujer fuerte, aunque su rostro estaba pálido y marcado por la tristeza.

Se habían sentado en la sala del departamento de Lauren en Beverly Hills.

—Has sido un novio maravilloso, Jake —había dicho, luego de haber llorado sobre su hombro durante un largo rato—. Siempre tan atento y pendiente de mí. Dejaste tus hábitos de playboy por mí, me has hecho sentir siempre especial, y no creo que yo haya correspondido lo suficiente...

Él había tomado las manos de Lauren entre las suyas, confortándola.

—Te quiero, no es difícil ser fiel —le había apretado las manos con firmeza infundiéndole calidez—. No deseo que te sientas triste. Podemos intentar tener otro bebé, cariño...

Entonces las lágrimas habían empezado a brotar de los ojos de Lauren de nuevo, y él trató de acercarse para consolarla, pero en esta ocasión ella lo apartó.

—No he sido completamente honesta contigo —había pronunciado con voz trémula.

La miró confundido intentando leer las emociones que se reflejaban en el rostro hermoso de Lauren.

—¿A qué te refieres...?

—Este es el peor, y también el mejor momento para hablarlo —se había retorcido las manos, mirándolo con un profundo arrepentimiento—. El hijo que perdí no era tuyo...

A él le tomó un largo rato asimilarlo.

Infiel.

Lauren le había sido infiel.

Las esperanzas que depositó en ese hijo vinieron a su cabeza como un vendaval. Sintió que la sangre abandonaba su cuerpo para dar paso a una furia incontenible, rabia y odio. Jamás pensó que pudiese sentir tal desprecio por alguien a quien quería. Pero le había ocurrido.

—Zorra...—dijo escupiendo las palabras y apretando los puños. La sola idea de volver a tocarla lo corroía por dentro como el ácido.

Ella se había puesto en pie como un resorte al escuchar la voz lacerante y cargada de rabia y dolor que salió de su garganta.

—Jake...—había empezado a sollozar—, Jake... fui a un bar luego de una reunión en Filadelfia, lo conocí y no sé qué me ocurrió. En esas semanas teníamos demasiadas peleas y yo estaba pensando en dejar lo nuestro... y... —Lo miró con aquellos ojos desvalidos y por un instante él había estado a punto de abrazarla, pero lo que hizo Lauren había sido imperdonable. Intentar hacer pasar el hijo de una aventura de una noche, por uno suyo cuando él prácticamente estuvo dispuesto a enfrentarse a su propia madre cuando esta le dijo que quizá Lauren no era la mujer adecuada para él—. Entonces supe que estaba embarazada y tú me pediste casarme contigo... no... no podía...—se secó las lágrimas—, oh Dios, Jake... lo siento tanto...

Cuando Lauren quiso acercarse y tocarlo buscando un consuelo que ya no merecía, Jake se apartó.

—No quiero volver a verte —rechinó los dientes observando cómo Lauren sollozaba sin cesar. Él sentía el cuerpo como si se lo hubiesen golpeado; molido a palos. El dolor era lacerante y la decepción calaba en lo más hondo. La traición y la infidelidad eran imperdonables. Él podía tener aventuras, pero cuando se comprometía a algo o con alguien era al cien por ciento. Y Lauren lo sabía, pero al parecer no había sido suficiente—. Y espero que seas sensata como para no darle a entender a la prensa lo que ha ocurrido. Tengo los suficientes recursos para hundirte, Lauren. Y créeme que lo haré con gusto si te atreves a provocar un escándalo.

—Jake... dame una oportunidad... lo que hice fue terrible...pero perder a mi hijo... Dios. —Se sentó y cubrió su rostro con las manos y dio rienda suelta al llanto—. No tienes idea de lo que se siente...

La compasión por lo que le había ocurrido a Lauren se esfumó. Él había acudido a la clínica, desesperado, y también lloró por un niño que no era suyo, que era fruto de un engaño. Se había enamorado de una mujer que no pensó dos veces en arrojar su afecto y acostarse con otro. No pudo justificarla.

—Supongo que lo mismo que perder a una mujer que creías digna de amar. Adiós, Lauren.

Ella lo había mirado con los ojos llenos de lágrimas.

—Jake...

—Creo que deberías llamar al padre y confesárselo. Al menos ten la decencia de hacerlo. Con los debidos cuidados médicos estarás bien. No quiero volver a verte.

Él había salido de aquel departamento con la bilis en la garganta. No pudo quedarse ni un segundo más, porque de haberlo hecho, quizá habría atentado con el principio de que los hombres no podían golpear a una mujer, y eso jamás se lo habría perdonado a sí mismo. Jamás.

Había bajado los seis pisos por las escaleras de emergencias con el corazón destrozado, y una sensación de traición que lo impulsaba a querer destruir todo a su alrededor. Aquella noche se había emborrachado, y también aprendido una lección.

El amor solo conseguía destrozarte la vida.

Stars Match se convirtió en su terapia personal, ya no solamente para continuar enfocado en algo vinculado al deporte luego de su retiro de las canchas, sino también contra los titulares y especulaciones sobre la ruptura con Lauren Jovinella. En honor a su condición de caballero, aunque no hubiera querido hacerlo, insinuó que quien lo dejó fue ella. Los detalles se los terminó de inventar la prensa.

Ahora, contemplando el mar, por primera vez sentía que el dolor que le había tomado tanto tiempo enfrentar se diluía.

Capítulo 5

—¿Y entonces, qué opinas?

Colette se quedó mirando a Zack sin entender.

—¿Eh?

El muchacho frunció el ceño.

—Durante los últimos cinco minutos te he estado explicando cómo vamos a alternar la música, los cortes comerciales y el guión que se supone debe tener Jake Weston hoy durante el ensayo — declaró impaciente. Tenía muchas cosas aún por hacer, y repetir por tercera vez la misma información a su productora no estaba entre ellas—. Has estado distraída desde las dos de la tarde que entré a mi turno. ¿Te preocupa que no tengamos éxito?

Espabilándose, Colette negó.

—Intentaba pensar en cuál sería la mejor introducción para el presentador —mintió, pero Zack no podía saberlo, ni tampoco podía intuir cuán inquieta se sentía con la idea de ver de nuevo a Jake. Prácticamente era una artista escondiendo sus emociones, y aunque solo fueron unos pocos días que pasó con él durante el torneo Roland Garros, seis años atrás, Jake había sido la única persona ante la cual sus inseguridades y miedos salieron a flote sin temor a sentirse vulnerable o rechazada. Se cuidaba mucho de seguir su instinto, pero con él le había fallado. Y de un modo monumental.

París estaba a seis años de distancia. Quizá no sentía más que un ligero escozor por cómo se portó Jake al final, y si no hubiera sido por Cesare Ferlazzo, probablemente su corazón no habría sobrevivido.

Hacía mucho tiempo que no escuchaba de Cesare, uno de los más allegados amigos, y a la vez rivales de Jake en las canchas, según recordaba. Quizá podría buscarlo en la base de datos de sus colegas deportivos. «Un enfrentamiento de egos le daría un alto rating al programa», pensó con malicia. Aunque jamás pondría en una posición como esa a Cesare. Él se había portado como un caballero, a pesar de que tan vulnerable como estaba en esos momentos por el abandono de Jake, pudo haberse aprovechado. No lo hizo, y por eso, Cesare Ferlazzo siempre tendría su amistad.

—Entonces, no te inquietes. La que escribimos suena sensacional. ¿Estás segura que no vamos a requerir un copresentador?

—La radio no puede afrontar ese presupuesto. Es un lujo y una suerte que Gearforce pague a Jake por estar aquí y hacer las menciones publicitarias de su marca. Quiero todo a punto, como si estuviésemos al aire. He enviado algunos boletines de prensa, y se espera que la llegada de Jake traiga no solo a los paparazzi, sino también un alto rating. ¿Puedes llamar a Wanda? Sé que ella trabaja en la mañana, pero hace poco me pareció verla aún por aquí. Si por algún motivo tú llegases a faltar un día o dos, será Wanda quien acuda en tu lugar. Necesito que ella conozca mi forma de trabajar.

—Relájate, Colie.

—Lo estoy —mintió de nuevo—. Nos vemos en la cabina dentro de una hora. Tenemos de cuatro a cuatro y cuarenta de la tarde el piloto. Unos minutos de receso, y luego arrancamos en vivo a las cinco en punto.

—De acuerdo.

Jake estaba descansado, y listo para empezar a trabajar en *Radio Costa Azul*. La noche anterior había recibido una sorpresiva llamada de Rexford, justo cuando se disponía a cenar solo en casa, luego de haber ido a dejar a su madre y Brad al aeropuerto para que tomaran rumbo a Delaware. En un principio pensó en negarse a acompañar a Rex a un conocido restaurante de Santa Mónica, pero luego se dijo que quizá la prensa estaba más interesada en el último pleito de las Kardashians, que en la vida de un tenista cuyo programa televisivo acababa de ser cancelado. Así que terminó yendo a Cusket. Un restaurante con dos estrellas Michelin. Además, le apetecía ver a su amigo de toda la vida.

—¿Te habitúas a no estar en el circuito? —le había preguntado Rex, cuando estaban tomándose una copa al final de la comida.

—Ya he tenido cinco años para asimilarlo. De algún modo los partidos de caridad me ayudaban a mantener esa adrenalina de estar rodeado por el público, las luces, el aroma de la cancha... Tú entiendes. —Rex asintió.

Rubio y de ojos verdes, Rexford Sissley era el típico referente de un atractivo tenista que podía tener todo lo que deseara. Siempre había tenido suerte. Desde pequeño lo fichó el mejor entrenador que un aspirante a tenista profesional podía desear. Sus auspiciantes eran de la talla de Rolex, Cartier, Babolat, y eso que Rex —como lo conocían todos— apenas contaba con doce años y aún estaba en entrenamiento cuando el mundo del tenis se abrió ante él. Había sido la estrella de los circuitos, y con mucho éxito entre las mujeres. Sin embargo, su pasado era más duro de lo que muchos fanáticos y periodistas podrían imaginar jamás. Un pasado que solo conocían sus dos amigos más cercanos, Cesare y Jake.

—Nunca me imaginé que pudieras ser entrenador, te veía más talla de modelo para anuncios publicitarios al retirarte. ¿Has pensado si vas a quedarte en mi casa de Bel Air?

Rex se había reído de aquel modo jovial que lograba disipar la tensión en las conversaciones más incómodas.

—Han pasado algunas cosas —comentó en tono cauto. Jake supo que era terreno vetado, y él no se metía donde no lo llamaban, pues tampoco le gustaba que otros se metieran en su vida—. Así que prefiero por ahora dedicarme a entrenar. Tu casa suena bien, esto de vivir en hoteles bien sabes nunca ha sido lo mío. Prefiero mi departamento en mi natal San Francisco, pero ahora tengo este

trabajo, así que toca acomodarse.

—No traigo conmigo las llaves de Bel Air, pero podemos quedar un día que te venga bien, o le digo a Gordon, que tiene una copia, que te envié al chofer con las llaves.

—El martes hay una fiesta en Bacci. Ya sabes, el bar de moda. Y lo mejor de todo, tiene entrada lateral anti-paparazzi.

—Genial. Te daré las llaves ahí, entonces. En el garaje está el Porsche y el Aston Martin, yo por ahora estaré con el Jaguar, así que esos automóviles quedan a tu disposición, a menos que quieras comprarte algo por la temporada.

Rex asintió.

—Hecho. Gracias.

«Así que ya tenía agenda para los primeros días lejos de *Stars Match*.» No iba en plan ligarse a una chica para acostarse con ella. Con la mujer del fin de semana creía haber puesto en su cabeza los puntos claros. En el bar solo tenía ganas de disfrutar de un poco de buena música, exclusividad y un buen trago. Aunque estaba más que seguro que Rex llevaría a la novia que tuviera de turno, y esta sin duda, tendría alguna amiga. Él ya había decidido que las juergas con mujeres de una noche no iban más, y pensaba mantener su palabra.

Intentaría ir día a día. Ya le había dicho a Gordon que tendría que ocuparse de gran parte de su agenda de eventos de ahora en adelante, pues él se quedaría solo con los negocios personales.

Jake se ajustó la camisa azul, y metió en el bolsillo trasero del pantalón blanco, la billetera. Trabajar en una radio no iba representar ningún contratiempo, pensó, mientras bajaba al garaje para sacar su Jaguar. Empezaría a habituarse a su nuevo ritmo de vida.

Estaba encerrada en el minúsculo baño de su oficina. Menos mal tenía un espejo. El cabello lucía impecable. Nada fuera de sitio. Intentaba recordar las clases de dicción en las cuales le habían enseñado a respirar para no hablar apresuradamente. Llevaba un vestido café oscuro de cuello en V, y unas botas a tono. Se preguntaba si Jake la reconocería o haría algún comentario burlón. Estaba nerviosa, pero no podía dárselo a entender. Ella haría de cuenta que no lo conocía.

Llamaron a la puerta.

—Colie llevas ahí casi quince minutos, ¿está todo bien? —preguntó Wanda que se había quedado para la prueba.

No, no estaba bien.

—Todo en orden. Estaba retocándome el maquillaje. —Esperaba que su compañera de trabajo no reparara en que no solía usar más que labial, y blush.

—De acuerdo, Jake ya está en la radio. ¡Qué guapo es en persona! —soltó una risita—. Será

mejor que te des prisa.

Colette puso los ojos en blanco.

—En un minuto estoy fuera.

—Perfecto. Zack ya está en cabina. Todo listo. Solo falta que tú salgas a hacer la presentación, aunque creo que el jefe ya se ha encargado de eso, y con bastante entusiasmo por tener una estrella como Jake en la radio —expresó entusiasmada.

—Ajá. Estoy con ustedes dentro de nada.

Cuando escuchó que la puerta de su despacho se cerraba, respiró con alivio. Abrió la puerta del aseo con lentitud, y cuando estuvo frente a la puerta principal de su oficina hizo una inspiración profunda, pidiéndoles a los dioses que por nada del mundo tuviera que vivir un momento bochornoso.

Al salir al pasillo llegaron hasta ella los murmullos entusiasmados de sus compañeros. Lo cierto era que ella estaba también ilusionada, pero por motivos muy distintos a la llegada de Jake Weston a la radio. Para ella, empezaba la aventura que la llevaría a demostrarles a sus padres que era una periodista de éxito, que no se había equivocado al elegir profesión y que valía exactamente lo mismo que una afamada economista, como sus hermanas. No iba a permitir que nadie arruinara esa oportunidad.

Con paso firme se encaminó hacia la cabina. Podía decir que la suya era la más moderna de todas. La consola de sonido estaba casi nueva, los micrófonos se estrenarían esa tarde, y el material que recubría las paredes estaba impoluto, al menos, a diferencia de las otras cabinas donde el material que impedía que el ruido llegara, se salía en algunas partes. Mientras caminaba se cruzó con ella Vivianne, la recepcionista, quien le hizo un gesto con los dos pulgares arriba, y además llevaba un sonrojo en las mejillas. «No me puedo creer esto», se dijo conteniendo una carcajada. Era cierto que Jake era muy atractivo, pero para que la ácida de la recepcionista se hubiera sonrojado, entonces él debió haberle dicho algo encantador. «Ajá, como a ti en París», recordó quitándose la sonrisa del rostro.

Entró en el estudio, y entonces lo vio. Estaba de espaldas, pero el cuerpo atlético de Jake era inconfundible. Ella lo había aprendido de memoria durante los pocos días que estuvieron juntos. Alto, espalda ancha, unas piernas musculosas cubiertas por un pantalón blanco que solo lograba resaltarlas, además de ese trasero que...

—¡Colie! —exclamó Francis al verla, y a ella se le olvidaron por un instante las ganas de continuar analizando ese cuerpo perfecto y atlético—. Ven aquí, y conoce a nuestro conductor estrella en persona.

Inevitablemente, Jack Weston se giró hacia ella. La miró haciendo una fugaz evaluación masculina. Colette se alegró de llevar un atuendo de estilo muy profesional. Jake achicó los ojos como intentando recordar algo, pero ella se interpuso a cualquier resquicio de memoria que el hombre pudiera tener, al acercarse hacia él. Caminó con paso ágil hasta el par de hombres.

—Jake Weston —saludó con aquel tono grave y aterciopelado que le salía tan naturalmente. Estiró la mano, y Colette se la estrechó.

Cuando sus dedos se tocaron, ella intentó no soltarlos como si hubiera presionado una valla eléctrica. Aunque era esa exactamente la sensación que había tenido. ¡Seis años, por todos los cielos! ¿Cómo era posible que aquello sucediera?

—Soy Colette Kessler, tu productora —replicó con una sonrisa profesional, y manteniendo un tono de voz modulado y firme.

—¡La mejor que hemos tenido! —terció un entusiasmado Francis, mientras Zack se acomodaba los auriculares y probaba la música, junto a Wanda, en la sala de control—. Es una chica muy profesional y nos ha organizado a todos —se echó a reír—. Un soplo de aire fresco.

—Encantado de conocerte, Colette —dijo Jake, y soltó la mano. Unos dedos suaves y pequeños, que tiempo atrás había recorrido su piel, primero con timidez, y luego con una habilidad de quien aprende pronto a convertir en pasión el deseo, recordó Jake al reconocerla. Pero le iría mejor si no se andaba por esos rumbos.

Colette no podía decir si acaso le afectaba a su ego o no, el que Jake no hubiera dado muestras de reconocerla.

—Oh, puedes decirle Colie, ¿cierto? —le preguntó Francis con el mismo ímpetu con que la había presentado—. Esta chica es brillante. Ustedes serán la combinación perfecta para que este sea el mejor programa y de mayor rating de la Costa Este. ¡*Oxigen California!* —exclamó dando unas palmadas.

—Colie, entonces —dijo Jake regalándole una de aquellas sonrisas dignas de anuncio de pasta dental.

—Claro —concedió. «¿Qué más le daba?» —. De acuerdo, Jake. Vamos a hacer primero una prueba con tu voz. Quiero que sea afable, sin parecer fingida. Siéntate, por favor. —Francis salió de la cabina—. ¿Estás familiarizado con el modo en que trabaja una estación radial? —preguntó totalmente concentrada en su elemento, aunque sus sentidos eran bastante conscientes de Jake.

—Un poco.

Durante los siguientes cinco minutos, Colette le dio una pequeña y breve charla sobre cómo funcionaba una radio, y cómo iban a manejar la dinámica de trabajo en equipo. Concreta, concisa e informativa. Nada del otro mundo.

Jake la escuchaba en silencio.

—¿Te gustaría tener llamadas al aire? Me ha dicho Francis que debía preguntártelo por si no te sientes cómodo improvisando.

Colette estaba sentada junto a Jake, y este, a medida que ella hablaba, empezaba a hacer conjeturas en su memoria. No era ningún estúpido. Desde el primer momento que vio ese par de ojos azul-verdosos supo que era la chica de París. Fue como recibir un mazazo en el estómago. Sabía

disimular muy bien, y como ella no dio muestras de reconocerlo, él tampoco pensaba hacer el idiota en ese instante. Necesitaba habituarse a la idea de verla de nuevo. Después de todo, se había portado como un canalla.

Sin embargo, el aroma floral que despedía y la suave cadencia de la voz de Colette le empezaban a pasar factura. ¿Si acaso él sabía cómo funcionaba una radio? ¡Por supuesto que sí! Era la sola idea de habituarse a la situación de verla luego de todo ese tiempo. No se habría imaginado bajo ninguna circunstancia volver a encontrársela, de hecho, Francis no la había mencionado, más que como “la productora”.

Él tenía bastante experiencia en saber ocultar sus reacciones, lo aprendió tratando de despistar a sus rivales en la cancha de tenis, y que ahora le fuese útil con Colette era de agradecer. «Colette Kessler», finalmente tenía el nombre que tanto había intentado recordar sin éxito.

¡Vaya mujer! Estaba preciosa. Llevaba el cabello perfectamente recogido en una coleta, apenas usaba maquillaje, pero no lo necesitaba; sus facciones suaves y elegantes, en combinación con la mirada más madura y firme, lo impresionaron. El sencillo vestido que llevaba, en lugar de ocultar como al parecer era la intención, marcaba cada curva de su atractiva figura.

—Creo que sería buena idea —contestó recordando a medias lo que le había preguntado segundos atrás—. Después de todo es un programa que busca cercanía con el espectador. ¿No? —comentó con ligereza.

Ella apretó los dientes. No esperaba que Jake entendiera la importancia de su revista informativa, pero iba a dejárselo claro.

Se puso de pie, porque ya había desperdiciado diez minutos.

—Escucha, Jake —empezó con seriedad. Él elevó su mirada de ojos grises hacia ella—. Esta es una revista radial que busca exponer hechos importantes. No tenemos tiempo para darle un toque gracioso. Queremos respetabilidad, confianza en lo que sale al aire. ¿Puedes acoplarte a eso?

—Claro, jefa —replicó en tono burlón.

Ella no le siguió el juego. Podía manejarlo mejor si se portaba poco serio, o jugueteón, a que si tenía la ocurrencia de intentar ser encantador. Eso no solo la desquiciaría, sino que pondría a prueba su tesón para no sacar a colación el decirle que esos trucos no funcionaban más para ella.

—Perfecto. Empezamos el piloto. El libreto está en la pantalla del ordenador para que lo sigas, en físico también —señaló unas hojas impresas cerca del micrófono— y puedes hacernos señas si algo necesitas, puesto que estamos frente a ti, en el cuarto de control y sonido.

Con un asentimiento de Jake, Colette salió de la cabina, y cuando cerró la puerta detrás, exhaló todo el aire y la tensión que llevaba consumiéndola al tenerlo tan cerca. ¡Dios mío! Iba a ser toda una tortura verlo cada dos por tres. «Pero tenía un objetivo que cumplir», se recordó. Y la sola idea de tolerar las críticas de su familia, fue suficiente para que se le quitara la bobería de dejarse envolver por el encanto y el desenfado del único hombre que había sido capaz de hacerle añicos sus ilusiones juveniles de amor.

El ensayo salió estupendo.

Colette era justa, y le concedía a Jake la voz ideal, que en un principio creyó que no serviría para la revista radial. También notó que era muy profesional. Se equivocó una vez, pidió disculpas, y retomó el libreto sin rechistar. Wanda fingió ser una radioescucha haciéndole una pregunta al aire, y Jake improvisó estupendamente. El tiempo encajó a la perfección con lo pautado, y a las cinco menos diez estaban listos.

Zack no perdió el tiempo, se acercó a Jake para pedirle un autógrafo que él no rehusó darle. Es más, con una sonrisa, le preguntó a Wanda si ella no quería uno. Su compañera no solo obtuvo su autógrafo, sino una foto. «¡Vaya profesionales estaban hechos!», pensó Colette sonriendo.

—¿Y tú Colie, también vas a querer un autógrafo?

Ella se quedó con la sonrisa congelada. Duró pocos segundos su incapacidad de reaccionar.

—Te veré continuamente, creo que es suficiente. Pero gracias por la oferta —replicó con educación, y segundos después abandonó la cabina. A él pareció darle lo mismo, porque no dio muestras de querer entablar una conversación. De hecho, empezó a reírse de una anécdota de Zack, cuando ella estaba cerrando la puerta del estudio.

Vivianne le informó que varios periodistas de espectáculos estaban fuera de la radio pidiendo entrar para hablar con Jake. Pero Colie le explicó que no podía dejar pasar a nadie, hasta después de salir al aire. Se mantuvo en sus quince, y procuró que hasta que dieran las seis de la tarde, en que se acabaría el programa, nada desconcentrara a Jake. Nadie la contradujo.

A las seis menos quince salieron del aire.

Cuando Jake se quitó los audífonos, la miró. Y ella no pudo evitar dedicarle una sonrisa y un asentimiento dándole a entender, desde el cuarto de control, que había hecho un excelente trabajo. Poco a poco empezaron a entrar en cabina sus compañeros para felicitarla, y apenas pudo se escabulló del estudio, y dejó que el presentador de *Oxygen California* recibiera los comentarios y enhorabuena, antes de que fuera a atender a los periodistas que estaban esperándolo fuera de la radio.

El programa había sido todo un éxito. Colette estaba eufórica. Las llamadas al aire fueron numerosas, y muchas quedaron fuera por el tiempo. Se había cumplido a rajatabla el programa pautado.

Cuando entró a su oficina dio unos brinquitos de alegría. La primera prueba, superada. Segundos después tuvo a Deirdre al teléfono diciéndole que los representantes de varios auspiciantes habían llamado para decir que estaban satisfechos con el resultado. Colie esperaba que pronto empezaran a llegar más patrocinadores. Luego llamó Francis diciéndole que los índices de rating eran los más altos que un programa en *Radio Costa Azul* había tenido en varios meses.

Más calmada se descalzó, como hacía siempre. «Ahora que empezarían de seguro a salir notas de prensa en referencia al programa, la radio poco a poco cobraría notoriedad.» Ella estaba optimista. Lo mejor de todo era que no vería a Jake hasta el miércoles. Estaba empezando a guardar sus pertenencias en su bolsa, cuando la puerta de su oficina se abrió.

La única persona que solía entrar sin llamar era Francis. Así que supuso que querría felicitarla personalmente. Colette elevó el rostro con una sonrisa. Se quedó congelada con bolígrafo en la mano. No era su jefe, sino Jake Weston.

Su pequeña oficina se convirtió de pronto en un sitio asfixiante. La sola presencia de ese hombre parecía abarcarlo todo.

Dejando atrás el murmullo de las voces, Jake cerró la puerta. Y la quedó mirando un largo rato, que a ella le pareció incómodo.

—¿Sí? —preguntó con una calma que no sentía—. ¿Necesitas algo?

Él recostó la espalda contra la puerta, y se cruzó de brazos. Aquella camisa azul se tensó con sus músculos. Era todo elegancia y masculinidad. Desvió la mirada de Colette, para echarle un vistazo a la organizada y sencilla oficina. Luego volvió su atención al punto inicial. Ella.

—Has cambiado mucho. Estás más guapa —expresó con su voz grave y firme.

—No sé de qué me estás hablando —replicó y empezó a calzarse—. Nos acabamos de conocer, pero gracias por el cumplido.

Después de hablar con los periodistas, y deshacerse de las locas de sus fans, él había tomado una decisión. Si iba a trabajar con esa mujer los siguientes meses, tres veces a la semana, al menos pretendía ser sincero. Era imposible que no lo recordara. Se lo había dicho el modo en que lo observaba, inquisitiva, como si se preguntara si él la reconocía también; aquella postura defensiva que intentaba esconder detrás de una distante formalidad era otro indicio.

Él tenía treinta y cuatro años. No iba a jugar a ese juego de “si te vi no me acuerdo”.

—¿No lo sabes?

Colette cerró su bolsa y se la colocó sobre el hombro. Jake aprovechó ese momento para avanzar y quedar bastante cerca, sin invadir el espacio personal de la muchacha.

Ella negó.

—¿No te parece que somos adultos? —preguntó desconcertado. Él estaba tratando de poner las cosas en perspectiva.

—Así es, y por eso hemos trabajado a la perfección. Los acertijos no son precisamente mi juego preferido, así que te agradeceré que, si no tienes nada que consultar vinculado al trabajo, termines la conversación, porque tengo cosas por hacer.

Cuando ella trató de avanzar, Jake le impidió el paso.

—París.

Los músculos de Colette se tensaron al escuchar el nombre de la ciudad del amor, que para ella traía en realidad recuerdos decepcionantes.

—¿Qué hay con esa ciudad? —indagó observando un punto muerto detrás de Jake.

Él alargó la mano, y elevó el mentón de Colie hacia arriba. Sus miradas se cruzaron, y no hubo necesidad de palabras que explicaran más detalles.

—Me parece que tenemos una conversación pendiente —expresó Jake.

Ella soltó un suspiro de resignación. De acuerdo. La recordaba. Su ego no estaba en una esquina limpiándose las lágrimas, pero de todas maneras llegaba demasiado tarde. En especial, cuando ya no importaba.

No quería revivir lo ridícula que se sintió al saber que había sido para él un revolcón sin más, a pesar de los momentos tan bonitos que pasaron paseando por París, comiendo en restaurantes con unas vistas maravillosas, y claro, esas cuatro noches apasionadas en las que le había entregado sus ilusiones románticas más sinceras. Pero Jake no hacía nada a medias, y el golpe de gracia se lo había dado cuando, luego de intentar localizarlo por teléfono, se lo topó en el lobby del hotel besándose apasionadamente con una escultural pelirroja. El mensaje fue claro. Lo que hubo entre ellos, se había acabado. Al siguiente día, Jake había abandonado Francia, dejándola humillada y con el corazón roto.

—Escucha —empezó con seriedad y tono suave—. Lamento no poder motivar tu ego como seguro estás acostumbrado, pero ni siquiera lo recuerdo lo suficiente como sacarlo a colación. Si lo has hecho tú, me alegro de que poseas una memoria privilegiada. Ahora, lo único que me interesa de ti es que trabajes bien, sin escándalos que puedan perjudicar la imagen de la radio ni mi programa. Quiero al Jake Weston profesional, porque el gracioso, el burlón o el mujeriego, lo necesito lejos una vez que entres a trabajar en cabina. Este proyecto es muy importante, y lo voy a sacar adelante.

Jake iba a replicar, cuando la puerta se abrió de golpe. Colette dio un respingo. Él en cambio, acostumbrado a los sobresaltos, se giró con calma.

—Lamento interrumpir —dijo Zack mirando a uno y otro—. Hemos ordenado pizza para celebrar que tenemos un nuevo programa al aire. ¿Se unen? —preguntó con una entusiasmada sonrisa.

El momento de tensión para Colie se había disipado, pero la mirada que le dirigió Jake le dijo que el tema estaba pendiente. Ella no quería hacer otra cosa que olvidarse del asunto, y procuraría de todos los modos posibles evitar estar a solas con él.

—Por supuesto —contestó Jake afable, como si la conversación anterior jamás hubiese ocurrido, aunque por dentro estaba bastante furioso. Él jamás había dejado de lado una responsabilidad, y nunca nadie podría intentar siquiera acusarlo de negligente o poco profesional. ¿Cómo se atrevía Colette a ser tan cínica? Quizá él no se hubiera portado como se esperaba, de acuerdo, pero si de algo se jactaba era de ser un buen amante. La posibilidad de refrescarle la memoria a la estirada de Colette le abrió el apetito—. Me encanta la pizza.

—¿Colie? —preguntó Zack, con el mismo ímpetu que un niño cuando recibe la aprobación de su profesor preferido en la escuela.

«¿Y tener que aguantar que la pizza le supiera a cartón, por la tensión luego de esa mención de Jake? No gracias.»

—Me encantaría, pero tengo una reunión prevista —empezó a caminar hasta la puerta—. Zack, déjame por favor una lista de las llamadas que no salieron al aire, quizá podríamos hacer un concurso.

Cuando Zack le hizo un espacio para que pasara por la puerta, Colie se giró hacia Jake.

—Nos vemos el miércoles. Si tienes alguna duda puedes escribirme al correo electrónico, o llamar a la radio —comentó con un tono profesional y distante.

Él a cambio, le dedicó una sonrisa encantadora. Desenfadada.

—Absolutamente —replicó con un tono divertido.

Mientras comía pizza con sus nuevos compañeros, pensó que quizá el modo de reaccionar de Colette no era nada raro. Después de todo, él se había portado como un cretino. Aunque de algo sí estaba seguro, las mujeres y los hombres solían recordar perfectamente la primera vez que tenían sexo con alguien. Así como el primer beso.

Dándole un mordisco a un pedazo de aceituna, consideró que vincularse con esa radio iba a resultar muy entretenido. Le pediría disculpas a Colette, eso seguro, pero primero haría que ella aceptase que recordaba, tan nítidamente como él, lo que había ocurrido entre ellos.

Capítulo 6

Kate estaba en casa. El día en la joyería en la que trabajaba no había sido precisamente el mejor. Y eso que apenas era martes en la noche. La meta de venta no se cumplió, y su jefa, que por cierto era bastante pesadita, se lo recalcó con todas las señales posibles. ¡Dios, ya quería encontrar un empleo de periodista, y no de vendedora! Pero trabajar para la revista de su padre no era una opción, así que tendría que buscarse por sí misma el modo de conseguir lo que deseaba. Por si fuera poco, apenas había hablado con Colette, quien además le debía los cotilleos de la radio. ¿Cómo era posible que trabajara con Jake *el sexy* Weston, y no se lo hubiera dicho, sino que se enteró por otra amiga que se lo cotilleó el día anterior al escuchar la radio por casualidad? Pero la iba a escuchar.

A las siete de la noche, entró Colette al departamento con cara de agotamiento.

—¡Ajá! —Colie la miró con cara de pocos amigos, pero al notarla desanimada cambió su actitud—. ¿Qué pasó? ¿No se supone que deberías estar más que exultante al tener a Jake como compañero? —preguntó acercándose.

Con desgano, Colette dejó la bolsa sobre el sillón y la miró poniendo los ojos en blanco. Caminó hasta la cocina, y se sirvió un vaso de agua.

—No ha sido un buen día —expresó girando el cuello de izquierda a derecha, para tratar de mitigar el estrés que solía concentrarsele en esa zona, y en los hombros.

Kate frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Mi madre me ha llamado para decirme que no puede creer cómo he pasado de querer escribir noticias serias a un programa sin importancia, y además con temáticas tan superfluas en una radio —se frotó las cienes con los dedos—. Ni siquiera pretendía decíselos hasta que hubiéramos alcanzado reconocimiento. Así que una vez más he sido la decepción de la familia.

—Lo habrán leído en los periódicos...

—Quizá hubiera sido bueno recibir una felicitación por mi iniciativa. Aunque en mi familia eso es esperar demasiado me parece —replicó encogiéndose de hombros. Pensó en que no hablaba con Kate desde hacía varios días por estar de cabeza en la organización de *Oxigen California*; se sintió culpable—. Lamento no haberte contado lo de Jake, sé que eres fan de su antiguo programa, solo quería que este lanzamiento fuera un éxito. Y te conozco que eres parlanchina, pero sí, trabajo con él. Un día puedes acompañarme a la radio si quieres.

—¿En serio? —la mirada de Kate se iluminó—. ¡Sería fantástico! Así podría decirle que me presente a Patrick Lombardo. —Al ver fruncir el ceño a Colie continuó—: Jake es guapísimo, ¿viste el calendario benéfico que hizo hace unos años? Ufff. —Colie se echó una carcajada, la primera del día. Qué bien sentaba reírse. Había echado de menos esos momentos con la alocada de Kate—. Pero es demasiado guapo para mi gusto. Prefiero a Patrick, parece más... no sé, normal supongo.

—¿Qué tiene Jake de anormal? —indagó riéndose.

—Pues que es muy perfecto. Aunque —se dio unos golpecitos con el dedo en la barbilla mirando calculadoramente a su amiga—, tú y él harían buena pareja. Tú eres guapísima, y él ni qué decir, ¿por qué...?

—¡Alto ahí! —exclamó tapándole la boca a Kate con la mano—. No vayas por ese camino. Weston es un compañero de trabajo, y yo soy su jefa. No me interesa.

—¿No? —achicó los ojos y se terminó de deshacer de la mano que la intentaba callar—. Entonces debes estar ciega.

—Acepto que es atractivo. —Kate le rodó los ojos. «¿Cómo que *atractivo*? ¡Era un dios pagano hecho tenista! Bueno, ex tenista», pensó la mejor amiga de Colie—. Al parecer colaborará profesionalmente y sin llevar sus habituales escándalos a la radio. Así que hasta ahí se limita mi interés por él.

—Eres imposible, Colie. —Colette reprimió las ganas de contarle su pasado con Jake, pero pensó que sería mejor no ahondar por esas aguas profundas—. Pero en todo caso ya sabes lo que pienso con respecto a la importancia que le sueles dar a la opinión de tu familia. ¿Por qué simplemente no puedes pasar de sus comentarios tan desalentadores?

Colie suspiró.

—Porque jamás me he sentido aprobada por ellos, jamás, y tú lo sabes bien. Aunque me esforzara el máximo siempre encontraban una pega. A todo. Y quiero demostrarles que se equivocan.

Kate se acercó y la abrazó.

—Tú eres una profesional y una luchadora —le puso una mano sobre cada hombro—. Sé que son tus padres, y sé que duele, pero, ¿vas a permitir que te arruinen este proyecto que está despegando? ¡Vamos, Colette! Debe haber salido en bastantes medios de prensa. De refilón alcancé a leer uno de camino a casa, y solo eran elogios para la programación, la voz de Jake y en general les gustó. ¿Por qué no dejamos un poco de lado a tus padres, y nos centramos en lo que estás empezando?

—Creo que a Jake no le gustó que llamara a la prensa —dijo cambiando el tema. Porque la verdad era que cuando le informó que había prensa, él la miró con cara de pocos amigos, pero muy pronto lo disfrazó con su habitual aspecto de indiferencia.

Kate la quedó mirando.

—¿Ves lo que ocurre por no leer la sección de hombres guapos? —preguntó con guasa, soltándole los hombros.

—Pues, ilumíname —replicó sonriente.

—Según lo que decían dejó el área de Beverly Hills, porque quiere dedicarse a otra cosa. Está tratando de dejar a un lado la televisión, una pena claro, y el pobre cree que por venirse acá a Santa Mónica no le van a prestar atención. Una dulzura de ingenuidad.

—Muy ingenuo desde luego —comentó con una carcajada.

—O a lo mejor es una estrategia para darle otra imagen, algo más bajo perfil. Así que lo único que tú hiciste fue echar a perder ese plan.

—Oh...—fingió consternación. Kate creyó que iba en serio.

—No te preocupes, el agente de Jake, un tal Gordon algo, es un salvaje y desquiciado. —Colette se rio—. Si él pensara que la prensa no va a favorecer lo que sea que hiciera Jake, créeme, por más que tú hubieras enviado cientos de boletines, tan solo hubieran acudido medios pequeños...

—Al menos no salió en TMZ, ni en Pérez Hilton...

La mirada irónica de Kate le dijo lo contrario.

—¿Entonces?

—Entonces, *señorita publicidad no deseada*, lo que tienes que hacer para mantener la armonía es permitirle a él manejar un perfil bajo. Y ya. Aunque de todas maneras los medios estarán más interesados en los escándalos de los famosos que hay en otros sitios.

—Parece como si lo conocieras de toda la vida —frunció el ceño—. ¿Lo conoces?

Kate se encogió de hombros.

—Una vez tuve que investigar a fondo su vida, porque una amiga que trabajaba para la sección de espectáculos de un diario no podía hacer la entrevista, un asunto con su hijita pequeña, entonces yo la cubrí. Así que bueno... Digamos que entiendo un poco el panorama.

Colette la miró con ojos como platos.

—¿Te gusta la prensa del espectáculo! ¡Más de lo que quieres admitir! —la acusó riéndose—. No me puedo creer esto, y yo pensando toda la vida que lo tuyo eran las crónicas policíacas.

Kate se encogió de hombros.

—Bueno... uno puede cambiar.

—¿Cuándo ocurrió ese cambio? —indagó sin perder la sonrisa.

—Hace unos ocho meses, cuando acompañé...

—Sí, ya sé, a otro de tus misteriosos amigos de espectáculos a hacer alguna nota y te invitaron a uno de esos restaurantes carísimos. Blablablá.

—Algo así, pero que yo sepa nunca te quejaste de los pases VIP que me daban para los conciertos —puso las manos en jarras—. ¿Verdad?

Colette estaba de mejor ánimo, gracias a Kate.

—Pues es verdad —sonrió—. Ahora, anda, mejor cuéntame de tu día.

Estuvieron charlando un largo rato, hasta que sonó el teléfono de la casa. Muy pocas personas

tenían acceso a ese número, y rara vez llamaban. Se miraron extrañadas. Kate fue a responder, mientras Colie iba a darse una ducha.

El agua caliente relajó sus músculos. Se puso una salida de baño y fue a la sala tan solo para encontrarla vacía. ¿Dónde se habría ido Kate? Con la toalla sobre la cabeza a modo de turbante para sostener su cabello húmedo, se acercó al pequeño balcón que daba hacia la playa. El aire frío golpeó su rostro, pero no le importó. Se sentía más tranquila, pero no por ello menos afligida por la reacción de su madre. Lo curioso era que su padre no se hubiera puesto al teléfono para terminar de criticarla. Menos mal sus hermanas vivían lejos y no tenían oportunidad de machacarla.

La presión que tenía sobre sí misma para sacar adelante *Oxigen California* era grande, y ahora más que nunca estaba dispuesta a que sus padres se tragaran sus recriminaciones. Los escándalos en su vida no tenían ya cabida, desde la última vez que se embriagó en una fiesta con Kate, dos años atrás, y tuvo la mala suerte de encontrarse con el hijo de uno de los mejores amigos de su padre, mientras vomitaba sobre una acera. Un penoso incidente que no hubiese tenido repercusión, si el muchacho en cuestión no hubiera sufrido sus continuos desaires cada vez que le declaraba amor eterno. Seguramente a modo de venganza, le sacó una fotografía que fue a dar en la sección de sociales en una pequeña revista de Orange County. Una revista de golf para ser específica, y que llegaba con puntualidad a su casa, pues era el título al que su padre estaba suscrito semanalmente. Tuvo que recibir una reprimenda como si aún continuara siendo una chiquilla alocada de quince años.

Kate se había reído del incidente, porque era la naturaleza de su amiga, todo se lo tomaba del mejor modo. Ella conseguía siempre aligerarle la carga o el pesar cuando las cosas no iban bien con su familia. Lo cual era habitual.

También echaba de menos las charlas con su tío Robert. Solían hablar con frecuencia, pero hacía un buen rato que no sabía de él. Entendía que viajaba con bastante asiduidad, sin embargo, siempre encontraba un correo electrónico contándole novedades. En esta ocasión, no era así. Quería pensar que los negocios iban más ajustados que de costumbre. ¿Qué otra explicación podría tener para explicar la falta de noticias? De todas maneras le enviaría un correo electrónico contándole de su programa de radio, y aprovecharía para preguntarle porqué había renunciado a la textilera.

Se giró al escuchar la puerta principal abrirse de sopetón. Detrás de Kate apareció una figura que se le hacía más que conocida. Sin importarle su aspecto caminó rápidamente para abrazar a Damon Blansky.

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo no me avisaste que venías hoy? —preguntó dándole un puñetazo suave en el hombro. Él se echó a reír, mientras Kate cerraba la puerta y dejaba las llaves sobre la consola de la sala.

—Llamé hace una hora para decirle a mi hermana que estaba en la gasolinera, y ella no ha podido esperar, ha tomado un taxi la muy loca —miró a su hermana—. Así que nada, heme aquí. De vuelta a Santa Mónica.

—Pues bienvenido.

—Gracias por permitirme quedar con ustedes —expresó quitándose la chaqueta.

Colette lo observó. Aún mantenía esos movimientos ágiles y su sonrisa perenne, igual que su hermana. Cuando él estaba cerca, a pesar de que habían tonteado un tiempo breve, la amistad de ellos continuaba siendo la misma. Para ella era un alivio, porque los Blansky eran lo más cercano a una familia comprensiva y afectuosa, al menos para ella. Se felicitó por no haber continuado más allá de unos besos y unas caricias subidas de tono con Damon.

—¡Bah! Ya tenías tiempo sin dar la cara, Blansky —le dijo Colie riéndose y quitándose la toalla de la cabeza, porque ya empezaba a pesar. La dejó en el respaldo de una silla—. El cuarto de huéspedes está limpio, solo hay que ponerle las sábanas y los edredones al colchón y listo. Inclusive hace poco instalamos una línea telefónica privada, si acaso te interesa. Puedes trabajar desde ahí si algo surge.

Damon asintió.

—Mi hermano quiere escucharte en la radio —intervino Kate, contenta de que su hermano y Colette se llevaran tan bien.

—¿Ya le fuiste con el cotilleo? —indagó Colie fingiéndose horrorizada.

—Bueno... es un proyecto que yo apoyo, y nuestro experto caricaturista también. ¿Cierto, hermanito?

—Totalmente. ¿Qué les parece si vamos a celebrar mi estancia en Santa Mónica con unas copas en el bar de moda?

Colie se miró. Llevaba la ropa de dormir debajo de la salida de baño. Estaba en pantuflas, y tenía el cabello húmedo. Solo quería cerrar los ojos y planificar el programa del siguiente día.

—¡Sería genial! —exclamó Kate.

—¿Un martes por la noche? —Colette los miró con una sonrisa. El cabello negro de Damon contrastaba con el cabello rubio de su hermana, pero por lo demás, tenían el mismo aire desenfadado y de autoconfianza que francamente resultaba contagioso—. Creo que paso...

—¡Oh, venga, solo serán unas copas! Has pasado las últimas semanas de cabeza en ese programa, ya se estrenó. Necesitas relajarte —dijo Kate—. Celebremos.

—Mañana tengo que estar a las ocho de la mañana...

—¿Acaso no me contaste que el horario era flexible siempre y cuando cumplieras con el programa de trabajo?

Ahí sí se la tenía ganada.

—Bueno...

—Colie, hazlo por este viejo amigo. ¿Hace cuánto no nos vemos? ¡Un par de años mínimo! No seas aguafiestas —se acercó para despeinarla un poco el cabello húmedo—. Di que sí, anda.

—¿No estás cansado, Damon...?

Él se rio.

—Beverly Hills no queda a cinco Estados de distancia. Está bastante cerca, además he disfrutado mucho manejando a pesar del tráfico infernal de esta hora. Parte de las vacaciones. Si quieres volver antes de tiempo o te aburres en el bar, entonces podemos ir en automóviles separados. ¿Qué tal eso?

—¿Vas a soportar que Kate te intente encontrar pareja en ese bar? —preguntó reprimiendo una risa, cuando su amiga la fulminó con la mirada. Era tan celosa con su hermano que daba gracia ver cómo sus ojos miel se oscurecían de rabia. Disfrutaba pinchándola, así como Kate insistiendo en que ligara en los bares cuando salían.

—Claro que sí. Me encantaría saber a quién elige Kate por cuñada —comentó con guasa.

«Dos contra uno. ¿Cómo decirle que no a la fuerza de las miradas de los hermanos Blanksy?», pensó Colie, cuando ambos se quedaron en silencio aguardando su decisión.

—Está bien. —Kate y Damon sonrieron—. Automóviles separados.

—Hecho —replicó Damon.

—Media hora, y estoy lista.

—Mientras tanto ayudaré a mi hermano a acomodarse.

El bar estaba a tope. Y tal como Rex le había asegurado, la puerta lateral le garantizó que no hubiera ningún paparazzi esperándolo. El ambiente era agradable. La música no demasiado estridente, y lo mejor de todo, pronto divisó a unos conocidos quienes le hicieron de la mano, y Jake se acercó para saludarlos.

Un camarero atento le preguntó si tenía reserva, y le dio el nombre de Rex. Así que luego de despedirse de sus amigos, se acercó a una mesa ubicada estratégicamente cerca de la barra, pero lo suficientemente distante del escenario donde dentro de nada se presentaría un grupo famoso. Pidió uno de los tragos más caros, y no por el precio puesto por el bar precisamente, sino porque *Last Drop 1950* solo contaba con 478 botellas en el mercado, y daba la casualidad que Bacci, poseía al menos diez de esos ejemplares. Él podía costearse fácilmente un vaso de ese delicioso brandy. No dudó en pedirlo y complacer su paladar.

Mientras saboreaba el raro y exótico brandy, sus ojos se fijaron en una mesa al otro lado de donde se encontraba. «¡No podía ser posible!», se dijo, al achicar los ojos y constatar que Colette Kessler se reía a carcajadas con una pareja. No. Corrección, con el que parecía ser la pareja *de ella*, y aparte había otra chica. El hombre aquel tenía rodeada a Colette de los hombros como si le perteneciera.

Verla reír tan desenfadadamente le recordó cómo era ella en realidad. Siempre tenía una sonrisa, su sentido del humor era bastante agudo y estaba dispuesta a divertirse. Quizá por eso seducirla en Francia no le había resultado tan complicado. O quizá se debía a su inexperiencia femenina en

asuntos sexuales y las ganas de vivir un poco. Pero la Colette que sus ojos atisbaban a observar ahora, entre el gentío, contrastaba totalmente con la mujer que le plantó cara el día anterior en la radio. Parecían dos mujeres distintas. Una contenida, y ahora, otra, desenvuelta y exultante. La combinación podía resultar enloquecedora, y quizá no positivamente par aun hombre.

Sintió rabia de que aquel idiota estuviera con ella. Era ridículo, lo sabía, pero no lo pudo evitar, peor después de que Colette hubiera ofendido su orgullo masculino haciéndolo sentir como una muesca más en su historial. ¿Con cuántos más se habría acostado durante ese tiempo? ¡De acuerdo! Era hipócrita hacerse esa pregunta, pues él no había vivido precisamente en celibato.

—¡Jake! —saludó Rex llegando con una belleza rubia a su lado, cuyo vestido plateado dejaba ver, más que cubrir—. Este sitio es genial. Te presento a Shanon. —Muy caballeroso como era, Jake se puso de pie, y saludó a la chica, y también extendió la mano hacia su amigo—. Y esta es Bella —continuó Rexford. El ritual del saludo, se repitió.

Jake notó que la tal Bella tenía una mirada poco discreta. De hecho, parecía estar pensando cosas pecaminosas con respecto a él, y cuando una mano nada tímida se deslizó sobre su muslo, no le cupo duda. Esa morena de pechos grandes iba por todo. Con una encantadora sonrisa, Jake le apartó la mano y la puso sobre la mesa. Le gustaba el reto de la conquista. También le parecía bien cuando una mujer sutilmente tomaba la iniciativa, era halagador y sexy, pero cuando una mujer se comportaba sin ese toque de misterio —como la amiga de la pareja de Rex — se lo pensaba dos veces. Cuando Rex notó lo que ocurría, en lugar de escandalizarse, le hizo un guiño a su amigo y llamó a continuación al camarero para que les llevara unos entrantes.

Por supuesto que se había dado cuenta que Jake Weston estaba en el bar, le respondió Colette a Kate que parecía haber descubierto el último tesoro escondido de los Incas al verlo. Lo que no podía decirle a su amiga era que sentía ganas de salir huyendo de ahí. Apenas había tenido tiempo de cepillarse el cabello, así que sus ondas negras se curvaban sin remedio de acuerdo a su estilo en capas en que tenía el corte.

Esa noche llevaba un vestido verde strapless hasta la rodilla, ajustado, y unas botas preciosas que se había comprado semanas atrás. Se estaba divirtiendo como nunca con las bromas tan propias de Damon, cuando su mejor amiga tuvo la ocurrencia de darle esa noticia que le cayó como un balde de agua fría.

—Eh, Colie —le dijo Damon dándole un beso en la mejilla—. ¿Por qué tienes esa cara de vinagre?

Kate se echó a reír.

—Porque le acabo de decir que uno de sus compañeros de trabajo está aquí. Y creo que ella no le tiene especial aprecio.

Damon mantenía el brazo alrededor de los hombros de Colie. Quizá ella y su hermana pensaban que había ido a Santa Mónica de vacaciones, y en parte era cierto, aunque en realidad quería intentarlo de nuevo con Colette. Aprovecharía los siguientes días que estaba en casa de ambas. Iría despacio. Necesitaba estudiar el terreno, no quería causar líos con su hermana. Por otra parte, hacía

bastante que Colette y él no conversaban, pero se alegraba de que a pesar del tiempo, al volver a verla, la sensación de cercanía se mantuviese. Era consciente de que en el pasado acordaron que se mantendrían como amigos, pero él quería intentar hacerla cambiar de idea. Luego de haber salido con varas chicas, y darse cuenta que siempre las comparaba con la mejor amiga de su hermana, entendió por qué apenas duraban sus relaciones. Merecía la pena hacer el intento con Colette.

—No es cierto.

—¿Y quién es? —indagó Damon sonriendo y bebiéndose el mojito.

—Jake Weston, y está acompañado de una belleza a la que no le quita mano de encima. Oye esto es una noticia.

Colie frunció el ceño.

—Deja de mirar que va a pensar...

—Que piense lo que quiera —la interrumpió Kate, mientras sacaba su iphone.

—¿Qué haces?

—Pues trabajando para ganarme la vida, Colie.

—¿De qué hablas?

Con una sonrisa, Kate se puso al teléfono hablando en voz baja. Estuvo así durante un breve momento, y luego con satisfacción observó a sus dos acompañantes.

—He llamado a uno de mis amigos que trabajan en espectáculos.

Colie le rodó los ojos, y aprovechó para echarle una miradita disimulada a la mesa donde estaba Jake. Efectivamente, la morena que estaba a su lado se le pegaba como lapa, y a él parecía no importarle. Una extraña sensación de molestia hizo presa de su buen ánimo. No podía permitirlo. ¡Era una tontería! Estaba a punto de quitar la vista de aquella mesa, cuando la mirada de Jake y la suya hicieron contacto. Él le sonrió. «Que se abra el suelo del bar, por favor», casi gimió, mientras en el fondo sonaba una canción de One Republic.

Volvió la atención a Kate que iba por el quinto cocktail Sidecar, y que tarareaba *Counting Stars* con un desafino completo.

—¿Y para qué diablos los has llamado? —indagó desconcertado su hermano.

—Ustedes dos no saben nada de primicias, ¿eh? —miró significativamente a Colette, casi bizqueando por el efecto del alcohol, y Colie quiso reírse, pero se aguantó—. Me sorprendes *colega periodista*. Pues *les informo* que ese que está al lado de Jake es Rexford Sissley, un tenista igual de famoso que se retiró hace dos años. Vive en San Francisco desde su retiro oficial de las canchas, y que esté en la ciudad es noticia porque él dijo hace poco en una entrevista que estaba feliz viviendo en su ciudad natal. Así que, ¿qué hace aquí?

Colette no pudo aguantárselo y se echó una carcajada. No había bebido nada, porque le tocaba

conducir, así que su risa fue tan espontánea como solía cuando su amiga se ponía intensa. Damon se unió a su buen humor, para consternación de Kate.

—Dios, Kate, déjalos en paz.

—No te estás quejando por estar en este exclusivo bar, ¿verdad Colette? —preguntó fingiendo indignación. En ese momento pasó un mesero, y Kate pidió un Manhattan. Damon puso los ojos en blanco por la osadía de su hermana. Pero ella era así, despistada, intensa, espontánea, y la adoraba.

—¿Te canjeas las entradas a lugares como estos haciendo este tipo de llamadas? —quiso saber Damon.

Kate sonrió.

—Bueno hay que mantener las amistades —expresó en un tono que consiguió que los tres empezaran a reírse a carcajadas.

Jake llevaba más de dos horas en ese bar. La estaba pasando fantásticamente, salvo por los constantes manoseos de la morena que tenía al lado, pero, vamos, peores cosas había tenido que sobrellevar siendo un tenista de tour con las fans lanzándosele encima. Le había dado ya las llaves de Bel Air a Rex, en el momento en que las dos mujeres se excusaron para ir al lavabo para damas.

Rex le dijo que Bella estaba soltera, pero Jake confesó que no le interesaba. Entonces le soltó el rollo de su noche alocada del domingo y sus reflexiones. Y como si ver a Colette coqueteando tan libremente con otro no fuera suficiente, al parecer su exprometida había decidido acudir al bar con un grupo de amigos. ¿Acaso además de Bacci no existía otro lugar en Santa Mónica?

Cuando Rex se fijó en el curso de su mirada hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo siento, Jake... si quieres nos vamos a otro sitio. Sé que no es la persona que más te animaría ver luego de lo que me has contado.

—Creo que tomaré un par más de copas de brandy.

—No te ha visto y en medio de este gentío, no creo que justamente se acerque a nuestra mesa. Además tenemos compañía femenina.

Jake tensó la mandíbula.

—No tengo ganas de toparme con ella, pero no soy un maldito cobarde. Así que nos quedamos.

En ese momento regresaron las dos mujeres y el mesero que los atendía estuvo llevando y trayendo varias copas. Rex se mantenía sobrio, porque conducía, pero al parecer su amigo tendría quizá que volver en un taxi.

Jake empezaba a sentir los efectos del alcohol, aunque estaba acostumbrado a más cantidades, así que era un mareo algo intenso, pero nada que le nublara el sentido. No podía decir lo mismo de las mujeres que llevó Rex esa noche, pensó con guasa.

Alrededor de la una de la madrugada, Rexford, al ver que el ambiente del bar se había encendido,

y la pista de baile se abría para que los comensales disfrutaran al ritmo del grupo en vivo, decidió también ir a divertirse con Shannon.

—Eh, Jake —llamó. Pero su amigo parecía bastante encantado besándose con Bella. «Ah, los efectos del alcohol», pensó Rex con una sonrisa—. Me voy a bailar. ¿Por qué no vienes también?

Jake levantó la cabeza, y asintió.

Mientras se movía en la pista, las imágenes de Lauren le iban y venían en la cabeza. Su acompañante se contorsionaba contra él, presionando sus caderas contra su pelvis. ¡Era humano! Así que no pudo contener la erección que emergió contra sus pantalones, en respuesta. La pista estaba abarrotada, e intentando divertirse lo que más podía, se olvidó de su promesa de no ligar con ninguna mujer esa noche. Porque era o recordar a Lauren y su agrio pasado en común, o intentar mitigar el fastidio con lo primero que estuviera cerca. Es decir, su fácil acompañante.

Descaradamente, en la oscuridad de la pista y bajo las luces de neón, deslizó las manos sobre el firme trasero de Bella, quien encantada empezó a besarlo. No sabría decir Jake cuánto tiempo estuvo haciendo eso, hasta que un flash cegador le explotó en la cara. Aturdido por el fogonazo de lo que seguro era una maldita foto, dejó de tocar a su acompañante.

—Escucha —le dijo al oído. La sola idea de que esa fotografía saliera en los medios lo fastidiaba. ¡Maldita Lauren! —. Tengo que irme, tesoro. Seguro Rex te llevará.

Con un puchero, pero sin mucho drama, la muchacha le dio un último beso, y luego se giró. Cuando Jake estaba saliendo de la pista, ocurrió lo que menos hubiese querido. Lauren Jovinella, en persona, le sonreía. «Demonios.»

Colette había intentado con todas sus fuerzas no fijarse en Jake, cuando este fue a la pista. También intentó no quedarse mirándolo, mientras él prácticamente le aplicaba respiración boca a boca a su acompañante. Pero lo que sí hizo a conciencia fue decirle a Kate que le parecía de pésimo gusto que hubiera ido hasta la pista, aprovechándose que Jake estuviera distraído para tomarle una fotografía en un bar exclusivo como en el que estaban, y en el que se suponía que ese tipo de cosas no deberían ocurrir.

—¡No puedes enviarle eso a tu amigo de espectáculos! —la reprendió cuando lograron salir del bar a las dos de la madrugada. Damon prácticamente llevaba todo el peso de su hermana en brazos, mientras esta blandía el iphone como arma contra Colette, amenazando con poner *enviar*, ni bien encontrara el modo de hacerlo, porque alegaba que los comandos del teléfono se habían movido de sitio.

—¿Por qué no? —replicó de mala gana, al tiempo que Damon intentaba sentar a su hermana en el asiento del copiloto.

—Porque si lo haces, vas a arruinarme —replicó ajustándose el vestido verde. Estaba más que enfadada. No tenía motivos para estarlo con Kate, esa era su naturaleza metomentodo. Pero lo estaba

con Jake. ¿Cómo se atrevía a ir a un sitio a besuquearse como si estuviera muerto de sed y la zorra aquella fuera la única capaz de saciarlo? Y ni siquiera era por eso, sino porque cualquiera pudo haberlo fotografiado, y si aquello salía en la mañana en la prensa o se corría por las redes sociales, arruinaría antes de haber despegado siquiera, la reputación de *Oxigen California*. No tenía que ver con que el hecho de verlo, después de tantos años, y encima besándose de esa manera frente a ella. Claro que no. «Mentirosa»—. Por favor, Kate, dame el teléfono.

Para evitar discusiones, Damon, se lo arrancó prácticamente de las manos a su hermana, y se lo pasó a Colette. Ella, sin pensárselo dos veces, borró la fotografía.

—¿Has atentado contra mi privacidad! —exclamó intentando Kate tratando de quitarse el cinturón de seguridad—. Era una exclusiva.

—¿Pues tu exclusiva iba a arruinar mi programa de radio, porque Jake es la estrella principal! ¿Recuerdas? —explicó Colette. Pero al ver la reacción de Kate, dio un taconazo sobre el asfalto. ¡Estaba dormida!

Damon se rio, cerró la puerta del acompañante, y le puso las manos sobre los hombros a Colie.

—No te preocupes, mañana no se acordará de nada. Siento mucho que tengamos que irnos. ¿Estás segura que no quieres quedarte con tu amiga Margo ahí dentro? Me dijiste que no la veías hacía mucho, y el ambiente estaba bueno.

—Está bien, recuerda que mañana tengo que ir a trabajar temprano —se fijó en que la cabeza de Kate estaba pegada al vidrio de la ventana—. Será mejor irnos a casa. Aunque yo primero tengo que pasar a ponerle gasolina a mi automóvil.

Damon le acarició el rostro.

—Me da gusto estar de vuelta.

Ella le sonrió.

—Es bueno verte de nuevo. ¿Te sigo con mi automóvil?

—No hace falta, es un área segura. En poco tiempo estoy en casa.

Él deseó besar esos labios sonrosados y provocativos. ¡Qué guapa era! Pero no quería ahuyentarla. Así que le dio un beso en la mejilla, y en un dos por tres, arrancó.

Inquieta, Colette sacó su teléfono y empezó a buscar todas las redes sociales de cotilleos de los famosos para buscar una foto de Jake. Cuando estuvo segura que no era tampoco un *trend topic* de Twitter, se calmó. Se metió en su viejo Peugeot, y se enrumbo hacia la gasolinera.

El aspecto de Lauren conservaba aquel halo imponente de sensualidad, pero su mirada no brillaba. Solo verla, le quitó en un dos por tres el vago mareo que llevaba por el licor ingerido. Se había cortado el cabello hasta la altura de la barbilla. Le quedaba estupendo, pero ella había perdido el encanto para él. Verla en ese momento se lo confirmó.

—Hola, Jake. ¡A los tiempos! —expresó sonriente. Siempre había tenido una sonrisa maravillosa. No demostró que recordara el pasado, o que sintiera remordimiento de algo. Al contrario, parecía como si fueran grandes amigos—. Es raro verte por Santa Mónica.

«Lo mismo digo.»

—Lauren —le dio un beso en la mejilla—. ¿Qué tal?

Con aquel vestido azul de escote de infarto y el cabello rojizo ondulado, estaba fantástica. Pero a él no le movió ni un ápice de deseo. Tampoco había ocurrido con la tal Bella, se había dejado llevar. Era un hombre con la testosterona en sus mejores niveles. Tenía que elegir mejor lo que hacía.

—Todo estupendo, he venido porque mis amigas son primas de uno de los socios de Bacci y me invitaron. ¿No te parece genial este sitio?

—Fantástico —empezó a alejarse—. Pero ya me iba. Que te diviertas.

Ella lo miró sorprendida, y lo agarró del brazo para retenerlo.

Sorprendido por ese contacto, no supo medir su reacción, y se soltó como si le hubiera mordido una serpiente. Lauren entonces se dio cuenta que no quería saber de ella, y que acercarse a saludarlo había sido una mala idea. Lo disimuló sonriendo.

—¿Qué? ¡Pero si este sitio es lo mejor a partir de las dos de la madrugada! Ven te presento a mis amigas. —Un trío despampanante se acercó. Lauren lo presentó—: Chicas, este es Jake Weston, un...

—Amigo —completó él, adelantándose—. Chicas un gusto. Lauren, espero que te vaya todo bien, y te diviertas esta noche.

Las amigas de Lauren le dijeron que estarían en la pista, y se alejaron.

—¿No te parece que es el destino? —preguntó ella mirándolo con un atisbo de esperanza—. Han pasado dos años sin vernos, y nos encontramos en un bar. Me gustaría retomar la amistad contigo. Siento mucho...

Él levantó la mano para que se callara.

—De verdad, Lauren, no me interesa nada que tenga que ver contigo.

Ella lo miró con pena.

—Siempre guardé la esperanza de que...

—No albergues ninguna esperanza de nada conmigo. Adiós, y buena suerte.

Dejándola boquiabierta por su modo cortante poco habitual en él. Jake se alejó a paso rápido. Estar cerca de Lauren, más allá de haberle dañado el humor, lo hacía más consciente de todo aquello que no quería: personas desleales y mujeres manipuladoras.

Mientras se dirigía hacia su automóvil le envió un texto a Rex diciéndole que se iba, y que se podía quedar en Bel Air el tiempo que quisiera. De mal humor por haber visto de nuevo a Lauren

condujo por las calles de Santa Mónica. Su departamento quedaba algo lejos. Así que paró en una cafetería que le quedaba al paso, para pedir un café. No era irresponsable. Esperó a que el efecto del alcohol se desvaneciera por completo. Unos fans que estaban comiendo a esas horas se acercaron a pedirle un autógrafo. No dudó en posar con ellos cuando también le pidieron una foto.

Colette maldecía su propia necesidad. Revisó su móvil. ¡Sin batería! Estaba mal aparcada, la calle no tenía buena iluminación y además su automóvil no quería arrancar. ¡Pero si acababa de ponerle gasolina!, se quejó a viva voz. Miró por el retrovisor, y no había ningún automóvil más a la vista. Las luces al final de la calle, frente a ella, refulgían, pero estaba lejos como para pensar en ir caminando a buscar una cafetería o restaurante que abriera veinticuatro horas.

De mala gana abrió la guantera del coche, y lanzó ahí su bolsa. Enfurruñada, pensó que no podría quedarse a dormir en el automóvil. Tendría que esperar a que pasara un taxi de milagro. ¡Monedas! Quizá podría encontrar una cabina cercana. Con afán, abrió de nuevo la guantera, y rebuscó en la bolsa, centavos. Diez, veinticinco. ¡Pum!

Un fuerte golpe la sacó de su concentrada tarea, consiguiendo que los centavos que llevaba contando se desperdigaran por los asientos y la alfombra. Asustada se giró hacia atrás. ¡Un imbécil la acababa de chocar!

Enfadada como estaba, Colette se sacó el cinturón de seguridad a toda prisa. Quería ver la identidad del conductor, pero el idiota, o la idiota, tenía las luces intensas encendidas. ¡La iba a escuchar! «Adiós noche de celebración.»

Capítulo 7

Jake conducía a velocidad, hasta que llegó a un tramo que no reconocía muy bien. No es que las calles de Santa Mónica le fueran especialmente familiares, ya que apenas llevaba unos días viviendo en los alrededores. Comprobó el GPS. Iba en el camino correcto. Aunque el problema quizá era que estaba bastante oscuro, salvo por algunas luces de edificios a lo lejos.

Continuó su marcha hasta que un golpe lo hizo detenerse de inmediato. «¿Qué diablos?» ¡Acababa de chocar! Lo peor de todo: el imprudente del conductor tenía las luces apagadas. Esto terminaba de acrecentar su mal humor. «Su Jaguar nada, menos», pensó colérico. Abrió la puerta con ímpetu, y se bajó del automóvil para ver los daños.

—¡Tú! —le gritó una voz femenina con las manos cruzadas sobre el pecho—. ¿Es que acaso no te funcionan bien los ojos?

«Lo que me faltaba. Un choque y una mujer histérica.»

—No me puedo creer que estuvieras esperándome en medio camino —dijo con sorna al reconocer la identidad de aquella mujer, que movía sensualmente las caderas, sin proponérselo —lo cual resultaba aún peor para él—, y avanzar blandiendo su dedo índice como si fuera la mayor amenaza del mundo—. Te queda bien el verde, nena.

Ella bufó. Odiaba que la llamaran *nena*. ¿Qué se creía?

—Me destrozaste las luces traseras del automóvil, Weston —hizo una mueca—. ¿No tienes sentido de orientación?

Jake se limitó a inclinar la cabeza y echar un vistazo. Era cierto, estaban destrozadas y lo que las luces de su Jaguar iluminaban daba cuenta de que el guardachoque también estaba abollado. Al menos eso servía para constatar el buen material de su coche, que por cierto apenas se había llevado un rasguño, lo cual lo aliviaba.

—Ah, pero, ¿acaso ha sido mi culpa que tuvieras las luces apagadas en una calle a oscuras? —indagó con tono divertido. El enfado se le había pasado al ver que su Jaguar estaba prácticamente intacto—. No lo creo. —Colette se acercó hasta quedar apoyada contra el capot del automóvil de Jake.

Ella se apartó con un gesto de fastidio un mechón del rostro.

—Se me averió el automóvil, así que, dada tu irresponsabilidad vas a tener que pagarme los costos de la reparación.

Jake sonrió de un modo que a ella la alarmó. No porque no conociera el efecto que podía producir esa sonrisa —peor cuando era cara a cara— sino, porque se inclinó hacia ella; y aquella

cercanía la hacía sentir inquieta. Además, estaba enfadada, frustrada, porque no solo le había salvado el pellejo a él, sino al programa de radio gracias a que Kate estaba con tragos de más encima. ¡Y ahora, la chocaba!

Ah, pero, ¿de quién era la culpa de que se hubiera quedado sin batería su móvil? De él. ¿De quién era la culpa del choque y de que se le desperdigaran las monedas por doquier impidiéndole buscar pronto una cabina de teléfono para pedir ayuda a Damon? De él. ¿Y quién se creía además para hablarle en ese tono como si no la tomara en serio?

—¿Tú crees? —indagó sin perder el tono de voz divertido. Su rostro quedó a dos palmos de Colette. A ella le llegó el aroma varonil; aquella fuerza contenida que exudaba Jake la atrapó, robándole la capacidad para hablar.

Colie asintió, porque no quería que su voz flaqueara.

—De acuerdo —sonrió él. Plantó sus manos, a cada lado del cuerpo de Colette, a la altura de sus caderas, sobre el capot en el que ella estaba apoyada. Se inclinó, hasta que sus narices se toparon. La vio contener la respiración, y él mismo estuvo a punto de quedarse sin aliento. Ella tenía los ojos más hermosos que hubiera visto, el resplandor de la luz del Jaguar apenas iluminaba, pero el juego de sombras parecía suficiente y envolvente. Estaban acompañados por el romper de las olas a lo lejos.

—Jake... —susurró Colie, al ver la mirada clavada en su boca y el modo en que se tensaban los músculos de los brazos al sostenerlo.

—¿Ajá?

—Creo que deberías alejarte.

—¿Es así?

—Mhum.

—¿Acaso no me has dicho que debería pagarte por los daños causados a tu automóvil? —murmuró prácticamente sobre sus labios.

—Esto...

—Déjame compensarte entonces —dijo finalmente, y atrapó los labios de Colie con los suyos. ¡Dios! Ella tenía la boca suave, fresca, y su sabor era magnífico. Se inclinó un poco más, y pronto su lengua penetró hasta hundirla en su boca, devorando con ese beso el aire de sus pulmones. Fue un beso que los desconcertó a ambos... al menos al principio. Luego adquirió una lentitud sensual, y pronto, un tono íntimo.

Con un gemido, ella salió a su encuentro, degustándolo, y moldeando su lengua con la de Jake. Fue un beso impregnado de necesidad, abrumador, y ambos se dieron acceso mutuamente a sus bocas. Sin dejar de besarla, Jake deslizó la mano por aquella pequeña cintura para apegarla contra su pelvis. Notó cómo ella se relajaba, se entregaba y se ajustaba a su cuerpo, mientras aceptaba el ardor del beso.

El corazón de Colette latía con el mismo ímpetu que una locomotora de vapor, como si de pronto todo se hubiera ralentizado y solo el sabor de esa arrolladora boca masculina fuera lo único que existía. Sintió cómo la mano de Jake se hundía en sus cabellos, mientras la sostenía con firmeza de la cintura. Era consciente de la firme erección masculina.

Sintió de pronto que el tiempo volvía al pasado. Estar entre sus brazos fuertes era como París. Aquella primera vez que la besó, y su mundo se tambaleó por completo. Exactamente como le estaba ocurriendo ahora. Asustada por haber sucumbido a él como una tonta, detuvo el beso. Pero al parecer Jake no se daba cuenta que había dejado de responder a sus avances, hasta que ella se aclaró la garganta.

Como si hubiera salido de una bruma espesa, Jake la miró extrañado, sin dejar de sostenerla posesivamente.

—¿Qué? —preguntó con voz ronca.

—Déjame bajar de aquí —susurró ella, aclarándose de la garganta. Avergonzada de sí misma por haber respondido al beso—. Ahora —dijo con voz más firme, aunque su cuerpo continuaba temblando por dentro.

Jake frunció el ceño al darse cuenta al fin, que ya no existían vestigios de la mujer apasionada de hacía un segundo. Los ojos velados por el deseo, ahora parecían furiosos. Eso lo hizo reaccionar, aunque no lo suficientemente rápido, para casi trastabillar cuando ella lo empujó con toda su fuerza, obligándolo a soltarla.

De un brinco nada elegante, Colette se bajó del capot del Jaguar.

Él no iba a permitirle dos veces huir. La sostuvo de los brazos con firmeza. Ella elevó el mentón, desafiante, sin dejarse intimidar.

—Suéltame —farfulló.

—Creo que esa paga por los imperfectos es lo que cualquiera de mis fans hubiera aceptado. —Subió las manos con lentitud hasta colocarlas en las mejillas de Colette—. Pero no lo has hecho nada mal, considerando que apenas me conoces, ¿verdad? —expresó con intención.

Ella bien pudo haberse escabullido debajo del brazo firme y musculado, pero sus pies se negaban a hacerlo. «Será presumido.»

—¿Detecto una necesidad de que reivindiquen tu ego?

En lugar de enfadarse Jake se echó a reír. Aunque hubiera preferido gemir cuando el viento llevó hasta sus fosas nasales el perfume de Colette.

—No lo necesito, aunque si deseas —se inclinó para hablarle al oído— puedes volver a besarme como lo has hecho antes. O quizá quisieras recordar —le pasó el pulgar por el labio inferior, y Colette contuvo las ganas de morderlo— cómo lo pasamos aquellas noches en París.

—¿Qué parte exactamente? —preguntó con desdén, soltándose de Jake—. ¿Aquella en la que me

decías que lo estabas pasando bien, o aquella en la que te limitaste a desaparecer, luego de besar a aquella mujer frente a mí? ¿O quizá cuando fingías interesarte por las cosas que hablamos solo para llevarme a la cama?

Él se frotó la barbilla, tratando de no pensar en la dolorosa erección que se apretaba contra sus pantalones al tenerla tan cerca, tan tibia, y combativa. Había olvidado el carácter de Colette, su determinación. Vale, ella recordaba perfectamente su canallada de besar a otra frente a ella como un cobarde modo de que no tuviera que decirle que no quería una relación seria, aunque ver los ojos dolidos de Colette aquella vez, fue todavía peor.

—Así que recuerdas perfectamente, ¿verdad?

Colette se cruzó de brazos y giró el rostro, molesta consigo misma por haberse ido de la lengua.

—El asunto es que...

Jake se acercó, con suavidad tomó la barbilla de Colette y la giró hacia él. Sabía que estaba tratando de recuperar la pose fría e indiferente con que lo había recibido en la radio el día anterior. Y también era consciente que fue una reacción de lo más natural y esperada. Después de todo, él se había comportado como un cretino años atrás.

—¿Para qué negarlo?

Ella iba a alejarse, pero él no se lo permitió. La sostuvo de las muñecas.

—No entiendo por qué quieres sacar a colación el tema, en serio. Es ridículo.

—Porque yo sí te recuerdo —dijo casi molesto.

Colette lo quedó mirando intrigada. Achicó los ojos y luego se echó una carcajada.

—¡Por favor! ¿Acaso no estuviste comprometido?

—Has estado pendiente de mí, después de todo —replicó ladeando la cabeza para observarla con detenimiento.

Las manos de Jake subieron hasta los codos suaves de Colie, y la acercó un poco. Ligeramente. Lo suficiente para estar cerca, sin agobiarla, sin tentarse a sí mismo. Estaba guapísima, y aún tenía los labios hinchados por sus besos.

—¡Já! Ya quisieras —lo miró y enarcó una ceja—. Mi mejor amiga vive para las noticias deportivas y del espectáculo. Imposible no saber lo que pasa alrededor cuando todo el tiempo la tengo parloteando de esto y de aquello. Lamento no poder contribuir a inflar tu ego.

—Tendré que agradecerle a tu amiga, entonces —manifestó con burla.

—En todo caso no me vengas con tonterías, ¿quieres? Ya es tarde y tengo que arreglármelas para ir a casa. Aquí trabajamos temprano en la mañana, no como otros que llegan a sentarse con todo listo.

Él ignoró el comentario.

—Mi compromiso fue un grave error...

—Igual que lo fuiste tú para mí.

—...que me enseñó un par de cosas —continuó como si ella no hubiese dicho nada—. Siempre intenté recordarte con el paso de los años, y de pronto te encuentro en una radio.

—No te quieras pasar de listo —intentó sonar firme, pero al parecer no lo logró.

Jake la sintió temblar. No era el fresco de la noche de eso estaba más que seguro.

—¿Colette?

Ella lo miró fijamente.

—¿Qué?

—Voy a besarte de nuevo. —En esta ocasión el beso fue suave, posesivo, e intenso, pero cuando Colette le puso las manos alrededor del cuello, a Jake le supo a gloria. Se deleitó con su boca, bebió de su sabor, y gimió contra sus labios, al tiempo que con la mano acercaba el cuerpo femenino al suyo. Se frotó contra ella, con movimientos precisos que le dieran a entender que la deseaba. Vaya si lo hacía.

La sensación de tener a Colette entre sus brazos no podía compararse con ninguna otra. Claro que muchas mujeres habían pasado por su cama y por sus brazos, pero al tenerla a ella en ese momento así, tan cálida y entregada, se sintió cómodo, confortado, como... como si volviera a casa. Y esa certeza lo golpeó como un rayo. Eso no entraba en su ecuación. Quizá tenía mucho que ver con el hecho de que con respecto a ella se sentía un canalla. Fue la primera chica virgen con la que estuvo —y la única desde entonces—. Prefería una mujer con experiencia, sin ataduras o expectativas. Aún no lograba dilucidar qué lo impulsó a dejarse llevar por Colette, cuando su inocencia era palpable en el modo de besar y de reaccionar. Quizá habría estado harto de lo mismo, y ella fue una bocanada de aire fresco en aquellos años... y lo seguía siendo ahora. No quería complicarse desentrañando las sensaciones que Colette le causaba, pero era evidente que le había hecho daño.

—Lo siento, Colie —dijo con suavidad. Le pareció notar una sombra de pesar en los ojos femeninos, pero desapareció con tanta rapidez que él temió habérselo imaginado—. Era joven y estúpido.

—Sigues siendo estúpido —replicó a la defensiva y señalando la abolladura de su viejo Peugeot. Tenía el corazón agitado, la piel le ardía y sus labios estaban inflamados. Hacía mucho tiempo, tanto, que no sentía chispas... no, más bien fuegos artificiales, al besar a alguien. Entrar en contacto con la boca de Jake fue revivir aquella ardorosa pasión que ningún otro hombre había sido capaz de despertar en ella. Era deprimente. Frustrante.

Él sonrió.

—Es verdad, pero ya no tanto como para no decir que lo siento.

Colette lo miró con desconfianza.

—Fue hace mucho tiempo —dijo con indiferencia. Las botas la estaban matando, llevaba la adrenalina por las nubes, y tener a Jake Weston en una calle prácticamente vacía no era el mejor escenario para que sus nervios estuvieran templados—. Ya no importa —agregó, aunque sabía que estaba mintiendo. No se había esperado, ni en mil años, una disculpa de Jake. Peor volver a verlo... o tocarlo, o besarlo, o...

—Quiero que el ambiente sea llevadero en la radio, Colette, y no lo será si tengo una productora con quien compartí algo en el pasado, y no sé si acaso me odia.

«Claro, ella era un caso más, sin duda. Al igual que ocurría con su familia.» Eso la sacó de la ridícula bruma de calidez que la había invadido al besarlo. Haría bien en recordarse que estaba con un mujeriego sin escrúpulos. Hubiera querido abofetearse.

—No te odio, para tener una emoción hacia ti deberías importarme, y créeme me das igual que cualquiera.

Ese argumento de Colette, lo molestó. Así que adoptó su habitual pose indolente.

—Lo decía por consideración. Las mujeres suelen...

Colette presionó el musculoso pecho de Jake con el índice.

—Escúchame bien. Yo no soy las demás mujeres, y cometerías un gravísimo error al confundirme con ellas. Soy tu productora. Tu jefa. Si no te gusta, créeme que tengo los contactos suficientes para conseguir a alguien mejor que tú. Pero si estás dispuesto a jugar según las normas de la radio, entonces nos llevaremos bien.

—No juego más que con mis propias normas —replicó fastidiado ante aquel intento de aleccionamiento.

—¿Sabes, Jake? —Se acercó sospechosamente hacia él—. Empiezas a comportarte un poco raro para *El Gladiador*, o el mujeriego que llevas dentro. Demasiado considerado. ¿Qué dirían tus hordas de fanáticas y mujeres?

Jake la miró.

—Ahora tú escúchame bien —adoptó un tono serio—. Que haya sido un mujeriego, no implica que sea egoísta. Siempre me he preocupado de que mis amantes estuvieran satisfechas...

—Oh, por favor, no tengo interés —dijo mortificada. Necesitaba escapar de ahí.

—Entonces no lo menciones.

—¿Por qué tienen algunos hombres que pensar que todo gira en torno a sus capacidades sexuales? —elevó las manos como si estuviera pidiéndole ayuda a algún astro perdido—. Y tienes que reparar mi automóvil —le recordó—. Quizá tus besos o caricias le valgan a tus fanáticas y amantes, a mí no.

Él decidió no volver a ese camino, porque le daban ganas de saquear aquella deliciosa boca.

—La imprudencia fue tuya, así que no tengo por qué hacerlo.

—Qué falta de caballerosidad.

—Se llama justicia. Si tú eres lo suficientemente irresponsable para dejar las luces apagadas en medio de la nada, y un automóvil te choca, entonces la culpa es tuya.

Ella se envaró.

—¡Mi automóvil se detuvo de pronto! ¡No he sido irresponsable! —espetó.

—¿Y qué tal si hubieras llamado a tu noviecito del bar para que recurriera en tu ayuda?

—¿Mi...? Me he quedado sin batería en el móvil —explicó—. Y todo por salvarte el pellejo. Así que en lugar de acusarme y no aceptar tu culpabilidad, deberías estarme agradecido.

—¿Por haber respondido a mi beso con tanto entusiasmo a pesar de tener novio? —aventuró a decir adoptando nuevamente su tono despreocupado, aunque lo que más deseaba era acariciar a Colette. ¿Qué tanto habría cambiado su cuerpo en esos años?

—¡No es mi novio! —dijo con fastidio. ¿Por qué tenía que ponerla de mal humor?

Jake sonrió complacido ante la idea de que Colette fuera una persona leal. Estaba seguro que no lo habría besado de haber estado con alguien.

—Ah —comentó como si cualquier cosa—. ¿Entonces cómo me has salvado el pellejo, señorita productora?

Ella achicó los ojos.

—Evité que tu foto besuqueándote con aquella mujer en la pista de baile saliera en las redes sociales y arruinara el programa de radio antes de siquiera poder despegar —defendió con ímpetu.

La sonrisa se le borró del rostro a Jake.

—¿De qué hablas? Es un bar privado y con entrada exclusiva... La gente que va a ese tipo de sitios no tiene por costumbre fotografiar famosos para luego exponerlos a la prensa. Es de pésimo gusto...

Colette lo fulminó con la mirada.

—Kate. Mi mejor amiga es periodista —fue la explicación que le dio.

Él abrió los ojos como platos, y perdió la pose relajada.

—¿Iba a vender mi foto?

—No, ella no vende fotos. Intercambia información de primera mano por favores como entradas a bares exclusivos, conciertos, y esas cosas...

Jake se frotó el rostro. Él protegía su vida privada con mucho celo. Por eso, a diferencia del pasado, ahora procuraba que sus visitas a bares y restaurantes fueran discretas. Generalmente iba a pocos bares, y prefería las fiestas privadas, salvo cuando, como en el caso de Bacci, un amigo suyo lo hubiera invitado y fuera un sitio con entrada VIP.

—De acuerdo...

—¿Vas a pagar los daños? —preguntó Colette. No porque no tuviese el dinero, sino que quería que ese hombre se hiciera responsable de algo. Era tan superficial que no se daba cuenta al parecer de las cosas que hacía. Pues ella no iba a consentírselo.

—No. Estoy de acuerdo en que has hecho algo bueno para que el programa siga su curso, sin meter a los cotillas de los periodistas de espectáculos. Así que lo has hecho más por ti, que por mí. ¿No es cierto?

—Deberías agradecermelo en lugar de intentar enfocar el asunto a tu conveniencia.

—Gracias entonces —replicó como si ella hubiese dicho que el cielo era azul.

Eso agotó la paciencia de Colette. Quería irse a casa, pero solo había un automóvil. Así que ideó un plan. Muy sencillo, pero como estaban las cosas iba a resultar muy útil.

—¿Jake? —susurró de pronto su nombre con tal letanía que a él se le pusieron los cabellos de punta.

—¿Eh? ¿Por qué me miras así? —preguntó conteniendo el aliento, al verla morderse el labio sensualmente.

—¿Cómo te estoy mirando? —murmuró con tono bajo y cadencioso.

Jake tragó en seco cuando la sintió deslizarle las manos por la espalda, y luego posarlas en su trasero. Elevó el rostro hacia él, y movió sugerentemente sus caderas contra las suyas. Era un hombre en toda regla, y muy humano, su miembro estuvo alerta al instante. Y sus fantasías se despertaron de golpe. Nunca lo había hecho en plena calle, el escenario era idóneo. No habría testigos... Y por el motivo que fuera, lo cierto era que no le importaba además, Colette al parecer dejaría que volviera a besarla. Y vaya que él haría mucho más que eso.

Jake iba a subir las manos para tocarle los pechos, algo que había estado queriendo hacer toda la maldita noche, cuando de repente ella le quitó algo del bolsillo con agilidad.

—¡Qué...!

Fue cuestión de segundos. Colette le sacó las llaves del Jaguar de su bolsillo trasero. Se dio la vuelta, y en un tris tras estuvo en el asiento del conductor.

—¡Maldita sea, mujer! ¡Abre la puerta!

Ella le sonrió con picardía, y encendió el motor. Bajó apenas la ventana.

—Tengo que trabajar mañana. Mira cómo haces para arrancar el Peugeot. Después de todo el choque fue tu culpa. Considera el préstamo de tu Jaguar, un pago considerable. Y no esperes que llene el tanque con gasolina, eh. Buenas noches, Jake.

—¡Vuelve aquí! —gritó cuando la vio dar retro, girar a la izquierda y adelantarlo—. ¡Colette Kessler, maldición, ven aquí!

Inútil continuar gritando, porque aquella bruja iba a toda velocidad con su Jaguar.

De mala gana miró el estropeado Peugeot, y le dio una patada. El sonido del guardachoque al caer contra el pavimento llenó el aire. Con fastidio se sacó el móvil de la chaqueta y llamó a un taxi.

Capítulo 8

Colette estaba lista para empezar a trabajar. Menos mal había conservado su móvil en la chaqueta, no sabría sobrevivir sin sus contactos para hacer gestiones de trabajo. Kate continuaba durmiendo, y al parecer Damon también. Así que terminó su taza de té con bastante rapidez y bajó en el ascensor para ir por el Jaguar que estaba estacionado cerca del garaje. A esa hora, las siete de la mañana, sus vecinos aún dormían.

En el portal del conjunto departamental esperaba un policía. Aquello era extraño, pensó Colette, porque la zona donde vivía era bastante segura. Y los únicos policías solían patrullar de vez en cuando, pero jamás quedarse haciendo guardia.

—¿Señorita Colette Marie Kessler?

Se detuvo en seco.

—Eh, sí. ¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó con cautela, y observando que el hombre tuviera todas las señales de identificación. El oficial tenía el cabello negro, espeso, una barba incipiente, era alto y corpulento, y ella le calculaba no más de cincuenta años. Como periodista era desconfiada y sabía que cuando había intenciones de robo o secuestro, los malhechores podían hacerse pasar por cualquier profesión que mejor les conviniera. Así que estaba a la expectativa de cualquier movimiento extraño que el individuo pudiera hacer. Quizá no era ella rival para el peso que él representaba, y mentalmente estudiaba las vías de escape, en caso de que algo pudiera ocurrirle.

—Soy el oficial Marshall —le enseñó la placa, que ella miró con mucho interés—. He venido aquí por una denuncia de robo.

Lo miró sorprendida. Ahora sí que tenía toda su atención.

—Oh, ¿y por qué me busca a mí?

—El señor Jake Thomas Weston hizo la denuncia. —Colette maldijo por lo bajo—. De acuerdo al reporte usted hurtó ayer alrededor de las dos y treinta de la madrugada un Jaguar XJ13 color verde oscuro, dejando a su dueño en plena avenida y a la deriva. —Continuó con su letanía exponiendo esto y aquello—. Y por lo que evidencio —observó el Jaguar aparcado, rascándose la barbilla—, es correcto, señorita Kessler.

Colette no se esperaba para nada que el taimado de Jake hubiera puesto una denuncia. Claro, tampoco se había esperado todo lo que ocurrió entre ellos, pero no pensaba dedicarle ni un solo pensamiento a sus emociones al respecto. Porque no las tenía, claro que no.

Se le ocurrió algo para salir del paso.

—Esto ha sido una completa equivocación, oficial.

La mirada del policía parecía decir sí-claro-cuéntame-una-de-vaqueros.

—¿Lo ha sido? —preguntó con tono condescendiente.

Ir presa era una posibilidad que la aterraba. No podía ocurrirle, mancharía su carrera, la arruinaría. Y claro que iría tras la de Weston, y si ya no tenía carrera, le arruinaría la reputación, lo arrastraría por el fango, lo...

—Verá oficial —empezó con voz dulce—. Ayer tuvimos una de esas peleas de enamorados. —El policía frunció el ceño y miró el papel que tenía entre manos. Envalentonada continuó—: Y bueno, le dije que no quería saber nada más de él, pero no es cierto. ¿Sabe? Así que le dejé claro que me traería conmigo el Jaguar y que mañana, es decir hoy, lo hablaríamos. Creo que Jake se ha precipitado. Tenía toda la intención de ir a buscarlo a su casa hoy para devolverle el automóvil, y arreglar las cosas.

—¿Es así?

—Totalmente —replicó con inocencia. «Quizá debería haberse tomado más en serio las clases de teatro en la universidad», pensó.

El hombre se guardó la libreta en el bolsillo. Y le hizo un gesto de asentimiento al compañero que estaba bebiéndose un café dentro de la patrulla.

—Para dejarlo claro. ¿Es usted la novia del señor Weston?

Estuvo a punto de sufrir un acceso de tos, pero era la mentira que había dicho así que iba a calársela hasta el final.

—Esto... así es, oficial. Es mi novio. Sí.

—Bueno —sonó menos severo—, supongo que no tendrá inconveniente en que me cercioro que lleva el automóvil con su dueño esta mañana. Un procedimiento justo, después de todo.

«¿Dónde vivía Jake?», se preguntó alarmada. No iba a ponerse a dar vueltas por toda Santa Mónica.

—Claro que no. Es más, le agradeceré, porque con un automóvil tan caro no quisiera que ocurriese un accidente. O que alguien intentara robarlo.

El oficial contuvo una sonrisa que ella no alcanzó a ver.

—Por supuesto. Andando entonces, señorita Kessler.

Manejar el Jaguar era toda una experiencia. Asientos de cuero, suavidad, potencia, intensidad. Casi como su dueño, pensó de pronto. «¡GPS!» Estuvo a punto de gemir de alivio al ver el molesto aparatito con el que jamás había intentado llevarse bien. En ese momento creía que era el mejor invento de la humanidad.

Respiró profundamente y encendió el motor. Apenas rugió. Tendría que comprarse un auto nuevo y funcional, se recordó. No pensaba correr el riesgo de volver a quedarse botada en algún sitio nunca más. Llamaría a la grúa para que fueran por su automóvil. Encendió el mejor invento de la humanidad, y le dio la orden: «casa.» De inmediato, las coordenadas se activaron, y ella se puso en

marcha.

Jake estaba vestido con un jean Levi's que le quedaba como un guante; y una camisa elegante que se ajustaba a su cuerpo tonificado, listo para empezar su agenda de reuniones por temas de negocios personales. Se había despertado a las cinco de la mañana, como hacía casi todos los días, para recorrer la playa. Le gustaba el aire despejado, respirar el aroma del mar y luego relajarse en el jacuzzi de la casa para aflojar los músculos.

Acababa de terminar el omelette, cuando sonó su móvil.

—Hola, Jake —saludó una voz gruesa.

Lo reconoció de inmediato.

—¡Travis Marshall! —sonrió, mientras dejaba el plato en el lavavajillas—. ¿Cómo te ha ido con nuestra delincuente? —preguntó comprobando la hora. Siete y treinta de la mañana.

El oficial se echó una carcajada.

—Me sentí algo culpable por darle un susto a una muchacha tan guapa. Creo que por un momento llegó a pensar en escapar —iba diciendo el oficial, mientras seguía a Colette por las calles—. Ahora mismo estamos de camino a tu casa.

—Es lo que se merecía esa bribona por haberme dejado botado. Gracias por echarme una mano.

—No hay problema muchacho, ya sabes que estoy agradecido por todo lo que has hecho para ayudar a los enfermos de Parkinson. Además, la casa de la señorita Kessler me quedaba de camino. Creo que estaba algo nerviosa. Dentro de poco llegaremos.

—Perfecto.

Quince minutos más tarde, Jake escuchó la patrulla llegar a su casa, y también observó su Jaguar girando en la curva del camino principal. Después de sus ejercicios había llamado a su amigo policía, Travis. Era un buen hombre. Lo conoció años atrás durante uno de los partidos benéficos en los que se recaudaban recursos para diferentes causas. En ese caso fue para ayudar a enfermos con Parkinson de bajos recursos, o posibilidades limitadas, y entre los beneficiados estaba el abuelo del policía.

Recordaba que Travis se le había acercado para agradecerle su tiempo, y también aseguró ser un incondicional del tenis. Le expresó que tenía un hijo de doce años que siempre veía los juegos de Jake y que era su inspiración porque el muchacho decía que aspiraba ser tenista de grande. Desde entonces, el policía le había dicho que cualquier favor que necesitara, estaba a las órdenes. Y lo cierto era que con Colette, él no había dudado en llamar a pedir ese favor.

La noche anterior había tomado una decisión. Pretendía quitarle a Colie todos los motivos por los cuales se rehusaba a dejar de estar distante o a la defensiva con él. El modo en que respondió a sus

besos, todo ardor y generosidad, estuvo a punto de enloquecerlo. Apenas consiguió dormir y esa mañana se había exigido el doble de ejercicios para intentar agotar a su cuerpo lo suficiente y olvidarse de la sensación de placidez que le produjo tenerla entre sus brazos. Aprovecharía todos los frentes para conseguir derribar sus barreras. Quizá aquello ayudaría a mantenerlo alerta cuando lograra descubrir qué diablos necesitaba para llenar ese molesto vacío que sentía. Colette no podía considerarse un lígüe de una noche; ella era más que nada, un atractivo reto. Y él adoraba sortear la carrera de obstáculos de la vida.

La mirada furiosa de Colette, cuando abrió la puerta para encontrársela cara a cara, no lo sorprendió.

—Señorita, gracias por colaborar —le dijo el oficial Marshall. Luego se dirigió a Jake—: Ella ha dicho que fue solo una pelea de novios. —Jake enarcó una ceja mirándola, y ella se sonrojó y apartó la mirada—. La creí, pues sin rechistar la señorita Kessler le ha traído su Jaguar, señor Weston.

—Vaya, gracias oficial —dijo Jake estrechándole la mano y mirando divertido a Colette—. Pues sí, ha sido una pelea tonta de enamorados, ¿nos vamos a reconciliar, verdad, mi amor? —le preguntó atrayéndola de los hombros con su brazo fuerte y musculado, para luego elevarla ligeramente hacia él y darle un beso profundo, que hizo que Travis carraspeara para ocultar una sonrisa. «Después de todo, luego de pelear con los chicos malos, era agradable echarle una mano a un buen amigo», pensaba el oficial, mientras se retiraba.

Cuando estuvo segura que el policía se había ido, Colie le dio un empujón a Jake. La reacción de él fue echarse a reír con ganas como quería hacer desde que envió a su amigo policía a que fuera a buscarla al lugar donde vivía.

Enfurreñada, lanzó las llaves del Jaguar sobre la mesa de la acogedora sala de estar. Era una estancia preciosa. Cálida, espaciosa y con detalles de madera.

—Me parece despreciable el mal momento que me has hecho pasar, Jake.

Ignorándola fue hasta la cocina, y volvió pronto con una taza de café. Se lo ofreció. A regañadientes, ella la aceptó, porque lo cierto era que había pasado un susto. Para evitar hablar con él, empezó a beber. Estaba delicioso. Y no solo el café, pensó para sí misma sin poder evitarlo. Con aquel Levi's ajustado, los zapatos elegantes y aquella camisa azul marina que realzaba la mirada gris, Jake estaba para comérselo.

—Me dejaste botado en una calle oscura —dijo con una sonrisa cuando ella se encogió de hombros aceptando la culpa—. ¿Te gustó el café?

—Sabe a gloria —replicó con sinceridad, mirándolo por el borde de la taza—. Supongo que lo hizo tu ama de llaves o algo así.

Él movió un dedo frente a ella de izquierda a derecha.

—No. Vivo solo, pero a lo largo de mi carrera me he encargado de alimentarme a mí mismo. Sigo mi propio ritmo de nutrición. Una de las cosas que más disfruto es un buen café, o un té caliente en

las tardes cuando refresca. Fuera tengo una chimenea y una terracita bastante acogedora, me permite tener privacidad y comodidad.

—¿Entonces lo haces todo tú? —indagó intrigada, pues consideraba a Jake un niño mimado. Se sentía curiosamente a salvo estando con él, pero sus alarmitas no dejaban de estar encendidas. La casa era muy bonita y agradable a la vista; de hecho, hubiera esperado una decoración más espartana, dado que un soltero vivía en ella, pero estaba gratamente sorprendida por lo acogedora y familiar que resultaba. De hecho, se moría de ganas por conocer esa dichosa terraza.

Él asintió.

—No tengo tiempo de hacer limpieza a fondo o esas tonterías. Una compañía se encarga de hacerlo dos o tres veces por semana. El resto lo hago a mi modo. Además es una casa nueva, así que tampoco es que hubiera mucho que arreglar. De hecho, tú eres la primera persona que viene aquí. Mi madre y mi sobrino están en Delaware, así que supongo que lo harán después.

—No sabía que tuvieras un sobrino.

Jake sonrió al recordar al pequeño.

—Brad es un niño muy despierto. Imagino que tu amiga la fanática del espectáculo te habrá comentado en algún momento que parte de mi familia murió en un accidente de automóvil años atrás. —Ella asintió, y susurró un «lo siento»—. Gracias. Todo lo que tengo son mi madre y Brad. Cuido mi privacidad al máximo por ese motivo —aseveró con fiereza.

Ella hizo una mueca recordando los titulares escandalosos que alguna vez había leído sobre las juergas de Jake. Él pareció leerle el pensamiento, cuando dijo:

—Antes pasaba de fiesta en fiesta es verdad. No me importaba nada. Estaba decidido a divertirme. Después de alejarme de las canchas nada tenía sentido —comentó con un atisbo de rabia con el recuerdo de verse forzado a abandonar lo que más le gustaba hacer en la vida—. Luego ocurrió el accidente y prácticamente soy el referente paterno de Brad, y no querría que mi sobrino creciera con un mal ejemplo.

—Eres un buen tío.

Él se encogió de hombros.

—Mi familia es todo para mí —replicó como única respuesta.

«¿Cómo podía continuar teniéndole rencor a Jake cuando encontraba esa faceta protectora, y juiciosa con los suyos?»

—¿Por qué estás siendo tan... esto, amable? —preguntó desconcertada.

—Porque tú has dejado de ser mandona, has aceptado mi café y estás guapísima.

Colette empezó a toser, y él se acercó para darle palmaditas en la espalda. Le quitó con suavidad la taza de la mano y la colocó sobre un taburete que tenía al alcance.

—Veo que no crees en mis cumplidos —comentó acariciándole la mejilla con el pulgar. Le gustó sentir cuán suave era su piel, y a diferencia de otras mujeres, no llevaba exceso de maquillaje. Aún así, conseguía verse despampanante.

Colette no tenía argumentos para discutir. Esa mañana llevaba una falda naranja, una blusa blanca, sus leggins negros, las botas, y un abrigo también naranja. ¿Guapa? Estaba segura que las mujeres a las que él estaba acostumbrado eran despampanantes y espigadas. Nada que ver con ella. Seguro que Jake salía con mujeres al estilo de sus hermanas. Quizá si las conocía se interesaría genuinamente por una de ellas, porque Moira y Lizzie aún casadas, conservaban ese aire de sensualidad y elegancia que ella jamás llegaría a poseer.

Por otra parte, odiaba ver ese lado encantador de Jake, porque no podía resistirse. Él creaba una atmósfera que la invitaba a querer hablar y desahogarse. Exactamente como cuando le había contado las locuras que había hecho para tratar de escarmentar a sus padres, luego de tantas críticas que recibía. Él se mostró comprensivo, e inclusive hizo bromas que le quitaron la tensión y la predispusieron a creer lo mejor de él. Y quizá ahí estuvo su error, en haberle permitido llegar hasta sus reflexiones más personales, invitándola a exponer sus resentimientos familiares, sus inseguridades femeninas. Jake había sido avasallador, persuasivo, e insistente. En sus brazos se sintió la muchacha más afortunada del mundo; creyó que al fin había encontrado alguien que la aceptara tal como era, sin cuestionarla o hacerla sentir inadecuada. La mañana que él la dejó sin una palabra de por medio, supo que había cometido un error gravísimo.

Ahora, seis años después, estaban solos una vez más; y al parecer eso empezaba a volverse una inadecuada costumbre, que ella tenía toda la intención de romper.

—Jake —miró su reloj—. Tengo que ir a la oficina. No me gusta llegar tarde —manifestó introduciendo las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Antes de que te vayas, quiero asegurarme de que me has disculpado por haberte dejado sin una nota, o siquiera la decencia de decirte que no podía continuar una relación contigo en París. Me gustaría cerrar ese capítulo —le dijo con sinceridad mirándola a los ojos—. Empecemos uno nuevo.

«Dios, ¿por qué le habías dado a Jake la capacidad de ser atractivo?»

Jake se acercó un poco más, y le sonrió. Ella no era ninguna tonta y había captado perfectamente los matices de su voz. La intensidad de aquellos ojos grises la abrumó. Fue consciente de que además de honestidad en la declaración de disculpas de Jake, también existía un evidente matiz de anhelo sensual. Lo podía sentir en cada poro de la piel; la química era ineludible.

—Yo...

—¿Tienes miedo de que logre derribar esa barrera tan abrumadora y hostil que eriges a tu alrededor, y vea a la chica dulce que conocí? ¿Es eso? ¿Temes que vea tu vulnerabilidad? Porque déjame asegurarte que todos somos vulnerables de algún modo, no eres la única...

Ella se sonrojó y reaccionó tal como Jake esperaba.

—Sigo siendo la misma de siempre. —Se aclaró la garganta, cuando él achicó los ojos con

incredulidad—. De acuerdo. Dejemos el pasado donde está —estiró la mano hacia Jake. Para su cometido de demostrarle a los suyos que como periodista iba en serio, prefería dejar los malos recuerdos fuera. Jake estaba firmando una tregua, y ella pensaba aceptarla de buena gana—. ¿Trato hecho?

Con una risa, la haló de la mano atrayéndola hacia él.

Jake observó con deleite cómo las pupilas de Colette se oscurecían, y el modo tan sensual con que entreabrió los labios. Una visión sin igual. Colie podía rechazarlo y fingir toda la indiferencia que quisiera, pero las chispas y el deseo que saltaban a la vista eran tan intensos en ella, como le ocurría a él.

Inclinó la cabeza y la besó. Le acarició los labios con los suyos, delineándolos, recorriéndolos, una, dos, tres veces. Colette contuvo el aliento, pero no lo apartó. Y esa pauta, le permitió a Jake hacer un avance más osado. Empezó a desabrochar los botones del abrigo uno por uno, con la misma lentitud con la que se deleitaba con el sabor de aquella exquisita boca.

Colie sintió la boca caliente y hambrienta de Jake sobre la suya. Su aroma cálido la envolvió por completo, cautivándola. Él profundizó su avance cuando ella soltó un gemido de placer. La exploró con presteza, dándole un nuevo significado a la palabra *besar*. Cuando Jake logró deshacer todos los botones del abrigo, a ella le fue imposible no inclinarse para apegarse a ese cuerpo duro, fuerte y atlético.

Sintió cómo aquellas manos cálidas y grandes abarcaban la plenitud de sus pechos, rozando con los pulgares sus pezones doloridos por el deseo, erectos y prestos a dejarse consentir de esos dedos que empezaban a presionarlos y torturarlos sobre la suave tela de la blusa y el sujetador de encaje.

—Tienes los senos perfectos —le susurró mientras empezaba a besarle las mejillas, el cuello, y masajeaba aquellas cumbres generosas—, y me encanta sentir su peso entre mis manos. Son deliciosos.

—Jake...—murmuró con un quejido, entregándose a la pasión que los envolvía. A la electricidad que vibraba en el aire.

—Déjame verte, cariño —dijo antes de continuar su camino de besos y echar al suelo el abrigo. Hizo contacto con la mirada velada de Colette, y luego deslizó las manos por debajo de la blusa blanca, maravillándose con la piel suave de su vientre—. Voy a besar cada centímetro de tu piel, Colette —aseveró con voz grave y sensual, olvidándose de todo lo que no fuera estar al pendiente de cada reacción de la hermosa mujer que tenía entre sus brazos.

—Sí... —susurró, acariciando los brazos de Jake. Eran fuertes, sólidos, y mientras, sentía arrobada la manera en que aquellas manos tocaban su piel y subían poco a poco hasta posarse justo debajo de sus pechos—. Esto... este no es el trato del que hablábamos —alcanzó a decir en apenas un audible tono, cuando los dedos de Jake encontraron el broche delantero de su sujetador, pero en lugar de soltarlo, abrió los dedos para introducirlos en las suaves copas de randas, hasta tocar ambos pezones y apretarlos entre el índice y el pulgar, creando en Colette una insoportable necesidad de que la tocara más, mucho más.

Colie sentía las piernas flojas, su sexo ardiendo e inflamado, y añoraba como hacía mucho tiempo no le ocurría, saciar esa sed. Necesitaba que él la desnudara, la tocara, la tomara. Era absurdo negarse a sí misma el modo en que siempre la había afectado, cualquier noticia suya, y lo cierto era que verlo en televisión era un placer masoquista de su parte. Porque al tiempo que había estado resentida con él, no había dejado de preguntarse el por qué. Ahora eso ya no importaba. Después de todo, el recuerdo de Jake jamás había perdido su nitidez, quizá la intensidad, pero ahora parecía redoblar con brío la fuerza de la pasión que habían compartido.

El sonido de un teléfono los interrumpió de pronto.

Respirando agitadamente se miraron, y una descarga de emociones se desató entre ambos. Con un gruñido, Jake deslizó las manos por la espalda de Colette, y la atrajo de las nalgas contra sí. Acarició aquel trasero tan delicioso al tacto, lo apretó y ella le devolvió el favor, atrapando con su mano el abultamiento del jean en donde era evidente la erección masculina. Lo acarició sobre la tela que para Jake parecía inexistente, porque el calor de aquellos pequeños dedos parecía traspasar el material del Levi's. Ella susurró su nombre, antes de permitirle devorar su boca de nuevo, enzarzándose en una batalla placentera, deliciosa, apremiante, y sugerente.

El teléfono continuaba sonando.

—Demonios —masculló Jake. Era su móvil. Miró a Colette que tenía las mejillas arrojadas, con los pechos subiendo y bajando conforme su agitación—. Esto no se va a quedar así —sentenció mirándola con deseo descarnado.

Ella se mordió el labio, y se acomodó la blusa, pues Jake se la había subido sobre los pechos, para poder tocarla y sentirla.

—Yo... —saboreó sus propios labios, y él quiso gemir de frustración—. Me tengo que ir, Jake... pediré un taxi, y...

—De eso nada —replicó Jake—. Yo te llevaré. — Con un gesto le pidió que aguardara un momento. No la soltó, al contrario, con la mano libre la tomó de la cintura, y le dio un beso suave antes de atender la llamada.

Gordon estaba diciéndole que tenía que organizarse, porque dentro de una semana se llevaría a cabo un partido benéfico a favor de los damnificados por un terremoto en Asia. Se congregarían algunas estrellas del tenis, y querían que él participara.

—Me parece bien, pero no quiero a la prensa metiéndose en mis asuntos. Cuando yo los necesite, entonces los usaré, no ellos a mí.

Su agente se rio.

—Ah muchacho, tú tienes al mejor agente. Déjame eso en mis manos.

—Para eso te pago. Adiós, Gordon.

Se giró hacia Colette que lo observaba, ya más compuesta, pero con la mirada ligeramente avergonzada. Su conciencia al menos estaba más tranquila. No sabía por qué, pero la opinión que

ella tuviera de él le importaba. Era ridículo, pues siempre había vivido bajo sus propias reglas. Que ella hubiera aceptado sus disculpas por el pasado lo hacía sentir ligero.

Era curioso cómo besar a Jake la hacía sentirse viva, alerta, sensual, expectante, pero era consciente de que su prioridad implicaba demostrarle a su familia que podía tomar decisiones acertadas, independientes y serias. Confundir las cosas con Jake, por más guapo y sexy que fuera, podía costar muy caro. Y Jake Weston no valía el precio que implicaba arruinar las posibilidades de Oxigen California y todo lo que estaba involucrado detrás para ella.

—Jake —dijo con tono vacilante. Él guardó el móvil en el bolsillo, y la miró con aquellos penetrantes ojos del color del acero—. No quiero que esto se repita nuevamente...

Él continuó en silencio, forzándola a completar su idea.

—Me refiero a... esto, besarnos, o tocarnos —suspiró—. Para mí lo más importante es el proyecto de la radio. Todas mis expectativas están puestas en él. Preferiría —se terminó de abrochar el abrigo— que mantengamos la distancia, y nos limitemos a trabajar juntos. No quiero escándalos, no quiero problemas...

«Ahí volvía de nuevo, la mujer contenida y a la defensiva», notó Jake.

—¿Por qué te niegas el placer de desear y disfrutar? —preguntó intrigado por cómo estaba ardiendo un momento, y fría al siguiente—. Ya te lo he dejado claro —le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja, ella no se apartó—. Te deseo, y sé que tú también a mí. Has quedado de acuerdo en dejar el pasado atrás. No quiero ataduras, no me interesa un ligue de una noche. ¿Puedes manejar una aventura a un plazo que nos sea cómodo a ambos, Colette?

—No creo que sea lo mejor...

Él sonrió. Sabía que estaba debatiéndose consigo misma. Conocía de primera mano la naturaleza sensual de esa mujer, y se sentía bastante contento de saberse el causante de que el dique de contención de ella hubiera volado por los aires, al tocarla y besarla.

—Piénsalo —le colocó con suavidad las manos sobre los hombros y se inclinó—. E independientemente de la respuesta que vayas a darme, créeme, que haré una campaña para debilitar tus argumentos si acaso te niegas —dijo con voz seductora y firme.

Ese era el Jake que Colette recordaba. Decidido e insistente. Cuando quería algo, iba por ello sin contemplaciones. Ya había sido cautivada anteriormente por esa determinación. Ahora lo tenía de regreso a su alrededor, y aunque le brindaba una sensación de seguridad, eso no era el equivalente a la confianza. No era ya la chica tonta e idealista que creía o esperaba los finales felices o los para siempre jamás. Su corazón estaba blindado, era más fuerte, pero estaba segura que las habilidades persuasivas de Jake habían mejorado con el tiempo, y ahora que sabía que ella correspondía su deseo, lo utilizaría en su contra.

—No confío en ti —recalcó en voz alta lo que pensaba—. Y eso no tiene que ver con seducir o ser seducida.

Si él estuviera en la posición de Colie, no necesitaría confiar, sino solo desear y ser deseado. Los

hombres ante la lujuria funcionaban de forma distinta. No obstante, su misión consistía en convencerla de convertirse en amantes de nuevo, ya con la plena conciencia de ambas partes del tipo de trato que estaban haciendo. Es decir, una aventura con fecha de caducidad, pero con carácter exclusivo.

—¿Vas a negar que me deseas, entonces?

—Tengo que ir a la radio —repuso a cambio. ¿Para qué discutir? Aunque no lo quisiera admitir ya sabía cuál sería el resultado de los intentos de persuasión de Jake... En todo caso, esperaba que su resistencia durase la mayor cantidad de tiempo posible—. Algunos trabajamos jornada normal, ¿sabes?

Jake la observó unos segundos en silencio. Dejaría estar el tema por el momento. Ya había logrado un gran avance. Se encogió de hombros, dedicándole una sonrisa cargada de promesas. Ninguna de esas promesas invitaba a Colette a creer que él pudiera jugar limpiamente para conseguir el objetivo. Es decir, ella.

Capítulo 9

Cuando Jake se enteró de que Colette organizaba una reunión de temas temprano en la mañana los días en que había programa, insistió en asistir. Así tenía una excusa para verla los tres días que iba a la radio a locutar el programa, dos veces; una en la mañana, y otra en la tarde. Por supuesto, ella le dijo que no era necesario, pero él no cedió.

El pequeño equipo de trabajo dedicado a *Oxigen California*, Zack y Deirdre, apoyó la moción de Jake. Desde entonces, él se presentaba puntualmente a las diez de la mañana con su elegante modo de vestir, aquel despreocupado andar y utilizando su conocida sonrisa que lograba que, instintivamente y sin motivos, Colie cruzara la piernas con firmeza. Solían reunirse en una minúscula sala, y debido al reducido espacio era imposible que la presencia de Jake no hiciera estragos en Colette.

Aparte del modo en que su respiración perdía normalidad cada vez que Jake le hablaba con aquella voz grave y cadenciosa, como si fuera un íntimo secreto, Colie podía decir que estaba contenta con el desarrollo del programa, y eso que tenían apenas dos semanas al aire. Cada sesión tenía pautada una entrevista especial. Bien un artista, un grupo ambientalista, o bien un vocero de alguna entidad que fuera noticia. Era un segmento corto el de las entrevistas, apenas seis minutos, pero Colette había notado que era el instante en que mayor audiencia los sintonizaba. Eso le daba una pauta de intentar conseguir entrevistados con historias quizá un poco más polémicas, aunque no se decidía todavía, pues procuraba mantener la línea del equilibrio y sobriedad en su revista radial. *Su revista*. Esa sensación de estar al mando y llevar a cabo un proyecto tan importante siendo novata, era alentadora.

Aunque claro, no todo era maravilla y entusiasmo. Al menos no cuando se trataba de Jake, y los roces “accidentales” que tenía con ella: una caricia disimulada en el hombro, se inclinaba demasiado para hablar al oído cuando no era necesario murmurar, o cuando fingía no haber rozado los dedos con los suyos al pasar. Eso empezaba a afianzar su determinación de alejarse de él. «Condenado hombre.»

Una mañana Jake siguió a Colette al despacho luego de concluir la reunión de temas. Habitualmente, una vez terminada la sesión, él solía irse a hacer lo que fuera que tuviera que hacer, lejos de *Radio Costa Azul*. Pero ese viernes, no. Ese viernes llevaba una propuesta para elevar aún más el rating del programa.

—Adivina qué, señorita productora —le había dicho con tono insolente.

—No me llames de ese modo, Jake. ¿Vale? —preguntó abriendo la puerta que daba a su pequeña oficina.

Él se quedó apoyado en el umbral, mientras Colette iba a acomodarse detrás del escritorio y organizaba sus papeles.

—Deberías dedicarme aunque sea una sonrisa que no sea hostil.

—No te dedico nada, simplemente yo soy la jefa aquí. ¿Comprendido? —Él solo sonrió de medio lado y se encogió de hombros—. Tengo mucho por hacer, y mi día apenas empieza. Así que dime de una buena vez qué ocurre —chasqueó los dedos— ¡Ya sé! ¿Vas a dejar de venir a las reuniones de temas, es eso? —preguntó esperanzada.

—No, claro que no. Me gusta estar en ciertos procesos, y me parece interesante verte trabajar y planificar —replicó con su indolente sonrisa. Ella hubiera querido borrarla de la cara, pero lo cierto era que habría cometido un crimen contra el sexo femenino. La sonrisa de Jake Weston podía derretir el iceberg más pesado.

—He organizado un evento para mejorar la imagen de esta radio, dándole más exposición en los medios. Para que veas que no solo me dedico a mirar tus admirables cualidades —Colie lo miró con advertencia, pero eso no evitó un sonrojo que a él no se le pasó por alto— y me refiero a las profesionales, por supuesto.

—Por supuesto —refunfuñó. Jake se cruzó de brazos. Ella lo miró inquisitiva y luego se acomodó en su sillón desgastado. Tendría que pedirle a Francis que le diera un extra del presupuesto para temas tan básicos como un sillón y un escritorio sin averías—. Te escucho.

Él avanzó y tomó asiento frente a Colette, quien a su vez sintió como si el pequeño espacio físico se redujese todavía más.

Jake había tratado durante esas dos semanas de lograr que Colie se acostumbrara a tenerlo cerca. Después de aquellas caricias y besos en su casa, había notado cómo evitaba tocarlo, o mirarlo a los ojos cuando coincidían a la salida del programa, antes de que él se fuera a atender sus compromisos y ella se recluyera en su oficina para hacer un análisis del programa emitido. Sin embargo, el modo en que Colette contenía la respiración pensando que él no reparaba en ello cuando estaban cerca, le causaba satisfacción a confirmar que no solo él estaba torturado por la innegable química de ambos.

Colette parecía ajena a lo guapa que era, y quizá eso la convertía en una mujer todavía más atractiva a sus ojos. No tenía poses, ni artificios, y era delicioso observar cómo se sonrojaba, cada vez que él la pinchaba con algo. Tenía que ganarse su confianza; eso lo sabía a conciencia. No era el chico tonto de veintitantos, y ella iba a enterarse. Se aplicaría hasta conseguir que Colie volviera a bajar sus defensas, pero esta vez definitivamente.

—Mi amigo Hugh Hefner —Colette achicó los ojos, porque no estaba segura de que le gustaría lo que venía a continuación—, me invitó a desayunar ayer por la mañana por los viejos tiempos. Y le comenté que estaba tratando de mantener un bajo perfil, pero que por una buena causa —amplió los brazos como si estuviera abarcando la estancia— como lo es esta radio, no me importaría un poco de reconocimiento.

—Al grano, Jake.

Colie deseaba que saliera pronto de su oficina. Estar rodeada de otras personas, podía manejarlo, pero estar a solas con él era algo totalmente diferente. Llevaba atormentándola desde aquel día en que envió al oficial de policía a buscarla a su casa. Intentaba olvidarse de su presencia, pero no era

tan fácil cuando la llamaba al teléfono para preguntarle tonterías, o cuando —como en ese momento— iba a buscarla a la oficina para cualquier idea que se le cruzara por la mente. En una ocasión le consultó sobre la posibilidad de invitar a un cantante que era amigo suyo, ella lo dejó estar, y le dio el visto bueno. Luego, se apareció consultándole si le parecía adecuado entrevistar a una amiga que se dedicaba a hacer striptease, esa vez controló su genio y le dejó saber que una revista de noticias no era sinónimo de categoría restringida para el público. Y así, cada ocasión, salía con un nuevo disparate. Quizá era masoquista, pero la divertía el modo tan aparentemente inocente con que le soltaba los comentarios. Sabía que intentaba acercarse a ella, pero no quería volver a quedarse en la estacada, una experiencia era suficiente. No podía confiar en Jake. Así que lo más saludable era mantener las distancias. Y no solo porque él pudiera ser perjudicial para su cordura, sino porque ella misma dudaba de su capacidad de rechazo cuando de Jake Weston se trataba.

—Qué mandona puedes ser... —sonrió ladeando la cabeza. Unos mechones de cabello rubio oscuro se agitaron. Ella quiso estirar la mano y arreglárselos.

Jake le había propuesto una aventura. Ella no era ninguna idiota, peor mojigata, pero ya no tenía ganas de perder el tiempo. Había salido con algunos chicos, y que ella recordara se acostó con dos. Pésimos amantes, y ella no se tenía por mártir. Sabía que con Jake sería todo fuegos artificiales, y combustión de aquellas salvajes y abrasadoras, pero estaba resistiéndose a jugar con fuego. En París creyó que lo que habían creado juntos en tan pocos días era precioso y único, pero Jake la desilusionó.

Ahora al parecer las cartas estaban claras de ambos lados, o al menos del de Jake, porque lo único que ella llevaba claro era que no permitiría que jugara con ella de nuevo. No podía arriesgarse a poner en aprietos a su corazón.

—Me pagan por trabajar no para ir a comer con celebridades ni conejitas de Playboy —repuso con desdén ante la idea de que Jake tonteara con las perfectas mujeres de Hugh Hefner. Había pensado durante esas semanas que retomaron el contacto, que el chico ligón de Francia y del que hablaban en la prensa rosa meses atrás, ya no existía. No sabía por qué intentaba encontrar resquicios de seriedad en Jake. Estaba comportándose como una necia.

—Ah, pero si yo no he dicho tal cosa de comer con conejitas —le hizo un guiño al notar que a Colie no le hacía gracia que quizá tonteara con otra mujer. Eso era interesante, pensó Jake. Al menos para alguien que intentaba darle esquinazo cada dos por tres—. Verás, vamos a hacer una fiesta en el club *Stolish*, está muy de moda, e invitaremos a muchos actores y claro, las conejitas que Hugh tan amablemente pueda organizar que asistan. —Ella le rodó los ojos, lo que consiguió que Jake sonriera—. El asunto es...

—El asunto es —dijo poniéndose de pie e interrumpiéndolo— que estoy ocupada, Jake, como para venir a escuchar ideas infantiles de dar una fiesta con mujeres medio desnudas solo para complacer tu libido en honor a la supuesta ayuda que quieres brindar a la radio.

—Puedo hacerlo por mi cuenta. No es necesario que la radio ponga un centavo, tengo muchos amigos que...

—Adiós, Jake —lo cortó secamente.

—¿Eso es un no? —indagó sin ocultar un tono falsamente ofendido.

Ella entornó los ojos.

—Es un *rotundo* no.

Los asuntos con sus padres continuaban tan tirantes como siempre. A veces simplemente prefería no hablar con ellos, pero tampoco podía dejar el teléfono sonar de modo incesante. Eso hubiera deseado hacer en todo caso, cuando su padre la llamó mientras ella terminaba su almuerzo. Phillip le explicó que Alexandros había decidido fijar su residencia la mayor parte del tiempo en Estados Unidos, y que le parecía bien que, después de todo, ese pasatiempo que ella tenía de ser periodista haya dado resultados en la fiesta de cumpleaños cuando habló con Nikos. ¿Cómo podía no lastimarla que su padre la menospreciara de ese modo?

Le dolía saber que contaba con el apoyo de sus amigos, pero no de quienes deseaba. No podía entender la constante crítica de su familia. Ella se consideraba una mujer fuerte, pero durante su adolescencia, cuando vivió aquel periodo de rebeldía de cabellos de colores y novios estrafalarios, la idea de tomarse pastillas para dormir y olvidarse del mundo, y de la incompreensión, se le hizo atractiva. Si no hubiera sido por el calor de la familia Blansky, quizá lo hubiese hecho.

A veces no entendía cómo había podido convivir en un entorno que le resultaba tan poco cercano. Gracias al cielo Kate no le fallaba nunca. Damon era un adicional fantástico. Lo que no comprendía eran las constantes invitaciones a cenar o bailar, que le hacía últimamente, o también aquellas sugerencias de caminar cada vez que la veía en casa. No es que aquello no fuese algo común entre los mortales, sino que Damon, primero, no era aficionado a caminar, y segundo, bailar no era lo suyo. Si acaso, él empezaba a albergar la idea de retomar algún tema sentimental con ella, tendría que hablarlo seriamente. Ya tenía suficientes líos tratando de hacerse un espacio como periodista en la ciudad, como para tener que herir los sentimientos de Damon, esto si acaso las suposiciones que estaba haciendo fuesen correctas. De verdad esperaba estar imaginándose todo con respecto a Damon.

Al fin llegó el sábado por la noche, y Colie tenía ganas de ir a pasear por el muelle. A pesar de que no era precisamente época de playa, solían llegar muchos turistas a Santa Mónica. La playa cuando no estaba llena era maravillosa y siempre venía perfecta la brisa marina para los pulmones.

Se vistió con un jean ajustado, botas, una blusa celeste y una chaqueta de cuero. Se elevó el cabello en una coleta cómoda, utilizó unos pendientes de plata para las orejas, y un poco de brillo para labios. Guardó en su bolsa la cámara digital. Siempre había alguna toma buena que hacer; le gustaba fotografiar. Le habría gustado ir con Kate, pero los Blansky estaban visitando por el fin de semana a unos familiares en otro Estado, e iban acompañados también de sus padres.

Estaba a punto de ponerle la bolsa al hombro cuando llamaron a la puerta. Con el ceño fruncido se acercó a observar por la mirilla. «No puede ser posible.»

—Estoy por salir, ¿qué quieres Jake? —preguntó desde el interior.

Jake quería que ella dejara de fingir que entre ambos no ocurría nada, así que tenía una propuesta a la que Colette no podría rehusarse. Era una idea estupenda la que se le había ocurrido.

—Te vengo a ofrecer la oportunidad de la semana. De hecho, si juegas bien tus cartas puedes convertirlo en el mejor acierto desde que empezaste tu trabajo en la radio.

Ella frunció el ceño.

—Dime de qué se trata.

Consciente de que Colette lo observaba, le dedicó una sonrisa resplandeciente. Estaba vestido de modo informal. Después de todo cuando uno iba a una fiesta en su propia casa podía ir más relajado.

—Conversar con las puertas u objetos inanimados no es la idea de una charla agradable. Podría quedarme aquí divagando, pero creo que a tus vecinos no les gustará cuando comience a gritar un par de ideas fabulosas que tengo para ti y para mí, si acaso...

La puerta se abrió con rapidez. Ella no quería cotilleos de los vecinos.

—Gracias por invitarme a pasar —dijo, sin ser invitado precisamente—. Estás muy guapa —elogió cuando estuvo dentro del departamento.

Colie cerró de mala gana sin responderle. Se cruzó de brazos, mientras Jake observaba su alrededor.

A Jake le gustó de inmediato la calidez que desprendía el lugar. Sencillo, pintado en tonos blancos y melocotón, asientos de cuero, una cocina pequeña, pero bien equipada, y un balcón. Todo coincidía con la personalidad pragmática de Colette y su falta de artificio. Era un sitio limpio, y muy agradable. Notó un par de portarretratos. Ella y una amiga salían en varias fotografías, dedujo que era la compulsiva acosadora de famosos y cotilla de temas de celebridades.

—¿Kate? —preguntó todavía dándole la espalda, y señalando uno de los cuadros a lo lejos.

Colette se embebió de su imagen. Estaba muy atractivo con el pantalón negro ajustado, y la camisa morada que se amoldaba a su cuerpo atlético. Recordaba que cada centímetro de piel cubría un sinnúmero de músculos perfectamente definidos. A veces tener buena memoria sensorial y visual podía ser torturador, se dijo. Pero no evitó notar que Jake ahora parecía más imponente y recio, como si su fuerza física fuese más letal.

—Ajá. Está de viaje el fin de semana, supongo que cuando le cuente que has estado aquí me reclamará —rio—. Así que para que luego Kate no diga que soy mala amiga, te confesaré que ella quiere que le presentes a Patrick Lombardo. ¿Podrías conseguirlo?

Él se giró.

—Tiene novia por si tu amiga alberga esa clase de interés. —Colette no podía decirle que Kate llevaba una colección de fotos, vídeos, posters y cuanto libro biográfico había de Lombardo—. Pero es un tío muy amable. Seguro no le importa aceptar una comida o algo. Puedo arreglarlo.

—¿Novia? ¿No es igual de mujeriego que...?

—¿Yo? —completó con humor. Quizá ya no hiciera escándalos que salieran en los medios de comunicación, pero una reputación de playboy no se quitaba de la noche a la mañana, y peor ante una

mujer que había presenciado de primera mano lo que él había sido. Colette no tenía por qué saber de sus intenciones de dejar de tontear con mujeres.

—Sí.

Él no respondió de inmediato, sino que a cambio reparó en otra fotografía donde había un chico que a su juicio miraba con demasiado interés a Colie. Frunció el ceño.

—Bueno, pues al parecer recientemente encontró alguien que lo ha hecho romper ese patrón de ir de mujer en mujer —dijo no sin cierto toque irónico.

—Ese patrón se llama amor Jake.

Él no pudo evitar esbozar una mueca. Estaban solos, así que el más mínimo gesto era absorbido por el otro.

—Una estupidez.

—¿No crees en el amor? —indagó frunciendo el ceño. Quizá en su vida familiar el amor hubiera faltado, pero ella sí que creía en ello. Era una optimista. Había recibido golpes y desilusiones, sin embargo, no había dejado de creer en el amor. Que la llamaran ingenua, pero no pensaba pasarse su vida siendo cínica y amargada. Cuando algo malo llegaba, también traiga consigo cosas buenas. A veces eran experiencias, otras, personas o situaciones que brindaban una nueva perspectiva de la vida.

—La pasión es lo único que tiene una satisfacción plena y con las condiciones sobre la mesa; vas por placer y encuentras placer; fuera de la cama, el resto no importa —replicó.

—Vaya, Jake —repuso con suavidad ante el tono mordaz masculino—. No sabía que...

—Será mejor no intentes hacer conjeturas, Colette —zanjó sin un ápice de amabilidad—. No creo en el amor. Es para imbéciles. Alguna vez me convertí en uno, y aprendí la lección.

«Demonios, ¿cómo se habían llegado a ese ridículo punto?» pensó Jake.

—Lo siento por ti. —La idea de saber que alguna vez él había amado tanto, hasta el punto de que lo hubieran lastimado y no quisiera saber del amor, la apenaba. Estaba segura que aquella mujer que hirió a Jake recibió un amor apasionado; por descontado tuvo que ser también impetuoso, constante... Él no parecía ser el tipo de hombre que hiciera las cosas a medias, así que seguro que cuando amó lo tuvo que hacer a conciencia.

Quizá ahora podía entender su tendencia al cinismo, a tomarse todo con indiferencia, salvo el trabajo; pero también la ponía a ella sobre aviso, que por nada del mundo se le ocurriera fijar su atención en algo más que la atracción física con Jake Weston. Ya le había roto el corazón una vez, una segunda, la destruiría.

—No lo hagas. Soy feliz tal cual. —Se pasó los dedos por el cabello, y luego cruzó los brazos tensando así la tela de la camisa con sus músculos.

—¿Fue... fue tu prometida? —preguntó de pronto sintiendo curiosidad.

Él achicó los ojos.

—Si respondo a esa maldita pregunta, ¿dejarás de intentar empezar a analizarme?

—No hay que ponerse pesados. Después de todo, tú has venido a verme, y yo bien podría irme a pasear como tenía previsto —replicó con una sonrisa. Él podía enfadarse lo que quisiera, ella no se sentía afectada.

—Si quieres una respuesta, tendrás que darme tú una a cambio.

—¿Eh?

—Si empiezas a hacer preguntas, señorita periodista, entonces yo también empezaré a hacerlas. A menos que estés dispuesta a responder, no te atrevas a preguntar.

«Un desafío.»

—De acuerdo. —¿Qué tontería podría preguntarle?

—Fue ella —dijo cortante, acortó la distancia que los separaba. Colette sintió el impulso de salir corriendo. De pronto responderle su pregunta resultaba tan amenazante como una bomba molotov.

—Entiendo. ¿Te ofrezco algo de beber? —preguntó a cambio.

Él negó, luego soltó una breve risa ronca. Colette contuvo un respingo. «Él olía realmente bien», pensó en silencio.

—Me alegra que seas tan hospitalaria, pero en realidad lo que me interesa es que contestes a mi pregunta.

—Cla...claro —contestó elevando el rostro hasta que sus ojos conectaron con los de Jake.

Él sonrió.

—¿Me deseas?

Ay, no. Eso no podía responderle. ¿Por qué seguía con ese tema?

—Jake...

—Respondí a tu pregunta. Supongo que si das tu palabra la cumples.

—La cumplo sí —replicó elevando más el mentón.

—¿Entonces...? —insistió Jake. Estiró la mano para acariciarle la mejilla.

—Yo...

—¿Ajá...?

—Sí, te deseo —murmuró perdida en el acero líquido que se condensaban en aquellos ojos cargados de promesas y pasión. El aire empezaba a impregnarse de una invisible red eléctrica que

atrapaba hasta las más pequeñas células de Colette. Hubiera sido más fácil no abrirle la puerta... aunque se habría expuesto a que sus vecinos escucharan la conversación. Lo cierto era que no le apetecía que la señora Harris, la del departamento contiguo que era una cotilla, empezara a hacerle preguntas cuando se la topara recogiendo el correo en la portería del edificio—. ¿Qué te trajo hasta aquí? Si era alguna de tus múltiples consultas o sugerencias pudiste haberme enviado un correo o un mensaje de texto —agregó para no perderse.

—Como te expliqué —se inclinó para hablarle al oído— tengo una propuesta muy interesante que va a beneficiar a la radio —dijo, no sin antes depositar un rápido beso, justo debajo de la oreja de Colette, haciéndola temblar.

Ella se alejó por instinto. De supervivencia, seguro que no, porque ella tenía tantas ganas de besarlo, como estaba segura que las tenía él. Más bien era un asunto de no permitirle invadir su espacio vital. Si se tomaba demasiadas libertades la que estaría en problemas sería ella. Mentiría si dijese que las bromas, los comentarios y el ingenio de Jake lo hacían menos encantador a sus ojos. Al contrario, ahora que interactuaba con él lo había llegado a conocer un poco más. Tenía un alto sentido de responsabilidad, era agudo y exigente en el trabajo aunque su sueldo se lo pagara su propio auspiciante y no la radio; además sabía que él realizaba actos de caridad, lo cual daba cuenta de que no era un mimado y egoísta.

Si continuaba encontrándole atributos a Jake, empezaría a verse inmersa en un lío, y bastante grande.

—Estoy ocupada —comentó tratando de otorgarle un tono de firmeza a su voz. Puso distancia entre ellos, y Jake fue a sentarse. Ella lo imitó, pero lo hizo en el sofá opuesto, justo para quedar frente a frente. Si él notó sus ganas de alejarse, no dijo nada—. Si no vas a contarme lo que tienes que decir, entonces me iré a hacer mis cosas.

—No hace falta ponerse pesados, Colie —repuso. Ya tenía su primera admisión verbal de que lo deseaba, porque la admisión física era tan evidente para ambos, que negarla sería un completo absurdo. Iba a dejar estar el tema por un rato—. Voy a una fiesta dentro de una hora. En mi mansión de Bel Air. Quiero que me acompañes.

Ella lo miró con sospecha.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque... —entonces cayó en cuenta de lo que ella creía—. No voy a seducirte ni mucho menos intentarlo. —Colette contuvo una réplica—. No tiene que ver con que seducirte no me interese, al contrario, pero son asuntos de negocios. Ya que no pensaste que mi idea con Hugh Hefner fuera buena. —Colie puso los ojos en blanco—. Seguro que esta nueva idea sí te lo parece. Mi casa de Bel Air la está ocupando un buen amigo mío, Rex Sissley, y ha organizado una barbacoa fabulosa. Irán varios amigos, entre ellos algunos empresarios que suelen patrocinar eventos deportivos. Y dado que yo soy bastante reconocido, y ahora trabajo en una radio, de pronto... —dejó que ella completara lo que estaba entre líneas. Ella lo comprendió al momento.

—Entonces me estás diciendo que me invitas para que hable con esos patrocinadores, y les

explique sobre *Oxigen California* —preguntó con un matiz de desconfianza.

—¡Ya sabía que eras una chica lista!

—¿Dónde está la trampa de tu propuesta, Jake? Sé sincero, porque he pasado unas semanas realmente complicadas.

Él elevó las manos en son de paz.

—Quiero algo a cambio. Muy fácil.

—¿Qué podría ser? —quiso saber nerviosa.

—Deja de ponerte a la defensiva conmigo. Sé mi amiga. —¿De dónde había salido esta imbecilidad?

—¿Tu amiga? —lo miró con fastidio—. Soy tu jefa, Jake.

—No voy a discutirte los matices, ni asuntos del pasado y circunstancias diversas. Es lo que quiero a cambio. —Ya que había soltado semejante estupidez, ahora le tocaba mantenerse en sus trece. De pronto, si ella se convencía de que él pretendía conocerla un poco mejor, en lugar de seducirla o flirtear como había estado haciendo las dos últimas semanas, entonces Colie volvería a mostrarse menos ajena con él.

—Oye, pero es que tú vas listo. Me haces una propuesta de oro, para solo pedirme mi amistad a cambio. No me lo creo... dime la verdad, Jake.

La sonrisa de Jake se borró. Y entonces ella vio a *El Gladiador*. Aquel jugador que medía a sus oponentes y los destrozaba en la cancha. Vislumbró al exitoso hombre de negocios, al amante apasionado y al ser humano capaz de darlo todo por una causa. Una causa que jamás sería una mujer, por supuesto. Al menos no ella.

—Es mi oferta —miró el reloj—. La velada empieza dentro de una hora. Primero hay una barbacoa y luego empezarán a llegar los invitados para bailar. Algunos de los patrocinadores amigos irán a la primera parte, otros, a la segunda. Tú decide. ¿Prefieres continuar perdiendo el tiempo y cuestionándome, o aceptas el trato?

Colette no sabía cómo podría vestirse la gente con la que Jake frecuentaba. Pero supuso que sería algo parecido a quienes rodeaban a sus padres habitualmente.

Si no aceptaba iba a arrepentirse. Quizá la tensión entre ella y Jake se resolvería, si trataba de no estar a la defensiva. Así, él no se vería inclinado a pincharla. No era un mal acuerdo. Si conseguía enganchar a alguno de los dueños de esas empresas para su programa, Francis estaría feliz, y podría incluir sorteos para los radioescuchas y aumentar el rating, y...

—De acuerdo, Jake —aceptó incorporándose, y no por la mirada acerada, sino porque era un buen trato—. Dame un momento para alistarme.

Él soltó con suavidad el aire que había estado conteniendo. Que Colette hubiera aceptado dejar de estar tan a la defensiva era un punto ganador para él. Presentarla con otras personas era algo

natural y no le costaba nada, pues tenía muchos contactos. El favor se lo estaba haciendo Colette a él, y no a la inversa. Acababa de ganar un trato esa noche, y una admisión. Sin duda, un gran avance con Colette Kessler.

—Estás perfecta así. Y no es un falso cumplido.

Ella asintió.

—Gracias, pero prefiero ir un poco menos casual. Si voy a hacer negocios, entonces trataré de dar una buena impresión.

—Como prefieras. Ellos no saben que irás en ese plan, así que tendrás que ser sutil.

Colette le dedicó una sonrisa tan resplandeciente, que Jake tuvo que colocar las manos detrás de la espalda para no acercarla con sus brazos y besarla hasta perderse en su sabor.

—Sutileza es mi segundo nombre.

La mansión de Jake era fabulosa. Ubicada en la Stone Canyon Road, la casa tenía dos pisos. Totalmente blanca, con grandes ventanales que le aportaban mucha luz, suelo de madera y una exquisita decoración. A diferencia de la casa de Santa Mónica, la de Bel Air resultaba más sofisticada, con una mezcla de colores como el blanco, grises y detalles en amarillo oscuro; era el sitio perfecto para que un hombre soltero disfrutase de la comodidad de una piscina amplia bien iluminada y observable desde los vitrales. El patio era extenso e ideal para divertirse con una barbacoa, además reparó en un jacuzzi alejado en el extremo derecho y cercado por pilares que parecían dar la impresión de estar en algún sitio exótico y griego. Sin embargo, lo que prácticamente le robó el aliento fueron las vistas espectaculares y privilegiadas a la reserva del Stone Canyon.

La opulencia y ella no se llevaban como aliadas, salvo estratégicamente de vez en cuando, pero en esta ocasión era la compañía de Jake lo que hacía distinta la experiencia. Solía huir del lado frívolo de su familia, pero en esta ocasión nadie vigilaba sus movimientos o la hacía sentir incómoda. Al contrario, muy aparte de lo que fuera que planeara Jake en su cabeza, estaba a gusto con todo lo que había alrededor. De hecho, no se sentía como la nota discordante en la velada. Aquello la sorprendió gratamente, porque no era algo que experimentase con frecuencia.

Para la velada había elegido un vestido verde hasta media pierna, con mangas tres cuartos transparentes, cuello redondo, y cerrado en la espalda con un delicado broche. El vestido acentuaba sus curvas sin parecer exhibicionista; lucía más bien sobria y juvenil. Llevaba leggings negros y botas de tacón hasta la rodilla. La chaqueta beige era abrigadita, pero con la calefacción, la dejó en el clóset de invitados. Ella pensó que quizá la barbacoa sería fuera; se equivocó. Los que estaban fuera eran los del servicio de catering, y llevaban la comida hasta una larga y suntuosa mesa en el interior, para los invitados.

El ambiente estaba en su apogeo, a pesar de que era relativamente temprano. Las nueve de la noche. Las mujeres vestían de modo casual, pero elegante; y los hombres, un estilo bastante relajado y similar al de Jake.

—¿Lista? —le preguntó él, cuando cerró la puerta principal detrás—. Estuviste bastante callada durante el trayecto.

—A veces me gusta estar en silencio. Nada personal —se anticipó a decir, por si acaso él lo mal interpretaba. Estaba pasándolo bien, y después del tenso momento en su departamento, era agradable retomar el camino cordial. Y ella no estaba a la defensiva. Ahora podía entender un poco mejor a Jake; no justificarlo, entenderlo—. No me dijiste por qué le dejaste la casa a tu amigo —expresó con suavidad.

Jake la tomó con delicadeza del codo y la guio por el pasillo.

—Estaba harto de la prensa, quería algo más vinculado a la naturaleza. No sé cómo no se me ocurrió antes Santa Mónica para vivir, ahora disfruto mucho más el tiempo. Rex estaba buscando casa, así que como yo no la estoy usando se la presté.

—Una decisión generosa de tu parte.

Él se encogió de hombros.

—Probablemente. —Colie empezó a tararear mentalmente la canción que sonaba de fondo. Una de Coldplay—. Aquí viene Rex, te lo voy a presentar. Creo que aquel año que nos conocimos no pudo asistir al torneo de Francia por una luxación.

Un metro noventa de varonil elegancia se acercó caminado con fluidez. Cabello rubio y unos impresionantes ojos verdes que le aportaban un detalle muy atractivo a su rostro anguloso. Cuando Rexford les sonrió, Colette no pudo evitar devolverle la sonrisa. Notó cómo un hoyuelo imperceptible se formaba en la mejilla derecha del amigo de Jake, otorgándole un aire picaresco y adorable a la vez. «Seguro que tenía a las mujeres babeando por él», pensó Colie. Si comparaba a ambos amigos, diría que físicamente eran masculinos e imponentes, pero Jake tenía un aire sombrío y desenfadado que lo hacía más atractivo.

—¡Jake! Me alegra que pudieras venir. —Se estrecharon las manos con entusiasmo, y luego compartieron una palmada en la espalda. Rexford se dirigió a Colette—: Vaya, ¿y esta belleza, quién es? —preguntó dándole un beso en la mejilla.

Colie sintió a Jake tensarse a su lado, pero lo ignoró.

—Soy la jefa de Jake. Colette Kessler —sonrió—. Pero me dicen Colie.

—Colie, ¿así que la jefa, eh?

—Le gusta presumir que durante cuarenta y cinco minutos dirige lo que se presenta en mi programa de radio —acotó Jake.

—Ya sabes que a Jake hay que guiarlo para que haga las cosas a derechas —replicó Colie sin poder contener la pulla, y Rex soltó una carcajada.

—Me gusta esta chica —replicó pasándole el brazo alrededor de los hombros a Colette. Con una mirada, Jake le comunicó a Rex que estaba pasándose, y este inmediatamente asintió, deshaciendo el

gesto. Entre ellos conocían ciertas normas implícitas, y cuando alguien se estaba pasando con alguna chica en la que otro tenía interés, era necesaria una mirada u otro gesto de advertencia, y todo fluía —. Bien, están en su casa —se aclaró la garganta riéndose— lo siento Weston es la costumbre. — Jake palmeó el hombro de Rex. Colette le sonrió al anfitrión, encantada, antes de que él empezara a alejarse. Ella notó cómo Rex pronto estuvo rodeado de varias mujeres. Era un hombre realmente adulator y a ella le cayó muy bien.

—No te fíes en la fachada de Rex —dijo Jake de repente cuando se acercaban al salón. Algunas personas saludaron con entusiasmo a Jake, y este presentó a Colie como una amiga. Ella, en una de sus contradicciones, hubiera preferido hacerles saber a las esculturales y espigadas mujeres que lo saludaban que estaban juntos y que dejaran de babear, pero habría sido de mal gusto y fuera de lugar —. Es una persona excelente, pero no creo que quieras meterte en esas arenas movedizas.

Ella frunció el ceño ante el comentario velado.

—No entiendo a qué te refieres —replicó con un murmullo, mientras saludaba a una tal Randy, y un Bruno de no sabía qué país, y que visitaban en esos momentos California por un torneo de tenis.

—Detrás de esa sonrisa hay muchas sombras.

—No estoy intentando ligar con nadie, Jake. Simplemente devolvía la amabilidad con la que me recibió tu amigo. Además, ¿a qué viene el comentario?

—Estás conmigo.

En lugar de enfadarse por ese ridículo comentario posesivo y desubicado, le puso una mano sobre la de él. Lo miró con calidez.

—Claro, como tu amiga. Y en ese estatus tengo el mismo derecho que tienes tú de ser amable con otras personas. ¿O acaso esperas que me pase el resto de la velada pegada a ti como sticker? Vamos, Jake, relájate... Si te ibas a sentir incómodo conmigo, ¿para qué me invitaste entonces? Y no me digas que por lo de los contactos, porque sé que es una excusa.

Jake se rio. Cuando hubo terminado de saludar a la mayor cantidad de personas, la tomó de la mano como si fuera lo más normal del mundo, y la llevó hasta uno de los asientos cerca de la chimenea secundaria, en donde había menos gente.

Ella se sentó y sus pies descansaron. Las botas eran cómodas, pero repetir el monólogo de que era amiga de Jake, que trabajaban juntos; que no, que no eran pareja ni estaban saliendo; y el intercambio de frases de cortesía, la fastidiaron un poco. Le gustaba hablar con personas, y debería estar habituada por las fiestas que siempre había atendido en casa, pero por el motivo que fuese hubiera preferido algo más íntimo, con menos personas. Jake pareció leerle el pensamiento, cuando la invitó a sentarse en el cómodo sofá de terciopelo blanco con gris, y luego le dio una copa de Sauvignon Blanc. La bebió agradecida. Estaba delicioso.

—Me gusta tu compañía. ¿Contenta? —replicó al comentario.

—Un poco de sinceridad es refrescante. Me pudiste haber invitado diciéndome eso, no me habría negado.

—¿Estás segura?

Ella lo miró sobre el borde de la copa, y esbozó una sonrisa.

—No. —Ambos se rieron—. Gracias por ayudarme, no sé por qué lo haces, pero...

—Sí lo sabes —cortó, y le dedicó una mirada penetrante—. Lo sabes tanto como yo. Pero te dije que quería empezar siendo tu amigo y es cierto —aseveró. Y no mentía. Lo cierto era que no tenía muchas amigas con las que pudiera conversar, pues de algún modo su vínculo con las mujeres tenía siempre un matiz sexual. Era refrescante que, aún a sabiendas de que Colette lo deseaba, él disfrutaba más de sus breves diálogos, y aún más de la reacción de ella ante sus pullas. Él no se creía irresistible, pero era consciente de que a veces atraía a las mujeres sin proponérselo. Quizá la fama, o lo que fuera, pero ahora que había vuelto a ver a Colette sentía por primera vez que podía hablar con una mujer sin hacerlo como un preámbulo solo para acostarse con ella. Colette era despierta, divertida, y no le pasaba una. A diferencia de otras que solían mostrarse complacientes y sostenían conversaciones vacías. Era una sensación condenadamente agradable—. Además, si ese programa tiene éxito, mi nombre al estar vinculado se beneficiará. Yo forjé mi carrera individualmente, pero en el tenis también juegas en equipo, y lo cierto es que creo que a pesar de que el proyecto es nuevo y pequeño, tiene consistencia para mantenerse.

—Vaya...

Jake estiró la mano para ponerla sobre la mano libre de Colie. Ella se inclinó para dejar la copa sobre una mesita de centro con bordes rojos.

—Creo que tienes potencial como productora. Recuerda que he hecho publicidades para comerciales de televisión, he visto gente trabajar en diferentes ámbitos, y yo mismo soy empresario. Así que exijo lo mejor. Si no hubiese visto tu tesón para trabajar, ya habría renunciado o dejado a medio hacer el proyecto. Yo sigo mis propias normas. Si no me gusta, me voy. Pero sé que tú harás tu mayor esfuerzo por ser la mejor. Por eso sigo soportando tu tiránica dirección —acotó con humor.

—Cuántos halagos, Jake Weston —replicó con una risa, tratando de deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. Después de los comentarios ácidos de su padre, las palabras de Jake llegaban como un bálsamo.

Él pareció darse cuenta de la incomodidad de Colette, y se preguntó a qué podría deberse. Ella era la única mujer que conocía, a quien los halagos, lejos de hacerla sentir bien —fueran sinceros o con intenciones detrás— la hacían sentir fuera de juego. No solía interesarse demasiado por la profundidad de las emociones femeninas, pero Colie era a veces un enigma.

—No son meros halagos —expresó indiferente—. En todo caso, tal como te comenté, los patrocinadores aún no llegan. Esperemos que lo hagan dentro de poco. Necesito ir a recoger un documento que me dejé olvidado en mi biblioteca privada. ¿Estarás cómoda aquí, o quieres acompañarme?

«¿Y quedarse a solas con él? Ni loca.»

—Estaré perfectamente, quizá le haga conversación a la chica que está en esa esquina casi

apartada —expresó señalando a la izquierda con disimulo. Jake se giró y arrugó la frente.

—Ella es Charlotte Jenkins, una tenista de veintitantos. Me parece que es la pupila de Rex.

—No parece muy contenta —murmuró Colie.

Jake se encogió de hombros. No era su asunto.

—Vuelvo enseguida.

—Claro.

Colette no dejó de observar a la muchacha de cabello ondulado. Realmente era una chica guapa. Su modo de sentarse era elegante, pero a la vez se la notaba tensa, como si estuviera en la reunión por obligación. Al parecer su mirada tenía dos direcciones. Las copas que pasaban los meseros, y Rexford Sissley.

La belleza de la chica no era exuberante; sus rasgos eran delicados, pero era su mirada la que impactaba. Ojos grandes y almendrados, azules. Un azul impresionante. Colie decidió que, hasta que Jake volviera, podía charlar con ella.

—Hola, soy Colie —dijo cuando llegó hasta la chica, quien llevaba una falda negra, y blusa a tono. Quizá por eso aquel par de ojos azules enmarcados con delineador negro resultaban más impactantes, además de la boca de piñón pintada de rosa claro.

La chica levantó la mirada. Estudiándola. Se encogió de hombros, como si le diera lo mismo, y estiró la mano.

—Charlie... Charlotte. Lo que prefieras —contestó casi escupiendo las palabras. Era evidente que estaba molesta por algo.

—Yo también soy nueva por aquí, Charlie. Llegué hace poco, y saludar a toda esta gente resulta algo agobiante.

—Eres la nueva novia de Jake, supongo —comentó mirando a otro lado. No tenía por qué entablar conversación con una extraña. Estaba realmente cabreada por lo que acababa de descubrir sobre Rexford, y necesitaba urdir un plan para exigirle una explicación. Pero la tal Colie no tenía por qué pagar los platos rotos. Así que decidió mostrarse más amigable, y agregó—: Lo siento, no es de mi incumbencia. He dicho lo primero que se me pasó por la cabeza, porque los vi llegar juntos hace un rato.

—Trabajo con él. Somos... amigos.

Charlie la miró como si le hubiera dicho que la Tierra era cuadrada, pero no insistió. Había conocido a Jake Weston días atrás, cuando Rex la presentó durante un entrenamiento en las canchas.

—Vale. Hoy no soy buena compañía. Lo cierto es que no suelo ser tan borde.

—¿Por qué continúas aquí si no te sientes a gusto? —indagó con suavidad—. Quizá pueda acompañarte a pedir un taxi...

La chica negó con la cabeza.

—Es complicado —contestó mirando a la derecha en un punto bastante alejado desde donde sobresalía una cabeza rubia, que por cierto estaba rodeada de otras cabezas con cabellos de distinta tonalidad.

Colie siguió el curso de la mirada de Charlie.

—¿Rex es tu...?

—Mi entrenador. Un imbécil, pero no tengo de otra que aguantarlo.

Ahí había muchísimo más que un simple entrenador imbécil, pensó Colette, pero lo dejó estar. Solo quería un poco de conversación, hasta que Jake regresara. No le gustaba incordiar con temas personales a otros, salvo que fueran noticia, y Charlie no lo era.

—Ya veo, ¿qué te parece si nos acercamos a la fuente de frutas? Me apetece un poco después de la copa que bebí.

—Lo lamento, pero ahorita mismo tengo que encargarme de un asunto —explicó. Por primera vez en toda la noche sonrió. Y Colie pensó que cualquiera que fuese el asunto que involucraba a Rex y esa guapa muchacha no era nada fácil de resolver—. No ha sido mi intención ser grosera. Espero que volvamos a vernos en alguna otra ocasión —se pusieron de pie—. Un gusto conocerte.

—Claro. El gusto es mío, Charlie... —le dijo al aire, porque la muchacha se encaminaba bastante decidida al grupo donde estaba Rex.

Colie estaba terminando de comer, y Jake no había regresado todavía; llevaba casi media hora desde que anunció que iría a ver lo que fuera que necesitaba. En ese lapso ella había conocido un par de agradables personas. Conversó, se rio, y lo estaba pasando fantásticamente. Era genial encontrarse con otras personas en una fiesta, sin tener la voz de su padre o su madre diciéndole a quién podía decirle o no, esto y aquello.

La música se puso más animada, y la casa empezó a llenarse de invitados. Moviendo la cabeza al ritmo de la música, con unas copitas que le elevaron el ánimo mucho más, Colette se mezcló entre la gente que empezaba a bailar. Alentada por el buen rollo, se unió al baile. Habló con uno y con otro, pero al final no recordaba nombres. Solo sabía que estaba pasándolo de lo lindo.

¿Patrocinadores? ¡Los había conocido sin duda, y sin que Jake los presentara! Los encuentros se habían dado de forma natural entre risas cuando empezaron a reunirse un grupo en un espacio adecuado para el baile. De hecho, con uno de esos magnates, ella estaba bailando ahora *La Conga*, una canción muy latina con mucho ritmo. Entre baile y baile comentaron de *Oxigen California*. Intercambiaron números de teléfonos, y prometieron concertar una reunión pronto. No cabía duda, la idea de Jake había sido fabulosa.

Entre giro y giro, risas y conversación, se topó con una masa de músculos. Sorprendida, elevó la mirada de sopetón. Al ver de quién se trataba, y sin dudarle, estiró las manos para abrazar a aquel hombre. ¡Cuánto tiempo había pasado! Estaba igual de guapo. Sus rasgos italianos cincelados, aquella boca sensual, y la mirada penetrante de sus ojos negros. Un típico ejemplar de la tierra de los

hombres más masculinos que los dioses hubiesen sido capaces de crear.

—¡No me lo creo! Cesare Ferlazzo —exclamó riéndose.

Él, tan espontáneo y ajeno a los demás como era, le devolvió el abrazo y le plantó un rápido beso en la boca. Las manos de Colie quedaron sobre la pechera de la camisa que cubría injustamente un dorso musculado a base de ejercicios.

—Colette Kessler, mi pequeña Colie. ¿Cómo estás cariño? No sabía que eras amiga de Rex —expresó acariciándole la mejilla.

—No lo es, vino conmigo —terció una voz ronca, y nada contenta, detrás de Cesare.

Capítulo 10

Colette se quedó mirando a uno y otro. Cesare, de la misma altura de Jake, lo observaba con altanería, y el otro, con arrogancia. «Vaya par», pensó ella, sintiéndose en la mitad de una silenciosa batalla. Su alrededor bullía de testosterona. Decidió aligerar un poco la carga, pues al parecer ninguno de esos dos tenía intención de apartar la mirada.

«Ridículos hombres.»

—Jake, tardaste un poco —sonrió, alejándose de Cesare—. He conocido a algunos amigos tuyos. Lo cierto es que la fiesta está muy entretenida, gracias por invitarme.

—No has perdido el tiempo, ¿eh? —expresó sarcástico.

Ella estuvo a punto de reírse. ¿Estaba celoso?

—Da la casualidad, mi buen amigo —empezó Cesare con su voz profunda, que parecía más que nada una caricia—, que la pequeña Colie y yo nos conocemos desde hace varios años. De hecho —le pasó el brazo a Colette, quien ante la fuerza de aquel musculoso hombre, no pudo deshacerse del gesto—, tenemos un pasado en común. Y me ha dado gusto ver lo hermosa que está, no es que no lo fuera antes, solo que ahora su madurez es más sensual.

Alrededor la música continuaba sonando, la gente moviéndose.

Colette se ruborizó. Cesare no había cambiado nada. Continuaba siendo un Don Juan por donde se lo mirara. Su innato encanto italiano era arrollador, pero para ella siempre sería un gran amigo. Le daba gusto verlo, aunque no creía que Jake pudiera decir lo mismo en ese instante.

—Bueno... —iba a empezar, cuando el conductor de *Oxygen California* la miró de arriba, abajo. Se ruborizó por lo que él estaba pensando. Tragó en seco y continuó—: No es lo que crees, Jake. Y al final, ¿a ti qué te importa? Tú y yo somos solo amigos.

—¿Qué haces en California, no deberías estar con tu familia en Sicilia? —preguntó Jake, ignorándola. A Colette le hubiera gustado decirle un par de cosas, pero no tenía ganas de arruinarse lo bien que había pasado hasta ese momento.

—Rex me invitó a pasar unos días aquí, por una propuesta de unirme a un negocio que tiene en mente. Me hacía falta un poco el aire de California. Hay chicas muy guapas —comentó mirando a Colette—. Por cierto, hace un rato acaba de llegar cierta persona que no creo que tengas ganas de ver. Y antes de que lo vayas a pensar, tampoco creo que haya sido culpa de Rexford. Si puedes evitarla, créeme que sería lo más recomendable.

Colie miró a uno y otro.

Jake frunció el ceño.

—¿De dónde se conocen? —preguntó a Colette. Le daba lo mismo lo que dijera Cesare. Una cosa era que su amigo lo hubiera salvado años atrás de cometer la estupidez de acostarse con la hija de un mafioso siciliano, quitándosela de en medio, y otra muy distinta era descubrir que Cesare y Colie habían tenido un affaire y él acababa de propiciar un encuentro al haberla invitado. Bajar de su biblioteca para observarla riendo, y además recibiendo un beso de Cesare, era para dañarle el buen humor que llevaba desde que salieron del apartamento de ella.

¿Celoso? Sí maldita sea, estaba celoso. Solía ser bastante territorial cuando estaba con alguien a mediano plazo, pues sus relaciones no estilaban ser nada serias en general, pero Colette era la única mujer que había conseguido que se estuviera comportando de ese modo tan posesivo. Cuando Lauren le fue infiel sintió rabia por la traición, y decepción. Pero si hubiera sido Colie se habría vuelto loco. Y esa sola idea de la capacidad que tenía Colette de afectarlo, lo inquietaba, pero al parecer no lo suficiente como para apartarse de ella.

—Cesare y yo...

Antes de que ella pudiera continuar, la voz burlona de Cesare intervino.

—Cuando te largaste de París, sin remordimiento ni conciencia, yo me quedé con ella. ¿No es así, preciosa?

Era más que comprensible que entre ellos existía una rivalidad. Y Colette estaba segura que no solo en las canchas.

El rostro de Jake adquirió una expresión hosca.

—Por supuesto, entonces, no perdiste oportunidad. Si no era uno, era con otro, lo importante era vivir la experiencia. ¿Eh, Colette? —dijo con intención refiriéndose a la virginidad de ella. Algo que, por supuesto, Cesare no tenía por qué entender. Colie se sintió muy ofendida—. Y yo todo este tiempo pensando que...

Colie presionó su mano contra el antebrazo firme de Cesare pidiéndole con ese gesto que se mantuviera al margen. No podía ser posible que se estuviese enredando todo. No le debía ninguna explicación a Jake, pero tampoco tenía intención de dejar que una interpretación errónea se colara de por medio.

—No es así —aclaró Colette mirando severamente a Cole, que se mostraba burlón e indolente—. No me acosté con Cesare. Y me parece muy bajo de tu parte el comentario que acabas de hacer. Ese tipo de cosas no le hace un amigo al otro.

Jake dio dos pasos, tomó a Colie de la nuca, la acercó a él. Sin darle tiempo a apartarlo, envolvió sus labios con un beso posesivo, apasionado, crudo. Ella iba a protestar, pero él utilizó ese momento para deslizar su lengua y recorrerle la boca, como si estuviera marcando un territorio frente a Cesare. Ella sabía que se trataba de eso, sin embargo, no impidió que disfrutara de aquella pecaminosa boca que la devoraba con sensualidad. Quizá fue un beso de cinco segundos o cinco horas, no lo llevaba claro, pues ella solo fue consciente de que Jake se había apartado, cuando escuchó una risotada del siciliano.

—Lo has dejado muy claro, colega —expresó Cesare dándole una palmada en el brazo a Jake, quien lo miró furioso, ante una Colette sonrojada—. Es cierto lo que dice ella, no nos acostamos juntos. Aunque me hubiera gustado...

—Maldita sea, Ferlazzo deja de provocarme.

Eso le arrancó otra carcajada al italiano.

—Eres fácil, Weston. —Se giró hacia Colette que miraba furiosa a ambos—: Lo siento, princesa. Este tío a veces puede ser bastante predecible y es divertido pincharlo.

Fastidiada por sentirse en medio de una absurda demostración masculina de superioridad, sin decir nada más, y aún mareada por ese beso, se encaminó hacia los lavabos. Al menos así podría airear sus pulmones y calmar el subidón de adrenalina que implicaba entrar en contacto físicamente con Jake.

Los dos tenistas empezaron a conversar como si no hubiera pasado nada. Un mesero llevó unas copas, y ellos disfrutaron de la fiesta. Jake se mantuvo pendiente de que Colette saliera de un momento a otro del aseo de invitados. Era ridículo cómo permitía que uno de sus mejores amigos lo provocara. Cuando Cesare le dijo quién era la persona que estaba en la fiesta, la sonrisa se le borró por completo.

—¿Cómo es posible?

—Lauren está saliendo con un conocido de Rexford; y pues él no podía impedirle que trajera a su acompañante. Rex me dijo que no supo quién era la mujer, hasta que la vio aquí. Estoy seguro que Lauren creyó que era tu fiesta y por eso vino. Te dije varias veces que cuando iba con su auspiciante a Europa, y estaba en algún torneo haciendo de representante de la marca Shuttle Box siempre quería saber de ti. No ha dejado el interés. —Jake maldijo por lo bajo—. En todo caso, yo iba a buscarte para saludarte y contártelo, pero mira la sorpresa del destino que me distraje cuando vi a Colette, y ya luego apareciste hecho un basilisco. —Jake le lanzó una mirada de advertencia—. En fin. ¿Qué hay entre tú y Colie?

—No es de tu incumbencia.

Cesare no insistió, pero su amigo iba a escucharlo.

—No la lastimes. La pasó bastante mal cuando la dejaste sin ninguna explicación. De hecho, me sorprende que siquiera te haya acompañado a una fiesta. Doy por sentado que han dejado el pasado atrás. —Jake asintió—. Lo cual solo demuestra que esa muchacha vale oro.

—Así que se hicieron mejores amigos... —replicó.

El tono lúdico se esfumó por completo de la voz del italiano.

—Jake —dijo con seriedad—, cuando la dejaste, ella estaba pasando por una crisis con su familia. No debería estarte diciendo esto, pero para que te quede bastante claro, sus padres la consideran poco más que una niña tonta. Sus hermanas la miden con una varilla muy alta y no le dejan oportunidad de ser ella misma. Tiene una amiga, una tal Kate, al parecer ella y su hermano son

los únicos que la aceptan tal como es... Cuando tú te fuiste —negó con la cabeza—, comparó tu rechazo al que habitualmente tiene su familia con ella. Si no te contó nada de esto, a pesar de haber sido amantes, fue porque quizá no viste realmente a la chica que llevaba dentro. Te conformaste con un cuerpo seductor y una sonrisa cautivadora.

Eso no le gustaba nada a Jake, porque lo hacía sentir culpable. Muy culpable.

—¿No es acaso lo que haces tú también? No intentes aleccionarme, maldición.

Ambos empezaron a caminar a un lado de la sala donde había menos personas, y no interrumpían a quienes bailaban alegremente cerca de ellos. Además desde ese ángulo, para Jake era más fácil esperar a que apareciera de nuevo Colette.

—Pero no es de mí sobre quien estamos hablando. Me gusta divertirme con las mujeres, pero jamás se me ocurriría huir cobardemente por haberme asustado la posibilidad de que una mujer me atrape.

Jake dejó escapar una sonora exhalación. Contó mentalmente hasta tres para no darle un puñetazo a Cesare por llamarlo cobarde.

—Ese era yo en el pasado Cesare —masculló entre dientes—. Lo sabes. Me aterraba la idea del compromiso... y ella. Mierda, yo tenía veintisiete años. Estaba viviendo una etapa excepcional. Y cuando la conocí —torció el gesto con decepción hacia sí mismo, porque ahora sabía lo que había echado a perder— Colette me miraba de un modo que...

—Te miraba con amor, idiota. Nunca una mujer me ha mirado del modo en que ella lo hacía, inclusive cuando despotricaba contra ti. Se enamoró de ti y tú le rompiste el corazón. Y estaba lo bastante sensible como para abrirse conmigo, conociéndome prácticamente el mismo tiempo que a ti, cuando le ofrecí mi apoyo. Nos mantuvimos esporádicamente en contacto. Escucha, ella es una amiga a quien aprecio muchísimo. Como si fuera una de mis tres hermanas. Si hubiese hecho algo más que consolarla y escucharla, hubiera sido un mal nacido. Y a pesar de que me gustan las mujeres, no ando acostándome con las de mis amigos. Código de honor.

—Lo sé, lo sé —dijo arrepentido por haberse dejado pinchar por Cesare—. Lo de hace un rato fue un exabrupto. No estaba pensando claramente. Sé que tenemos un código de honor. —Cesare asintió—. Demonios, Colette debe estar enfadada conmigo.

—Es una mujer en toda regla. No le gusta que la hagan quedar en ridículo... —lo miró significativamente— creo que a nadie.

—Pues no...

—Vamos a ver si logras salir indemne de esta.

Jake frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Cesare dejó caer las manos en señal de rendición. Como siciliano tenía poca paciencia, y a veces Jake era demasiado testarudo para su propio bien.

—Si aún no te has dado cuenta, entonces es porque sigues siendo un idiota, Weston.

Iba a replicar cuando observó a Colette acercarse. No estaba enfadada, no obstante, su rostro mostraba una expresión abatida que nunca antes había visto en ella. Dejó atrás a Cesare sin decirle nada, y fue caminando hasta ella; cuando llegó a su altura le enmarcó el rostro entre las manos con dulzura.

—Cariño, ¿qué ocurre?

La mirada perdida y angustiada de Colie, lo preocupó.

—Jake —susurró con desesperación—. Por favor, llévame al hospital.

Él se alarmó, y comprobó rápidamente buscando algún signo de que estuviera herida o algo similar. No tenía ningún signo físico a la vista que demostrara que se hubiese hecho daño. La agarró de la mano, entrelazó los dedos con los suyos, y sin decir nada más, empezó a salir de la casa. Estaba tan centrado en Colette, que cuando Lauren iba a saludarlo, solo murmuró un «déjame tranquilo», y fue directo hacia el Jaguar.

Como una autómatas, Colie se dejó acomodar en el asiento del copiloto sin decir una palabra. Se sentía angustiada. Había estado lavándose las manos cuando su móvil empezó a vibrarle en el discreto bolsillo interno del vestido. Dejó que sonara, pues había pensado que se trataba de Jake que llamaba para disculparse por haberse portado como un cavernícola, poniéndola en ridículo frente a Cesare. La vibración dentro del bolsillo continuó, hasta que cansada, sin ver el número, contestó de mala gana.

Era su madre, para decirle histérica que su tío Bob estaba en terapia intensiva en el Hospital Valle Labrado de Orange County. Había sufrido un grave accidente de tránsito y perdido mucha sangre, le balbuceó entre lágrimas. Su madre, la mujer más controlada que conocía. Eso la asustó terriblemente, pues Greta Kessler no perdía la compostura jamás. Las primeras palabras que al parecer dijo su tío cuando iba camino al hospital había sido «Colie.»

Necesitaba verlo. La sola idea de estar lejos de su tío la agobiaba.

Jake se giró hacia ella. Al menos en el automóvil podían hablar sin interrupciones.

—¿Qué sucede, Colie? —indagó preocupado acariciándole los cabellos con tanta dulzura, que a ella se le salieron las lágrimas. Había intentado contener los sollozos en la casa, pero ahora no podía controlarse—. No, cariño, no llores. Háblame, por favor.

—No estoy herida, no. Tampoco me duele nada —reafirmó con la cabeza—. Llévame, por favor, te lo suplico, a Orange County —murmuró con voz entrecortada.

Él la miró sin entender.

—¿Quieres ir a un hospital ahí? —preguntó con suavidad—. ¿Por qué?

—Mi tío Bob ha sufrido un accidente —el torrente de lágrimas se desató—. Nece... necesito ver... verlo —sorbió.

Jake no pudo soportar verla así. Tan frágil, cuando era tan fuerte. La tomó en brazos y la colocó en su regazo, abrazándola. Y dejó que llorara lo que necesitaba, mientras la acunaba, le besaba la sien, diciéndole palabras tranquilizadoras. Luego de unos minutos, el llanto de Colette empezó a remitir. Jake le enjugó las lágrimas con los pulgares, y le besó la nariz.

—Dime qué hospital es...

Entonces ella reparó que estaba pidiéndole que la llevara a más de una hora de viaje. No podía abusar de la confianza de Jake. No estaba bien. Iría en su automóvil.

—Déjame en casa, yo iré manejando. No te...

—Imposible que te permita ir en ese estado de nervios. Me sentiría culpable si algo te sucediera, Colie.

—Creo que conmigo siempre terminas sintiéndote culpable —murmuró.

Él le tomó el rostro entre las manos, obligándola a mirarlo.

—Si me siento culpable es porque fui un imbécil, y lamento haberte herido. No voy a ser un imbécil dos veces contigo. Así que te llevaré a Orange County. Verás a tu tío Bob, y me quedaré contigo hasta que te permitan verlo. ¿De acuerdo? —expresó con voz firme que no daba lugar a réplicas.

Colette era independiente, y se aferraba a su independencia con uñas y dientes. En otra circunstancia lo habría mandado al diablo, se hubiese bajado del auto, y conducido ella sola. Pero se trataba de su tío Bob, no era una situación cualquiera, y Jake se estaba comportando de un modo tan protector que por primera vez, el permitirle a otra persona que se ocupara de un problema suyo no resentía su orgullo.

—De acuerdo.

—Bien —le dio un beso fugaz en los labios, y ella se acomodó en el asiento del copiloto—. Ajústate el cinturón de seguridad. Imagino que recuerdas cómo funciona mi GPS, ¿verdad? —preguntó para sacarle una sonrisa. Lo consiguió, y eso le permitió respirar de nuevo. Cielos, nunca había estado tan preocupado por otra persona que no fuera su familia.

Colie puso la dirección del hospital en el GPS, luego de buscarla en Google Maps del iPhone.

Pocos minutos después, ya estaban rumbo a la autopista.

Durante el trayecto Colette se mantuvo en silencio. Y Jake respetó ese espacio. Cuando ella tenía ganas de hablar, lo hacía para contarle alguna anécdota con su tío. Como si todos los recuerdos bonitos fueran solo con él. De vez en cuando hablaba sobre su familia, pero sus comentarios eran más bien vagos.

—Mi tío Bob es el mejor —susurró cuando estaban ya en Orange County a veinticinco minutos del hospital—. Mis padres no son precisamente cálidos conmigo. Pero soy optimista...

—¿Con respecto a que dejen de ser poco afectivos?

—Con respecto a que me acepten como soy.

—Eres una mujer estupenda. No tienes que esperar que te aprueben otros, cuando ya te apruebas tu misma.

Ella colocó la mano sobre la de Jake con suavidad.

—Gracias —susurró, y luego apartó la mano lentamente—. No les gusta que sea periodista. Pensaron que lo hacía por rebeldía. Al igual todos esos novios que les llevaba —se rio, pero la risa sonó vacía—. Cuando era adolescente necesitaba su atención. Hacía tonterías. Iba al mar y me bañaba desnuda cuando sabía que los hijos de los amigos de mis padres podían ir a decírselos. Me liaba con chicos sin ambición, o con moteros, punkeros, todo lo que pudiera molestarlos, aunque con ninguno iba en serio, ni duraba más que unos días, hasta que lograra el cometido de incordiar a mis padres. —Jake se echó una carcajada, porque no podía imaginarse a Colette en ese plan—. Me tinturaba el cabello de todos los colores —sonrió—. Intentaron que siguiera la línea familiar. ¡Yo de economista! Imagina.

—Hubieras sido buena. Pones mucha pasión en todo lo que haces, me consta —dijo con intención tratando de disipar cualquier posibilidad de que ella pudiera ponerse triste de nuevo, o angustiada. Ya habría tiempo para ello cuando llegaran al hospital.

Ella le dio un empujón suave con el puño, en el brazo.

—Así que para que dejaran de molestarme acepté ir a estudiar fuera. Me dieron dinero para La Sorbona para estudiar Economía. Me rehusé a invertir mi tiempo en algo que no me gustaba, así que al final me quedé sin dinero. Apliqué, y me gané una beca para un seminario de periodismo en la misma universidad, que incluía gastos de traslados. Utilicé el fondo también para inscribirme en clases de francés, y bueno... —le sonrió— entre las asignaturas del seminario tenía que hacer una entrevista en el Roland Garros. —El asintió—. Amé Francia. Después del curso me quedé haciendo viajes internos. Es un país divino, en especial las regiones del Sur. La Riviera. Fue magnífico.

—¿Roland Garros la peor experiencia? —preguntó sin perder el humor. Colie se quedó en silencio observando por la ventana las luces de la autopista. Y Jake se maldijo por haber sacado el tema—. No quise...

—Fue una experiencia de vida muy linda —interrumpió de pronto, con la mirada aún en el exterior, a través de su lado derecho de la ventana. Él apretó los dedos con fuerza contra el volante—. La atesoré hasta que terminó. Quizá no era el modo ideal en que una espera que las cosas se acaben, pero supongo que siempre hay un motivo para todo —repuso con suavidad—. Estaba muy enfadada, y me dolió. Creo que no hay que ser genio para darse cuenta que esas son las emociones que podrían causar un abandono repentino y una escena en el lobby cuando crees que eres una persona especial para alguien, y no es así —continuó sin resentimiento—. Pero ya está en el pasado. Todos aprendemos siempre algo de los demás, de las circunstancias, para eso es la vida. Nos hace más fuertes...

—Lo siento, Colie...

—Ya has pedido disculpas, te las concedí —expresó girando la cabeza para observar el perfil

masculino—. Solo respondí a tu pregunta, no ha sido una acusación, ni un intento de ello. De verdad.

Jake asintió, pero no por eso se sentía mejor. Con lo que Cesare le dijo en la casa peor aún. Las palabras de Colie solo añadían sal a su conciencia. Hubiera querido conversar un poco más, pero acababan de llegar al parqueadero del hospital. Cuando apagó el motor, Colette volvió a tensarse. Él se acercó a abrirla la puerta con prontitud, y la ayudó a salir.

En silencio caminaron hasta la Recepción del centro médico. En todo momento, la mano de Jake estuvo enlazada a la de Colie. Como si fuera lo más natural.

La encargada les indicó que debían ir por el pasillo de la izquierda, y luego subir al ascensor hasta la segunda planta en donde se encontraba Robert Meadows. En el ascensor, se dejó abrazar por Jake. Era confortante tener un punto de apoyo; sin sentirse juzgada, o criticada. Y lo fue aún más cuando vio al final del pasillo a sus padres. Incluida a Gertudris, la hermana de Bob.

—¡Colette! —exclamó Gertrudis Meadows, prestigiosa profesora de Biología, retirada. Llevaba los cabellos del color de la plata, recogidos en un elegante moño. Un vestido azul marino con una chaqueta blanca, y zapatos a juego. Siempre la consideró una mujer agradable y genuina. Curiosamente era la única persona que conocía que era capaz de plantarle cara, no solo a su madre, sino a su padre. Tenía carácter, y aunque pocas veces la veía, cada encuentro con ella era una delicia—. Oh, mi niña. Ven aquí —le dio un abrazo, pero la mano de Colie en ningún momento soltó la de Jake.

—Hola, Gert... —susurró.

—¿Quién es este joven tan apuesto? —preguntó con su tono impertinente y jovial. Aún en los momentos más difíciles Gertrudis se las ingeniaba para mantener el aplomo.

—Es...

—Soy un el novio de Colette —replicó Jake sin dudar.

Ella le dio un apretón en la mano, pero a él no le importó. Cuando Jake había visto al padre de Colette, lo asocio al hombre estirado y tan puntilloso con la reputación que mencionaban en los grupos de élite de negocios en California. Él estaba inmerso en esos grupos, y conocía que Phillip Kessler era un snob. Hasta ese momento no había caído en cuenta que el padre de Colie, era *ese* Kessler. Con todo lo que le contó ella en el trayecto, sumado a los comentarios de Cesare, sabía cómo manejar la situación para beneficio de Colette. Era evidente que adoraba al tal tío Bob, y conocía a los hombres del estilo de Kessler, y sabía que jamás intentaría humillar a su propia hija o hacerla sentir incómoda frente a un igual; frente a alguien que podía hacer un comentario que repercutiera en su tan cuidada reputación. En ese caso, él.

—Vaya, te lo tenías bien guardado jovencita —repuso entonces Greta acercándose a su hija, y saludándola con voz trémula. Se giró hacia Jake—: ¿Eres el famoso ex tenista, verdad? —cuando él asintió, Greta estrechó la mano masculina—. Gracias por traer a Colette.

—Ha sido un placer —replicó pasándole el brazo a Colie por los hombros.

Phillip se acercó y saludó a ambos.

—¿Te conozco de algo además del tenis...?—preguntó el padre de Colette con la mirada meditabunda.

—Reunión un par de veces en el Club de Golf Atenas.

—Claro. Me alegra que vinieras con Colie. Bob es una persona a quien ella quiere bastante, y fue mi socio hasta hace poco más de un mes.

Tener a Jake a su lado evitaba que temblase. Él le transmitía seguridad, y podía enfrentarse a sus padres sin problema. Que él hubiera dicho que era su novio, le pareció absurdo. Pero si no lo hubiese hecho, lo más probable habría sido que sus padres hubieran empezado a especular sobre la cantidad de tiempo que le podría durar el novio en esta ocasión. Aunque Jake fuera famoso, y quizá precisamente por eso, no le sorprendería que sus padres creyeran que no era lo suficientemente buena para él. Pero como todo era una simple ficción de parte de Jake, entonces no importaba.

—¿Dónde está? ¿Qué fue lo que ocurrió?—indagó con impaciencia. Estaba angustiada. Y las presentaciones de cortesía solo hacían que su ansiedad aumentara.

Su madre, sorprendentemente, soltó un sollozo. Y más sorprendente aún, fue que su padre no se acercara a consolarla como hubiera sido lo esperado. Quizá con ella no fueran afectuosos, pero entre ellos, como pareja, solían ser bastante más cercanos. No demasiado expresivos, su madre decía que eso era de mal gusto en público. Así que, aunque no se lo decían, lo más probable era que consideraran el brazo de Jake rodeándola algo mal visto. Pero no le importaba.

—No nos dejan pasar, cariño —dijo Gert con ojos tristes, ajena a los Kessler que se había sentado de nuevo. Pronto llegaron dos parejas, al parecer amigos cercanos de Bob y Ger, pues esta última los saludó con mucha familiaridad y sentimiento, antes de continuar hablando con Colette—: Nos informaron los agentes que lo trajeron que mi hermano venía conduciendo a pocas calles de la casa cuando un adolescente loco y bebido lo impactó con fuerza. Lamentablemente el muchacho falleció en el acto, pero el automóvil de Bob dio varios giros antes de estrellarse contra un árbol, hubo una ligera lluvia y la calle estaba resbalosa. Justo pasaba la patrulla en el momento del impacto, y los agentes pudieron sacar a Bob a tiempo y traerlo a emergencias.

Colette puso el rostro entre las manos.

—¿Qué dicen los médicos?—preguntó en un susurro. Jake le acarició la espalda, confortándola.

—Que ha perdido mucha sangre y está muy golpeado... Se encuentra en la Unidad de Cuidados Intensivos. Lo tuvieron que operar de emergencia para suturar y curarlo. Su vida...

No necesitaba completar la frase. Eso la asustó, pero el brazo de Jake se mantenía firme. Incluso le dio un beso sobre los cabellos para demostrarle que todo estaría bien.

—Oh, Dios...

—Lo primero que dijo cuando estuvo consciente un momento fue tu nombre. Sé que él te adora, lamento si te sacamos de una reunión —expresó al ver los atuendos que ambos tenían.

—No digas tonterías, Gert. Mi tío es más importante que cualquier tonta fiesta. ¿Han dicho cuánto

tardarán en permitir verlo?

Gertrudis negó.

Sin ánimos de conversar, todos se sentaron en silencio, y Jake ofreció comprarles algo de beber, pero se rehusaron educadamente, salvo Colette que le pidió un té caliente. No tardó en llevárselo, y a pesar que el reloj contaba la una de madrugada, ella notó que Jake no hizo amago de alejarse de su lado.

Se sentía un poco mal de haberlo arrastrado hasta el hospital, y peor aún, de que estuviera sin descansar. No tenía ningún compromiso con ella; ni ella quería hacerse a la idea de que podía contar él. Por ello, le sugirió que podía quedarse a dormir en un hotel y que ella le pagaría la habitación sin ningún problema. Jake la miró ofendido, asegurándole que jamás ninguna mujer, mientras estuviera él como amante, novia o amiga, iba a pagar nada, y que más le valía que dejara de decir tonterías si no quería que la besara frente a toda su familia. Eso le sirvió para callarse y evitar pedirle cualquier cosa relacionada a dejarla sola.

Cuando el reloj marcó las dos de la madrugada, Phillip y Greta decidieron abandonar el hospital, insistiendo a la enfermera que monitoreaba el pasillo que los llamaran ante cualquier eventualidad, dado que el médico de cabera de Bob les explicó que era muy improbable que saliera de la Unidad de Cuidados Intensivos esa madrugada o que despertara. Gertrudis, ante la insistencia de Colie de que se fuera a descansar también, accedió.

Minutos después de que se fueran sus familiares, Colette acudió hasta la centralita del pasillo para pedir a las enfermeras que llamaran al doctor de turno nuevamente. Este accedió a conversar con ella, tan solo para repetirle que no podía darle un pronóstico sobre el estado de Bob, porque aún era reservado, pero si acaso ocurría alguna reacción se pondrían en contacto con los familiares más cercanos lo antes posible.

—No hace falta que se quede toda la noche, señorita Kessler. Será mejor que vaya a dormir. No hay nada que pueda hacer, más que enviarle su vibra positiva. He visto muchos casos como estos...

—¿Y cuál ha sido el resultado habitual?

Jake estaba a su lado, pero no comentaba nada. Estar en el hospital le recordaba el día en que perdió a su familia. Solo que él nunca pisó una habitación para visitarlos o esperar su recuperación. Él tuvo que ir a la morgue a reconocer tres cadáveres. Podía entender la angustia de Colette, pero al menos ella tenía la esperanza de que Bob saliera de la UCI.

—Decírselo inclinaría la balanza a un resultado que quizá no sea el que ocurra en esta ocasión. No quisiera darle falsas esperanzas. Pero sí puedo decirle que está fuera de peligro por esta noche, y esperamos que su cuerpo responda pronto a la operación del bazo. Tuvo suerte de que las costillas rotas no perforaran el pulmón, hubiera podido causar una hemorragia fatídica. Intente estar optimista. Es lo mejor que se puede hacer en estos casos.

—Gracias, doctor Tatte —murmuró. Luego tomó una decisión, y aceptó que quedarse en el hospital era una necesidad. Así que empezó a dirigirse hacia el ascensor. Jake la acompañó, por supuesto.

La idea de ir a la casa de sus padres con Jake, a las tantas de la madrugada, le pareció absurdo. Aunque seguramente ellos hubieran esperado por descontado que lo hiciera. Los Kessler eran algo liberales, al menos en ese sentido ella había podido experimentar sus propios límites. Pero no era desconsiderada.

—Jake... —empezó cuando ya estaban en el parqueadero junto al Jaguar.

—Iremos a un hotel. Mientras fui por tu té, llamé al Montage Laguna Beach para reservar dos habitaciones. Tienen una tienda abierta las veinticuatro horas del día por si necesitas cambiarte. A menos que tengas algo en casa de tus padres, te llevo y...

Colette se acercó a él. Le acarició la mejilla con la mano, haciéndolo callar. Le pasó el pulgar por el labio inferior y lo miró a los ojos.

—Gracias —susurró—. Gracias por todo lo que has hecho esta noche por mí. — Se empinó hasta alcanzar la boca de Jake, y lo besó con suavidad. Él le devolvió el beso, y Colette lo tomó de la nuca para atraerlo más hacia ella. Sus bocas se fundieron en un apasionado beso. Suave, profundo, bajo el embrujo del silencio de la noche quebrado apenas por el murmullo nocturno de los insectos, y el chirrear de las llantas de algún automóvil a lo lejos. La brisa alborotó el cabello de ambos, y acarició la piel de cada uno, convirtiendo ese beso en una fusión de la naturaleza y la pasión humana; una mezcla casi mística, y más tangible que ninguna otra.

Jake enterró las manos en el cabello sedoso, le acarició el cuero cabelludo, masajeándose, transmitiéndole con los dedos y la boca que estaba ahí. Que ella le importaba. Colie le mordisqueó los labios; mordisquitos lentos, suaves; chupó y lamió. Se dejó todo, y luego, poco a poco fue ralentizando el ímpetu del beso, pero no la pasión. Eso no era posible entre ambos.

—Vaya... —dijo él con la respiración entrecortada. La abrazó con fuerza—. Me gusta cuando te pones sincera —comentó, y elevándole con suavidad la barbilla a Colie, con el índice, le sonrió, ella le devolvió el gesto con los ojos brillantes.

Él no intentó ningún movimiento adicional. Entendía que cuando las personas pasaban por un período vulnerable solían ser más accesibles, y en el caso de Colette dejar las barreras emocionales a un lado. No iba a aprovecharse de eso, aunque el cielo bien sabía que se moría de ganas por besarla, tocarla, y confortarla.

—Será mejor que nos vayamos —comentó Colette. Él asintió—. El parqueadero está casi vacío, y no creo que sea buena idea exponernos a que algo suceda, aunque sea un sitio seguro. Además quiero darme un baño, ha sido un día agotador. Me gustaría volver al hospital para estar atenta si hay novedades.

—Cariño, te dijeron que ellos llamarían. Les dejaste tu número de móvil. Harán su trabajo. Preocuparte no sirve de nada.

Cuando estuvieron en el automóvil, mientras se colocaba el cinturón de seguridad, Colie se giró hacia Jake.

—Pensé que mañana regresarías a Santa Mónica... No tienes por qué quedarte, de verdad que no.

Ya has hecho suficiente... No tienes que demostrarme que no eres frívolo o indiferente ante lo que les sucede a los demás. Sé que trabajas en causas solidarias, eres un buen amigo, te preocupas por las personas que quieres, y de verdad que...

—Colette —la interrumpió con voz firme—. Por favor, ni una palabra más.

Encendió el motor. Puso música, y empezó a conducir.

Mientras viajaban hacia el hotel, ella cerró los ojos. Estaba cansada, pero no lo suficiente para no pensar en dos cosas. La primera, que Jake había manejado esa crisis como si fuera algo natural, sabía qué hacer, qué decir, y también cuándo guardar silencio. Aquello era bastante extraño, pues a menos que hubiera tenido experiencias con hospitales o tragedias personales que implicasen un tiempo largo de convivencia con ese tipo de circunstancias, era raro que una persona pudiese brindar tal aplomo a otras cuando estas mostraban desesperación.

La segunda, ella prácticamente le había contado su vida a Jake durante ese largo camino hasta Orange County. Temas de los que solo charlaba con Kate, como era el asunto de sus padres, o su anhelo de demostrarles que valía como periodista, que no era capricho, y que su mérito era igual que si hubiera elegido ser economista, porque se lo había ganado con esfuerzo. Sin embargo, él no le había hablado de sí mismo; se había limitado a escucharla, apoyarla o decir las palabras adecuadas. Ese Jake sosegado, reflexivo, era nuevo. Tanto así, que recién ahora caía en cuenta de lo poco que conocía de su vida privada.

Capítulo 11

El hotel de cinco estrellas los recibió con la calefacción ideal. En el exterior la temperatura había descendido considerablemente, y al estar frente al mar, el frío se sentía más penetrante. Cuando estuvieron en la Recepción, le entregaron a cada uno la llave electrónica de sus respectivas habitaciones.

Colie no sabía decir si se sentía decepcionada o no, por el hecho de que Jake hubiera decidido dormir en piezas separadas. Estaba empezando a preocuparse por las contradicciones que se creaban en su cabeza últimamente con respecto a Jake. Aunque no era para menos, el hombre sacaba cada vez, como mago del sombrero, una faceta distinta que la sorprendía.

La recepcionista, una mujer entrada en años con una cálida sonrisa y sin un atisbo de cansancio a pesar de que ya eran las tres de la madrugada, les explicó que la tienda *Diamond Palm* estaba abierta las veinticuatro horas por si necesitaban adquirir algo. También les aseguró que si alguno de ellos deseaba, podía llamar a la línea de conexión directa y solicitar que llevaran el catálogo de lujo a la habitación.

—¿Estás bien? —preguntó Jake cuando llegaron a la tercera planta en donde estaban sus habitaciones; la una junto a la otra. El pasillo recubierto por una alfombra café y paredes en tono beige, lucía acogedor.

Colette asintió. Tenerlo cerca, en un ambiente tan íntimo le ponía los nervios de punta. Estaba más sensible, algo vulnerable, y también bastante cansada. Aunque no lo suficiente para pasar por alto el modo en que él la observaba; con deseo. Ella no era una provocadora, y sabía que Jake en ese momento estaba refrenándose, por los motivos que fueran. Así que decidió que lo mejor para esa noche sería que cada uno fuera a dormir.

—Muchas gracias... por todo —susurró colocando la mano sobre el pecho de Jake. Estaban muy cerca, y a esa altura, el uno podía sentir el calor que irradiaba el cuerpo del otro—. No tenías por qué hacerlo, y lo aprecio de verdad —lo miró con dulzura.

Jake colocó su mano grande y cálida, sobre la de Colette, apretándola con firmeza.

—Para eso están los amigos, ¿no? —preguntó sin pretender ser sarcástico, pero su tono no lo consiguió. Para su sorpresa, ella solo rio—. Me gusta escucharte reír —dijo con aquella voz profunda y aterciopelada.

Ella tragó en seco. El sonido de la voz de Jake retumbando en el silencio, en un susurro para no incomodar a los otros huéspedes —aunque no pudieran escucharlos—, le recorrió la piel como una caricia. La corriente sexual que vibraba entre ellos era tan palpable que casi podía tocarse con los dedos; sentirse en la piel. Estando cerca de Jake, recordaba, inevitablemente, las noches en que vivieron su apasionado idilio en Francia, luego de conocerse mientras ella seguía su seminario de

periodismo en La Sorbona y se vio inmersa en el circuito tenístico como parte de uno de los ejercicios del curso. Era imposible no recordar cuando él se escabullía para ir a buscarla en el pequeño departamento que ella rentaba en el barrio de Les Marais, y donde pasaron la primera noche juntos. También recordaba cuando, entre risas y besos, entraban silenciosamente en la habitación del hotel donde él se hospedaba, pedían una variedad de postres que probaban el uno sobre el cuerpo del otro de modo decadente.

Eran precisamente por esas memorias tan bonitas, que no podía guardarle rencor, aunque al final Jake la hubiese lastimado. Ambos habían sido inmaduros y sus expectativas, disímiles. Por ese motivo, entre otros, lo había disculpado cuando él le dijo que lo sentía. Ahora podía ver que Jake, obviamente, no era el mismo hombre despreocupado ni egoísta de entonces. Encantador, sin duda y era parte de su personalidad, pero Jake había madurado, quizá continuaba siendo indolente a ratos, indiferente cuando se le antojaba, pero su atractivo ahora radicaba en sus formas más controladas, en aquel agudo modo de entender las circunstancias y analizarlas, pero en especial se debía a que no había perdido su característica perseverancia cuando quería conseguir algo. Seguía siendo *El Gladiador*. No era difícil seguirle la pista ahora que trabajaba cerca de él.

Sabía que Jake era reservado, pero su curiosa mente femenina quería desentrañar lo que había ocurrido con aquella exprometida. Debía ser una chica espectacular para haber logrado un anillo de compromiso y cazar a un tipo como Jake Weston, que era sin duda, la fantasía de toda mujer. Estaba convencida de que la idea de que la muchacha lo hubiera dejado por un supuesto criador de caballos era solo la superficie del pastel. No por algo tenía instinto, y no por algo Jake había sido tan ácido con respecto a la idea del amor. Ahí había algo más profundo, y para bien o para mal, eso despertaba sus instintos periodísticos.

Ella tenía los medios para averiguar lo que se propusiera. Su lista de contactos en la prensa quizá no era tan amplia como la de Kate, pero ciertamente podía obrar maravillas tirando de los hilos adecuados, para lograr desentrañar el polvo, donde la gente no quería que se hurgara. Sin embargo, aguantaría la curiosidad, puesto que Jake estaba siendo frontal y directo con ella, pensaba devolverle el favor.

—Hasta mañana, Jake.

Él le acarició la mejilla con los nudillos. E iba a decir algo más, pero al parecer se lo pensó mejor. A cambio, se inclinó y le dio un beso en la comisura de los labios, le pidió que si necesitaba cualquier cosa que lo llamara. Ella asintió, antes de deslizar su tarjeta magnética color negro en la hendidura de su puerta.

Después de darse una ducha, Jake se puso los calzoncillos y se acostó. Pensó que el sueño lo pescaría rápidamente, pero llevaba despierto casi veinte minutos sin poder pegar un ojo. Sentía como si hubiera estado corriendo una maratón y la adrenalina le vibrara en cada poro. Cierto que estaba algo cansado, aunque no lo suficiente.

Cuando había visto a Colette en su casa, con el rostro asustado, algo dentro suyo se tensó, impulsándolo a despejar de su cabeza cualquier cosa que no fuera ella. Si hubiera sido otra persona, estaba convencido de que lo habría tomado con más calma. Con Colette, el pánico se había disparado, y no era algo que le ocurriera con frecuencia, de hecho, casi nunca. Viajar a Orange County al filo de la medianoche, no le pareció en absoluto una mala idea. Mala idea hubiera sido permitir que ella manejara sola, y se enfrentara a su angustia sin nadie a su lado.

Empezaba a asustarlo el modo en que Colie despertaba sus instintos protectores, a pesar de ser consciente de que era una mujer independiente y capaz de cuidar de sí misma. Apenas habían pasado poco más de dos semanas desde que se reencontraran, pero había ido descubriendo paulatinamente facetas de ella que no se dio tiempo de conocer en París. Era estricta y organizada en el trabajo, constante y también justa. Su sentido del humor necesitaba de un buen estímulo, pero cuando reía era la risa cantarina más deliciosa que él recordaba haber escuchado. Y era jodidamente sexy. No vivía para complacer, ni adular, y aquello era imposible de pasar por alto, para una persona que recibía cumplidos cada dos por tres y también fingidas sonrisas buscando aprobación. Ella no tenía miedo de enfrentarlo, y cada una de sus discusiones le aceleraba la sangre, porque bien sabía él que así como Colette defendía sus argumentos, actuaba bajo las sábanas: con pasión y ardor. Demonios, y él se moría de ganas por probarla de nuevo.

Se giró sobre sí mismo, e intentó pensar en otra cosa, porque tan vulnerable como estaba Colette no podía encontrar placer alguno en intentar seducirla. Prefirió en ese momento recordar que el jueves tendría el torneo demostrativo de tenistas retirados. Un espectáculo que le había anunciado Gordon que era necesario para dar un poco de impulso a su lado lúdico. Jake no tenía idea de que querría decir su agente con eso, pero no le importaba. Gordon siempre le conseguía buenos contratos, y apariciones. Al menos, por ahora, su agente cumplía con mantenerle un perfil bajo y moderado ante la prensa.

Empezaba a cerrar los ojos de nuevo cuando escuchó que llamaban a su puerta. Pensó que quizá estaba imaginándose. Acomodó los brazos debajo de la almohada y se ajustó la frazada calientita. La idea de que afuera hiciera frío, y dentro se estuviera tan bien, era magnífica. La llamada a la puerta se repitió, en esta ocasión el sonido fue más fuerte.

Con el ceño fruncido, el cabello despeinado, y algo molesto por la interrupción fue a atender. Llamaría a la Recepción a quejarse si acaso uno de los botones o camareros del hotel se había confundido de habitación. Detestaba que lo molestaran cuando estaba a punto de conciliar el sueño.

Abrió la puerta de mala gana.

—¿Qué...? —desconcertado, miró a la persona que estaba de pie frente a él—. ¿Colie? —preguntó retóricamente. Iba ataviada con el albornoz color negro del hotel, y el cinturón tan ajustado a la cintura, que se le marcaba cada curva. Estaba medio dormido, no ciego. Ella lo miraba con una sonrisa tímida. Él pensó que intentaba decirle que habían llamado del hospital con malas noticias y procuraba disimular su angustia. De inmediato espabiló, encendió la luz, y la invitó a pasar.

Colette había estado pensando un largo rato antes de acudir a llamar a la puerta Jake. Al final, se dijo que lo peor que podía ocurrir era que acabara en desastre, pero no era tan negativa por

naturaleza. Cuando le abrió la puerta, ella estuvo a punto de regresar sobre sus pasos. Jake era un hombre grande, musculoso, y la miraba con ojos somnolientos. Estaba con el cabello alborotado, en calzoncillos negros; parecía salido de un calendario erótico. El torso musculado con la cantidad justa de vello y, también en el vientre, hasta desaparecer por debajo del elástico del calzoncillo. Los brazos eran fuertes, las abdominales perfectamente definidas, y, madre mía, ¡qué piernas! Ya lo conocía, había tocado ese cuerpo, pero también había pasado mucho tiempo desde entonces... y deseaba tocarlo de nuevo. El corazón se le desbocó, pero ya estaba ahí, no podía dar marcha atrás sin parecer una cobarde.

No había sido una decisión a la ligera el presentarse a la puerta de Jake, pero estaba cansada de ese exasperante tira y hala con él. Podían atormentarse mutuamente hasta el cansancio, y no lo negaba, podía ser divertido, pero ya era momento de que, con o sin pasado de por medio, acabaran con esa provocación que —estaba más que segura—, los inquietaba por igual. Quizá Jake fuera más expresivo, pero ella sentía el mismo deseo por él, que él por ella. ¿Para qué seguirle dando vueltas? No eran unos adolescentes. Jake le llevaba casi diez años, eso era cierto, así que jugar con un hombre que le sacaba tantos años de experiencia, podía revertirse en su contra. Era mejor afrontar la tentación, sucumbiendo a ella. ¿O no?

—¿Sucedió algo? —preguntó Jake con inquietud al notarla silenciosa, mientras ella se mordía el labio, nerviosa. La tomó de la mano y la guio hasta un chaise longue blanco con rayas azules. Él se sentó esperando a que Colette lo acompañara, pero a cambio, ella se quedó de pie, observándolo—. ¿Colie? —insistió.

Ella lo miró a los ojos, para evitar devorar con la mirada y distraerse con aquel cuerpo de portada para *Men's Health*. Tenía la intención de tomar las riendas. No era una mujer de muchos riesgos, pero luego de haberlo meditado, sabía lo que deseaba. Lo deseaba a él. También era consciente de que Jake no podía ofrecerle a ella más que una aventura, tal como le había dejado claro horas atrás. Y ella no pensaba exigirle algo distinto.

—Yo... esto... Jake —empezó con voz suave—, ¿recuerdas que me dijiste que a cambio de ir a la fiesta tú querías mi amistad?

Él asintió. No hizo amago de ponerse nada encima. Vamos, ninguno de los dos iba a esconder al otro algo que no conociera.

—¿Me despiertas a las tres y media de la madrugada para preguntarme eso...? —indagó desconcertado.

—Solo respóndeme.

—Sí. Recuerdo habértelo dicho, sí.

—Bueno, después de todo lo que has hecho por mí creo que sobra decir que ya tienes mi amistad, pero quería dejarlo claro.

—Gracias, creo... —expresó confuso—. ¿Está todo en orden? —preguntó al notarla nerviosa. Habitualmente ella no tenía reparos en hablar, pedir, exigir y mandarlo al diablo, así que no lograba descifrar qué podía estarle pasando por la mente. Las mujeres a veces tenían las horas más extrañas

para antojarse de querer hablar.

—Quiero —tragó en seco. No iba a acobardarse—. Me gustaría saber si aún sigue en pie eso de tener una aventura durante el tiempo que los dos estemos interesados en el otro —soltó las palabras rápidamente—. Es decir, eso de ser amantes.

—Ya sé lo que significa —replicó pasándose los dedos sobre el cabello alborotado—. Escucha —iba a maldecirse el resto del fin de semana—, no es necesario que hagas esto. Entiendo que estás afligida, te sientes algo triste, de hecho...

—Alto ahí, Jake. No estoy ofreciéndote una paga por tu amabilidad. Me ofendes si es lo que realmente piensas que intento hacer.

Él se pasó una mano por el rostro. La miró. Tenía las mejillas sonrojadas, el cabello suelto que le caía suave hasta los hombros. Reparó en que sus pies iban descalzos. Unos piecitos preciosos con uñas pintadas de laca azul. Sonrió. El sueño había desaparecido por completo; no podía estar más alerta ahora.

—Entonces, explícame, para no mal interpretarte ni ofenderte, cariño. —Se puso de pie.

Ella se cruzó de brazos y lo miró. Elevó su barbilla cuan orgullosa y decidida era.

—Esto es un tema solo de amantes. Asumido. —Él la escucha atentamente absorbiendo cada una de sus palabras—. Te deseo, y me deseas. Tal como me dijiste aquel día en la calle. ¿Por qué no dejarse llevar por lo que uno desea, si somos adultos?

—Lo que ha pasado hoy...—Dios, solo de saber que estaba frente a él, pidiéndole lo que quería, tan decidida y mirándolo con deseo, lo ponía duro—. A veces, cuando hay muchas emociones de por medio, las personas suelen estar más vulnerables que de costumbre y confunden las cosas. No me gustaría que fuera el caso, pues luego me odiarías, y harías que me odie a mí mismo por sentir que me he estado aprovechando de ti.

Colette se acercó a él, no demasiado. Colocó sus pequeñas manos alrededor de cada muñeca —sin llegar a rodearlas pues eran más gruesas de lo que podía abarcar— y luego fue ascendiendo, recorriéndole la piel de los antebrazos, brazos, hasta llegar a posarlas sobre sus pectorales. Él aspiró una bocanada de aire con dificultad, aguantando las ganas de tocarla; necesitaba que ella estuviera segura.

—No tiene nada que ver mi estado emocional al respecto. Solo deseo placer. Quisiera poner una condición —susurró mirándolo a los ojos. Las manos de Jake no resistieron colocarse sobre el cinturón del albornoz, y deshacer el fácil nudo que ella se había atado.

—¿No?

—Para nada...

—¿Estás segura?

—Mucho —susurró.

Jake sintió la boca secársele, al ver que llevaba un conjunto de lencería morado. Tan ajustado que la protuberancia suave de sus pechos sobresalía tentadoramente de las copas ribeteadas de encaje blanco; no había tirantes. Ella le sonrió con picardía. Jake recorrió con los dedos la tela suave de seda transparente que cubría el abdomen de Colette; deslizó las manos a los costados, abriendo más el albornoz, y dejó escapar un gruñido de complacencia al notar que llevaba un ligero. Las bragas del conjunto eran diminutas. La miró con hambre y anhelo. Apretó las manos alrededor de la cintura tratando de contenerse, mientras ella esperaba silenciosa, que volviera a posar la mirada de acero en sus ojos verde-azulados.

—¿Cuándo... en qué momento...? —preguntó él con los ojos grises impregnados de lascivia prometedora y sensual.

—Catálogo VIP de la tienda del hotel —replicó con una sonrisa.

—Les daré una gran propina mañana —gruñó complacido, ahora que ella le había asegurado que estar con él era lo que deseaba, y bajo los términos de ser solo amantes, sin ninguna atadura de por medio.

Colette se rio, y al hacerlo, se apretó contra él. Jake, soltó un sonido casi primitivo al sentir cómo aquellos pechos maravillosos chocaban con su torso. No lo pensó más, y se apoderó de la boca seductora, combativa, y sensual. Colette besaba con hambre, y él estaba dispuesto, diablos, más que dispuesto, a saciarla, colmarla, y deleitarse con ella al mismo tiempo. Sintió la lengua femenina, húmeda, suave, que le acariciaba los labios. Jake atrapó esa lengua traviesa con la suya; se enredaron en un duelo apasionado.

Ambos disfrutaban de cada centímetro de la boca dulce del otro.

Colette elevó las manos hasta enlazarlas detrás del cuello de Jake, él era bastante más alto, pero al estar inclinado sobre ella, besándola, le daba más acceso y podía abrazarlo. Era tan fuerte, agradable al tacto, y el modo en que la besaba era como experimentar un subidón de adrenalina multiplicado por mil. En sus brazos se sentía aceptada, sensual, y sus besos parecían acariciar todo su cuerpo.

—Jake... —susurró de pronto, cuando él la separó con suavidad, para quitarle el albornoz. Lo hizo con delicadeza. Con premeditada lentitud, de tal forma que al remover la tela gruesa hiciera fricción con la seda y la piel, enviándole descargas de un tenue, pero bienvenido placer. Los dedos de Jake no estuvieron quietos, y su boca no dejó de besarla de modo intermitente, hasta que el albornoz finalmente cayó al piso.

La agradable temperatura de la habitación abrazó la piel expuesta de ambos. Jake se quedó embobado, excitado, mirando el curvilíneo cuerpo de Colette en aquel arrebatador y sexy babydoll. Una pieza de lencería que ella había comprado pensando en su propio placer, y en el deleite visual de Jake; lo había conseguido, sin duda.

Él le hizo un gesto para que se diera la vuelta. Con una sonrisa pícara, giró sobre sí misma, y Jake tuvo que respirar profundamente varias veces para no empujarla contra el colchón y deslizarse en su interior en ese mismo momento. Sentía que el calzoncillo le ajustaba demasiado e iba a explotar en

cualquier rato. El condenado babydoll era totalmente transparente atrás, y lo que llevaba esa deliciosa brujita era un tanga. Aquel par de perfectas nalgas pronto desaparecieron de su vista, y ella quedó frente a él de nuevo.

—No has tenido ni un ápice de piedad conmigo —dijo acercándola y delineando con un dedo, uno a uno, los pezones erectos y fruncidos contra la tela del sujetador, que él estaba seguro que podía deslizarlo hacia abajo con un rápido movimiento. Pero tanto como ella había llegado dispuesta a torturarlo, él haría lo mismo de regreso—. Tu cuerpo es una oda a la lujuria y a lo que ser mujer implica. Eres hermosa, Colette.

—Tú también eres muy viril, y me encanta cada parte de tu cuerpo —replicó al halago, que lo sentía sincero, con uno de igual calidad.

—Estamos sueltos de la lengua y atrevidos hoy, ¿eh? —susurró contra la boca femenina.

—¿Para qué refrenarnos? —replicó juguetona.

Colie admiró el modo en que Jake se contenía, pero aquel dique de contención pronto pareció romperse, cuando las manos masculinas tomaron en pleno sus pechos. Los masajeo sobre la tela, mientras introducía la lengua en su boca, saqueándola. Sentía las piernas de gelatina, y se aferró a los firmes hombros masculinos para mantener el equilibrio. Los pulgares de Jake obraron maravillas sobre sus pezones; luego el índice y el pulgar, en cada pecho, apretaron, contornearon y excitaron. La boca de Jake sabía a gloria, y ella también deseaba tocarlo.

Colette bajó las manos hasta colocarlas sobre la erección resguardada bajo la tela negra del calzoncillo de algodón. Lo quería todo, lo deseaba con locura, como no había deseado a nadie. Solo a él, siempre había sido él. Y si la única manera de tenerlo era como amante, entonces no le importaba. Lo tendría. Quizá era una locura, porque estaba arriesgándose demasiado al sentirse tan atraída por él, pero había sido sincera al expresarle que entendía de qué iba el ser *solo amantes*. Conocía ahora el cinismo de Jake sobre el amor, le apenaba, sí, pero no podía hacer nada al respecto; e intentarlo, sería un suicidio emocional. Así que se limitaría a disfrutar de lo que pudieran, sin hacerse falsas esperanzas.

Hundió los dedos en el elástico del calzoncillo. Las manos de Jake dejaron de moverse, su boca paró de besarla, y sus ojos conectaron, intensos, con los suyos, cuando ella empezó a deslizar la prenda masculina hacia abajo. Pronto lo dejó completamente desnudo. Se pasó la lengua por los labios. Ahora recordaba por qué quizá sus anteriores amantes no habían pasado la prueba, entre otras cosas por su falta de habilidad, pero era imposible no haberlos comparado con Jake. Era un hombre bien dotado.

Para ella había pasado un tiempo desde la última vez que tuvo sexo con alguien, y quizá a su cuerpo le costara un poco adaptarse al tamaño de Jake. Pero ya pensaría en eso más tarde, porque ante sus ojos tenía un maravilloso miembro masculino en plena excitación. Por ella. Eso le daba una redimensión a su ego femenino. Y la sensación era fantástica.

Él se embebió de aquella imagen sensual. El cuerpo de Colette era todo curvas sinuosas, un vientre plano, piernas esbeltas, pechos generosos, y piel suave. Su rostro hermoso y arrebolado por

los besos y deseo era un afrodisiaco en toda regla. Quería ir despacio. Porque sabía que no tenían demasiado tiempo para hacer todo lo que deseaba hacer con ella. Demonios se le ocurrían tantas maneras de tomarla y darle placer que iba a necesitar esconderse en una cabaña aislada durante un mes entero, y no creía que eso le bastara para saciarse de ella. Colette era una visión que quitaba el aliento. Tan entregada y dispuesta...

—Desnúdate —le dijo con voz ronca—. Desnúdate para mí —pidió.

En lugar de mostrarse tímida, Colette le hizo un guiño. Estiró la mano y tomó de lleno aquella aterciopelada piel de la erección masculina; movió la mano hacia adelante y hacia atrás, generando fricción. Jake echó la cabeza hacia atrás, y su boca se abrió ligeramente para tomar aire ante el descaro de Colette. Ella podía sentir también cómo la sangre recorría y bombeaba en su sexo. Antes de que esa erótica caricia lo hiciera llegar al clímax, él la tomó de la mano con firmeza. Estaba tan excitado que si ella insistía en cualquier movimiento con sus dedos traviesos, él eyacularía como un adolescente en sus primeros intentos de disfrutar con una mujer.

—Cariño —comentó con voz gutural, y frotándole el interior de la muñeca con el pulgar—. Si me tocas de esa manera el poco tiempo que tenemos no nos bastará para estar ambos satisfechos. Así que anda —la giró con rapidez, y le dio un azote en el trasero. Ella dio un respingo. Luego la volvió a girar hacia él—, desnúdate para mí. Y déjame darte placer primero.

—Eres muy mandón —le susurró, antes de tomar el borde de la parte superior del babydoll de dos piezas, y empezar a deslizarlo suavemente hacia abajo. Jake no sabía por qué diablos se le había ocurrido pedirle semejante tortura; lo más seguro era que su excitación estaba empezando a hacerlo desvariar, y el masoquista que llevaba dentro había tomado el lugar de su lado pragmático, es decir, el que deseaba penetrarla en ese instante y sin miramientos—. Pero creo que puedo tolerarte —agregó con picardía.

Jake maldijo cuando el incitante babydoll se quedó atascado, a propósito por supuesto, justo en el inicio de los rosados pezones. Las manos le quemaban por arrancarle las malditas prendas, pero le había pedido que lo hiciera ella misma, y si estaba torturándolo a petición, entonces podría tocarla. Descruzó los brazos, y caminó hasta colocar su dedo del corazón de la mano derecha, sobre las bragas húmedas que escondían aquellos secretos que él deseaba redescubrir esa noche.

Aunque estaba intentado parecer controlada, Colette estaba ansiosa por desnudarse. Así que dejó de torturarlos a ambos y terminó con esa tontería. Le apartó la mano a Jake de su sexo, y en un suspiro estuvo completamente desnuda. Quizá no era espigada como sus hermanas, ni una modelo de curvas discretas, pero Jake la hacía sentir única y deseada, que nada más tenía importancia.

—Colette... eres magnífica —le dijo mirándola a los ojos, mientras sus manos cálidas se apropiaban de los pechos suaves y generosos. Los pulgares de Jake no tardaron en acariciar los botones delicados y sensibles, que se frunció todavía más. Colette sintió cómo sus pezones se erguían, casi dolorosamente; su cuerpo temblaba de deseo. ¿Auto combustión? Pues eso exactamente estuvo a punto de ocurrirle a ella, cuando la boca de Jake se inclinó para tomar uno de aquellos botones inflamados en su boca con fuerza, hasta que ella soltó un grito de placer. Él repitió el mismo ejercicio en el otro pecho, con el mismo resultado arrebatador—. Deliciosa, simplemente,

deliciosa...—expresó con voz ronca.

Estaban cerca del borde de la cama, y él la sostenía ahora de la cintura con firmeza.

—Quiero... deseo —murmuró Colie cuando sus bocas se unieron de nuevo, y la mano libre de Jake bajó hasta introducir un dedo entre sus rizos, alcanzando así su humedad. «Dios qué delicia. Estaba preparada para él.» Hundió más su dedo, probándola, y ella se aqueró hacia él, ofreciéndole sus pechos, que él no dudó en atender con su boca. No recordaba haber sentido tanta lujuria por una mujer como por Colette. Era abrumador recordar que ya había experimentado esta sensación de plenitud y locura sensual con ella; pero ahora era más fuerte, más intenso todo. Jake dejó de atormentar aquellos labios íntimos, y subió la mano acariciar las nalgas suaves y tersas. Femeninas absolutamente—. Jake... —jadeó—. Déjame tocarte... quiero tocarte...

Él sonrió de forma taimada.

—Ya te advertí que si lo haces...

—Lo sé, lo sé. Cállate, por favor, y déjame hacer un rato —gimió inclinándose para besar las perfectas abdominales. Seis magníficos cuadros de chocolate. Los mordió. Podría hacerse adicta al sabor de la piel salada y masculina. Su boca fue subiendo, dejando besos por todo el dorso. Sus manos se deslizaron hacia la espalda, y al recorrérsela no solo sintió los músculos responder al tacto de sus dedos, sino también sintió un cosquilleo por cómo el vello del pecho de Jake excitaba sus pechos, y cómo la erección se pegaba contra su vientre. Qué duro y ardiente estaba. Ya sabía que estaba tentando a su suerte, cuando empezó a mover las caderas y sus manos tomaron el trasero de Jake. ¡Hombre, qué nalgas más perfectas, y bien sabía ella que trabajadas a base de ejercicio puro! Duras, firmes y a la vez de piel deliciosa. Las apretó y Jake rio. Fue una risa ahogada, que sonó casi a súplica.

—Traviesa —la acusó con una media sonrisa. Colette pronto se encontró acostada sobre el colchón, con las manos apartadas de Jake y sostenidas a cada lado de su cabeza, por las de él. El peso masculino se asentaba en los antebrazos para no aplastarla. Él era poderoso, conquistador, sensual y caliente—. Ahora, quiero que estés quietecita. ¿Estamos?

Colie asintió elevando las caderas hacia él, con una sonrisa tan taimada como la que Jake le había dedicado hacía poco. Luego, él se inclinó, haló y mordió el labio inferior de Colette, y ella no dudó en arrastrarlos a ambos en un tentador beso.

—Eres la misma chica generosa en la cama que recuerdo. Me encanta tenerte así...—su mano llegó a la zona sur y empezó a acariciarla, lubricándola con su humedad. Más que húmeda, cielos, estaba empapada de deseo. Jake, sin perder el contacto visual, introdujo el dedo del corazón en ella. Empezó a crear círculos, entrando y saliendo, mientras el pulgar acariciaba el clítoris, estimulándola—. Tan mojada, cariño —susurró antes de inclinarse para lamer un pecho. Ella se agitó y elevó ligeramente la espalda. Él haló el pezón con los dientes, fue un toque suave y preciso, y el dolor y el placer se mezclaron arrancándole gemidos a Colette—. Exquisitamente mojada. Eso es cariño, siéntelo llegar. ¿Te gusta el ritmo? —preguntó retóricamente. Ella respondió cerrando los ojos—. Mírame. Quiero que cuando llegues, me mires, y sepas que soy yo quien está contigo. —Ella accedió, porque también deseaba verlo, observar el cambio de expresiones que se operaban en aquel rostro

atractivo y varonil—. Eso es Colie, solo un poco más —gruñó cuando introdujo un segundo dedo, y el pulgar continuaba atormentando al sensible clítoris.

—Jake... Jake... esto es... oh, Dios...—repitió su nombre con voz entrecortada, hasta que él estuvo a punto de llegar. Continuó estimulándola, hasta que supo que ella no iba a aguantar más tiempo. Salió del colchón con rapidez hasta el neceser del baño, y tomó un par de condones. Se puso el látex y volvió con ella—. Quiero que te corras conmigo...—Colie le atrapó el rostro con las manos, y lo atrajo para besarlo. Un beso descarnado, devorador, y cargado no solo de pasión; ese beso era una recompensa por el pasado, un premio para el presente, y una promesa para lo que vendría después bajo las circunstancias acordadas entre ambos.

—Colette, me vuelves loco —susurró, antes de penetrarla con una sola embestida. Poderosa, firme. Ambos empezaron a moverse al compás de sus cuerpos, la fricción era el tono perfecto de la música del placer que resonaba en la habitación. El aire se impregnó de ellos; del aroma personal de cada uno como un afrodisíaco que los envolvía, de sus quejidos y súplicas mutuas de deseo.

Sus jadeos, e íntimos murmullos, parecían la mejor sinfonía jamás compuesta. El silencio de la noche los acompañaba, y el romper de las olas a lo lejos era testigo pasivo de un acto que se consumaba con arrebatos, desenfreno y anhelo de urgente satisfacción.

La fuerza del orgasmo los atrapó a ambos por igual, llevándolos a romperse en mil pedazos, y regresar de aquel vendaval de placer poco a poco, saciados.

Jake se incorporó paulatinamente, una vez que recuperó el aliento. Cuando dejó de aspirar el aroma delicioso del cuello y el cabello de Colie, la miró a los ojos. La deslumbrante sonrisa satisfecha, lo hizo regodearse en su ego masculino.

—Vaya... —le dijo ella tocándole la mejilla con dulzura—. Ha sido...

—¿Asombroso? —le preguntó bromeando, antes de ponerle un dedo en los labios. Se inclinó y la besó con suavidad; un beso lento, espontáneo y satisfecho—. Tú has estado maravillosa. Eres simplemente una fantasía en carne y hueso, preciosa. ¿Estás bien?

—Más que bien —sonrió—. Y sí, ha sido asombroso. Supongo que hemos recuperado un poco el tiempo perdido.

—Nos queda mucho por recuperar —contestó besándola de nuevo.

Colette se sentía ligera, contenta, y saciada. Jake todavía estaba en su interior. Le parecía tan apropiado estar así, aunque su parte sensata le decía que tuviera cuidado con involucrarse más de lo que ya estaba. Pero había vivido tanto tiempo pendiente de lo que sus acciones pudieran suscitar, que ahora solo quería disfrutar.

Tenerla debajo de su cuerpo, tan cálida y receptiva, era aún mejor de lo que Jake podía recordar. Mejor que cualquier fantasía que hubiera albergado con ella en los últimos días. Sería bastante idiota preguntarle cuántos hombres habían pasado por su cama en el tiempo que cada cual había vivido su vida sin contacto con el otro. Eso lo tenía asumido; y por ello era absurda la sensación de celos que lo invadía con la sola idea de saber que otros habían disfrutado de ese cuerpo tan sensual y la

generosa, y erótica forma que tenía Colette de responder a los estímulos sexuales. No era ningún hipócrita, pues él había estado con varias mujeres desde París, comprometido inclusive. Pero esto último no contaba; Lauren había sido una tremenda equivocación. Creía en la igualdad sexual, sin embargo, su instinto primitivo escondido en lo más profundo de su ser, sabía que haber sido el primer hombre que mostrara a Colette el significado de lo que era la pasión, implicaba algo especial. Y eso hacía que él se sintiera algo posesivo con ella, sin poder evitarlo.

Colie pareció leerle el pensamiento cuando habló.

—No han sido muchos. —Jake la miró con el ceño fruncido, mientras salía de ella. A Colette le hubiera gustado que se quedara dentro suyo, pero no dijo nada. Esperó a que Jake se deshiciera del látex, y cuando volvió a la cama, la abrazó y la atrajo a su lado.

—¿A qué te refieres?

Colette soltó una risa, y se acomodó contra el cuerpo grande y cálido. Colocó una de sus suaves piernas sobre la de Jake, apretó sus pechos contra el costado masculino, y descansó la mano derecha sobre aquellas maravillosas abdominales. Su cabeza estaba en el hueco del hombro de Jake, y él empezó a acariciarle la espalda con la mano.

—Quieres te lo diga con todas las palabras, ¿eh?

—La verdad es que sí.

Colie soltó una risa, antes de dejar un beso en el costado de Jake.

—No he tenido muchos amantes. Estuve ocupada estudiando, también tuve un trabajo absorbente que no me gustó demasiado, pero tenía que pagar cuentas y el alquiler con Kate en una zona segura. Así que no ha sido fácil abrirme camino, y las relaciones han estado siempre en segundo plano.

—No muchos... —repitió como si hubiese sido lo único que ella expresó.

Colette sonrió.

—Lo cierto es que carece de importancia. ¿Verdad? —Él le dedicó una sonrisa taimada y nada convincente. «Su lado cavernícola», pensó ella, y lo tomó a broma. «¿Qué podría importarle a él su pasado, o el de cualquier amante?», reflexionó Colie—. Al menos estoy segura que no como tú que probablemente tenías una para cada día. Y ojo que no estoy juzgando.

Jake se rio, pero evitó hacer comentarios sobre la broma de Colie. A cambio, sacó la mano que tenía detrás de la cabeza, para acariciarle el pezón rosado que tenía a la vista. Aquel suave botón respondió de inmediato al estímulo.

—¿No?

Ella lo miró, y negó. Era increíble cómo los ojos grises podían volverse tan penetrantes cuando ardía en ellos el deseo.

—Jake... acabamos. —Entonces fue cuando él se movió un poco. Lo justo para que la erección que empezaba a crecer de nuevo golpeará suavemente el muslo de Colie que estaba cerca de su ingle

—. Oh...

—Te deseo de nuevo. —Se giró ligeramente para comprobar la hora en la mesilla de noche. Eran casi las seis de la mañana, y ninguno había pegado ojo. Lo cierto era que tenía mucha intención de tomar acciones con respecto a su deseo, pero ambos necesitaban descansar. Podían llamar desde el hospital de un momento a otro con noticias sobre el tío de Colette, y no quería interrumpir una sesión de sexo con Colette en caso de que llamasen. Como el demonio que no se pondría en esa situación a propósito—. Pero hay que dormir un poco. —Le dio un cachete en el trasero.

—Hasta donde sé los hombres necesitan un poco de tiempo para recuperarse —comentó.

Él achicó los ojos.

—No cuando esos hombres son Jake Weston, y que conste que solo existe uno y lo tienes desnudo en la cama. —Colette soltó una carcajada. A veces podía llegar a ser tan engreído—. Y para el récord de cumplidos, que espero que creas —le acarició la nariz con la punta del dedo índice— no me he sentido con ninguna mujer tan excitado como contigo.

El corazón de Colie se agitó, pero su cerebro intervino a tiempo para recordarle que ese tipo de cosas solían decirles los hombres a las mujeres. No había nada más allá de eso. Aceptaba que al menos para Jake su cuerpo curvilíneo —y no espigado como el de una modelo o ex modelo como alguna de sus hermanas— le parecía sensual y lo excitaba. Y era todo lo que debería contar. Trataría de aceptar halagos sin cuestionarse tanto. Aunque no era difícil cuando tenías una familia que criticaba hasta la frase de «buenos días» no dicha con la correcta entonación.

—Supongo que es normal —acotó con altivez, pero con un tono juguetón—. Después de todo, solo hay una Colette Kessler.

Jake dejó escapar la risa.

—Eres una redomada coqueta —dijo haciéndole un guiño.

Colette se acordó de lo que había querido decirle antes de acostarse.

—Jake, sobre lo que empecé hace un rato. Hay una condición para continuar haciendo esto... claro si es que deseas continuar —dijo, no sin el temor de que él dijera que esa noche, y repetir un poco más durante el día, sería lo único.

—Claro que deseo hacer el amor hasta que pidas clemencia —le sonrió—. Creo que ambos hemos tomado este acuerdo. No se te ocurra retractarse —le acarició el rostro, y la miró esbozando aquella media sonrisa que le derretía los huesos, antes de agregar—: Si intentas cambiar de parecer, te convenceré de lo contrario.

—Me gustaría dejarme convencer por ti, entonces —expresó con coquetería, y Jake se inclinó para besarla. Un beso largo, y profundo. Para cuando acabaron, ambos estaban jadeantes. Pero ella no podía dejar pasar ese momento—. En todo caso, la condición es sencilla. Al menos lo es para mí.

—¿Qué condición es esa? Si acaso es el sado, no me va —comentó bromeando, y eso hizo que las comisuras de los labios de Colie, se elevaran. Jake era tan encantador, y cuando él quisiera otra

amante —no era tonta sabía que a él le gustaba la variedad—, sabía que le costaría encontrar a alguien que pudiera comparársele; y en esta ocasión sería más difícil. Aunque quizá para entonces siendo tan exitosa que no tendría tiempo de recordar, y nada más que su trabajo le importaría, y su reputación. O eso prefería creer en todo caso. Anticiparse era una miseria innecesaria. Disfrutaría el presente. Nada más que el presente.

—Sinceridad —contestó mirándolo a los ojos—. Eso es todo.

—Te deseo, me deseas. ¿Qué más sincero que eso, Colie?

—Si quieres acabarlo, me lo dices a la cara. Yo te devolveré el favor. Sin rencores. A eso me refiero. Sé que no hay expectativas afectivas, eso está claro. Pero la sinceridad es la única condición o exigencia que pongo de por medio.

Él comprendió que hablaba por la canallada que él le hizo en París. Ni loco volvería a hacerle aquello. La condición que pedía Colette era más que justa. Y aunque el arreglo de ser amantes era todo lo que él quería, algo dentro de él no se sintió satisfecho del todo. Algo no encajaba, y no tenía de qué diablos podía ser. No iba a arruinar lo que había conseguido por estúpidas reflexiones inoportunas.

—Me parece muy bien. Es una condición muy válida.

Entonces la sintió relajarse de nuevo contra su cuerpo.

Consciente de que él había dicho que sería mejor dormir, la verdad era que no tenía ganas de cerrar los ojos. No cuando sentía el sexo de Jake presionándole el muslo.

—Jake, ¿está bien si yo... si yo te pruebo con mi boca? —preguntó con tono sugestivo, y moviendo al mismo tiempo la mano sobre las abdominales tan perfectamente definidas.

¿Podía haber algo más erótico que esa deliciosa mujer haciéndole ese tipo de propuestas? Y estaba jodidamente bien que lo tomara con su boca e hiciera con él lo que se le viniera en gana. Pero no sería justo, porque luego no podría satisfacerla.

—Tenemos dentro de poco que... —Pero ella ya estaba descendiendo sobre su vientre, recorriéndole las ingles con las uñas. Le lanzó una mirada pícaro—. Colette... nena... —La boca de Colie no replicó, porque se apropió de su sexo, y empezó a probarlo con una presteza tal, que gemir y sufrir, hasta que lo llevó a la locura, fue lo único que pudo hacer.

Cuando Jake volvió a la tierra, Colie le sonrió.

—Tú no has llegado, cariño —expresó con voz grave. Esa mujer era toda pasión y ardor, exactamente como él había sabido desde siempre. ¡Qué manera de hacerle perder la cabeza con esa boquita pecaminosa!—. Me tengo por un amante generoso...

Ella sonrió. Le puso los dedos sobre los labios. Se los recorrió con suavidad, y Jake los mordió sin hacerle daño.

—Ahora duerme, Jake. Me lo compensarás con creces —le hizo un guiño, antes de acomodarse contra él como si ese hubiese sido su sitio desde siempre—. Pronto... —agregó con un susurro

somnoliento.

«¡Buen Dios!» Y fue el último pensamiento de Jake antes de quedarse completamente dormido con Colette entre sus brazos.

Capítulo 12

Había abandonado sigilosamente la habitación antes del alba. No le resultó difícil, puesto que Jake parecía tener un sueño profundo. Le habría gustado quedarse acurrucada contra él, observando el océano a través del ventanal, mientras sentía el calor de aquel cuerpo que le había dado tanto placer durante la madrugada. No tenía ningún remordimiento, ni cargo de conciencia. Simplemente estaba disfrutando de lo que deseaba, sin importarle la opinión de nadie, más que la suya.

Quizá Jake tuviera más experiencia, después de todo le llevaba casi diez años, pero lo que compartían era una química impresionante; y estaba segura que nada tenía que ver la experiencia. Él, la hacía sentir segura, femenina y cómoda, así que no iba a arruinar lo que estaban empezando poniéndose sentimental. Jamás intentaría hacer demandas implícitas, peor explícitas, de lazos que habían acordado no crear.

Lo único que le preocupaba ahora era su familia. Jake se presentó como su novio. Claro, sus padres pusieron cara de que no podían creer que *ella*, hubiera conseguido un partido como ese. Lo cual, por supuesto, no la sorprendió en absoluto. ¿Cuándo iban a dejar de decirle cosas que la hacían cuestionarse a sí misma? Sí, se sentía segura de sí misma, pero todo cambiaba cuando pensaba en las críticas de su padre, más que la de sus hermanas o su madre. La situación la resentía.

Cuando estuvo vestida con un jean y un jersey verde, llamó a una de las pocas personas que en quien confiaba.

—¿Dónde te has metido? —preguntó Kate con su tono risueño al responder el teléfono. De fondo se escuchaba música—. Yo estoy viajando en automóvil con Damon y mis padres, y vamos ahora mismo en el auto hacia Orange County, y luego mi hermano y yo iremos a Santa Mónica. Ha sido una pasada de fin de semana. Mis padres han comprado una cabaña en el lago Tahoe. ¡De ensueño! Fuimos a dar largos paseos, estuvimos comiendo y charlando. Mi madre intenta reencontrarse consigo misma, dice que la Wicca sería un buen inicio. La está estudiando junto con papá. ¿Qué tal eso?

Colie esbozó una sonrisa. La madre de Kate siempre estaba buscando una nueva tendencia religiosa o espiritual para entender el mundo. Anteriormente había empezado a estudiar Budismo. Los Blansky hacían una pareja adorable y ella no conocía un matrimonio más dispar, y a la vez, tan complementado.

—Me parece fantástico. Yo... yo estoy en Orange.

—¿Eh? —preguntó con tono extrañado—. ¿Por qué? ¿Alguna de esas reuniones que solo se les ocurren a tus padres?

Con serenidad, aunque recordarlo la ponía triste, le empezó a relatar lo que había ocurrido, excepto el asunto de Jake. Kate perdió su tono jocoso y le aseguró que estarían en el hospital dentro

de un par de horas.

—Lo lamento —se escuchó interferencia en la comunicación—. Por aquí pierdo la señal muy rápido. Nos estaremos comunicando. ¿De acuerdo?

—Vale, Kate. —Colgó.

Jake estiró la mano, para abrazar a Colette. Abrió los ojos. El espacio estaba vacío. Solo palpó la frialdad de la sábana. La única huella de que habían pasado la noche juntos era el aroma en su piel, y la marca en la almohada a su lado. Se quedó bocarriba con la respiración relajada. Sin duda había tenido una de las mejores noches de sexo en mucho tiempo. Intentó encontrar algún signo de incomodidad o vacío, como le ocurrió aquella última ocasión que estuvo con la mujer del bar, pero lo único que sintió fue satisfacción plena. Sosiego.

Habitualmente, él procuraba no quedarse remoloneando en la cama con su pareja de la noche. En esta ocasión, Colie lo sorprendió dejándolo primero. Ella resultaba divertida, generosa y sensual; una combinación explosiva, si a ello le sumaba que pedía y exigía, tanto como entregaba placer.

Cuando estuvo vestido, luego de comprar ropa nueva en la tienda del hotel, pensó en ir a ver a Colette. Luego lo reconsideró. No quería que pensara que lo que habían compartido implicaba que él tuviera que interesarse más allá de verse bajo las sábanas. Y aunque era el tipo de acuerdo que habría mantenido con cualquier mujer, por algún motivo que se le escapaba, sentía que no encajaba del todo con lo que deseaba de Colette.

El teléfono sonó cuando Jake estaba por bajar a desayunar. Eran las once de la mañana.

—Diga.

—Jake —dijo Colette. Su voz era apenas un susurro—. Tengo que ir al hospital. Mi tío necesita una transfusión de sangre. Su grupo sanguíneo no es fácilmente compatible, y quiero saber si acaso yo puedo ayudarlo... Necesito ir...

La determinación de Jake de ser indiferente no tenía cabida en ese momento. Después de todo, habían ido a Orange para velar por la salud de Bob.

—Te espero en el vestíbulo. Todo va a estar bien, Colie.

—Gracias...

Durante el trayecto en coche conversaron banalidades. Al parecer ninguno de los dos quería ahondar en lo que habían compartido horas atrás. Cuando llegaron al hospital, los padres de Colette se movían inquietos. Ella los saludó, y curiosamente, su madre y su padre la abrazaron durante más tiempo del que solían. A Jake lo recibieron con el mismo brillo de aceptación del día anterior. Un brillo que jamás había existido para Colie, salvo cuando su padre obtenía lo que deseaba de su comportamiento. Algo raro, por supuesto. Gertrudis, a diferencia de otras ocasiones, tenía el rostro tenso y preocupado. Bob era su único hermano y familia que quedaba; dos años atrás, el helicóptero en el que viajaban sus ancianos padres había colisionado en un campo abierto, matándolos al

instante.

—Gert —susurró Colette dándole un abrazo—. ¿Qué ha pasado?

—Ahí viene el doctor —murmuró cuando el doctor Tatte se acercó a ellos—. Él podrá explicártelo, cariño.

—Buenos días, señorita Kessler. Su tío ha tenido una mejoría, pero necesita una transfusión. Hemos hecho pruebas con sus padres, y la señora Meadows. Ninguno tiene el tipo de sangre que necesita. Usted le indicó a nuestra enfermera, cuando la llamaron esta mañana, que no le importaría considerarse como donadora. —Colie asintió—. Por favor, sígame. Veremos la tabla de compatibilidad, y le haremos un análisis.

Ella le dirigió una mirada nerviosa a Jake. Él le hizo un guiño diciéndole que todo iría bien, mientras se sentaba con los Kessler.

Phillip empezó a charlar, tratando de romper la tensión, sobre los mercados bursátiles y las negociaciones que el Gobierno estaba haciendo con China. Aunque Jake no era precisamente un economista, los negocios se le daban bien. Sostuvieron una charla educada, y amena, en la que Greta participaba de vez en cuando. Gert por su parte atendía llamadas telefónicas constantemente, y apenas intervenía.

—¿Cómo conociste a Colette? —preguntó Greta. Estaba bastante nerviosa por el accidente y la condición de Bob—. Eres el primer novio formal que trae a algún sitio.

Jake sonrió, recordando lo que les había dicho el día anterior.

—Nos conocimos en Francia.

Phillip frunció el ceño.

—Ella fue a hacer no sé qué bobería de periodismo —señaló con evidente desaprobación.

—Actualmente trabajamos juntos —replicó obviando un comentario mordaz hacia Phillip. ¿Cómo era posible que Colette fuera tan vital y apasionada por su carrera, cuando al parecer solo había recibido desaprobación en casa?—. Llevamos un programa radial. *Oxigen California*. Tenemos más de dos semanas al aire. Su hija es realmente buena en su profesión.

Greta pareció sorprendida.

—Pensé que Colette haría otra clase periodismo.

—¿Económico? —se atrevió a preguntar Jake, sin importarle sonar irónico. La madre de Colie se sonrojó.

—Bueno... —empezó Phillip—, supongo que si tú trabajas en esa radio perdida de la mano de Dios, es porque tienes la visión necesaria para hacer que funcione.

Jake miró al padre de Colette con intensidad.

—Al contrario, quien tiene la visión es Colette y está trabajando arduamente para que sea un

éxito. Solo soy el conductor del programa. Ella está toda la semana, y no descansa hasta conseguir que todo esté perfecto —dijo. No había sentido tantos deseos de defender a nadie como en ese momento. Otro detalle atribuible a las sensaciones que experimentaba con Colie. Solía mantener a raya sus emociones y su temple, pero ella de alguna manera lograba girar la perspectiva fuera de la zona de confort.

—No quisimos insultar tu elección —terció Greta con suavidad.

Jake le dedicó una de sus deslumbrantes sonrisas como si no hubiera pasado nada, mientras se terminaba el café con un último sorbo.

—Mis auspiciantes y yo no hacemos elecciones a la ligera, Greta. El proyecto tenía potencial y por eso decidimos participar —mintió. Otro detalle que no se explicaba. Primero, él jamás justificaba nada ante nadie; segundo, nunca hablaba a favor de la reputación de otros—. Espero puedan sintonizarlo en algún momento.

—Por supuesto, Jake —comentó Phillip, conciliador, y visiblemente avergonzado al darse cuenta que quizá lo había ofendido. Después de todo estaba hablando con un tenista de élite, y un hombre de negocios reconocido, así que no podía desairarlo, a pesar de que la profesión de Colette le pareciera poco útil—. Quizá nos hemos apresurado a juzgar este proyecto.

Segundos después Colette regresó con el médico. Llevaba una sonrisa en el rostro.

—¡Soy compatible! El tío Bob y yo tenemos el mismo tipo de sangre. Tengo que ir a la habitación para poder empezar la donación de dos pintas de sangre.

Gert la miró con alivio.

—Ay, hija, qué bueno. —Llegó hasta Colie y la abrazó—. Gracias al Cielo.

Greta y Phillip le preguntaron a Colie si querían que se quedaran en el hospital con ella, puesto que aún no permitían visitas para Bob.

—No, Jake me acompañará. —Lo miró interrogante, y él asintió—. Me quedaré hasta más tarde en Orange.

—Nos gustaría invitarte a comer en nuestra casa, Jake —dijo Greta, solícita—. ¿Qué opinas Colette? Así le enseñas la playa y podemos comer mariscos. Nuestra cocinera hace unos platos deliciosos.

Colie en realidad hubiera preferido no involucrar más a Jake con su familia, pero sería también una descortesía, después de cómo se había portado él durante esas horas.

—No sé...

—Me encantaría, pero me esperan unos días complicados y prefiero llegar pronto a Santa Mónica, luego de terminar las gestiones aquí en Orange —replicó Jake afable. «Vincularme a la familia de una amante no es precisamente un modo de establecer distancias», pensó.

«Gestiones. Eso soy para Jake, y debo llevarlo claro», se dijo Colie.

—Por supuesto —expresó Phillip con su sonrisa diplomática. Estaba habituado a tratar con personas de las altas esferas del mundo financiero; aceptaba y rechazaba invitaciones tanto como Jake Weston, así que comprendía las agendas de trabajo o actividades particulares de personajes tan ocupados. —Se estrecharon las manos, y Greta se despidió también de su hija, antes de abandonar el hospital, seguida por Gertrudis quien aseguró que volvería para comprobar el estado de su hermano.

Jake decidió acompañar a Colette a la sala donde le iban a sacar las dos pintas de sangre. Se sentó junto a ella, y durante el tiempo que duró el procedimiento médico, estuvieron conversando de anécdotas profesionales, pues había otras personas donando sangre en la habitación. Ambos intentaban no darle demasiada importancia a lo ocurrido horas atrás entre ellos, pero era inevitable que el más mínimo roce causara estragos, como si al toparse, por más superficial el contacto, una corriente eléctrica los traspasara agitándoles la respiración y haciéndolos más conscientes el uno del otro.

Estaban poniéndole un algodón con alcohol a Colie donde había estado la agujaba minutos antes, cuando una figura muy conocida se apareció en la puerta. Ataviada con un jean morado, un jersey blanco y chaqueta blanca en mano, sumado a un maquillaje colorido, estaba Kate. Una sonrisa iluminó su bonito rostro, al ver a Colette. Acortó la distancia entre ambas, se inclinó y le dio un abrazo que duró varios segundos.

—¡Aquí estamooooo! —exclamó Kate. Y al darse cuenta de su estridente saludo, se disculpó con la persona que estaba en la otra camilla. Tan emocionada de ver a su amiga como se encontraba no reparó en la única persona que la hubiera hecho dar saltitos de alegría.

—Kate —sonrió Colie, abrazada a su amiga—. ¿Estamos quiénes? —preguntó rompiendo el abrazo.

—Damon está parqueando el automóvil. Nos tardamos un poco más, porque tuvimos que dejar de camino a nuestros padres en casa... Estaba preocupada por ti.

Los ojos color miel de Kate brillaban de alegría. Eran pocas las ocasiones en que Colie veía desanimada o contrariada a su mejor amiga. Parecía una fuente inagotable de entusiasmo. A veces Colie sufría por Kate, pues conocía que detrás de esa aparente alegría se escondía un intento de ocultar un amargo episodio del pasado. La fuerza interior de Kate era tan fuerte, que siempre se replanteaba intentar brindarle consuelo. Colette esperaba que alguna vez pudiera reabrir el tema que tanto la había afectado a su amiga, sin sufrir la pena de verla llorar o estremecerse de angustia.

—Errr... Kate, quiero presentarte a alguien. —Su amiga la miró con el ceño fruncido. Era muy típico de ella enfocar su atención en aquellas cosas que la emocionaban y olvidarse del resto—. Jake, ella es Kate Blansky. Kate, él es Jake Weston.

Kate abrió los ojos de par en par, y Colette no pudo evitar reírse. Kate se giró a la izquierda para encontrarse cara a cara con uno de sus ex presentadores de televisión preferidos. Abrió la boca, la volvió a cerrar. Y fue entonces cuando experimentó, en carne propia, la famosa sonrisa de Jake. Deslumbrante, seductora y atractiva. ¡Vaya!

—Hola —saludó él con su voz profunda y aterciopelada, tendiéndole la mano—. Tú eres la

famosa Kate, entonces.

—Yo...—Se giró hacia Colie—: ¿Le has hablado de mí? —preguntó con gestos en el rostro asombrado, sin soltarle la mano a Jake.

Colie se encogió de hombros.

—Le he dicho que mi mejor amiga es capaz de conseguir buenas mesas en los mejores bares y restaurantes —sonrió.

—Oh, sí, sí, lo soy —adujo soltándole al fin la mano a Jake, a quien le dijo—: ¿Cómo así estás aquí con Colette? Ella no me contó nada, y...

—No seas cotilla Kate —la interrumpió Colie sin perder el buen humor, cuando la enfermera le anunció que ya podía retirarse y que tratara de no hacer nada brusco durante los próximos minutos—. La noticia me abrumó y no podía conducir en ese estado a Orange y era tarde. Estábamos en una fiesta, así que él me hizo el favor de traerme.

—¿Ah, sí? —preguntó sin perder el tono desenfadado, pero con visible interés mirando a uno y otro, mientras salían hacia el pasillo.

Colette se sonrojó levemente. Lo suficiente para que Kate supiera que algo pasaba ahí. Era curiosa, no mal educada. Ya averiguaría lo que deseaba más adelante.

—Sí —contestó Jake sin perder su buen talante. Colie notó que estaba guapísimo con su camisa negra, y el pantalón gris marengo. Eran tan sexy que quitaba el hipo. Se moría por besarlo. Y quizá él se dio cuenta, porque le hizo un guiño que la llevó a aclararse la garganta y mirar hacia otro lado. Él sonrió—. Ahora esperamos que el doctor le permita recibir visitas al tío de Colette, luego de la transfusión.

—Eso puede tardar varias horas... —dijo Kate.

Jake se encogió de hombros, caminando hacia la sala de espera.

—Para eso hemos venido. ¿Estás bien? —le preguntó a Colie, al notarla un poco inquieta.

—Sí, solo espero que mi tío Bob salga pronto de esta situación. Yo me imaginé que estaría fuera del país, y me encuentro con esta noticia, luego de semanas sin saber de él. Me preocupa... Ojalá salga todo bien...

—¿Por qué no habría de salir bien? —En un gesto reflejo le pasó el brazo por el hombro, y le plantó un beso en la frente. Aquel gesto dejó todo claro para Kate, pero no se atrevió a emitir comentario alguno, a cambio prefirió ir a buscarse una botella de agua en una maquinita de bebidas—. Esperemos un poco. ¿Qué tal si vamos a comer algo? —Se inclinó hasta dejar su boca a la altura de la oreja de Colie—: Anoche gastamos bastante energía —susurró, no sin antes darle un mordisquito en el lóbulo de la oreja, dejándole así una sensación de anticipación, y un cosquilleo que le recorrió la piel.

—Kate es muy suspicaz —murmuró Colie.

—Y yo muy discreto —replicó con el mismo tono bajo. Luego se giró hacia Kate que parecía haber encontrado muy divertida la máquina expendedora de bebidas—: ¿Te gustaría acompañarnos a comer?

—¿Yo? —miró sorprendida. Que una celebridad la invitara a ella, Kate Blansky, a comer. Ni loca se lo perdía—. ¡Claro que sí! —respondió destapando la tapa de la botella, para luego darle un par de sorbitos. El clima estaba fresco, menos mal era California y el frío no calaba demasiado los huesos, como Nueva York u otras partes del país en estaciones del año que tenían la tendencia de ser particularmente frescas, y otras, heladas.

Colette se echó a reír.

—Espera —dijo Kate cuando estaban a la salida del hospital—. Damon... he venido con mi hermano —comunicó a Jake.

—Invítalo también, ¿dónde está? —indagó buscando su Jaguar en el parqueadero.

—¡Ahí! ¡Hey, Damon! —exclamó Kate llamando a su hermano, que se alejó del BMW al ver al trío acercándose.

Cuando Damon reparó en Colette su mirada se iluminó, al igual que su sonrisa. Había planeado invitarla a cenar al volver a Santa Mónica. Notó que Colie estaba preciosa con su chaqueta y aquellos enigmáticos ojos. Al tío que estaba con ellas, lo conocía de algo, pero no estaba seguro.

—¿Qué hay hermanita? —preguntó con sorna. Luego se giró hacia Colie—: Hola, preciosa —se inclinó para tomarle el rostro entre las manos y darle un beso suave en la nariz—. ¿Cómo estás?

Colie sintió a Jake tensarse detrás suyo. Quizá no estaban demasiado apegados físicamente, pero era como si estuviera conectada de algún modo a sus reacciones. Apartó con una sonrisa las manos de Damon, y se giró hacia aquel hombre guapísimo que era su amante.

—Ahora mucho mejor. Damon, quiero presentarte a...

—Jake Weston —se adelantó dándole la mano a Damon.

—¿El tenista...? —miró a su hermana, quien parecía haber descubierto la última Coca-Cola del desierto, mirando al famoso aquel.

—Ex tenista —aclaró Jake pasándole un brazo sobre los hombros a Colette en un inequívoco gesto de territorialidad, que hizo sonreír a Kate.

A Damon no le gustó lo que aquel gesto implicaba. Había pensado en darle tiempo a Colie para que se habituara a él, pero no estaba dispuesto a permitir que otro se le adelantara. Pero él contaba con una ventaja sobre Jake. Vivía con ellas, al menos durante una semana más, en que terminarían sus vacaciones.

—Ah, ¿el que mi hermana fotografió besándose en aquella discoteca?

Jake maldijo por lo bajo.

—Kate ya sabe que no debe volver a hacerlo —la miró—: ¿Cierto?

Obedientemente, la mejor amiga de Colie asintió.

—Fue un lapsus.

Colette se rio.

—Bueno, vamos que me muero de hambre —dijo Kate para que su hermano dejara de mirar a Jake como si quisiera retarlo a una pelea de un momento a otro. ¿Qué le pasaba? Ella estaba contenta de que fueran amigos con Colette, y si su amiga tenía un romance con Jake, de ninguna manera permitiría que su hermano se involucrara. Y no porque se tratara de una celebridad, sino porque conocía a Colie y sabía que jamás podría corresponderle a su hermano de otro modo que no fuera fraternalmente. Eso ya lo habían dejado claro. ¿Acaso Damon era ciego? ¿No podía ver que entre Colie y Jake había una suerte de química expansiva? —. Me apetece algo ligero —tomó del brazo a su hermano y miró a Colette que se mantenía silenciosa—: ¿A qué restaurante?

Jake observaba a Damon con irritación. No se le pasaba por alto que la mirada hacia Colette era más que solo amistad, y el rostro sonrojado de ella cuando la besó, le dijo también que no se había esperado ese gesto del hermano de Kate. Un punto a favor suyo, sin duda. Pues mientras fueran amantes, no iba a permitir que albergara esperanzas con otros.

—Vamos al *Arthur's Bistrot*. Sirven unos espaguetis deliciosos —contestó Colette.

—¡Fantástica elección! —comentó Kate—. Ve con Jake, que mi hermano y yo los alcanzamos ahora mismo.

La comida fue todo lo normal posible. Comentarios sobre deportes, periodismo, ninguna alusión personal. Hasta que Damon soltó que estaba viviendo en el mismo departamento de Colette y Kate hasta la siguiente semana, y Jake empezó a sentir que la comida tenía sabor a cartón, pero se mantuvo impasible. Colie por su parte no le dio importancia y continuó su charla normal, tratando de mantenerse optimista respecto a su tío Bob.

Kate le pidió a Jake que le presentara a Patrick Lombardo, y él accedió con una risotada. Más contenta que nunca, la mejor amiga de Colette estuvo hablando de todas las cosas que encontraba interesante del mundo del tenis. Damon tenía la mirada fija en Colie, quien procuraba disimular que él la observaba de un modo insistente. Cuando acabaron de comer, los Blansky decidieron enrumbarse hacia Santa Mónica, pues Kate tenía que ir a la joyería a hacer su turno del domingo por la tarde. Colie les aseguró que los mantendría al tanto del estado de salud de su tío.

Jake regresó con Colette al hospital, y se obligó a no indagar sobre el tipo de relación que llevaba con Damon. Pero a ella no le pasó desapercibido el tono ligeramente hostil con el que hablaba a su amigo de toda la vida, ni la tensión en el automóvil mientras conducían por la autopista. Así que durante el trayecto decidió encender la radio y dejar que *Radio Costa Azul* fuera el dial que sonara.

—Jake —susurró Colie, agarrándolo del brazo cuando estaban cerca de la puerta del centro médico.

Él se giró, y enarcó una de sus arrogantes cejas.

—¿Sí?

—No quiero asumir erróneamente, pero, ¿te ha molestado Damon en algún modo? Te noté algo tirante, yo...

—A menos que se acueste contigo, no —replicó cortante, interrumpiéndola.

—No seas injusto en tu comentario —rebatí conteniendo una réplica igual de cortante, pero no llegarían a ninguna parte de ese modo—. Lo he preguntado, porque Damon es un amigo a quien quiero mucho. Los Blansky son importantes para mí.

—Escucha, Colette. Yo solo me acuesto contigo. —Colie asintió, aunque no le sentó nada bien ese recordatorio, por más cierto que fuera—. Te estoy echando una mano con tu situación familiar, no me molesta hacerlo. Pero si intentas justificar mi comportamiento asociándolo con tu pasado o lo que fuera, estás cometiendo un grave error.

Ella lo miraba impasible. Eso le pasaba por intentar ser... ¡Idiota! Eso es lo que era.

—De acuerdo —expresó con la misma forma distante de Jake—. Mi única intención fue decirte que viva o no con ellos, no me acuesto con dos hombres al mismo tiempo, y que a pesar de que Damon haga lo que haga, ahora estamos los dos juntos, en las condiciones que hemos quedado. No soy promiscua. Espero que me devuelvas el favor.

Los ojos del color del acero refulgieron.

—Cuando estoy con una mujer, estoy solo con ella. Quizá besar a otra frente a ti, mientras salía contigo en Francia fue un mal paso. Pero no cometo dos veces el mismo error. Así que no te confundas. Si quieres dar por terminado nuestro acuerdo de anoche, hazlo. Pero no intentes ver matices o similares en mi personalidad o forma de actuar. Eso le compete a una novia. Y tú solo eres mi amante —espetó. Pero al notar cómo los ojos de Colette lo miraron heridos, se maldijo a sí mismo. No era de los tipos que herían a las mujeres, pero ella simplemente lo hacía sentir como ninguna otra mujer. Y él tenía que poner distancia. Era algo solo físico; no quería liarse la cabeza con nada más, pero su intención no era lastimarla—. Escucha...

—No, ¡tú escucha! —expresó ella con la mirada llena de rabia—. Jamás intentaría ver matices en ti, Jake. Puede que seas un buen amigo, y un amante fantástico, pero está claro que no tienes tacto ni sensibilidad con las mujeres con las que estás. ¿Quizá por eso te dejó Lauren por otro? —Jake achicó los ojos, estaba más que furioso por la sola alusión de su exprometida y la tan equivocada versión que todos tenían del asunto. Cada vez empezaba a molestarle más el tema—. Y puesto que me has recordado algo tan importante como el único vínculo que nos une fuera de la radio, ya puedes volver a Santa Mónica —se empezó a alejar, pero luego volvió a girarse hacia Jake, quien se pasaba una mano por el rostro—. No necesito tu amistad, no necesito tu compasión. En la radio pones tu voz, y bajo las sábanas —lo miró con insolencia—, pues tus habilidades —soltó con descaro, antes de ponerse camino hacia el interior del hospital. El parqueadero estaba prácticamente desolado.

Jake no se quedó estático. En dos zancadas la detuvo del brazo girándola hacia él. La apegó a su

cuerpo hasta que ambos se miraron retadoramente, con la respiración agitada y algo más que la pasión a flor de piel.

—*Jamás* vuelvas a mencionar a Lauren entre los dos. Ni en ningún otro contexto. —Ella no se amilanó y elevó el mentó con desafío—. ¿Te ha quedado claro?

—¿Por qué? ¿Todavía la amas e intentas olvidar con otros cuerpos el suyo? —replicó con altanería. No debería sentir nada por él, más allá del deseo, pero no podía evitarlo, porque ella conocía el otro lado ajeno al Jake cínico que todos solían ver.

La respuesta de Jake fue besarla. Un beso apremiante, furioso y lleno de lujuria. Arrasó la boca femenina, la poseyó de un modo primitivo, y ella con un gemido le respondió en igualdad de condiciones. Aferró las manos sobre los hombros de Jake, mientras él la sostenía por la espalda y profundizaba el beso. Se devoraron mutuamente, entre gemidos y caricias que empezaron a ser más apasionadas cada vez. Las manos de Jake pronto tomaron las nalgas femeninas para acercarla más, y frotarse contra ella, de tal modo que se diera cuenta de cuánto la deseaba en ese momento.

Colette no se había esperado reaccionar de esa manera a Jake, luego de discutir como acababan de hacerlo. Ese tipo de experiencias y emociones tan contrapuestas, de la rabia al deseo, solo las vivía con él. La hacía perder la cabeza, decir cosas que no quería y actuar en consecuencia de sus deseos, y no de manera coherente. Sentir cómo se frotaba contra ella, haciéndola consciente de lo mucho que lo excitaba, la desarmaba, porque lo que más quería era sentirlo en su interior, llenándola, colmándola de placer; necesitaba sentir su piel, contra la suya, mientras se besaban y se tocaban en medio del parqueadero. Eso último la hizo reaccionar. «Estaban en público, a vista de cualquiera. ¡Hasta sus padres o Gert podían aparecer de un momento a otro!»

Jake sintió las manos de Colie empujándolo.

—No... —susurró ella contra la boca masculina—. Jake, detente... —jadeó—, estamos en público.

Consciente de que una vez más había perdido el control con ella, se separó diciendo un impropio e intentando calmar su exaltada libido.

—Colette. —La tomó de los brazos, y al ver los labios hinchados por sus besos, quiso volver a devorar esa boca suave y tersa. Le acarició los brazos sobre la chaqueta, de arriba abajo con suavidad, como si de ese modo también pudiera calmarse él—. Escucha... Lauren no es un buen recuerdo. Jamás te usaría para olvidar a otra. Peor a esa mujer. ¿Está claro?

Al notar la fiereza con que hablaba, Colie lo supo sincero. Y sintió un gran alivio también. Después de todo, podía confiar en él.

—No me cuentas nada de ti —murmuró, mientras él la observaba como un halcón a su presa—. Creo que prácticamente conoces toda mi historia, pero yo no sé...

—Es mejor así —subió la mano para acariciarle la mejilla.

—¿Para no involucrarme demasiado? —dijo con un toque de amargura en la voz que no pudo evitar—. Ya te expliqué que entiendo el acuerdo...

—Colie...—interrumpió con suavidad—, no quiero hacerte daño. ¿Lo comprendes?

—Es ridículo, ¿cómo podrías hacerme daño si sé cómo son las cosas?

«Dile lo del contrato que vence a los tres meses. Díselo», le gritaba una voz a Jake, pero él la desoyó. Se lo diría más adelante. Aún había tiempo para eso. Las cosas entre ellos no eran sólidas, sino más bien frágiles, y él no quería arruinar la posibilidad de continuar disfrutando con Colette. Además trabajaban juntos, y sería un grave error dar un paso en falso que pudiera arruinar el buen clima que llevaban con el equipo de la radio.

Jake la miró.

—Lamento haber sido tan grosero hace un rato. —Ella asintió—. No quiero que pienses que hay algo más allá en mi amabilidad o gestos de interés, de lo que existe en realidad.

—El asunto también es, Jake, ¿por qué crees que solo yo necesito un recordatorio? ¿Acaso no lo necesitarías tú? —preguntó cuando él la soltó—. No sé por qué te crees una suerte de hombre invencible emocionalmente.

—A diferencia tuya, yo no creo en el amor; soy cínico con respecto eso. Y mi vida personal es eso. No me gusta hablar de ella.

—¿Porque soy periodista y crees que voy a publicar tu vida?

—No, sino porque he aprendido que no sirve de nada. Hablar del pasado no lo arregla. Solo trae recuerdos que te amargan.

Vaya, pensó Colie, él estaba realmente atrapado en el pasado aunque se engañaba a sí mismo creyendo lo opuesto.

—¿Desde tu retiro? ¿Te afectó demasiado? ¿Es por eso? —preguntó poniéndole la mano sobre el pecho—. Supongo que dejar de hacer lo que amas, al verte obligado por situaciones que escapan de tu control debió ser muy duro.

—Lo fue. Un periodo bastante complicado del que no suelo hablar demasiado, Colie. Fue el retiro, la muerte de mis seres querido, Lauren —soltó el aire con dificultad al pensar en su padre, su cuñado y su hermana—. Quizá en otra ocasión podamos charlar... o quizá no.

Ella le sonrió. Y a pesar de que las nubes habían cubierto el cielo de Orange County, Jake sintió como si el Sol estuviera iluminándolo. Colette tenía una sonrisa sincera, diáfana y sexy. Lo conmovía, pero él no quería permitir que traspasara su barrera. Había ido a Santa Mónica buscando un sentido a su vida, un nuevo Norte. Quizá la aventura de ellos era maravillosa, pero no tenía intención de involucrarse emocionalmente con ninguna mujer en un largo periodo de tiempo, hasta que encontrara qué demonios era lo que le generaba aquella constante sensación de vacío. Necesitaba encontrar aquella pieza de su rompecabezas personal que en algún momento del camino recorrido en los últimos años la había perdido.

—¿La amaste mucho?

—Te he dicho que no quiero hablar de Lauren, Colie —prácticamente le rugió, pero ella no se amilanó.

La curiosidad de Colette por él, iba más allá de cualquier entrevista que hubiera hecho. Sabía que estaba adentrándose en un terreno peligroso al intentar conocer los fantasmas de Jake, pero lamentablemente no podía evitarlo. Quizá porque en este tema de las aventuras amorosas no era una experta, pero en su caso le iba a resultar algo complicado estar con alguien de quien apenas conocía ciertos aspectos. Podía entrever lo que se escondía detrás de aquella coraza, le gustaban algunos rasgos de Jake y otros, la cautivaban; pero quería conocer algo más en profundidad. Al menos para estar segura de con quién exactamente estaba acostándose. No quería tener sexo con la imagen pública o distorsionada; quería al Jake real.

—Si no la amabas, ¿entonces por qué te enfadaste cuando la mencioné?

—No intentes hacer juegos de frases. No he negado ni aceptado que la amaba, pero ya que estás tan ávida de información...—negó con la cabeza—. Creí estar enamorado de ella, y lo cierto era que había más pasión que otra cosa. En ese momento quizá pensé que la amaba, pero con el paso de los años me he dado cuenta que no fue así. Y me curé de tener que sentir ese tipo de emociones contradictorias. El enfado de hace un rato es que tú asumas cosas que no son ciertas.

—Lo siento...

Jake resopló.

—No tienes por qué.

—No por ella, sino por tu familia, y por tu carrera profesional. Y también porque eso te ha hecho receloso y cínico. Yo creo que cuando alguien dice que se ha curado de sentir, es porque tiene el corazón tan herido que se miente a sí mismo intentando ocultar el dolor con el cinismo.

Él la señaló el índice, y achicó los ojos.

—Lo último que necesito es una consejera emocional, Colette.

Ella se encogió de hombros. «Había dado en el clavo.»

—Yo sé que si me quitaran lo que más amo hacer me sentiría perdida. Me encanta hacer periodismo —empezó haciendo caso omiso a la expresión adusta de Jake—, y aunque la radio no es mi ideal de ejercicio profesional, lo cierto es que le estoy poniendo toda la pasión y empeño del que soy capaz. Es como si fuera una parte de mí. Voy a sacar ese proyecto adelante y será reconocido poco a poco por la comunidad y los otros medios de California —expresó con emoción—. Sé que te parece muy poca cosa comparado a los proyectos en los que siempre has trabajado, y por eso estoy agradecida que aceptaras el contrato de *Gearforce*. Juntos haremos que *Oxigen California* sea un éxito.

«Díselo, Jake. Dile que no se entusiasme demasiado con el programa. Que no va a durar, y que tú te irás en unas semanas dejándola colgada.»

—Ya hemos hablado demasiado, Colette. Creo que he roto mi récord de palabras hasta el

próximo año —comentó sarcástico, antes de empezar a avanzar hacia el hospital. Pero ella se puso frente a él, bloqueándole el paso.

Podría levantarla en brazos, pero se refrenó.

—¿Y ella...? ¿Por qué te irritas al mencionarla, o que te la mencionen?

Jake la miró sintiéndose fastidiado. Colette no lo iba a dejar estar, nunca. Era demasiado curiosa para su propio bien.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó de mala gana.

—¿Por qué le propusiste matrimonio si no la amabas?

—¡Creí hacerlo! —exclamó pasándose las manos por el cabello rubio oscuro, despeinándose ligeramente—. Y ella estaba esperando un hijo. ¿Contenta con la información? —prácticamente gritó exasperado.

Colie se quedó en blanco.

—Yo...

Jake la dejó sola, y entró como un bólido en el hospital.

Capítulo 13

No había sido su intención lanzarle a la cara parte de su pasado. Peor *esa* parte. Colette lo había incitado, hasta que algo dentro suyo simplemente quiso expulsar aquella parte de su vida. Quizá era una excusa decir que ella lo había presionado, pues él jamás se dejaba incomodar por ninguna pregunta. Así que tenía que aceptar que una parte suya había querido que ella lo supiera. Ella era demasiado valiente, o demasiado tonta para acercarse a él.

Le resultaba fácil leer los sentimientos de Colette a través de la mirada limpia de sus ojos. No quería que se enamorara de él, pues solo volverían a lo que habían sido antes: dos personas, una con el corazón resentido, y la otra, llena de culpa. No quería repetir el escenario. No después de conocerla mejor. Pero a la vez era egoísta, y la deseaba consigo. Bajo las sábanas o no; y esa última certeza, lo abrumó.

—Jake —dijo la voz suave de Colette a su espalda, cuando lo localizó en la planta donde se encontraba Bob. Jake sintió una mano pequeña sobre su hombro y se estremeció. Aquella mujercita conseguía abrir una brecha dentro de su armadura y no podía permitirlo.

Se giró.

—Creo que es tiempo de que vayas a ver a tu tío —replicó mirándola con fastidio.

Al sentir su hostilidad, ella de inmediato retiró la mano y lo miró con ojos inquietos.

—No fue mi intención...

—Oh, claro que lo fue, Colette. Te gusta hurgar, preguntar y darle vueltas a las cosas hasta que obtienes lo que te propones. Si alguna vez intentas hablar con la prensa... —se interrumpió cruzándose de brazos—. Ahora haz lo que tengas que hacer. Si necesitas que te lleve de regreso a Santa Mónica, será mejor que te des prisa para saber a qué atenerme con los horarios. Tengo una cena esta noche.

Ella lo miró confundida, aunque comprendía que una persona tan reservada como Jake se sintiera molesta al haber expresado algo tan personal. ¿Dónde estaba ese hijo? ¿Lo habría dado en adopción? ¿La custodia la tendría aquella Lauren y era un secreto la existencia de aquel niño? Intentaría ser comprensiva, a pesar de que él, evidentemente, no tenía ganas de charlar al respecto. Le quería asegurar que jamás se le ocurriría comentar ese tema con alguien. Que podía confiar en ella, como ella confiaba en él, aunque no quisiera hablarle de su pasado.

—Me gustaría hablar...

Jake se inclinó sobre ella, perforándola con la mirada. El pasillo estaba desolado, salvo por la estación de enfermeras a lo lejos en el corredor del piso donde se encontraba Bob.

—No tengo nada que hablar contigo —gruñó. Luego le lanzó una mirada grosera, como si estuviera desnudándola con la mirada. Ella dio un respingo—. Salvo que quieras echar un polvo en la bodega de este pasillo —dijo con impertinencia.

Ella negó con la cabeza.

—¿Sabes, Jake? —replicó ella con suavidad, consciente de que él estaba intentando ser grosero a propósito para alejarla. No creía que tuviera un gramo de afecto por ella, pero sí era consciente de que la atracción de ambos era peligrosa, adictiva, y podía terminar hiriéndolos a ambos—. Si quieres echar un polvo como dices, créeme que no lo haría en un sitio como este. De hecho, sé que si accediera te despreciarías a ti mismo. Solo quería conocer un poco más sobre ti... Lamento lo que sea que haya ocurrido entre tú y esa muchacha para que te comportes de un modo tan cínico. Siento que no quieras hablar de ello, porque creo que te ayudaría mucho. Quizá, después de todo, no lo has superado. Y recuerda algo importante, Jake... —Él enarcó una ceja—. Yo no soy Lauren, ni las mujeres con las que te has echado un polvo antes —terminó con desdén.

Las fosas nasales de Jake se ensancharon en su esfuerzo por respirar. Cada vez estaba más furioso. No sabía si porque ella estaba tocando una fibra tan sensible, o porque lo que más deseaba en ese momento era hundirse entre aquellos deliciosos y cálidos muslos, para perderse en Colette y olvidarse de todos. Pero ella tenía razón, si la seducía en el cuarto vacío donde se guardaban los suplementos médicos del piso, se despreciaría. Estaba siendo vulgar, y Colette no había hecho nada para merecer ese trato.

—Colette... —dijo al vacío, pues ella estaba dirigiéndose hacia la estación de las enfermeras.

Jake intentó serenarse. Pensó que aquella tarde en la playa había superado a Lauren, inclusive luego de verla en la discoteca sin sentir nada. Pero no era cierto. Ella había herido su orgullo, lo traicionó y quizá ese rencor no le permitía estar tranquilo del todo. Lauren no era una mala persona, a pesar de su mentira... De hecho, ella pudo haberla llevado lejos y casarse con él. Su cuerpo se relajó. Tendría que hacer algo al respecto de ese capítulo de su vida. No estaba dispuesto a vivir con los fantasmas del pasado.

El doctor Tatte acompañó a Colette a la habitación de Bob. Le dijo que estaba dormido, y que hacía poco lo habían trasladado desde la Unidad de Cuidados Intensivos, y que debía procurar no molestarlo. La transfusión de las pintas de sangre ya se la habían realizado, durante las dos horas y media que Colie y Jake estuvieron comiendo fuera con los Blansky. El médico le indicó que el pronóstico para Bob era más alentador, pero tendría que pasar varios días en el hospital.

Gertrudis apareció en la puerta de la pieza, a los pocos segundos, y ambas se quedaron observando con tristeza el rostro sereno y lleno de magulladuras de Bob. Colie quiso tomarle la mano a su tío o decirle que estaba a su lado, que lo quería, pero no deseaba despertarlo o incomodarlo. Se secó las lágrimas que empezaron a rodar por su rostro, ante la mirada afligida de Gertrudis, quien la envolvió en un abrazo, mientras el doctor Tatte comprobaba los signos vitales y hacía anotaciones actualizando el estado del paciente.

—Me alegro de que haya podido donar sangre, señorita Kessler. El grupo sanguíneo AB- solo tiene tres posibles tipos compatibles, y usted, al ser B- era perfectamente compatible.

Colie sonrió.

—Ojalá se recupere pronto, para poder conversar con él —susurró esperanzada mirando a su tío con un nudo en la garganta. Lo había echado mucho en falta.

El doctor se guardó el bolígrafo *David Oscarson* en el bolsillo, devolviéndole la sonrisa.

—Seguro que sí. El pronóstico es más optimista ahora. Ha salido de la UCI. Además, no hay nada como la compatibilidad sanguínea padre-hija.

Un incómodo silencio se instaló en la estancia.

Colette sintió que le faltaba el aire. Seguro había escuchado mal. No podía ser. ¿Padre e hija? Miró a Bob, quien mantenía los ojos cerrados. El tío Bob... Se giró hacia Gertrudis, que la miraba con pena. ¡Ella lo sabía! La hermana de Bob con sus ojos inquietos, le acababa de confirmar lo que acababa de soltar el médico. Una sensación de aprensión y desasosiego se apoderó de ella.

—¿Qué... qué significa eso doctor? —preguntó con un hilillo de voz, intentando reprimir las ganas de salir corriendo.

Gertrudis le colocó la mano sobre el brazo con afecto, pero Colette parecía inmune a cualquier gesto, en especial de ella; se deshizo del toque con un movimiento brusco, y Gert lo lamentó, pero no podía culparla. Con una seña del médico, salieron de la habitación hacia la antesala de la suite privada, cerrando la puerta que conectaba a la cama de Bob.

La sensación de traición empezaba a anidarse dentro de Colette. ¿Cómo era posible que Bob fuera su padre? ¿Cómo era posible que Gert lo supiera y jamás lo hubiese dicho? ¡Sus padres! ¿Quiénes eran esas personas en realidad? Mil preguntas empezaron a acumularse en su cabeza y se sintió mareada, aturdida. Pero necesitaba que el médico se explicara.

Al ver el rostro de la muchacha, y la mirada desesperada de la mujer a su lado, el doctor Tatte se dio cuenta del grave error involuntario que acababa de cometer.

—Lo siento... pensé que...—se ajustó el estetoscopio con incomodidad—. Me retiro, pero les pido que hagan lo mismo. El paciente necesita tranquilidad.

Colette retuvo el doctor, halándolo del hombro para retenerlo. El médico se volvió hacia ella.

—¿Qué quiso decir con eso doctor? Por favor... —susurró con ansiedad.

El especialista suspiró. Y en un gesto poco habitual en él hacia los pacientes o sus familiares, tomó la mano de Colette entre las suyas.

—El señor Meadows es su padre biológico, señorita Kessler. Los niveles de compatibilidad sanguínea y ADN, son los de un padre con un hijo. Somos muy minuciosos en los exámenes que hacemos... No hay error. Lamento haberle soltado la información de esa manera, realmente ignoraba que... —suspiró—. Lo siento.

—¿Por qué hicieron una prueba de ADN, cuando solo hablábamos de una transfusión sencilla de sangre?

—El laboratorio confundió la orden del análisis de su sangre con una orden de solicitud de un examen de ADN, que había ingresado antes... Aquí en el centro somos muy escrupulosos con todos estos procedimientos, pero al parecer en su caso se hizo un análisis de más, y aunque el examen de ADN suele tardar mucho más tiempo para obtener resultados, nosotros utilizamos un sistema moderno experimental de última tecnología que permite en cuestión de horas tener una respuesta bastante certera.

Colette, aturdida, asintió.

—Está bien doctor... no es su culpa. ¿Hay posibilidad de que ese nuevo sistema fallara? —preguntó, aunque sabía que estaba siendo una necia. Los avances tecnológicos en Estados Unidos eran un monstruo de exactos, y jamás se pondrían en un centro médico sin tener una certeza de su eficacia. Odió en ese momento a la tecnología médica—. Olvídelo... No hay forma de que fallara... —se respondió a sí misma en voz bajita.

El médico le soltó la mano con suavidad, apenado al ver el rostro pálido de la chica.

—Si desea que hagamos un nuevo análisis con los sistemas habituales, no tengo ningún problema en ejecutarlo. Y no le cobraré en absoluto por este desliz que he cometido, me apena mucho que se enterara de esta forma, señorita Kessler.

—Yo... —tomó aire—. Hágalo. Quiero esas pruebas, por favor. —Porque aquel era el único modo de enfrentar su realidad. Con pruebas. Necesitaba respuestas de Greta y Phillip, pero no podía exigirlos si no tenía una evidencia física que sustentara sus preguntas.

—Por supuesto. Déjenos su dirección domiciliaria para realizar el envío. En la estación de enfermería pueden tomarle los datos.

—No se preocupe, yo volveré en persona a retirar el informe.

El médico asintió, y luego salió de la antesala, dejando a Colette y Gert en un silencio, más que incómodo, desolador.

—¿Gert? —miró interrogante a la mujer de cabellos ondulados y rostro ajado y amable.

—Hay mucho de lo que tenemos que hablar, cariño —susurró. Sabía que Bob no podía escucharlas, pero no quería arriesgarse, así que continuó hablando con aquel tono bajo que también había empleado el médico—: Salgamos de aquí, Colie. Podemos hablar en el pasillo, o ir a un café. Sé que ha sido un golpe muy duro para ti, entiendo que estés conmocionada. Tratemos de calmarnos, y hablarlo.

Colette trataba de contener las lágrimas que le quemaban la garganta. Deseaba correr y correr, hasta quedarse extenuada, para que la sensación de desamparo y traición se disipara.

Tomó una bocanada de aire, y rechazó la oferta de Gert.

—¿Soy... soy... Bob me dio en adopción a los Kessler?

Gert negó con la cabeza.

—Por favor, Colette —intentó tomarla del codo con suavidad, pero ella se alejó—. Hay respuestas que no tengo derecho a darte. Puedes charlar conmigo, desahogarte, y responderé a las que pueda...

Colie la alejó colocando las palmas de sus manos como escudo.

—¿Quién entonces? —preguntó con insistencia y rabia—. ¿Quién puede libramme de este huracán que han soltado?

Gertrudis no tuvo más remedio que responderle.

—Tu mamá, cariño. Greta es quien debe hablar contigo y darte algunas respuestas.

Colette asintió.

—Yo... Necesito pensar.

—Por favor, no vayas a cometer ninguna tontería... —pidió preocupada al ver la expresión de desamparo de la chica.

Una risa seca y ácida brotó de la garganta de Colie.

—Te respeto mucho, pero créeme Gert que en este momento ni tú, ni mis padres, son mis personas favoritas para hablar. Me han dado un golpe del que dudo me pueda recuperar jamás...

Ger se acercó un poco más para intentar abrazarla, y en esta ocasión Colette se dejó. Pero se deshizo pronto del gesto.

—No me odies, por favor —rogó Gert, mirándola con sus ojos azules—. Yo no tenía ningún derecho a hablar de este tema. Jamás quise...

Colette levantó la mano, pidiéndole silencio.

—Basta. No puedo lidiar con esto ahora. Me tengo que ir... volveré por Bob, luego... Yo... —murmuró, antes de salir con el rostro contrito y las lágrimas rodando por sus mejillas.

Jake, al ver el rostro de Colette cuando esta salía de la habitación, se temió lo peor. Su enfado se disipó. No pudo impedir que las imágenes de su madre llorando a su familia, el día del entierro, luego del accidente de tránsito, llegaran a su mente. La sensación de pérdida emocional tan repentina, en una tragedia injusta, era terrible para cualquier ser humano.

Llegó hasta Colie, y abrió los brazos invitándola a que se dejara abrazar. Pronto, sintió la mejilla de ella contra su pecho, y él la sostuvo, mientras lloraba. Por encima de la cabeza de Colette, miró a Gert, quien le dijo que la llevara fuera. Y así lo hizo.

La llevó abrazada hasta la salida.

Le preguntó dónde quería ir, ella simplemente se encogió de hombros y mantuvo la mirada perdida, mientras Jake encendía el Jaguar.

—¿Qué deseas hacer, Colie?

—Necesito pensar —replicó con un sollozo y la voz alicaída. Él colocó una mano sobre la de Colette y le acarició los nudillos con el pulgar.

Veinte minutos más tarde, Jake encontró una playa bastante alejada. Su reloj marcaba las cinco de la tarde. Las olas rompían con furia sobre la arena. Y desde el automóvil, intentaba ver si acaso habría un sitio un poco más privado alrededor. Aunque no hubiera nadie en la playa, menos mal, quería asegurarse de que ella tuviera tranquilidad, si acaso solo le apetecía caminar y caminar. Podía entender el dolor que sentía Colette.

Ella se bajó como una autómatas del automóvil. En un gesto reflejo, Jake entrelazó los dedos con lo de Colie, y ella no lo rechazó. Algo que solo indicaba la gravedad del asunto. Él empezó a caminar por la arena hasta que estuvieron cerca de la orilla donde la espuma de las olas acariciaba la arena del color del trigo con café. Él divisó un conjunto de rocas, lo suficientemente altas para que al sentarse, no pudieran ser vistos por quienes paseaban en la playa; aunque esto último carecía de interés, pues la playa estaba vacía.

Colette se dejó guiar por Jake. Quizá él era el único punto certero conocido, el único que, a pesar de su cinismo, era sincero con ello. Un punto verdadero en medio de la rabia, y el desconcierto que llevaba dentro.

Cuando llegaron hasta el punto de las rocas, Colie no dudó en sentarse sobre las formas ondulantes y planas, para contemplar el mar. Jake hizo lo mismo. El sitio estaba seco, así que no se mojó. Era una especie de cueva con forma de una concha pequeña, pero ambos cabían a la perfección y había sitio para estirar las piernas o inclusive recostarse.

El interior de la cueva olía a mar, a naturaleza y sal. La marea estaba baja, pero las olas rompían con furia a pocos metros de ellos. La playa era muy extensa, y si Colie quisiera caminar, podría ir y volver, recorriendo toda la extensión de arena, aunque ello le llevaría al menos cuatro horas. Un tiempo ideal para desahogarse, pero era consciente de que no tendría cómo salir de aquella playa sin un automóvil.

Se giró hacia Jake, quien aguardaba silencioso a que ella hablara.

—Me dijo el doctor que Bob está mejor —dijo finalmente, cuando él le acarició la mejilla con cautela.

—¿Lo está? —indagó con tono suave.

Ella asintió.

—¿Por qué llorabas entonces?

Colette se quedó en silencio un largo rato. Se levantó para sacarse la chaqueta, la puso sobre las rocas, y se sentó sobre él. Ambos estaban resguardados del viento, y muy cerca el uno del otro; sus

hombros se tocaban.

—Él... —se aclaró la garganta—, Robert Meadows es mi verdadero padre —confesó en un hilillo de voz—. Yo... —se miró las manos—, jamás se me hubiera cruzado por la mente que mis padres no fueran mis padres biológicos... No tengo respuestas, pero sí demasiadas preguntas... Ha sido una noticia que me ha caído como un balde de agua fría...

Jake la contempló, cuando las lágrimas empezaron a caer. Se giró, le tomó el rostro entre las manos, y con los pulgares le secó las gotas saladas. La veía tan frágil en ese momento, como si hubiera sido golpeada por un terremoto y no supiera dónde ir. Y probablemente así era como se sentía. Él no tenía derecho a indagar nada, no después del modo en que había reaccionado con el asunto de Lauren. Pero podía hacer otra cosa a cambio.

—Ven aquí —susurró antes de tomarla en brazos, acomodarla sobre sus rodillas, mientras ella apegaba el rostro contra su pecho. La sostuvo un largo rato, mientras Colette daba rienda suelta a su llanto. Le acarició el cabello, al tiempo que ella se desahogaba, mojándole la chaqueta, pero a Jake no le importaba. Luego de un largo rato, cuando los sollozos remitieron poco a poco, él empezó a hablar con suavidad palabras de consuelo contra los cabellos de Colie, acompañado por los sonidos de la naturaleza alrededor. Era una situación tan íntima y personal, sin embargo, no sentía que estuvieran fuera de sitio; al contrario, se sentía cómodo. Decidió abrir una parte de su vida para ella, y empezó con voz calma—: La noche en que llamaron a casa para decir que mi padre, mi cuñado y mi hermana tuvieron un accidente, mi mundo colapsó —dijo mirando el horizonte—. Volví de un torneo en el que me había ido fantásticamente, el Masters de Montecarlo. Lo gané. Recuerdo que en aquel partido de la final, impuse un récord de quince *aces*, y gané con una ventaja de tres sets de 6-1, cada uno, mi oponente era muy bueno, pero estaba en mi mejor momento tenístico. Me sentía en la gloria. Después de la celebración y las fiestas con mis colegas, volví a Estados Unidos al día siguiente. Mi madre estaban quedándose en Bel Air con mi padre, y mi hermana había pasado a saludar con su marido y con Brad, pero tuvieron que salir, y papá decidió acompañarlos, dejando a mi sobrino con mi madre.

—¿Tu casa donde...? —preguntó, apenada al ver la mancha húmeda que había dejado sobre la chaqueta de Jake, puso la mano sobre esta, pero él hizo un gesto para que no se preocupara. Colette se bajó de las piernas de Jake, para acomodarse recogiendo las piernas, mientras él le pasaba un brazo alrededor, apegándola a su costado, así, ella podía descansar la cabeza sobre el hombro de Jake y observar el perfil masculino que contemplaba el horizonte.

—En donde está viviendo Rex por ahora, sí —expresó quitándose la chaqueta, y colocándola a un costado—. Mi madre solía quedarse de vez en cuando en la mansión.

Colie contempló las olas.

—Eras un buen tenista...

Jake sonrió con añoranza.

—Lo fui, sin duda. Aunque en ese momento, cuando llamaron a casa para darnos la noticia nada importó. —El viento agitó sus cabellos ligeramente—. Mi hermana era tan alegre y decidida, y mi

cuñado, un hombre con un futuro próspero como corredor de bienes raíces. Mi padre fue estupendo, iba con nosotros a apoyarnos siempre. Los había invitado a todos a verme en Mónaco, ¿sabes? —empezó a acariciar el brazo de Colette de modo casi automático, sin quitar la vista del mar—. Pero ellos dijeron que necesitaban organizar unos documentos en el país... Quizá si hubiera insistido, ellos estarían todavía con vida —dijo con amargura.

—No, Jake, no te tortures de ese modo... A veces es el destino. El momento de cada persona es distinto.

Él no le hizo caso, y continuó.

—Perder a parte de mi familia fue un golpe muy duro. Ver cómo mamá envejecía diez años de la noche a la mañana; escucharla llorar y lamentar la muerte no solo de mi hermana, sino del amor de su vida. Mis padres se adoraban... Pero mamá es una mujer fuerte. Yo tuve que ir a reconocer los cadáveres a la morgue. Son imágenes que jamás podré olvidar. Nada tenía sentido, y todo parecía una broma macabra del destino. El sepelio fue muy privado. Apenas hubo unos pocos amigos, los más íntimos. Y la prensa empezó a publicar historias sin sentido, cuando me negué rotundamente a dar declaraciones; me persiguieron, me fastidiaron hasta la saciedad. Intentaron armar conjeturas. Un circo mediático, pero no abrí mi boca. Cuando se dieron cuenta que no iban a sacarme ni una palabra, me dejaron por otra noticia más amarillista...

—¿Por eso odias tanto a la prensa? ¿Por cómo se meten contigo?

—Porque son deshonestos y despreciables. Cuando encuentran un rastro de sangre van como buitres para conseguir de los despojos de otro sus alimentos.

—Eso es muy cruel, Jake. No todos somos así.

—Es lo que he vivido, Colette. Y créeme que ser el centro de la tormenta llega a convertirse en un estigma con el que no quieres vivir. Pero es imposible despojarse de ello, cuando eres una figura pública.

—Puliste tu imagen, la cambiaste.

Él soltó una palabrota.

—¿Dejé de ser un *playboy*?

—Al menos para la prensa.

—Cuando te ponen una etiqueta, no te la puedes quitar nunca.

—Te llamaban *El Gladiador*, creo que era una buena etiqueta —acotó tratando de despojar el rastro de sarcasmo e ironía de Jake.

Él se encogió de hombros. Tomó una piedra pequeña que estaba a sus pies y la lanzó lo más lejos que pudo. No alcanzó el agua, y se quedó hundida en la orilla.

—Mi sobrino Brad en algún momento quedará a mi cargo, y él fue el motivo por el que mi madre sacó toda su fortaleza interior para luchar por las pérdidas emocionales, no podía darle a Brad una

abuela llorona y débil —retomó el tema de su familia—. El niño necesitaba un punto de fuerza, y ella se lo dio. Dios sabe que yo intenté también hacerlo, pero a veces no podía. Me había quedado sin carrera, sin familia...

—Jake... —lo abrazó de la cintura y movió la mejilla contra el hombro fuerte.

Colie entendía lo que estaba haciendo Jake. Trataba de confortarla, al decirle que al menos tenía su familia completa, y para ello estaba abriéndole una parte muy privada, que estaba convencida jamás revelaba a nadie. Y fue en ese preciso momento cuando supo que empezaba a enamorarse de él. Era aterrador, pues apenas hacía unas semanas volvían a verse, y peor cuando su idea era solo tener una relación física con él. Pero también era sincera; después de Jake nunca hubo otro que la hiciera sentir más viva, y consciente de sí misma como mujer, como lo hacía él. Tendría que guardar sus emociones si no quería salir lastimada, y alejarlo de su lado antes de que terminaran lo que tenían entre ellos. Aunque la sola idea de dejarlo, le causaba un nudo en la garganta.

—Siempre será una herida que no cerrará del todo, pero al menos sé que tengo que ser un ejemplo para Brad. Antes de todo este desmadre personal, mi carrera se terminó. Un inconveniente físico en el brazo izquierdo dio al traste con años de trabajo y muchas ilusiones de una carrera que estaba en la cumbre. No sabía dónde ir, qué hacer... Entonces hubo juergas, mujeres, trasnochadas, fue un cúmulo de muchas cosas. Una locura. Y la prensa hizo muchos titulares a mi costa.

—Kate dejaba los diarios en la sección de espectáculos sobre la mesa del desayuno. Siempre te veía con alguna mujer diferente del brazo...—expresó. En aquellas épocas apenas pensaba en Jake, pero nunca le sentaba bien el café cuando veía esas fotografías; había sido ridículo, pero inevitable.

Jake se rio en seco. Dejó de mirar a lo lejos, y se giró hacia ella.

—Ninguna de ellas significó nada. Nunca fueron la medicina, sino genéricos de mala calidad. Servían para una noche... o un rato en el bar. —«¿También soy yo un genérico entonces?», se preguntó en silencio Colette con aprensión—. Di muchos titulares, lo sé. Pero luego pensé en Brad. No quería que mi sobrino tuviera de imagen paterna, un hombre disoluto y sin propósito. Luego llegó *Stars Match*. Fue mi terapia. Para muchas cosas...—relató evitando comentar lo de Lauren. Ella no era tonta, y se dio cuenta, pero se mantuvo callada y no pensó en indagar sobre ello; sin embargo, la idea de que Jake estuviera por el motivo que fuese atado a otra mujer, la entristecía, pues era como que una parte de él, se le escapaba.

—Siento mucho lo de tu familia —comentó con dulzura y sinceridad—. Y también que hayas vivido épocas tan difíciles.

—Gracias.

—¿Por qué elegiste ir a Santa Mónica?

—Mi vida ha perdido sentido —replicó como si eso lo englobara todo.

—¿Y crees que lo encontrarás ahí?

Él se encogió de hombros.

—Al menos es una residencia diferente a Bel Air, o a Burbank o Beverly Hills. Un cambio de aire, es un cambio de aire.

—No es que Santa Mónica fuera muy lejos —sonrió.

—Es un cambio de ambiente, no me podría mudar lejos de Brad ni de mi madre, así que cambio a un sitio un poco lejos, cerca de la naturaleza, pero a unos cuarenta minutos de distancia de mi familia.

—Espero que encuentres eso que has ido a buscar a Santa Mónica. —«Si tan solo supiera qué es lo que estoy buscando», pensó Jake molesto consigo mismo. Se sentía desorientado. Colette era un ancla, pero no quería necesitarla. No quería necesitar a nadie—. A pesar de lo que quieras considerarte a ti mismo, tienes un corazón generoso que aflora cuando crees que nadie lo nota.

—No te equivoques, ni te confundas, Colie. Solo traté de saltar las olas para no ahogarme. Me agarraba de las tablas que estaban disponibles para sobrevivir. Y aunque mi reputación como *playboy* se incrementó en aquella época cuando nada me importaba realmente, con el tiempo he logrado mejorarla... o eso creo —comentó.

Colette sonrió.

—Gracias por contarme todo esto... yo... —elevó la mano para acariciar la mejilla de Jake, que ya tenía los indicios de una barba, confiriéndole un aspecto sexy—. Supongo que al menos tengo una familia, solamente que ahora no sé muy bien dónde... o quiénes son en realidad —le tembló la voz—. Ni sé la verdad de mi pasado. Gertrudis negó que fuera adoptada, y créeme que no me habría importado del todo —rio sin alegría—, incluso aunque aquello hubiera explicado muchas cosas. Gert me dijo que tendría que hablar con mi madre, que ella tenía las respuestas. Entonces me pregunto si acaso será ella mi verdadera mamá... O si acaso Bob me habrá confiado a ellos, ¿y por qué no me lo dijo? ¿Por qué me lo ha ocultado tantos años? ¿Qué fue lo que pasó? —preguntó con amargura.

Jake le tomó la mano, y le besó los nudillos.

El cielo empezaba a perder el brillo del sol. Las nubes se condensaban en cadenas de formas interminables, combinando colores y matices de azul, naranja, blanco y gris.

—No tienes que enfrentarte a la verdad si no quieres todavía hacerlo —le dijo con suavidad, mirándola fijamente—. Quizá sea bueno que te tomes un tiempo para ti. Aunque quizá irte de juerga no sea lo que te apetezca —dijo tratando de bromear.

Colette rio al fin de verdad.

—A lo mejor, y sí —lo miró con una sonrisa.

—Tus padres se muestran reacios a que seas periodista, ¿continuaste estudiando por rebeldía, o porque realmente querías esta carrera? —preguntó de pronto.

Ella hizo una mueca.

—Me encanta. Nunca me vi como parte del mundo de los economistas. Odio estar encerrada en

una oficina aburriéndome con números y estadísticas, o curvas de déficit y no sé qué otras tonterías. Prefiero hablar con la gente, relatar su vida para que otros salgan de sus burbujas personales y se enteren que el mundo no acaba ni empieza con ellos. Quería exponer las necesidades de la gente común, aquellos que no tienen acceso a los privilegios que tú o yo, esa gente que a veces lucha toda su vida solo por conseguir una carrera profesional, cuando otros se quejan porque el último automóvil tiene edición limitada. Es ese contacto con lo más real, y lo más tangible; la posibilidad de hacer una diferencia con un reportaje es lo que me motiva. Siempre quise trabajar en una revista de prestigio, pero lamentablemente las oportunidades no han surgido de ese modo. Así que combino dar clases cuando puedo o enviar pequeños artículos a ciertos periódicos, con la organización del programa de radio. Por algo se empieza.

Jake asintió.

—¿Hablas con frecuencia con tus hermanas?

—No. Casi no. Además, ahora ya no sé si acaso también serán parte de algún extraño plan y no compartamos el mismo ADN...

—Los Kessler te han criado —repuso con cautela. Ella tenía la nariz un poco enrojecida y los ojos aún conservaban el rastro de las lágrimas. Le acarició los cabellos con dulzura, luego bajó la mano. Ella lo miró con una sonrisa tan dulce, que él quiso besarla, pero aún no habían terminado de hablar. Así que continuó—: Ellos han estado siempre para ti, al igual que tus hermanas. ¿Por qué el simple hecho de que un ADN no concuerde, implicaría que todos esos años se van al diablo? Muchas familias se han criado con niños adoptados, ya sé que no es tu caso, pero si han recibido el amor, la protección y el apoyo, ¿qué importa no compartir los lazos de sangre?

Ella lo quedó mirando un largo rato.

—No me siento apreciada en mi familia, Jake. Me critican por todo, soy la oveja negra. La única que se rehusaba a seguir sus normas. La única que los desafiaba. Ningún proyecto mío era lo suficientemente bueno... por eso me rebelé, y me fui a Santa Mónica hace unos años con Kate. Hice cada tontería que pude para sacarlos de casillas, para llamar su atención, pero al final no conseguí nada —manifestó con acidez.

—Quizá dada la naturaleza de la profesión de tus padres, tan lógica y pragmática, una persona como tú, vivaz y con ideas más liberales, o quizá tan solo distintas, les resultaba difícil de controlar. Inclusive de predecir. A lo mejor solo buscaban lo que creían mejor para ti, de acuerdo a sus propios parámetros. Es lo que hacen los padres...

Ella suspiró. Un suspiro cansino, derrotado. Quizá Jake estuviera en lo cierto. Quizá no. Pero al menos era un punto de vista diferente, y en algo ayudaba el tener otra perspectiva.

—Pero ahora mismo me siento traicionada y dolida. No me interesa comprender sus motivaciones. Si no me querían... ¿Por qué...? —se tragó un sollozo—. No importa.

—Apenas te acabas de enterar de toda esta situación, Colie. Tienes que darte un tiempo para poner todo en perspectiva. Pero, dime algo, ¿aún a pesar de la respuesta o respuestas que te den ellos cuando los enfrentes, estarías dispuesta a disculparlos?

—No lo sé...

Él asintió.

—Las únicas personas que siempre han estado para mí han sido los Blansky, Jake. Son un poco excéntricos, pero disfrutaba con ellos yéndome de viaje los veranos. Son medio hippies, y yo me lo pasaba genial, riéndome y haciendo lo que me nacía hacer sin temor de estar haciéndolo mal, u ofendiendo con mis comentarios a alguien —relató con nostalgia—. Al menos ahora tengo a Kate.

Jake sonrió. Y ella quiso arrebujarse entre sus brazos y sentir su calor, y su aroma masculino, mezclado con su perfume personal. Una combinación letal para sus sentidos. Pero necesitaban terminar esa conversación. Habría pensado que en sus peores escenarios estaría siempre Kate, pero jamás hubiera creído que Jake Weston fuese su punto de consuelo. No del modo en que estaba abriéndose a ella. Era conocido por su genio explosivo, pero con ella, aunque podría llegar a ser borde o grosero, los tintes de calidez y ternura que le dedicaba solían sobresalir y hacer que su corazón palpitará más rápido. Y cuando era apasionado...

—¿Damon y tú...? —empezó, sin concluir la pregunta. Se había dicho que no preguntaría al respecto, pero no pudo evitarlo.

—Una vez, hace un tiempo salimos juntos. Un amor de verano. Antes de conocerte. Pero decimos no continuar por Kate. No queríamos que, si las cosas no salían como esperábamos, nuestra amistad se resintiera, pues ella estaría en el medio.

Colette vio el modo en que el rostro de Jake se ensombreció.

—Ya veo...

Ella negó. Gracias a Jake se sentía más ligera, aunque el pesar y la sensación de impotencia continuaban en su interior como una bomba de tiempo. Quizá, él acababa de apaciguar el momento en que hiciera explosión, pero estaba convencida que en cuanto viera a sus padres, frente a frente, las cosas cambiarían. No hablaría con ellos hasta que tuviese los exámenes de ADN en sus manos. Si ella era hija de Bob, ¿qué hacía Phillip ahí en la clínica, entonces? ¿Qué hacía Greta?

—No, no lo ves —repuso—, porque tienes curiosidad por preguntarme más sobre Damon, pero no lo haces porque eres orgulloso. Porque quieres darme a entender que quizá te importo como amiga, y por eso me has abierto una puerta a tu intimidad, para confortarme, para hacerme comprender que al menos tengo familia, y que debería tomarme la situación con más estoicismo, y lo agradezco de todo corazón. Pero sé que intentas también darme a entender que no te importo lo suficiente, hasta el punto de querer saber sobre mi pasado, porque solo somos amantes, como antes lo has dicho. Y lo único que te importa es echar un buen polvo... ¿No?

Jake la miró fijamente unos segundos, que a ella se le hicieron eternos. Luego empezó a inclinarse, hasta que ella tuvo apoyarse sobre su propio peso colocando las manos hacia atrás, y estirar las piernas para no caer de espaldas sobre la roca cubierta con la chaqueta.

—Escúchame bien. *Jamás* a ninguna *amiga* le he contado sobre mi familia como lo acabo de hacer contigo, y *jamás* lo haría. ¿Te queda claro?

—Yo... —al ver aquella penetrante mirada, tragó en seco—. Sí. Me queda claro. Entonces...
¿Por qué yo?

Él sonrió de un modo enigmático.

—Eres demasiado curiosa para tu propio bien, señorita Kessler —replicó inclinándose aún más, hasta que a ella no le quedó más remedio que quedar de espaldas apoyada contra la roca. Él apoyó una mano a cada lado de la cabeza Colette, luego movió la pierna, hasta atrapar las de Colie entre las suyas, quedando a horcajadas. Apegó la nariz a la de Colie y susurró muy cerca de su boca—: ¿Quieres olvidar tanto como quisiera hacerlo yo?

—Yo... —asintió—. ¿Qué es lo que quieres olvidar tú?

—Quizá esta respuesta sí pueda dártela —replicó mordiéndole el labio inferior. No quería hablar más sobre sí mismo, o su pasado. No quería volver abrir esas compuertas. Hablar con Colette, había supuesto un alivio. Y se sentía ligero. Nunca pensó que pudiera charlar sobre sí mismo sin sentirse amenazado o débil. Colette parecía tener un hechizo sobre él, y aquello lo inquietaba más de lo que debería.

—¿S... Sí?

—Mhum —insistió, en esta ocasión le pasó la lengua por el contorno de los labios—. Quiero olvidar cuán complicado me resulta mantenerme alejado de ti.

Ella sintió un aleteo en el corazón.

—¿Es así?

Jake le dedicó una sonrisa taimada, antes de acomodar su chaqueta sobre las rocas, y colocarla detrás de la cabeza de Colette, para que no sintiera la incomodidad de las imperfecciones rocosas en el cuero cabelludo. Ella se dejó acomodar, mirándolo a los ojos. Era una conexión impresionante la que ambos tenían con el otro.

—Sí.

Capítulo 14

El romper de las olas, la bruma del viento silbando por las hendiduras de las rocas, y el aroma del mar llenaba el espacio, creando un sonido maravilloso. Una pieza maestra de la naturaleza que no podía ser más perfecta.

—Jake... —susurró, Colie, cuando él empezó a sacarle el jersey con facilidad. Ella no se opuso. Lo deseaba desesperadamente. Podía concentrarse en él, y dejar el mundo fuera. Y eso era lo que necesitaba.

—Mmm —replicó con sensualidad contemplando cómo la copa del sujetador de encaje negro arropaba aquellos preciosos pechos suaves y perfectamente redondeados. Él los había probado la noche anterior con lujuria y avaricia, y pretendía repetir el festín.

Ella lo miró expectante, y con la respiración irregular. Con una sonrisa, Jake se deshizo de la camisa, y luego del cinturón. Sacó del bolsillo trasero de su pantalón un preservativo y lo dejó a un lado.

—Vaya qué precavido —dijo ella con una risa nerviosa, al ver cómo empezaba a desnudarse. Tenía un físico que cortaba el aliento. Sintió un vacío en el estómago al recorrer con la mirada ese magnífico cuerpo hecho para pecar, y que estaba listo para ella. Cada músculo de Jake parecía cincelado. Ni un gramo de grasa, y la piel dorada invitaba a tocarla, a probarla. Los dedos le picaban por las ganas de acariciarlo y perderse en sus besos.

Jake enarcó una ceja, y luego se quitó los zapatos; y cada pieza de ropa. Hasta que finalmente estuvo de pie frente a ella. Totalmente desnudo, y con una erección palpitante y ansiosa de encontrar aquel cálido e íntimo lugar que los conduciría a ambos a un abismo de sensaciones indescriptibles.

—Lo cierto es que estaba deseando estar contigo de nuevo, pensé esperar hasta volver a Santa Mónica...

Ella rio y estiró las manos pidiéndole que se acercara.

—Me alegro no tener que esperar —susurró cuando Jake se inclinó para despojarla del sujetador. Cuando sus pechos quedaron desnudos, él permaneció en silencio contemplándola, extasiado. Recorrió con un dedo el canal que separaba sus senos, y acarició el vientre plano, como si estuviera dibujando y reconociendo la más exquisita pieza.

Jake sentía acelerársele el corazón ante el simple hecho de tocarla. Cada vez que evocaba en su mente el cuerpo de Colette desnudo bajo el suyo, se moría de deseo, y una excitación dolorosa se apropiaba de él. Y ahora que las pupilas azul-verdosas de Colie se habían oscurecido, y los deliciosos labios de aquella boca incitante estaban ligeramente entreabiertos, tenía ganas hundirse en ella, sin contemplaciones. Pero sabía que la espera haría más delicioso el punto culminante de la pasión. Y pretendía saborearla, hasta que el dolor del deseo los atrapara a ambos por igual. Le

gustaba todo de ella. Colette era, simplemente, exquisita. Y eso lo decía con toda seguridad un hombre por cuya cama habían pasado bastantes mujeres. Ella era única de un modo tal, que conseguía inquietarlo.

Colette sintió la boca de Jake besando sus párpados, las mejillas, la nariz, y cuando llegó a sus labios, lo dejó entrar, probar, saquear, mientras con sus suaves manos le acariciaba los brazos recios y firmes. Al tiempo que la besaba, arrancándole gemidos y creando una sensación de ansiosa placidez, empezó a desabotonarle el jean. Le bajó el zipper, y luego deslizó hacia abajo la prenda sin dejar de recorrerle la boca con su cálida lengua, marcándola, y conquistándola.

Ella sintió cómo un chispazo ardiente recorrió todo su cuerpo cuando los pectorales de Jake hicieron contacto con sus pechos sensibles. Con un ágil movimiento de las piernas se terminó de deshacer del jean que se le había quedado atrapado en los tobillos. Estaba bajo el calor sensual de Jake, en bragas a juego con el sujetador que descansaba sobre su jersey verde, amontonado junto a la ropa masculina. Las manos de Jake se movían por sus costados, recorrían sus piernas esbeltas; la acariciaba, la apretaba, y aquella boca cálida no dejaba de poseerla con gruñidos de placer.

—Eres una mujer muy sensual y hermosa, Colette —dijo con voz ronca, cuando se elevó con las manos para contemplar el rostro arrebolado de labios hinchados por sus besos, y los magníficos senos—. Y quiero probarte hasta que el placer sea tan intenso que me ruegues que te posea...

—Jake... tú también eres... —prácticamente gimió cuando la boca masculina se apropió de uno de sus pezones. Primero lo lamió, y después lo tomó de lleno con la boca, succionándolo con fuerza; luego empezó a variar el ritmo, haciéndola consciente de la humedad entre sus muslos que ardía como miel tibia. Después lo sintió en su otro pecho, recorriéndole con la lengua el contorno de la areola rosada, para luego repetir la tortura anterior, chupándole el pezón, hasta que ella gritó de placer. Hizo exactamente el mismo procedimiento una y otra vez, obrando maravillosas sensaciones que le calentaban la sangre. Cuando tuvo ambos pezones deliciosamente doloridos, las caricias se volvieron suaves, y la lengua mimaba intercaladamente uno y otro con la ayuda de los dedos expertos de Jake, que le arrancaban quejidos incoherentes—. Eres también muy sensual... —terminó la frase con un jadeo, cuando Jake apretó sus dedos y succionó un pecho con decisión, recorriéndoselo, amoldándolo y brindándole un placer indescriptible.

Colette le recorrió los pectorales firmes, y fue descendiendo sobre el musculado vientre, hasta que sus dedos tocaron la erección. Él se hizo a un lado para no permitirselo.

—Si lo haces no duraremos demasiado y he traído solo un preservativo —murmuró, antes de inclinarse para besarla. Fue un beso largo, un intercambio de iguales, dos lenguas ansiosas, gemidos y caricias, ninguno quería dejar de entregar ni recibir placer; aquel beso trepidante y apasionado los consumió.

—Mmm...

—¿Te gusta esto? —preguntó contra la boca de Colette, contorneando las caderas de tal forma que la punta de su sexo jugueteaba sobre la tela de las bragas, contra la humedad femenina. Las manos de Colie se enlazaron detrás su nuca, atrayéndolo más hacia ella.

—Yo...—sintió cómo el sexo de Jake daba golpecitos contra el suyo, presionando, tentando, jugando, enloqueciendo. No estaba mojada, sino empapada de deseo—. Oh...sí. Me gusta mucho...

Jake la besó de nuevo; un beso ardiente. Le separó las piernas, colocándose entre ellas, y sin pensárselo dos veces le quitó las bragas de seda de un tirón, desgarrándolas. Ella empezó a protestar, pero la boca masculina se interpuso, ahogando cualquier palabra.

Ella sintió los dedos masculinos separando los pliegues suaves de su sexo, buscando la humedad que daba cuenta de lo mucho que lo deseaba. Jake la miró a los ojos, mientras le acariciaba la sensible abertura, humectándola con un dedo con su propia esencia femenina, al tiempo que apoyaba el pulgar sobre el clítoris, preparándolo, seduciéndolo, consiguiendo que ella se arqueara contra su mano pidiéndole sin palabras que le diera la liberación. Una liberación que él le negó.

Colette sentía los pechos ardientes, la piel sensible, y su sexo palpitante, mientras se movía contra aquellos dedos expertos, y su mirada se perdía en las profundidades de los ojos del color del acero de Jake. La mirada masculina era intensa, vibrante y potente, tanto como sus caricias; su sexo era grande y firme.

Jake empezó a masajear sin tregua el sexo de Colette, lo hizo con delicadeza y precisión, liberando una descarga de estremecimientos que la dejaron aturdida, sin aliento, jadeante, pero aún sí, él parecía calcular cada uno de sus movimientos para que ella no llegara a la cúspide del éxtasis. Y mientras lo hacía, las manos de Colie lo acariciaban con urgencia y anhelo.

Los toques de Jake generaban una deliciosa corriente de placer que se propagó por todo su cuerpo como un torrente de miel derretida. Colie separó los muslos, como si de esa forma el placer pudiera ser más intenso, más devastador. Lo necesitaba en su interior, pero él se negaba a poseerla y darle lo que tanto anhelaba. La estaba enloqueciendo, y su única defensa era gemir, tratar de tocar el sexo duro de Jake, y hundir las uñas en la piel de la espalda musculada para urgirlo a atender su deseo. Se retorció, y sus caderas bailaron al ritmo de sus necesidades. Estaba a punto de correrse, pero entonces Jake se detuvo.

—Por favor... Oh, no seas...

Él rio con tono ronco, y la acalló deslizando un dedo en su interior. Inmediatamente, Colette contrajo los músculos íntimos alrededor de ese bienvenido invasor. Jake jugueteó con ella, y luego volvió a dejarla a la deriva. Se inclinó, hasta que su boca quedó cerca de la oreja de Colie, mientras presionaba su sexo duro contra la tersa ingle femenina, solo para demostrarle cuánto moría de deseo.

—Así es más placentero, cariño...

Con un gruñido, Colie atrajo el rostro de Jake hacia el suyo, y lo besó, mordiéndole el labio inferior, halándose, y luego chupándolo. Él siguió el compás del baile de aquella boca, mientras su mano derecha jugueteaba con el sexo húmedo de Colette dándole toquecitos con la yema de los dedos, incitándola, pero sin proporcionarle lo que ella ansiaba.

Jake tenía el cuerpo impregnado de una fina capa de sudor, por el esfuerzo de contenerse, de darle placer a ella, mientras a su espalda el mar rugía y el cielo empezaba a perder el color de la luz. El reflejo de los últimos rayos de sol lo iluminaban desde atrás, y Colette yacía como una Venus

tentadora frente a él; desnuda, activa, deseosa, y pecaminosa. Ella lo embujaba, lo cautivaba, lo seducía, sin proponérselo; y cuando coqueteaba, se sentía perdido, como en ese momento que la escuchaba gemir, y contonearse contra él. Sería imposible cansarse de Colette, pues su cuerpo parecía un instrumento del cual él conocía el secreto para hacerlo vibrar y crear las sensaciones adecuadas; sensaciones que al complacer a Colette, lo complacían también a él.

Abandonó la cálida región del sur, para masajearle los pechos con ambas manos, rozando los pezones con el pulgar antes de inclinarse para meterlos en su boca. Chupando uno y luego otro. Agradeciendo que las chaquetas de ambos sirvieran de protección contra la superficie irregular sobre la que Colette estaba recostada.

Jake soltó un gruñido gutural, cuando ella deslizó las uñas a lo largo de su espalda, hasta llegar a sus nalgas, y al mismo tiempo movía las caderas tratando de hacerse con su erección. Pero él no se lo permitió. Agitado y excitado le acarició el labio inferior con el pulgar. Colie lo observó con ojos empañados de anhelo, y eso aumentó su ego.

—Eres grande... —susurró ella con admiración femenina—. Me gusta...

Él rio, complacido en su ego masculino, y a continuación la tomó de las nalgas con ambas manos, y la elevó ligeramente de tal manera que sus sexos quedaran perfectamente alineados. Luego la penetró con lentitud, mientras sus miradas conectaban a un nivel que iba más allá de lo físico. Cuando se encajó por completo en ella, la meció con suavidad, saliendo y entrando de su resbaladizo centro. Con las manos acariciaba su piel, le recorría los brazos, el vientre, las piernas y luego sus dedos llegaron hasta aquella suave abertura entre sus muslos suaves.

—Dios... eres deliciosa —expresó cuando ella le rodeó las caderas con las piernas, siguiendo el ritmo de sus potentes embestidas, y gritando de placer, mientras sus exquisitos pechos se agitaban eróticamente con cada empuje decidido—. Me matas de placer...

La fricción de sus cuerpos retumbaba con eco en la pequeña cueva. Los susurros ininteligibles, los gemidos, las súplicas y gruñidos de placer generaban una armonía erótica de sonidos. Las manos de uno y otro resbalaban en la piel de su amante, imprimiendo sus anhelos; presionando y acariciando.

Colette se sumergió en el calor del deseo y la pasión que estaba experimentando en su interior. Era más consciente que nunca de la reacción que despertaba Jake en su cuerpo; cada pequeña parte de sí estaba siendo poseída, devastada y construida de nuevo por las sensaciones que él creaba con sus manos, con su boca, con su sexo. La fuerza de su propio anhelo la sorprendió cuando sintió cómo el último de sus nervios se templaba, se agitaba y respondía al calor de su amante. Un amante que ella no podría olvidar nunca. Temía estar perdiendo la razón en el placer del momento, pero también era consciente de que su corazón poco a poco se entregaba a Jake con cada segundo que pasaban juntos. Era una perspectiva peligrosa, y al mismo tiempo excitante. Cerró los ojos un instante para intentar borrar cualquier pensamiento que no tuviera que ver con disfrutar, sentir y experimentar.

—Mírame... —pidió Jake, y ella lo hizo—. Me encanta ver cómo se dilatan tus pupilas, y la expresión de tu rostro cuando me deseas —expresó al tiempo que se maravillaba por la perfecta forma en que ambos encajaban. Juntos creaban una sincronía perfecta; una sincronía que no había

tenido Jake con ninguna otra amante.

Él gimió con cada embestida al sentir los músculos de Colette cerrarse entorno a su miembro, acunándolo en su suavidad y calor. Sus penetraciones se volvieron más frenéticas cuando sintió que ella estaba a punto de llegar al éxtasis. La tomó con firmeza de las caderas con las manos, para hundirse más profundamente, y cuando ella arqueó la espalda, supo que ambos experimentarían el orgasmo al mismo tiempo.

—Jake...—susurró con la voz entrecortada. Su mente se había vaciado de todo salvo de las sensaciones que él le provocaba.

—Lo sé, cariño... —jadeó, y con una última embestida, profunda y contundente, ambos sintieron una emoción intensa, parecida a un salto en caída libre, con la adrenalina abrazando sus cuerpos, la tensión invadiendo sus músculos, y el placer lanzándolos hacia un abismo delicioso con un orgasmo devastador.

Jake se quedó recostado sobre Colette, tratando con sus brazos de no aplastarla, mientras su rostro estaba enterrado en los cabellos con aroma a hierbas frescas y lavanda. Permanecieron unidos, hasta que sus respiraciones fueron ralentizándose, y volviendo a la normalidad. Colette se sentía exhausta, pero exultante. Deseaba permanecer en aquella sensación de plenitud carnal y quedarse donde estaba, sintiendo esa laxitud indefinidamente.

El cielo estaba prácticamente a oscuras, y tan solo un resquicio de luz se filtraba entre las nubes. Jake salió del cuerpo de Colette a regañadientes, para quitarse el látex. La miró con una sonrisa, y luego bajó su boca hasta la de ella para besarla. Fue un contacto suave, y entregado. Ella respondió deslizando su lengua en la boca de Jake de modo sensual, pero esta vez fue un intercambio calmo; intenso, pero con la intención de demostrar cuán saciado estaba el uno del otro. Cuando se separaron, él le acarició el rostro con los dedos.

—Vamos a bañarnos —dijo de pronto poniéndose de pie. El aire frío golpeó a Colie, y extrañó de inmediato el contacto con Jake. Ella lo miró confusa—. Anda, ¿acaso no eres aventurera?

Ella rio cuando su mente empezó a procesar de nuevo, y dejó que Jake la ayudara a pararse. «No, no era aventurera del todo, pero con él se sentía más viva que nunca.»

—¿Pretendes bañarte en el mar a esta hora, Jake? Está casi oscuro...

Él la recorrió con la mirada. Colette era consciente de su desnudez, pero al mismo tiempo se sentía cómoda estando tal como Dios la trajo al mundo. El viento fresco la acariciaba, y ella solo quería acurrucarse contra Jake, pero era una tontería cuando estaba prácticamente terminando de cerrarse el cielo.

—Casi. Tú lo has dicho, pero, ¿es que tienes miedo? —la retó con una sonrisa taimada, y con el dorso de la mano le acarició un pecho.

Ella se mordió el labio, y se inclinó para abrazarse a él. Jake le acarició la espalda un rato, y luego dejó sus manos en el trasero suave y firme. Le dio un azote, juguetón, y ella se lo devolvió con una mirada pícaro y cómplice.

La playa estaba desierta, eran solo ellos y la naturaleza; ellos y sus deseos, sus miedos, sus añoranzas y su pasión.

—¿Una carrera? —preguntó ella dándole un beso fugaz en los labios.

Él sonrió.

—A la una... a las dos... ¡Hey, tramposa! —exclamó cuando la vio correr hacia el agua y llegar antes que él.

Cuando Jake se unió a ella, la tomó en brazos y los sumergió a ambos en el agua fría, con nada más que el calor de sus cuerpos para contrarrestar la temperatura. Estuvieron besándose, tocándose, y jugueteando con las olas, hasta que el horizonte amenazaba con oscurecerse completamente. Entonces, él la tomó de la mano, para guiarla hasta el sitio donde habían dado rienda suelta a sus deseos.

—Entonces —empezó él de pronto, cuando Colie estaba terminando de ponerse la ropa sobre el cuerpo húmedo, tiritando—, ¿tú y Damon no tienen nada?

Ella lo quedó mirando sin entender, hasta que su mente conectó los puntos de la conversación previa. Sonrió.

—No.

Jake se ajustó la camisa, con las gotas de agua cayendo de sus cabellos rubios oscuro.

—No es difícil darse cuenta que te quiere de regreso —comentó con desconfianza. Después de Lauren había tenido aventuras, pero solo una noche. Y al día siguiente, *si te vi no me acuerdo*. Algo que, evidentemente, no pensaba hacer con Colette. Que él no era ningún santo, sin duda, pero las mujeres que se acostaban con él sabían a qué iban; solo placer, sin compromisos. Una noche era todo. Colette no sabía hasta qué punto con ella estaba rompiendo todas las normas que se había autoimpuesto con las mujeres. Era cierto que había decidido no tontear, por eso pretendía estar con Colie hasta que la química entre ambos se evaporara, pero una parte de su cerebro le decía que eso jamás iba a ocurrir. Entonces, si las cosas se ponían complicadas, estaba decidido a dejarla. No había otra solución.

Colie se puso las botas. Sacó de su bolsa un kléenex y se lo tendió a Jake.

—Tampoco es difícil que sepas que si estoy contigo no estaré con otro. ¿Verdad?

Él la miró un rato, mientras cerraba el último botón de la camisa. Se encogió de hombros. Y ella frunció el ceño.

—¿Vas a volver al hospital? —preguntó cambiando de tema, cuando notó que ella iba a argumentar algo más.

Colette negó dándose cuenta de lo que él pretendía, y lo dejó estar. Pero ya tenía una pista. Jake desconfiaba de las mujeres. Pretendía mostrarse indiferente, sin embargo, era algo más. La tal Lauren debía ser la culpable. ¿Qué le habría hecho esa mujer?

—Estoy empapada. Además necesito un espacio... reflexionar sobre mi familia. Llamaré al doctor para saber cómo sigue Bob, y luego pues... —se encogió de hombros—, ya veremos. Tengo que venir a recoger los exámenes de ADN en un par de días, entonces iré a visitarlo. Debería estar enfadada con él, ¿sabes? —suspiró—. No sé... No sé cómo sentirme.

Jake inclinó la cabeza, contemplándola. Estaba preciosa. Sin maquillaje, con el cabello húmedo, y la piel suave, resplandeciendo. Tenía ganas de hacerle el amor de nuevo, pero se contuvo. Con Colette todo era difícil de predecir.

—¿El sexo ha ayudado?

—No me puedo creer que hayas hecho esa pregunta —replicó mirándolo con falso enojo.

—¿Porque la respuesta es obvia?

Colette le dio un empujoncito sin fuerza. Él le dedicó una sonrisa brillante, y encantadora. Una sonrisa distinta a la que ella solía ver que Jake ofrecía a otras personas. ¿Sería especial para él? ¿O así se comportaba con todas sus amantes? ¿Habría sido así con la tal Lauren? Sí. De acuerdo, estaba empezando a comportarse como una novia. Y ella no tenía esa categoría. Él lo había dejado claro, y ella debería tenerlo muy presente también.

—Nunca lo había hecho en un playa —comentó a cambio, pasándole la mano por el cabello húmedo. Él atrapó su mano, la giró, y besó la palma.

—Me alegro haber sido tu primera vez... ¿Por segunda ocasión?

Ella se limitó a reír. El ego de Jake era imposible, pero él hacía los comentarios en un tono tan desenfadado que sus palabras sonaban como una broma. Y no lo eran, por supuesto. Él era un hombre orgulloso y bastante seguro de sí.

—Supongo —replicó todavía riéndose—. Quizá yo también sea tu primera vez para alguna cosa, ¿no? —preguntó bromista. Pero él no se rio, sino que la quedó mirando intensamente, y a ella le pareció que intentaba decirle algo más con aquellos ojos grises, pero el momento se perdió cuando pasó una gaviota sobre ellos.

—Para alguna cosa —dijo Jake sonriendo, y luego la atrajo contra su cuerpo, para besarla. Un beso rápido, fugaz, pero posesivo—. Salgamos de la playa que ya está oscuro. La luz del móvil servirá para el camino. Menos mal son solo diez minutos a pie.

—Jake —lo llamó cuando él enlazó su mano con la de ella, y empezaba a halarla para caminar el tramo hasta el Jaguar.

—¿Sí? —replicó deteniéndose. En una mano llevaba los zapatos, y en la otra sostenía la mano de Colette. Parecía uno de esos modelos de catálogo, todo húmedo y provocativo. Ella hubiera querido abrazarse a él, piel con piel, de nuevo... Estaba hecha una libidinosa, y la verdad, se sentía genial.

—Gracias por hacerme olvidar por un rato... —se humectó los labios con la lengua—. Lo que hicimos fue...

Él enarcó una ceja.

—¿Volvemos a tener problemas con los adjetivos? —preguntó con picardía recordando la madrugada.

Colette sonrió, negando con la cabeza.

—Eres insoportable.

—Pero me deseas —replicó caminando con ella.

—Sí, qué tragedia —agregó mirándolo con humor, y sintiéndose ligera.

Caminaron en silencio para volver al automóvil que los llevaría de regreso a Santa Mónica. Los problemas que tenía que resolver, ella los iría manejando poco a poco. Al menos tenía el consuelo de que, mientras su mundo familiar estaba patas arriba, Jake no le mentía. No le resultaba fácil confiar en la gente, y sabía que compartía ese mismo punto con él.

Durante el trayecto por la autopista, Colie llamó al hospital. El doctor Tatte le informó que Bob estaba en el mismo estado que cuando ella se fue, y que los signos vitales eran estables, pero que su situación requería descanso y tenía prohibido recibir visitas hasta segunda orden.

Ella le preguntó el por qué, cuando hacía poco había podido verlo, y el médico le expresó que si existían conflictos familiares, no quería arriesgarse a que cualquiera hiciera cuestionamientos que pudieran alterar a su paciente. Colette le dijo que no era una imprudente, pero aceptó la decisión del doctor.

—Colie el día jueves hay un evento con ex tenistas. Un espectáculo que organizan de vez en cuando nuestros agentes —expresó Jake.

En un principio, él no tenía pensado vincular a Colette en nada que tuviera que ver fuera de las sábanas, o fuera de la radio. Así que soltar la invitación de pronto, lo sorprendió a sí mismo, pero ya había pronunciado las palabras, y no iba retractarse. Quedaría ridículo, y la ofendería.

Colette lo hacía *sentir*. Eso lo aterraba, y por ello intentaba encontrar el modo de alejarse, pero sus actos contradecían sus pensamientos. Nunca intercambiaba caricias detalladas con sus amantes; el sexo era sexo; desnudarse, tocarse y satisfacerse, pero con Colette había disfrutado cada encuentro; había saboreado cada toque, gemido, y se deleitó acariciándola y procurando su placer para que se sintiera satisfecha de todos los modos posibles.

Ella empezaba a tener cierto poder sobre él, y la sola idea lo sacaba de quicio. Ella era tan deliciosa y suave, inteligente y vulnerable, combativa y fuerte, que a ratos tenía ganas de mantenerla consigo, y en otros momentos, hubiera deseado mantenerse alejado. Lo último al final hubiera resultado imposible. Temía empezar albergar emociones que había dejado enterradas hacía mucho tiempo atrás, no quería que ninguna mujer lo convirtiera de nuevo en un estúpido. Seguro que todo el lío que llevaba no era más que el resultado de un sexo apasionado. Sí. Era eso. Ya se le pasaría cuando se acostumbrara a ella, y la novedad empezara a decaer.

—¿Fines benéficos? —preguntó ella con suspicacia. Lo que menos le apetecía era socializar con

otros cuando tenía tanto en qué pensar. Pero por otra parte, hacía mucho tiempo que no veía a Jake jugar; cuando lo hizo en París se había sentido extasiada con la elegante y contundente manera de pegarle a la pelota, correr por la cancha para hacer un punto, la fiereza de sus movimientos y la potencia de su juego. Jake era un estratega del tenis digno de verse, y lamentaba que su carrera hubiera terminado tan pronto, privando al mundo de un titán del *deporte blanco*.

Él subió un poco más la temperatura dentro del automóvil, mientras de fondo sonaba en bajo volumen Armin van Buuren.

—No, es para el público que quiera pasarla bien un rato. Y más bien es una exposición de auspiciantes y cosas por el estilo, para que la gente pruebe bebidas nuevas o alguna empresa de catering —giró en una curva—. Una tontería de agentes por la que no me molestó demasiado en preguntar. Me pagan por ello, y listo. ¿Te gustaría acompañarme? —casi rugió. La idea de que ella lo rechazara, no le gustaba.

—Si no tengo nada que hacer, seguro —replicó mirando por la ventana.

Jake la miró un segundo, antes de volver la vista al frente.

—Bien.

Hicieron el resto del trayecto en silencio. Cada uno perdido en sus cavilaciones; conscientes de que ese intenso fin de semana había cambiado algo dentro de cada uno con respecto al otro.

Realmente estaba agotada. No solo física, sino emocionalmente. Jake le propuso que lo acompañara a cenar una vez que llegaron a Santa Mónica, pero ella rehusó. Lo que necesitaba era descansar. Abrió la puerta de su departamento, pensando en darse un baño caliente y luego dormir. Pero al parecer los planes no irían en esa dirección.

Se encontró con el salón iluminado con velas.

Cerró la puerta detrás de sí, y dejó a un lado un bolso con la ropa sucia. Escuchó Jazz de fondo, un tono muy bajo. Avanzó y se topó con la mesa del comedor vestida con un precioso mantel azul, y un candelabro en el centro; dispuesta para dos. Que ella supiera, Kate no estaba saliendo con nadie. De hecho, hacía muchos años que no tenía una cita; iba a fiestas, la pasaba bien, pero no permitía que ningún chico se acercara demasiado, pues temía que la hirieran como en el pasado. ¿Sería Damon quien habría invitado a alguien? Si era así, estaba pensando seriamente en escabullirse lo antes posible, no quería hacer mal tercio.

Empezó a retroceder hacia su habitación, cuando apareció Damon. Estaba muy guapo debía reconocer. Vestido con un pantalón caqui y una camiseta blanca. Era alto, delgado, pero en forma. A diferencia de Jake, que tenía un físico impresionante y trabajado a base de ejercicios, Damon no creaba la sensación de estar llenando toda la habitación de testosterona con su sola presencia. Sin embargo, algo en la mirada de su amigo, le informó que la que iba a tener una cita esa noche era ella.

—Damon —dijo a modo de saludo con un tono de voz expectante, y contrito, al ver la ilusión de su amigo en la mirada.

Él sonrió.

—Hola, Colie. No sabía hasta qué hora esperarte, así que dejé encendido todo para cuando volvieras —expresó acercándose para darle un abrazo que ella devolvió.

«Qué mal se sentía, porque no se había equivocado. Él estaba intentando retomar lo que habían dejado en el pasado», se dijo apenada, pues no quería lastimarlo, ni tener que rechazarlo.

—¿Por qué has hecho esto...?

Él le tomó las manos y la condujo hacia la mesa. Le movió la silla para que se acomodara, sin importarle que ella oliera a mar o tuviera el cabello aún húmedo, o no llevara maquillaje. Colette no sabía cómo rechazarlo sin herir sus sentimientos. Lo quería muchísimo, pero no para retomar su relación. Damon era fantástico, divertido, la hacía reír, pero se daba cuenta que las chispas entre ellos palidecían en comparación con lo que Jake la hacía sentir cuando estaban juntos.

—He intentado darte varias señales estas semanas, pero siempre estás ocupada yendo de un lado a otro. Así que hoy decidí ser más directo —rio, pero estaba evidentemente nervioso—. Supongo que el tal Jake y tu son amigos, así que...

—Damon... —susurró incapaz de encontrar las palabras adecuadas, al escuchar cuánto se equivocaba con Jake y ella.

El hermano de Kate fue hasta la cocina, y ella escuchó a sus espaldas que sacaba algo del horno. El aroma exquisito de una lasaña le hizo rugir el estómago, cuando él dejó el plato sobre el centro de la mesa.

—Deberías trabajar un poco menos, y descansar como lo he hecho yo viniéndome a Santa Mónica —expresó al tiempo que se sentaba frente a ella—. Puedo trabajar desde aquí, aunque a veces no tenga todas las herramientas para dibujar como me gusta. ¿Sabes que el contrato con Marvel es indefinido?

—¡Vaya! Eso es fantástico, me alegra mucho por ti —replicó con sinceridad. Él era un chico muy trabajador y se había ganado con creces el prestigio que estaba adquiriendo en su campo profesional, sin ayuda de la influencia de sus padres.

—Oye, yo... —la miró sonriendo—. Sé que hace muchos años decidimos ser solo amigos... —Ella tragó en seco—. No es tan fácil decirte esto.

—Damon, no...—susurró, cuando él tomó sus manos sobre la mesa, apretándoselas con afecto, al tiempo que la miraba a los ojos.

—Yo sé, yo sé que está de por medio Kate, pero ella sabrá entenderlo —expresó mal interpretando la mirada ansiosa y preocupada de Colie—. Sé que me quieres, y yo... Bueno, lo cierto es que he salido con algunas mujeres, pero con ninguna me siento completo. Sigo enamorado de ti. —El corazón de Colette sintió tristeza, porque lo que veía en Damon era un hombre sincero, y con un

sentido de lealtad impecable. Sin embargo, ya no podía corresponderle, se lamentó—. ¿Has visto la rosa que te dejaba cada noche sobre tu cama desde que estoy aquí?

«Claro que la había visto, pero cada que se lo topaba en casa, procuraba fingir que aquel detalle se le pasaba por alto.»

—Ha sido un gesto muy bonito de tu parte.

Damon asintió.

—Las invitaciones a comer y salir de estos días... Bueno, quería estar contigo a solas para hablarlo, pero siempre estás trabajando. Y ahora que Kate está cenando en casa de una amiga y volverá bastante tarde, creí que era el momento ideal para los dos. Cociné tu plato favorito. —«Sí, otra de las cualidades de Damon era que tenía estudios de Chef», pensó. «La mujer que se quedara con él sería muy afortunada»—. No tienes que reprimir tus sentimientos. Será como siempre entre nosotros, sincero y directo. Sal conmigo de nuevo, sé mi novia Colette. Te quiero.

Ella tomó el vaso de agua que estaba cerca y dio tres sorbitos, observando el rostro expectante de Damon. Sabía que abrir el corazón a otra persona era la circunstancia más difícil, y por sobre todo valoraba la valentía que estaba teniendo él. A diferencia suya, que había sido una cobarde al no enfrentarse a él, cuando empezó a ver ciertos signos extraños en su comportamiento.

—Yo... no sé cómo...

—Oh, nena, puedes decirlo como mejor te salga. ¿Me quieres, verdad? ¿No estoy siendo presumido al darlo por hecho, cierto?

«Pero no de la manera que esperas», se lamentó.

—Yo te quiero, claro que te quiero, pero no del modo en que solía ser años atrás —tomó aire—: Damon, te quiero como un hermano. —El rostro de Damon cambió de repente, como si lo hubiera abofeteado. La esperanza se apagó, y a cambio surgió una mirada inquisitiva—. Es un afecto fraternal el que siento por ti —dijo con pesar—. No puedo corresponderte como tú esperas, y eso me está partiendo el corazón, en especial por todo el esfuerzo que has hecho —finalizó mirando su alrededor, mientras las notas de Jazz burbujaban.

—Te he estado dando señales, ¿las ignorabas a propósito? —indagó con un tono dolido.

«Culpable.» Había sido cobarde por no encarar la situación, antes de que se hubiera convertido en lo que estaba viviendo en ese instante con él.

—Yo no quería... No quería lastimarte.

Él rio, y tomó la copa de vino para llenarla. La observó con ojos entrecerrados, y bebió hasta que el líquido rojo desapareció del vaso.

—¿No? ¿Por qué simplemente no hablaste conmigo para indagar qué me traía entre manos? ¿Estabas esperando tu declaración romántica de amor? Tu naturaleza romántica esperaba algo como esto, seguro. ¿Lo he hecho bien? —preguntó con sarcasmo.

Ella se lo merecía, porque era cierto. Había visto las señales, se había engañado diciéndose que estaba imaginando cosas, cuando la realidad era que no deseaba enfrentarse a Damon, ni defraudarlo. Pero al parecer lo había hecho de todas formas.

—Lo siento... Lo siento de verdad. Debí hablarlo contigo cuando empecé a ver tus rosas en mi cama —negó con la cabeza—, debí preguntarte, yo... discúlpame Damon.

Él se puso de pie y rodeó la mesa para llegar hasta ella.

—¿Es él, verdad?

Ella se quedó mirando el rostro atractivo de aquel hombre tan fantástico, al que quería como un hermano, como parte de su familia, y al que había hecho daño.

—Contéstame. Es el tal Weston el que tiene ocupada tu cabeza y se te ha metido de tal forma que no eres capaz de ver que sigue siendo un mujeriego. ¿Verdad?

Colette se rehusó a contestar, pero las manos de Damon le enmarcaron el rostro, elevándoselo para que lo mirara. Sin darle opción a girar la cabeza.

—Damon... —susurró con lágrimas en los ojos, sin derramar—. No hagas esto.

—Maldición —la soltó—. ¿Estás enamorada de él? ¿Lo estás? ¿No tengo oportunidad de conquistarte de ningún modo? —espetó con dolor en su mirada. Había pensado que podría retomarla con Colette. No era de los que se daba por vencido, pero ella tampoco era igual a otra mujer con la que hubiera estado; cuando Colette quería a alguien lo hacía profundamente, tal como había ocurrido entre ellos antes. Si le había entregado su corazón a ese bastardo de Weston, no habría oportunidad para él, porque Colette no jugaba a dos bandos—. Merezco saberlo —insistió cuando ella le pedía en silencio que lo dejara estar—. ¡Dímelo!

—Sí... Estoy enamorada de él. —Y ahí tenía su verdad. No estaba *medio* enamorada de Jake. No. Estaba irrevocablemente enamorada de él, y su corazón iba a partirse en mil pedazos cuando todo acabara. Porque estaba segura que no podría sentir por otro hombre, lo que sentía por Jake, pero había decidido disfrutar su tiempo con él, sin poner cargas emocionales en la ecuación.

Damon la soltó, y sin decir nada más empezó a alejarse hacia la habitación de invitados.

—¡Espera! —dijo ella, levantándose. Caminó hasta él, y lo abrazó de la cintura—. Por favor... No quería hacerte daño. Debí haberlo hablado contigo como siempre ha sido entre nosotros... Me acobardé, y lamento que hayas pensado que había dudas de mi parte, o que aguardaba que tú dieras un paso como el de hoy para decidirme o aclararme.

El rostro de Damon se suavizó, y con reticencia le devolvió el abrazo.

—Ojalá Weston sepa lo que tiene entre manos —susurró contra el cabello de Colette.

—Lo siento... —repitió Colette. No quería perderlo como amigo—. No me dejes de hablar por esto. Te quiero, y yo...

—Sí, ya sé. Como un hermano —expresó con amargura. La soltó para mirarla—. Escucha, quizá

necesite un tiempo más lejos de ti.

—Pensé que tu venida a Santa Mónica nos pondría de nuevo en contacto, porque últimamente no hemos charlado demasiado —comentó con tristeza—. Te había echado de menos, y me alegré muchísimo al saber que venías. Tú siempre consigues hacerme reír y...

—Hacer lo que hace un buen amigo. Escuchar, aconsejar, ¿verdad?

Ella asintió.

—No siempre las cosas salen como uno espera. No puedes tenerlo todo. Quizá con el tiempo mis sentimientos por ti se vuelvan fraternales, o quizá no. Pero por ahora, preferiría no tener contacto contigo.

—Damon...

—No estoy resentido, pero tengo un alto sentido de preservación. Me iré esta misma noche de regreso a Burbank.

—Son casi las diez. Ya es tarde. Duerme, y mañana...

—No importa —interrumpió—. Me gusta conducir de noche, y a esta hora en domingo, no hay mucho tráfico —le dio un beso en la frente a Colie, antes de ir a hacer las maletas.

Capítulo 15

—¿Cómo que Damon se ha ido? —preguntó Kate cuando se encontró a Colette esperándola en la sala—. ¿Por qué?

Entonces, Colie le pidió que se sentara a su lado, y entre risas y lágrimas, dio rienda suelta a todo lo que había ocurrido durante el fin de semana. Incluyó a Jake en su relato, el asunto de Bob y sus padres, y luego la declaración de Damon y lo mucho que le dolía no haber hablado con él a tiempo. Kate la escuchó sin comentar nada, tan solo se limitó a abrazarla cuando las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Estuvieron hablando varias horas, hasta que sintieron el viento frío de la madrugada colarse por el ventanal del balcón que había quedado abierta.

—Ahora entiendo... No te culpo por lo de Damon. Es mi hermano, lo quiero, pero en serio es muy estúpido para no haberse dado cuenta que, si ignorabas sus señales era porque no querías lastimarlo.

Colie asintió.

—Gracias por entender.

—Conozco a ambos, y me hubiera gustado que Damon se quedara un poco más, pero también sé cuán incómodo hubiera resultado luego de su confesión. Ya se le pasará —palmeó la mano de Colie con afecto—, verás que sí. Todo volverá a ser como antes. Quizá tome un tiempo, pero él reaccionará.

—No quise...

—Olvida a mi hermano ahora —insistió—. Creo que tienes muchas cosas que pensar sobre tu familia, y son más importantes. Jamás me imaginé algo así de los Kessler —expresó sinceramente sorprendida—. ¿Crees que por eso eran tan cretinos contigo?

Colie sonrió. Kate siempre tan directa.

—No lo sé. Hicieron lo mejor por mí. Fui a los mejores colegios, nunca me faltó nada...

—Salvo la comprensión y el apoyo que todo hijo necesita —interrumpió Kate, cuando Colie se disponía a replicar, agregó—: Pero no puedes juzgar sin conocer lo que hubo detrás de todo esto. Phillip no es un hombre que le guste estar en boca de otros, te dio su apellido, pero, ¿qué más hubo detrás? Tienes que exigirles la verdad, Colie.

—Sí —se miró las manos. Antes de que llegara Kate se había dado un baño, y aunque se sentía más tranquila, la pena que la embargaba no la dejaba en paz—. Será un momento difícil. Lo peor es que Bob está en el hospital, no quiero alterarlo, y quizá sea él con quien debo hablar primero...

—Es mejor que enfrentes a Phillip y Greta. ¿Crees que las odiosas de tus hermanas sabían algo al

respecto?

Colette negó. Quizá sus hermanas fueran quejicas con respecto a ella, pero estaba segura de que no tenían ni idea de lo que había ocurrido.

—No lo saben. Mis padres siempre han sido herméticos entre ellos...

—Ya lo resolverás. ¿Quieres que vaya contigo a Orange la próxima vez?

—No. Este es un paso que debo dar sola.

—Pero es que siempre tratas de resolverlo todo tú, y esta situación es muy distinta a las otras que has vivido. Entiendo que ser independiente es importante, pero a veces necesitamos apoyarnos en otro.

Colette suspiró.

—Ya lo hice, Kate.

—¿Jake *el bombón* Weston?

Colie se echó a reír.

—Algo así —sonrió.

—Vaya sorpresa contigo. Él fue tu amor de París, ¿verdad?

—¿Cómo...?

—Oh, venga, ¿te crees que te dejaba esos periódicos abiertos, y te obligaba a ver *Stars Match*, solo porque me gustaba? Intentaba que me confirmaras mis sospechas, pero respetaba que no quisieras hablar de ello.

Colette la miró sorprendida.

—¿Cómo es posible que lo sospecharas siquiera? Fuimos muy discretos... Oh, no me digas, tenías un amigo de un amigo de otro amigo que casualmente estaba cubriendo el Roland Garros de ese año, y le pediste que fotografiara algo interesante. Concretamente si yo me aparecía por ahí.

—No fue así, tú me dijiste que estabas en el seminario de periodismo y que ibas a entrevistar a algunos tenistas. Entonces como no tenías cámara fotográfica profesional, le pedí ayuda a un amigo que me debía un favor, y que estaba trabajando como freelance en París ese tiempo. Pensaba en darte una sorpresa regalándote la fotografía para ilustrar tu texto y que deslumbraras a tus profesores en La Sorbona, pero la sorpresa me la llevé yo —explicó con su mirada pícara, y la sonrisa característica en ella.

Colette soltó una sonora carcajada.

—Fuiste muy discreta —continuó Kate—, pero mi amigo conocía a Jake. Y sabía cuán mujeriego era; todo lo que Jake hacía salía en los titulares; desde sus triunfos, hasta sus conquistas. Así que cuando me contó que la cara de la chica con la que estaba saliendo se le hacía conocida y me envió

la foto, casi me da un ataque. Le pedí que no publicara la foto, bueno lo chantajee —rio—, diciéndole que publicaría a cambio en las redes una foto suya en una pose comprometedor con la hija de la directora de la escuela de arte a la que asistía. Él me replicó que era una exclusiva, que nadie tenía fotos de ustedes dos riéndose y besándose por Les Marais. Pero al final aceptó.

—No me puedo creer todo esto...—expresó con ojos como platos. «Si Kate se dedicara a detective seguro le iba mejor que de periodista.»

—Pues créelo querida. Ahora, quiero que me cuentes la historia completa. Pero antes, ¿qué pasa contigo y Jake?

—Tenemos una relación... —frunció el ceño—, más bien física.

—De acuerdo son amantes. Oye, cientos de mujeres hacen fila por él, pero tú no eres esa clase de mujeres —achicó los ojos—, principalmente porque no tienes experiencia en ese campo, y me apuesto mi colección de autógrafos de la liga de la NFL, que no solo careces de la comprensión de esa clase de relación en su totalidad, sino que estás loca por él. Más que eso... —la escrudiñó con la mirada—, ¿estás enamorada!

Colette suspiró derrotada.

—Pues... sí. —¿Qué sentido tenía mentir a Kate que la conocía desde siempre?

—¿Y harás algo al respecto, o vas a esperar a que te reemplace con otra?

—Kate...

—Ya me conoces. Directa y sin anestesia.

—Quizá no debí pedirle sinceridad cuando yo no he sido sincera con él.

—Me parece que estás equivocada. Cuando tocaste a su puerta para seducirlo, y también cuando le dejaste claro que entendías el tema de no ataduras emocionales, fuiste sincera. Tu sabías que lo que sentías por él era atracción física desde un principio. ¿Estoy en lo correcto? —Colie asintió—. Si luego de este intenso fin de semana, y las semanas trabajando juntos, o lo que sea que hayas vivido o conocido de él, te diste cuenta que estás enamorada es otra cosa. Ya sabes que estas circunstancias del enamoramiento son extrañas. Pero en ningún momento has dejado de ser sincera.

Colie supo que Kate tenía razón.

—Lo que no implica que hayas sido sensata —acotó Kate.

—¿A qué te refieres?

—Sí que muchas mujeres quisieran estar en tu sitio, pero Jake Weston es un mujeriego bastante conocido. Quizá ya no monta los escándalos que hacía un tiempo atrás, pero no se compromete con nadie.

—Jake ha estado con muchas mujeres, sí, pero algo me dice que conmigo es distinto. Consciente soy de que no siente por mí más que deseo, sin embargo, hay algo en el modo que tiene de mirarme a

ratos, que me da a entender que soy distinta...

—Las mujeres tendemos a pensar que somos el factor diferenciador nunca antes visto por el hombre de nuestros deseos o receptor de nuestro corazón. Yo soy optimista, pero también realista. Y no conozco la personalidad del bombón de Weston, pero tiene fama de insoportable. Además no te recomiendo albergar demasiadas esperanzas emocionales con respecto a él, al menos no, cuando todo el mundo sabe que no se toma en serio sus relaciones desde...

—¿Lauren? —interrumpió.

—La muy tonta lo dejó por otro. Salió en las noticias, ya te lo he contado —replicó poniéndose de pie, y el reloj de la sala marcaba las dos y media de la madrugada.

«Y quizá se llevó a su hijo y por eso él la odia tanto. Y quizá quiere proteger a ese niño o a esa niña de la prensa, porque si se enteran sería un escándalo», pensó Colette en silencio, elucubrando sobre el pasado de esa relación y sobre la que Jake se rehusaba hablar.

—Tú sabes algo más de esa relación, ¿verdad?

Kate negó con el ceño fruncido. No quería darle a entender a Colette que hurgaría en el pasado de Jake Weston solo para saciar su curiosidad. Ella misma rehuía hablar del suyo, por lo que estaba convencida que si Jake no quería revelar nada al respecto, tendría que respetarlo. Y lo cierto era que no tenía idea de algo distinto a lo que se hubiera publicado en los medios del corazón sobre Jake y Lauren. A pesar de su desbordante curiosidad y los recursos de contactos que bullían en su agenda, ella tenía ciertos límites.

—Creo que piensas que soy la máquina de hurgar en los secretos ajenos, pero si algo tienes que preguntar sobre el pasado de Jake con Lauren Jovinella, creo que deberías hablarlo con él.

—Eso no hace una amante —murmuró de mala gana.

Kate sonrió.

—Entonces, señorita aventurera, será mejor que te habitúes a la idea de que habrá partes de Jake que están vedadas para ti.

—No es fácil.

—Nunca es fácil, Colie. Los hombres pueden ser imbéciles, y es mejor andarse con cuidado. No te fies de ellos.

Colette negó con la cabeza.

—Quizá si intentaras salir con alguien, no serías tan dura con respecto a los hombres...—repuso con suavidad—. Jake dijo que iba a presentarte a Patrick Lombardo —comentó esperanzada en que su amiga empezara a salir con alguien.

—Lombardo es solo un farol, y quizá me interese verlo de lejos, o pedirle un autógrafo. Solo intentaba ser simpática —espetó con dureza. Pero al ver el rostro triste de su amiga, le puso una mano sobre el brazo y agregó—: Lo siento, mi exabrupto ha estado fuera de lugar... —suspiró—,

quizá con el tiempo pierda el pánico a tener un contacto a solas con alguien del sexo opuesto en plan de una cita. Colie, de verdad, no quiero hablar de eso. Prometimos...

—Cuando estés listas, Kate. Solo cuando estés lista. Recuerdo nuestra promesa —replicó con afecto, interrumpiéndola. Si su mejor amiga no quería hablar del pasado, ella no era quién para insistirle y hacerle recordar situaciones que tanto pesar le habían causado. Entendía completamente su reticencia a salir con alguien en plan romántico, pero esperaba que poco a poco aceptara darse una oportunidad en el amor.

—¿Sabes? Hoy tuve un mal día en la joyería —dijo con voz queda—. Me dijeron además que tendré que hacerme cargo durante unas semanas del tema administrativo, porque la bruja de mi jefa renunció, y luego... ¡Dios! Hacía mucho que no me llevaba un susto como el de hoy, Colette...

—¿Qué ocurrió? —preguntó preocupada, al ver el rostro tenso de Kate. La mirada asustada de su amiga, la hizo pensar lo peor.

—Yo... —se quedó un silencio unos segundos antes de continuar—: Me asusté cuando un cliente llegó. Estaba todo silencioso, porque las otras tiendas de la calle habían cerrado más temprano, pero yo estaba limpiando unas cadenas de plata. Él era... no sé. Demasiado imponente, y me entró pánico. Así que presioné el botón silencioso de llamada a la Policía.

—¿Así nada más? ¿Sin intercambiar ni una palabra con el hombre?

Kate asintió.

—Hasta que llegaron los agentes, yo había estado tratando de darle conversación a ese extraño para tantear el terreno. Él empezó a recorrer las estanterías con minuciosidad. Y yo sentía un escalofrío inexplicable recorrerme. Así que mientras él estaba en un sitio, yo me movía hacia el opuesto.

—Oh...

—Resulta que ese hombre tenía antecedentes de robo a otras joyerías. Y si no hubiera seguido mis instintos, no sé dónde estaría. Me insultó, pataleó y amenazó cuando vio llegar a los policías, quienes al notar que el hombre empezaba a sacar algo del bolsillo lo echaron al piso. Le quitaron una pistola nueve milímetros y un cuchillo pequeño —se tocó la garganta con nerviosismo—. Fue terrible, Colie —dijo con expresión asustada.

—Oh, Kate —se puso de pie para abrazarla—. Me alegro que sigieras tus instintos, pero eso no quiere decir que todo hombre ahí fuera es malo o peligroso. Necesitas seguir adelante. Este incidente solo ha sido un caso aleatorio. Pudo sucederle a cualquiera.

Kate se quedó en silencio un rato. Le hacía bien desahogarse con Colette. Había pasado un gran susto en el trabajo, pero ahora estaba más tranquila.

—Yo lo sé...

Colie le sonrió.

—Me gustaría verte feliz con alguien.

Kate asintió con expresión contrita.

—Ya veremos —se encogió de hombros—. Por ahora me toca intentar ser feliz calándome todo ese engorroso trabajo de venta, además de la administración. Mi ahora exjefa, Marion, me dejó dicho que el dueño en persona me iría a monitorear hasta que estuviera seguro que hacía bien las cosas. Que podría aparecer de un momento a otro. ¡Puaj! Como si me quisiera quedar a vender joyas el resto de mi vida. Estoy harta de trabajar los domingos, los fines de semana que tengo turno. ¡Arrggg!

Colette sonrió.

—¿Acaso no es bueno haberte librado de la odiosa de Marion?

—Yo no tengo idea del manejo administrativo de una joyería —se quejó—. Seguro y me despiden pronto. Los dueños son italianos, ni los conozco, pero sé que son bastante temperamentales. Pufff, como si me importara qué humor tienen, cuando a mí lo único que me interesa es que me paguen puntualmente —hizo una mueca—, sé que muchos italianos suelen manejarse con poca paciencia, así que no sé qué será de mí cuando uno de esos ricachones se aparezca por la tienda, porque yo tampoco soy muy dulce si me provocan. —Colette se rio—. Además, mi política es que si la gente no me quiere comprar, pues no les insisto y los mando a otro sitio donde les den más descuentos y precios competitivos.

«Típico de Kate», pensó Colie con humor. Lo principal era que su amiga estaba a salvo, luego del intento de atraco en la joyería.

—Lo harás genial con o sin jefe —la animó, sintiéndose también un poco más ligera, pero no por eso más tranquila con respecto a su situación personal, luego de hablar con su mejor amiga—. Crucemos dedos. Seguro pronto surgen mejores perspectivas laborales.

—Imagino que sí —bostezó—. Vamos a dormir.

—Sí. Han sido unos días complicados para ambas, ¿eh?

Kate asintió.

—Ah, pero quedas en deuda de contactarme los detalles tórridos del fin de semana con el sexy Jake Weston —expresó simulando que besaba a alguien con pasión, contorsionando su boca sobre el dorso de su mano, en un gesto gracioso y desenfadado que hizo reír a Colette.

—De acuerdo —replicó sonriendo, y contenta de que el miedo en la mirada de Kate, hubiese desaparecido.

El programa del lunes estuvo muy bien. Las llamadas al aire ponían un toque ameno, y Jake destilaba su encanto innato en el micrófono. Sin embargo, él no la miraba de modo especial o hacía alusiones a lo que había ocurrido entre ellos durante el fin de semana. Colette pensó que la ignoraría mientras estuvieran trabajando, lo cual le parecía genial. Pero se había equivocado.

Cuando ella estuvo en su oficina, una vez que salieron del aire, Jake entró detrás, cerró la puerta,

la presionó contra esta, y la besó hasta que ambos estuvieron a punto de perder el control. Con la respiración agitada, él se alejó, mirándola con ojos ardientes.

—Han pasado horas sin tocarte, y para mí como si hubiera sido un año —expresó mirándola con intensidad.

Ella le devolvió el gesto sonriente.

—¿Es así? —preguntó sintiendo la corriente estimulante que solía recorrer su piel cuando él estaba muy cerca.

Jake acercó su rostro al de ella. Asintió.

—Tengo una cena con unos clientes de mis viñedos esta noche —susurró apoyando la frente contra la de Colie. Le acarició la mejilla, fascinado con la tersura de la piel—. Te deseo... pero si me quedo un rato más —se hizo a un lado—, entonces probablemente daremos mucho de qué hablar a la gente por aquí —sonrió alejándose.

Colette se pasó la lengua por los labios en un gesto reflejo, y él apretó los puños tratando de no volver a tocar, porque si lo hacía iba a perder el control.

—Será mejor entonces que te vayas a tu reunión —contestó con las mejillas sonrosadas.

—¿Te gustaría venir conmigo? —Jamás llevaba a nadie a sus reuniones de negocios, aunque los clientes u otros ejecutivos estilaran ir acompañados. Cuando negociaba o jugaba tenis, la tendencia era la misma: intensidad, diplomacia, concentración absoluta y nada de flirteos tontos para intentar dar un aspecto de persona manipulable. Por eso se sorprendió a sí mismo invitando a Colie.

—Hoy prefiero quedarme en casa, un rato a solas. Han sido demasiadas cosas, y aparte Damon se marchó anoche... —Él la miró interrogante, así que ella respondió a su inquietud—: Tenías razón, él quería algo más conmigo...

Eso no le gustó a Jake en absoluto.

—¿Lo echaste porque se te declaró?

Ella frunció el ceño.

—¿Acaso me crees ese tipo de mujer?

—Siempre me sorprendes con reacciones inesperadas —replicó con su tono de voz encantador.

Colette inclinó la cabeza a un lado, ligeramente, como si tratara de descifrar algo detrás de esas palabras. No hubo nada. Solo los ojos grises contemplándola.

Empezó a jugar con un bolígrafo.

—Me había hecho una cena romántica... Supongo que no quise ver las señales durante el tiempo que pasó en casa, intentando pensar que la equivocada era yo. No lo enfrenté, no fui sincera, y lo lastimé. Se fue porque dijo que no podía verme de otro modo que un hombre a una mujer a quien desea —soltó un suspiro lastimero—. Me arrepiento de no haber sido más sensata sobre él, porque

lo quiero. Fraternalmente, pero lo quiero.

La reacción de ella, solo daba a entender lo generosa que era. Tan acostumbrado a mujeres frívolas, para Jake Colette era más que un soplo de aire fresco; era la calidez que conseguía que su corazón palpitará más rápido de lo habitual. Algo que no deseaba, pero lamentablemente ocurría. Por otra parte, ya había probado el amor con Lauren, o lo que creyó que era; dos veces no bebería el mismo trago amargo. Lo que sentía por Colette era una apasionada atracción. Y no iba a darle más vueltas al asunto.

—Ya veo... ¿Cuándo tienes que volver a Orange? —preguntó él de pronto. No quería interesarse por las emociones alrededor del tal Damon. Lo que contaba era que ya no estaría cerca de ella, y a Colette se le pasaría la inquietud sobre lo ocurrido.

—Mañana... —suspiró ella, ajena a los pensamientos de Jake—, quizá el viernes, o quizá postergue el viaje unos días.

—¿Has sabido algo del estado de Bob?

—El doctor Tatte dice que está estable. Es lo que cuenta.

—¿Qué hay de tu familia?

Ella negó.

—No es fácil, Jake... Ni siquiera con Gertrudis. Nunca me esperé algo así. No tengo ánimos de hablar con ellos, pero sé que tengo que ir a retirar los exámenes de ADN, y enfrentarlos...

El único gesto que se le ocurría inofensivo a Jake, para no seducirla en esa oficina, era rozarle la mejilla con los dedos, para acariciársela. Y así lo hizo.

—Lo entiendo —murmuró él mirándola fijamente—. La vida nos golpea siempre cuando menos lo esperamos. ¿Eh?

Colette no sabía si estaba hablando de sí mismo, o si se refería a la situación que ella estaba atravesando.

Al sentir aquel gesto tierno de la mano masculina, Colette acortó la distancia. Se puso de puntillas para acercar sus labios a los de Jake y rozarlos con suavidad. Un contacto breve, casi delicado, e impregnado de dulzura. Sorprendido, él dudó solo un segundo, antes de atraparla entre sus brazos y devolverle el beso a conciencia. Ese beso fue diferente, había deseo, sí, pero también ternura y consuelo. Ambos saborearon la esencia del otro, y se perdieron en unos maravillosos segundos de aquel intercambio que nada tenía que ver con la lujuria.

—Si continuamos así... —susurró Jake, acariciándole el cabello. Era tan sedoso, y olía tan condenadamente bien, que hubiera querido soltarlo de la coleta, y enterrar las manos en esa cascada de hebras negras.

Colie puso la mano sobre el pecho de Jake.

—Nos van a interrumpir, o vamos a empezar algo que no podríamos terminar —completó con

picardía.

El aire de nostalgia se disipó, y él rio, medio frustrado, medio ansioso. Un beso con ella no le bastaba. Tenía deseos de quitarle toda esa ropa, dejarle el cabello suelto, y poder tumbarla sobre el escritorio de esa condenada oficina, y perderse en su interior. Pero si no se controlaba, entonces podría entrar cualquiera, y aunque a él le daba igual, lo cierto era que la reputación de Colette como profesional era otra cosa. Quizá era un imbécil para ciertos aspectos, pero sabía que ella jamás se lo perdonaría.

—Mañana en la noche pasaré a recogerte, creo que te gustará el jacuzzi de mi casa —expresó. Ahora que había probado nuevamente sus curvas, prefería tenerla desnuda. Toda esa ropa que llevaba encima no le hacía justicia.

—No me has preguntado si deseo ir —replicó ella, consciente de que su cuerpo respondía a las insinuaciones y miradas de Jake. Al tenerlo cerca su incertidumbre se disipaba, y era como entrar en un momento atemporal, en el que un solo toque, una sola mirada, o una caricia de él, podía desplazar su angustia o su tristeza.

—¿Lo deseas? —indagó con el ceño fruncido.

Colette estaba segura que muy pocas mujeres rechazaban a Jake Weston, o dudaban en aceptar sus invitaciones. Pero ella, aunque estaba enamorada, no pretendía que su mundo girara entorno a él; tenía sus propias responsabilidades y su propia agenda. Por más que lo deseara, y cada partícula de su corazón palpitara al verlo, también necesitaba esa noche poner un poco de calma en su mente. Haberse acostado a las tantas de la madrugada y luego ir a trabajar, apenas le había dado tiempo de reflexionar. «Si no enloquecía, seguro era gracias a la cafeína.»

Ella se encogió de hombros.

—Me lo pensaré —sonrió.

—Hazlo —gruñó.

Ambos sabían cuál era la respuesta final. Jake le hizo un guiño antes de abandonar la oficina, dejándole el corazón agitado y una sensación de ansiedad por un placer que solo él podía calmar.

Esa noche de lunes, Colette se quedó despierta en su cama. No podía conciliar el sueño. Le pesaba lo que había sucedido con Damon, pero había algo más que le quitaba el sueño, y era el vacío que sentía y la sensación de deslealtad de quienes se suponía debieron ser sinceros con ella, le impedía enfrentarse a la situación.

No era ninguna cobarde, pero la circunstancia le parecía cruel, y le costaba enfrentarse a la situación. ¿A quién le debía sus rasgos físicos, o aquel ímpetu de rebeldía que en ocasiones sentía? ¿Quién era su verdadera madre? ¿Habría muerto? ¿Estaría viviendo con otros hijos en otro Estado? ¿Lo sabría Phillip, o acaso la única que sabía de aquella situación era Greta y Phillip estaba engañado? Moría por conocer las respuestas, pero al mismo tiempo no quería asumir que esa era su realidad ahora; no todavía. Prefería zambullirse de lleno en otras personas y actividades que la ayudaran a olvidar. Pero también sabía que no podría continuar haciéndolo indefinidamente.

Capítulo 16

El jueves en la mañana tomó la decisión de no prolongar más tiempo su incertidumbre. No quería continuar elucubrando sobre las posibles explicaciones de su nacimiento. Se tomó el día libre de la oficina; Francis no puso objeción, pues sabía que ella tenía planificada la agenda con antelación. Tan solo esperaba poder llegar a tiempo para el evento de tenis de Jake que era esa noche; le había pedido a Kate que la acompañara, y ella aceptó, feliz. Después de todo, su mejor amiga no iba a perderse la oportunidad de conocer en persona a sus deportistas preferidos. Aunque con Kate nunca se sabía. Una temporada amaba a los tenistas, otra, al fútbol americano, e inclusive tenía un coqueteo ocasional con el golf.

Terminó de beberse su Chai-Tea Latte, que había comprado en el Starbucks que estaba a diez minutos de su departamento, y luego se puso camino hacia Orange County. El día anterior había ido con Kate a comprar un nuevo automóvil. Como no era lujo lo que buscaba, un Ford Focus color mostaza, fue la elección.

Mientras conducía por la autopista decidió visitar a su tío Bob. Se le hacía un nudo en la garganta cada vez que pensaba en llamarlo «papá». Durante los últimos días se había mantenido en contacto con el hospital, y había ignorado las llamadas de su madre. Aunque lo más probable era que Greta desconociera que ahora sabía la verdad, lo cierto era que no le apetecía escucharla, al menos no, hasta que la tuviera frente a frente.

Cuando llegó hasta el hospital sentía las piernas ligeramente temblorosas. Era el principio de una crisis familiar inminente. Se acercó a preguntar dónde podía recoger sus exámenes, y la persona de la Recepción, le dio las indicaciones. Tomó el sobre, pagó las pruebas, y luego fue hasta una pequeña sala de espera, que gracias al Cielo estaba vacía, y se quedó mirando el sobre como si tuviera una bomba entre manos. Conocía el resultado, pero una cosa era que el médico se lo hubiese comentado, y otra, verlo por sí misma.

Respiró profundamente, y abrió el sobre poco a poco. Extrajo el papel, y leyó el documento médico. Se quedó con la mirada fija en el resultado. Lo releyó tantas veces, que las letras empezaban a moverse, y mezclarse con sus lágrimas.

«Era hija de Bob, no había duda.»

Con las mejillas ligeramente húmedas, y los ojos un poco hinchados de llorar, se acercó a la pieza donde estaba Bob. El doctor Tatte le dijo que ya podía recibir visitas, y dentro de dos días le darían el alta para que se terminara de recuperar en casa. Así que ahí estaba ella, con el corazón retumbándole, los nervios agitados y la incertidumbre golpeándole las entrañas. Se pasó una mano por las mejillas, hasta que las tuvo libres del rastro de lágrimas.

Se acercó a la puerta que dividía el compartimento donde estaba la antesala con la habitación en donde estaba Bob. Abrió con suavidad, y asomó la cabeza. Pensó que había sido sigilosa, pero no

era así. Los ojos azules de Bob estaban abiertos, observándola. Ella se quedó congelada en el sitio, con la mano en el pomo, y medio cuerpo dentro de la habitación.

—Colie —susurró Bob con una tenue sonrisa—. Estaba esperándote... Me ha dicho el doctor que viniste el fin de semana.

Ella solo asintió.

—Me dijo lo del análisis equivocado —agregó con cautela al observarla tensa y silenciosa.

Colette continuó en silencio.

—Pasa, por favor, cariño —murmuró haciéndole un gesto con la mano, para que se sentara en la silla junto a la cama donde él yacía—. Ven, acércate, Colie.

Obedeció prácticamente arrastrando los pies, y con el sobre quemándole la mano. No se había quitado la chaqueta morada. Permaneció cerca de la cama, pero no lo suficiente como para que los dedos masculinos lograran alcanzar los suyos. Al final él se rindió, y volvió a colocar la mano sobre la cama.

—Hola, Bob...

Una sonrisa triste asomó al rostro del atractivo empresario; aún tenía las contusiones por el accidente. Los aparatos médicos colocados para monitorear su corazón parpadeaban junto a la cama. Tenía la mano derecha ligeramente por la intravenosa por donde le pasaban el antibiótico y otros fluidos que necesitaba su cuerpo para recuperarse. Él era consciente de que prácticamente había sobrevivido de milagro.

—Hola, cariño. Ha pasado un tiempo sin hablarnos, ¿verdad?

Ella asintió mirándolo con miles de interrogantes en sus ojos. Unos ojos que por primera vez notaba que eran idénticos a los de Bob; no era una casualidad. No.

—Supongo que no es la circunstancia más idónea para retomarlo —replicó con sequedad.

—Siéntate, por favor —repuso él con suavidad. Ella se acomodó en la silla forrada de cuero—. No sé por dónde empezar...

—No iba a venir a verte, ¿sabes? De hecho, en un principio pensé en ir directamente a casa... Pero creo que siempre me he sentido más unida a ti. Ahora entiendo el por qué —interrumpió con amargura—. Vaya situación.

—Siento mucho el dolor que te ha causado enterarte de este modo que yo...

—Eres mi padre biológico. — Ella quería gritarle. No podía. Estaba en una habitación de hospital, y él se había prácticamente salvado de milagro. Además, la rabia se había ido disipando poco a poco durante los días previos. Gracias al trabajo, gracias Jake, a Kate...—. Es complicado de decirte otro modo que no sea Bob, ¿sabes?

Él asintió.

—¿Pensabas contarme la verdad algún día?

Bob se quedó en silencio unos segundos antes de responder con la voz ronca.

—No. Lo cierto es que no.

Ese fue un gran golpe. Ella lo atajó con resignación, pero no por eso dejaba de dolerle. Creía que su relación con Bob había sido siempre sincera.

—Vaya...

Bob la miró apenado.

—Estoy siendo sincero. No quiero que lleves respuestas ambiguas. —Ella apretó las manos sobre su regazo, sin dejar de observar a Bob—. Quieres la verdad, la mereces. No pensaba decírtela, porque no deseaba ver tu rostro como ahora. Acongojado, y triste. Nunca me ha gustado verte triste, Colie.

—¿Hubieras querido vivir el resto de tu vida desempeñando solo el papel de un tío para mí, al que veía de vez en cuando, pero con quien podía charlar de cualquier cosa sintiéndome cómoda y comprendida? ¿Eso te hubiera bastado el resto de tu vida? ¿Minutos prestados? —preguntó con amargura.

Bob soltó un suspiro cargado de arrepentimiento.

—Antes del accidente —empezó a relatar con la voz monocorde evadiendo las preguntas de Colette—, dejé la compañía textilera.

—Te hice varias preguntas, ¿piensas responderlas?

Él asintió. Después de todo su hija era periodista, ¿cómo impedirle que siguiera preguntando a rajatabla? Las preguntas de Colette parecían fáciles de responder, pero lo cierto era que le traían a colación mucho dolor. Ella era una chica maravillosa, y nada hubiera querido más que formar un hogar para cuidarla de cerca. Pero había tomado una decisión, y con el tiempo aprendió a vivir con ella. No porque fuera fácil, sino porque todo cuanto hizo fue siempre pensando en el bienestar emocional de su única hija.

—He estado viviendo conforme a la decisión que tomé veinticinco años atrás —expresó verbalizando sus reflexiones con sinceridad—. Jamás han sido minutos u horas o días prestados. Cada momento que hemos compartido estaba destinado a ser.

—No me vengas con tus filosofías de vida —resopló.

—No creo que nos lleve a ninguna parte atacarnos de ese modo.

—¿Atacarnos? ¿Atacarnos? —lo señaló con el dedo—. Mi mundo está patas arriba, Bob. ¡Patas arriba! —elevó las manos como si la paciencia se le hubiera agotado de repente. Luego las bajó, derrotada. Negó con la cabeza—. Solo quiero respuestas —reconoció atribulada—, explicaciones. Las merezco.

—Sí —acordó Bob.

—Continuemos entonces con el asunto de la textilera, ya que al parecer ese es el punto desde el que quieres empezar a explicarte. No sé si acaso has estado pendiente de tu cuenta personal de correo electrónico, pero te escribí un correo preguntándote, hace semanas, sobre los motivos de tu renuncia. También te contaba en el correo, sobre cómo me iba, porque te había echado en falta —dijo tratando de oprimir un sollozo—. No he sabido de ti en mucho tiempo y eso jamás había pasado —se puso de pie—. Pero lo que más me ha dolido Bob, ha sido tu mentira. He crecido con un padre que jamás me aprobaba, me reprendía, y me hacía sentir poco bienvenida en esa casa. Ahora lo entiendo todo...

—Colie...

—¡No! ¡Déjame hablar! —exclamó, limpiándose las lágrimas que empezaban a rodar por sus mejillas. Al recordar que estaba en un hospital, aunque fuese una suite privada, intentó serenarse respirando varias veces—. He pasado toda mi vida intentando que Phillip y Greta me aceptaran, pero nunca era suficiente. Siempre había una mirada de reproche para mí. He querido parecerles lo suficientemente buena como mis hermanas. Jamás acertaba. Solo ahora... ¿Es por ti que Phillip me detesta? Y si me detesta, ¿por qué me dio su apellido? ¿Por qué soy su hija ante el mundo, y no tuya? —preguntó llorando.

Impotente, al no poder levantarse para consolarla por algo que era solo su culpa, estiró la mano pidiéndole que se acercara. Una decisión suya del pasado había transformado su vida y la de Colette. El secreto se había descubierto del modo más impensado, y ahora el tiempo que tenían delante estaba suspendido en una suerte de incógnita. No tenía idea de cómo lidiar con la situación. Quizá era un empresario de éxito, pero jamás había tenido que enfrentarse a su hija y ver el dolor en su rostro. Las heridas del accidente era apenas un rasguño en comparación con lo que ella estaba sintiendo. Se sentía miserable. Pero intentaría contarle la verdad. Le debía sinceridad.

—Por favor... no me odies —pidió con suavidad, mientras sentía como si el acondicionador de aire de la habitación hubiera descendido varios grados, cuando estaba en diecinueve grados Celsius.

Ella soltó una risa amarga.

—¿Odiarte? ¡Siento que no te conozco, Bob!

—Sigo siendo tu tío Bob. El que te compraba algodón de azúcar cuando te castigaban, el que te enseñaba cómo escaparte de casa para que fueras a fiestas de adolescentes siempre y cuando me dejaras ponerte guardaespaldas discretos, el que te quiere muchísimo, y a quien le costará el resto de su vida ganarse tu perdón.

Lo miró con reproche.

—Quiero que me lo digas. Necesito saber por qué... —susurró con angustia en la voz.

Bob cerró los ojos un momento, antes de tomar fuerza para continuar.

—Es una historia complicada —manifestó afligido al ver el sufrimiento de su hija. La única persona que era importante para él en el mundo, y a la que había hecho daño, cuando pensaba que su

decisión, en el momento que la tomó, había sido la correcta.

—Tengo tiempo, créeme —replicó con sarcasmo, y luego le pasó un vaso de agua cuando Bob empezó a toser. Estaba enfadada, sí, pero no era ninguna inmadura e inconsciente con el estado de Bob. Volvió a sentarse y tomó un kléenex para secarse las lágrimas—. Así que es el momento de que me aclares de una buena vez, ¿por qué he estado todo este tiempo engañada?

—Me prometes que luego de hablar conmigo intentarás juzgar la situación con empatía.

—Bob, no estás en condiciones de pedirme nada —espetó con dureza.

Él suspiró.

—Sí es verdad —susurró con pesar—, no estoy en condiciones de pedirte absolutamente nada, más que intentar ganarme tu perdón por haberte ocultado esto tanto tiempo... y también no haber tenido la intención de decírtelo. Pero a mí favor tengo que dejar claro que mi finalidad siempre ha sido buscar lo mejor para ti.

—¿Abandonándome con un esnob como Phillip Kessler y una mujer que ni siquiera sé si es...? —suspiró—. Ahora mismo no puedo pensar en perdonar algo sobre lo que no conozco en profundidad... —Se frotó las sienes con los dedos, de pronto la cabeza parecía a punto de estallarle. Pero necesitaba calmarse para continuar.

Resignado, Bob asintió.

—Antes de formar parte de la empresa de Phillip, yo llevaba mis empresas en San Francisco, Los Ángeles, Orange County, Nueva York y Washington. Conocí a tus padres en una fiesta de los Thyssen, una familia muy acaudalada con influencia en los negocios. Phillip y Greta parecían un matrimonio normal y contento, al menos fue lo que deduje por su modo de comportarse ante otros. Mi opinión cambió cuando vi a Greta en uno de los balcones del penthouse de Nueva York de Gigitte Thyssen, apartada. En un principio pensé en alejarme, no me gusta interrumpir la soledad de otros, pero desistí cuando escuché un sollozo entrecortado. Me acerqué, y Greta pensó que se trataba de Phillip. Me dio una bofetada, sin pensárselo dos veces.

—¿Qué?

Bob sonrió con tristeza.

—Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y al darse cuenta de lo que había hecho, se deshizo en disculpas y lloró más todavía. Nunca había visto una mujer tan triste como ella. Quizá fue el momento, o le resulté la persona ideal para desahogarse, pero me confesó que su matrimonio estaba acabado.

—Quién diría que Greta Kessler pudiera montar un espectáculo o ensuciar su inmaculada imagen ante la sociedad —expresó sarcástica tan conocedora del controlado carácter de la esposa de Phillip.

—Conociste a la mujer en que se convirtió, después de superar una gran crisis personal, Colette. Antes solía ser sonriente, contenida cuando tenía que serlo, pero en general tenía un gran sentido del

humor.

Colette se encogió de hombros.

—No quiero analizar a Greta, continúa con el relato...

Él asintió.

—En aquella época ya había nacido Lizzie y Moira; eran muy pequeñas. Esa noche Greta se había enterado que en la misma reunión de los Thyssen estaba la amante de Phillip. Y aquella mujer no tuvo reparos en acercarse a Greta para contárselo y restregárselo en la cara cuando estaban en el lavabo de señoras. En medio de toda esa gente de alta alcurnia, cuando se jugaban millones de dólares en negocios y contactos, Greta sabía que no podía armar un escándalo. La amante de Phillip le dijo que no pensaba dejarlo, y que más le valía acostumbrarse a la idea. —Colette escuchaba cada vez más asombrada—. Desde aquella noche, ella y yo, empezamos a vernos con más frecuencia en eventos, dado que yo tenía trato asiduamente con Phillip para intentar iniciar una vinculación. Hubo cenas de negocios, partidos de golf, bailes de personalidades del mundillo empresarial, en los que charlaba con Greta, o bailábamos, muy respetuosamente, mientras negociábamos con Phillip, un hueso duro de roer en temas financieros. Yo trabajaba con materiales europeos y peruanos para el área textil, y él quería tener un abastecimiento de productos más amplio, nos pareció interesante ver el modo de vincularnos, y yo empecé a quedarme un poco más de tiempo en Orange, por ese motivo. No me fue difícil ver, dado que había empezado a tratarlos más, que la relación matrimonial de los Kessler continuaba tensa, y Greta intentaba mostrarse fuerte, pero Phillip era demasiado obcecado.

—No han cambiado —murmuró Colette.

—Ella y yo empezamos a acercarnos. Quizá demasiado —continuó Bob—. Una noche en que Phillip estaba de viaje de negocios, Greta me invitó a cenar a su casa. Estaba resignada con su esposo, pues la secretaria de Phillip, la llamó para confirmarle que él se había ido con aquella mujer. Greta me pidió que la escuchara, que necesitaba hablar con un amigo cuando lo podía hacer con más libertad, dado que sus dos hijas estaban quedándose con su abuela. No tenía a nadie en quien confiar. Greta me ha parecido siempre una mujer atractiva, y entre una cosa, conversación... —Bob chasqueó la lengua—. No diré que fuiste error, Colette, creo que eres la alegría más grande de mi vida. A la mañana siguiente, ya no había más que arrepentimiento. No de mi parte. Lo dejo claro.

—Entonces —susurró—, ¿ella es mi madre biológica?

—Sí...

—¿Por qué, entonces...?

Él comprendió lo que necesitaba saber, pero pretendía terminar el relato. Ignoró la pregunta, y continuó lo que había empezado.

—Yo le dije que si no era feliz en su matrimonio, yo estaba dispuesto a casarme con ella, y que no tenía que arrepentirse de nada de lo que habíamos vivido esa noche, menos aún si Phillip no la amaba como yo lo hacía. Porque en todo ese tiempo de vernos, hablar, y conocernos, me llegué a enamorar de Greta, Colette. Ella me explicó que tendría que pensarlo, que se sentía confundida y

también dolida, pero que no tenía las cosas claras en su vida, pero que si una certeza tenía era que me quería también. Y yo me contenté con ello, abrigando esperanzas. Nunca me había enamorado tanto de una mujer como de tu madre. Así que fuiste concebida con amor. Ambos te amamos entonces, y te amamos ahora. Aunque no estemos juntos.

—Yo...—Estaba alucinada. Pero Bob, aparte de ocultarle que era su padre biológico, siempre había sido tan franco, como lo estaba siendo en ese instante.

—Tú sabes que los Kessler, desde antes de casarse, provenían de familias muy adineradas y sus círculos de amistades siempre han sido influyentes. A él le importaba mucho el qué dirán, mucho más que a ella. —Colie asintió—. Phillip se enteró de la aventura, sin embargo, para ese tiempo, nuestros abogados ya habían redactado un convenio para empezar a ser socios de la textilera, de hecho, ya estaba rubricado. Phillip siempre ha sido un snob, y el asunto de Greta, jamás intentamos arreglarlo a golpes. Ella trató de reorganizar sus ideas, tenían dos niñas pequeñas, y yo le di espacio. Quizá demasiado.

—Una situación nada fácil.

Bob asintió, y luego acercó el vaso que estaba en la mesilla junto a su cama, y bebió varios tragos con la mano libre de la vía intravenosa.

—Un día Phillip me llamó porque había algo importante que hablar.

—Greta estaba embarazada de ti.

—Sí.

—¿Por qué siguió casada con él? Ambos habían arruinado su matrimonio siendo infieles. Quizá él por lujuria, y quizá ella por amor, y si fue esto último en el caso de Greta, entonces, ¿por qué no luchaste por ella?

—Porque en un matrimonio a veces las cosas buenas, valen más que las equivocaciones. Y eso fue lo que hizo Greta. Me consideró una equivocación, y Phillip aceptó su culpa por su affaire. Dejó a su amante —miró el tumbado, blanco e impoluto, antes de volver la vista hacia su hija—: Hubiera sido ridículo luchar cuando ella tenía la intención de intentar salvar su matrimonio. Como te dije, en el balance que Greta hizo, las acciones de su marido eran más positivas que negativas. Decidió apostar por ello.

—¿Hablaron los tres civilizadamente? ¿Y qué hubo del descarado de Phillip de haber tenido una amante y que Greta se la tuviera que haber aguantado?

Para Colette la traición era imperdonable, pero cada experiencia era diferente, y ella en ese sentido no se sentía capaz de juzgar a otros. Lo único que le interesaba era conocer por qué llevaba el apellido Kessler, y no el apellido Meadows.

—Bueno, hay todo tipo de conversaciones cuando hay terceras personas de por medio en una relación, Colette. A veces hay golpes, otras asesinatos, otras... pues una charla civilizada. Y cada persona tiene sus motivos. El mío fue el amor, él de ella...

—¿El dolor de la traición? ¿La soledad? ¿La confusión? ¡Hizo promesas al casarse! —exclamó sin poder contenerse. Pero sabía que era una pataleta, porque si bien ella defendía su punto de la lealtad, quizá otros no se lo tomaran demasiado en serio—. Yo... —respiró profundamente—, continúa.

—Ambos cometieron errores, y yo al vincularme con una mujer que estaba emocionalmente sensible, y casada, también. Nunca debí cruzar esa línea, pero ninguna persona había calado tanto en mí como lo hizo tu madre. Realmente pensé que teníamos una oportunidad.

—Ya...—se miró las manos, ahora temblaban menos.

—Cuando vi el rostro frío de Greta aquella noche de la reunión entre los tres en la mansión Kessler, supe que ella había tomado una decisión, que incluía olvidar cualquier sentimiento que hubiera podido nacer entre los dos. También supe que quería luchar por tener la custodia compartida, y que el resto pasaba a segundo plano.

—¿Por qué no luchaste entonces por la custodia? ¿Qué fue mal? ¿Acaso yo no merecía la pena? ¿Solo porque fui creada en un momento de lujuria y debilidad humana? —preguntó con desolación.

—¡No! —por primera vez en todo el tiempo que llevaban conversando, Bob levantó la voz—. Que tu madre se sintiera atribulada, confundida, o culpable, no implica que en el momento que te concebimos no hubiera sinceridad. La hubo. No fuiste producto de una relación calenturienta, te concebimos con amor y esperanza. Pasó un mes desde esa ocasión. Como te dije, tu madre me pidió tiempo. Y fue en ese tiempo que todo cambió...

—¿Tú dejaste de amarla?

—Con el tiempo. —No había sido fácil olvidar a la exótica mujer que era Greta, pero la decepción por su rechazo, y todo el tiempo transcurrido, habían convertido esos meses de hacía veinticinco años, en solo un recuerdo. Agridulce. La mejor parte, siempre había sido su hija—. El tiempo es sabio.

—¿Qué hubo de mí?

—Mis asuntos de trabajo me ocupaban el noventa por ciento de mi tiempo. Tenía que tomar una decisión, porque tú no eras una negociación; eras mi hija. Nunca me ha gustado decepcionar a la gente. —Colette hizo una mueca—. Y me duele saber que lo he hecho contigo, la persona que más amo en el mundo.

—¡Por favor...!

—Te amo hija, ¡eres mi hija! —casi rugió con la fuerza que llevaba acumulada por los días que había pasado en cama.

Ella no se amilanó, pero la voz se le quebró cuando lo increpó de nuevo.

—¿Por qué no te quedaste conmigo, entonces? ¿Por qué dejaste que me dieran el apellido Kessler cuando yo era una Meadows? —preguntó entre lágrimas.

—Ellos no querían escándalos. —Ella se cruzó de brazos, sin importarle que el cuarto se hubiera llenado de sus sollozos de impotencia, resentimiento y rabia—. Y yo no podía darte una familia... Estaba viajando constantemente atendiendo negocios. Merecías un hogar, Colette, no un hombre que se presentara como tu padre sin estar realmente de modo constante en tu día a día.

—Eso hace todo el mundo, ¿en qué siglo vivías?!

Bob hubiera querido pedirle que dejara de llorar como lo estaba haciendo, pero eso solo traería más lágrimas. Soltar todo lo que estaba trayendo a colación era como una catarsis. Empezaba a sentirse liberado del pasado, y dispuesto a ganarse la confianza de su hija, aunque le tomara el resto de su vida.

—Pensé que era lo más honesto de mi parte proporcionarte una familia —insistió—. Phillip y Greta habían llegado a un acuerdo entre ellos. No sé cuál sería, pero en todo caso su matrimonio salió adelante; imagino que habrán disculpado sus equivocaciones, no lo sé. Acordamos mantener el secreto entre nosotros, y yo sería tu tío Bob, y podría estar en todas las ocasiones especiales de tu vida. Y lo estuve...

—¿Así de simple decidiste sobre mi vida? ¿No te pusiste a pensar que quizá era demasiado para el orgullo de hombre darle el apellido a la bastarda de su mujer?

—¡Cállate! ¡En este mismo momento! —exclamó. Colette dio un respingo, porque Bob jamás le había hablado de aquel modo—. Te prohíbo hablar de esa manera, Colette. Tú no eres ninguna bastarda. Eres mi hija.

—¡Entonces debiste reconocerme como tal, en lugar de dejarme a la merced de un matrimonio frío que intentaba hacer de mí lo que no era, lo que nunca fui, lo que nunca seré! —espetó temblando y con los ojos llenos de lágrimas sin derramar.

—Ese fue el precio más grande y alto que he tenido que pagar en la vida... Que mi única hija no llevara mi apellido. Fue parte de ese intentar por todos los medios que te sintieras parte de un hogar. Ahora que me dices que nunca te sentiste parte de los Kessler, solo me causa un gran desasosiego... —se lamentó con la voz impregnada de pesar. Colette se quedó en silencio, se sentía partida en pedazos. Bob continuó—: Mientras limábamos asperezas con Phillip, yo manejaba los negocios con él desde lejos, a través de representantes y solo nos veíamos en ocasiones necesarias. El día en que naciste, yo te sostuve en mis brazos primero. Y quise retractarme, quise exigirles que te dieran mi apellido al sentir todo el amor que verte me produjo, así como un sentido de protección y posesión que jamás había vivido con nadie. Pero había dado mi palabra de honor, y sobre todo, sabía que proporcionarte un hogar no era negociable. Te sostuve un largo rato acurrucada contra mí, percibiendo tu olor de bebé, viendo lo perfecta que eras, hasta que empezaste a llorar porque tenías hambre, y tuve que devolverte a los brazos de Greta. Luego de tu nacimiento estuve fuera de Orange un largo tiempo. Volvía para tus cumpleaños, la Navidad, o el Día de Acción de Gracias. Manejando el tema de la textilera con ejecutivos delegados, o por teléfono. Cuando empecé a salir con otras personas, cuando estuve seguro de que no sentía nada por tu madre, entonces volví a Orange con más frecuencia. Podía pasar más tiempo contigo. Phillip había logrado sacar adelante el matrimonio con éxito, pues cuando vi a Greta nuevamente tuve la certeza de que tampoco sentía nada por mí. Entre

los tres empezamos a llevar una relación cordial y sin rencores. Y así ha sido desde que cumpliste dos años.

—Algo bastante extraño —comentó.

Bob le dedicó media sonrisa.

—Bueno, cada caso es diferente. Y para mí era importante mediar, pues yo quería ser parte de tu vida de modo más frecuente. Así que la madurez emocional con que tomara la situación era indispensable. Sabía que ellos también estaban de acuerdo en ello.

—Porque a ellos les importaba el qué dirán —expresó con amargura. Ya no había más lágrimas. No llegaría a nada. Ya se había desahogado lo suficiente los últimos días.

—Más allá de eso, fue porque hicimos una promesa y la hemos cumplido. Para mí lo importante era que tuvieras un núcleo familiar, y lo que podías sentir, Colette. Me equivoqué, ahora lo sé... Pero si de algo estoy seguro es que Greta te ama como cualquier madre a su hija.

—Lo dudo...

—No lo hagas. Quizá en su intento de ser equitativa y no mostrar preferencia pensaste que no te apreciaba.

—Nunca me defendía... —murmuró para sí misma.

—Tendrías que hacerle preguntas a ella, cariño, para que pudieras entender sus motivaciones. Yo ya te he dado la versión de mi parte. Aunque como periodista, imagino que contrastarás con lo que ellos puedan decirte.

—Qué historia la mía... Me siento como si hubiera recibido una paliza.

—No sabes cuánto dolor me causa saberlo. Solo pensé que mi decisión había sido la mejor para todos.

—Pues no lo fue, Bob. Siempre me he sentido una intrusa en la casa. Nunca encajaba.

—Supongo que son los genes rebeldes de los Meadows —repuso sonriendo por primera vez—. Nunca pensé en revelártelo, porque no deseaba ver el dolor y el desconcierto que esto ha causado en ti. Si no hubiera ocurrido este accidente... y...

—No hubieras necesitado un donador de sangre —suspiró—. Gertudris, ¿lo sabía?

—Se lo conté hace muy poco. Un par de años. Quizá unos tres. Ella siempre me decía que no entendía ese apego y preocupación que tenía por ti, que no era normal en mí encariñarme demasiado con otras personas... Entonces, se lo confesé.

—¿Por qué te fuiste de la textilera? —preguntó.

—Tuve una gran discusión con Phillip. Él quería decirte que no era tu padre, porque creía que tenías edad para saberlo y asumirlo. Y yo me opuse rotundamente.

—Porque no querías verme sufrir... —afirmó, más que preguntó. Luego de escuchar toda la historia, al menos sabía que Bob era sincero.

—Eso principalmente.

—¿Y cuál fue el motivo secundario?

—Mi ciclo en la textilera había terminado. Tenía mis negocios, quería viajar más... Así que lo dejé.

—¿Y yo también era parte de ese momento de alejamiento con tu entorno?

—No, cariño, solo estaba tratando de reajustar mi vida. Cuando llegamos pasados los sesenta necesitamos hacerlo. Y bueno... —se aclaró—, estoy saliendo con alguien.

Colette frunció el ceño. No era que hubiera conocido a muchas novias de Bob, de hecho, apenas creía recordar a dos. Solía ser muy discreto con su vida sentimental.

—Debería estar aquí —expresó con acidez.

—Vive en Lyon, Francia. Había pensado en pedirle que se casara conmigo, pero es algo que aún no podré hacer. Mi hermana ha estado en contacto con ella.

—Entiendo...

—Quiero que seas parte de esa nueva vida. Me gustaría que la conocieras.

—Cuando logre digerir todo esto, Bob, quizá... Por ahora —se puso de pie—, siento que ha sido demasiada información. Demasiado todo. Me tengo que ir.

Él asintió. Agotado. Como si hubiera expulsado todos sus demonios.

—¿Vas a hablar con ellos?

—Sí —repuso, y empezó a alejarse.

La voz de Bob la detuvo.

—Espera. ¿Volverás...?

La mirada vulnerable y triste que notó en Bob, le encogió el corazón. Quizá ella tampoco tomaba las mejores decisiones, así que no podía culparlo por haber creído que estaba haciendo lo correcto al dejarla con su madre, y con un hombre que no era su padre. Al menos no la había abandonado del todo. Él siempre había estado en los momentos más importantes de su vida.

—Sí...

Los ojos de Bob se llenaron de lágrimas.

—Te amo, Colie. Nunca he dejado de hacerlo ni por un momento. Y cada momento que no pasaba contigo se me partía el alma, pero siempre pensé que hacía lo mejor para ti. Lamento haberme equivocado...

—Al menos no me abandonaste del todo...—Le parecía demasiado para un día. Necesitaba irse de ahí—. Te llamaré. Me alegro que estés mejor —se despidió con sequedad.

Con el rostro cansado, Colette salió del hospital.

Cuando estuvo en su automóvil sintió calma. No esperaba experimentarla, pero era el efecto que tenía la verdad. Dolorosa o no, lograba explicar las interrogantes, y para ella no había nada mejor que poder desentrañar las incógnitas. Mucho más tratándose de su vida. Bobo se había mostrado arrepentido por no haberle dado su apellido, y quizá de algún modo ella podría hacer al respecto. Más adelante. Cuando la tormenta hubiera pasado por completo, y pudiese aquietar sus emociones.

No tenía nada que hablar con Phillip. Al final, él había hecho lo que podía al darle su apellido, criando diariamente a la hija de otro hombre. «Por una vez en tu vida Colette no me hagas sentir arrepentido de haberte dado mi apellido.» Recordaba claramente aquella frase en la fiesta en la que conoció a Nikos, el periodista griego. Ahora la comprendía del todo.

Phillip jamás la había golpeado, o tratado mal, pero siempre la criticaba o la ponía en ridículo públicamente de un modo tan diplomático, que parecía inofensivo; pero jamás lo había sido para ella. Después de todo, de algún modo la había hecho pagar por el error de Bob y Greta.

Aunque solo había pasado una hora en la habitación de Bob, lo sintió como si hubiera estado hablando veinte horas. Estaba extenuada. Encendió el automóvil, dispuesta a conducir de regreso a Santa Mónica.

Bob se quedó mirando el tumbado de la habitación. Su hija. Colette siempre había sido su pequeña. Verla crecer, convertirse en una mujercita decidida, algo testaruda, pero con una mente despierta, había sido un bálsamo ante la idea de que quizá nunca pudiese saber que era su padre biológico. Pero ahora, el accidente, y la que fue una inminente posibilidad de morir, había trastocado todo, hasta llegar a la situación en la que se encontraban.

En su corazón jamás podría olvidar aquella primera vez que Colette, con cinco años, le había dicho que era el mejor tío del mundo. Greta y Phillip no encontraron inconveniente en permitir que llevara a Colie a Disneylandia. Ella se había reído mucho, y sus ojos, tan iguales a los suyos, habían brillado con entusiasmo, mientras compartían los juegos del parque de diversiones. Al finalizar la tarde, Colette se tropezó y se lastimó la rodilla. Lloró, por supuesto, y él de inmediato la sentó en una banqueta y la curó. No en vano se había llevado una bolsita con todo lo que una niña podría necesitar. Banditas, algodón y alcohol, se incluía.

—Tío Bob, me duele —había gimoteado, aún cuando ya estaba puesta la bandita con figuritas de Tribilín y Mickey Mouse.

—Te voy a dar un besito en la rodilla, y verás cómo deja de doler.

—¿Así de rápido?

—Por supuesto. Y es que se trata de un beso lleno de amor. Esos lo curan todo.

Luego le había hecho cosquillas, ella se olvidó del dolor y lo abrazó. Cuando la risa cesó, la pequeña Colie había elevado el rostro hacia él.

—Te quiero tío Bob. Eres el mejor tío del mundo.

Esa tarde por primera vez en muchísimos años, sus ojos se habían llenado de lágrimas.

La risa de su hija era algo que siempre llevaba en el corazón. Sus gestos de afecto. La confianza creada entre ambos con el paso de los años, y cómo Colette siempre recurría a él para obtener consejo, apoyo, o simplemente para que la escuchara. Ahora le dolía saber que su silencio y el de Greta, había lastimado a Colie.

La herida de la operación empezó a molestarle al intentar acomodarse en la cama del hospital. Llamó a la enfermera para que le administrara una dosis algo más fuerte para el dolor. Cerró los ojos, dispuesto a creer que el corazón generoso de su hija, lo perdonaría en algún momento. Él solo tendría que esperar. Y esperaría todo lo que hiciera falta.

Capítulo 17

Jake fue a recibir a su madre y a Brad al aeropuerto. Ambos llegaban con una sonrisa en el rostro. Su madre, sinónimo de que había cotilleado hasta la saciedad con su hermana en Washington; y su sobrino, porque lo habían consentido sin duda alguna comprándole juguetes. Ahora entendía el motivo del equipaje extra.

Se detuvieron a comer en uno de los restaurantes del aeropuerto, porque Brad insistía en que se moría de hambre. Una exageración, por supuesto, ya que el niño había comido en el avión. Jake adoraba complacer a su sobrino, así que entraron en un TGI Friday's.

Mientras Brad devoraba unas alitas de pollo con un refresco gigante, su madre empezó a relatarle sobre el viaje. Jake la escuchaba entre mordisco y mordisco de su hamburguesa con patatas fritas. Entre las interrupciones de Brad para decir, con la boca llena, lo genial que eran los nietos de la tía abuela Yasey, madre e hijo se pusieron al día.

—Tu rostro luce menos preocupado —señaló Page, mientras se ajustaba el cinturón de seguridad del Aston Martin de Jake. Brad quiso unos palitos de queso frito para llevar a casa. Así que ahora el lujoso automóvil olía a comida—. Te sienta muy bien, cariño.

La miró ceñudo.

—No sé qué quieres decir con eso mamá. Mi rostro sigue igual que siempre.

Page negó con una sonrisa. Complacida no solo de estar en casa de nuevo, sino porque su hermana Yasey, luego de haber enviudado cinco meses atrás, parecía haber recuperado las ganas de continuar viviendo. En la familia de Page los matrimonios por amor habían sido legendarios; estaban cargados de mucha pasión y una feroz lealtad. Lamentablemente su hermana y ella, eran viudas ahora. Sobrevivir al padre de Jake le costaba cada día, pero tenía a Brad y a su hijo, sus motivos para despertar con ánimos cada día. Menos mal Yasey, quien tenía seis años más que ella, había aceptado que sus tres hijos y sus ocho nietos, la necesitaban saludable. Había sido un viaje muy agradable, y Brad lo pasó fantásticamente.

—Solo te veo más feliz. ¿Hay alguna chica de por medio? —preguntó sonriente, al tiempo que le pedía al pequeño Brad que dejara de brincar sobre los asientos, porque estaban saliendo a la autopista y se podía lastimar—. Soy tu madre y te conozco...

—No hay ninguna chica —repuso demasiado rápido. Demasiado incómodo. No le gustaba cuando su madre se ponía con sus observaciones. Ese día era el partido de tenis con sus amigos, para un grupo exclusivo de invitados. Algunos auspiciantes estarían presentes. Ninguno de los publicistas y agentes perdía oportunidad para buscar generar rentabilidad. La prensa invitada era mínima, según le dijo Gordon. «Menos mal, porque no tenía ganas de tolerar a la horda de periodistas que generalmente lo perseguía», pensó Jake—. Deja el tema, mamá. ¿Sí?

—Mmm —conocía a su hijo. Jake tenía un brillo diferente en sus ojos. El brillo que solo lo da una persona especial, pensó Page. Se moría de ganas por conocer a la mujer que había conseguido eso en su hijo, pero antes, él tendría que aceptar que existía una. Algo complicado para una madre—. ¿Seguro?

—Mamá detente —pidió con un gruñido—. Estoy trabajando en un proyecto más relajado. Ese es el motivo. Ya te dije que la radio me da más libertad para moverme, no tengo que aguantar demasiadas fans alrededor; salvo alguna loca que suele ir a apostarse fuera de la estación, o algún periodista que busca una entrevista sobre puntos de vista tenísticos.

—Entonces no estás saliendo con nadie, ¿eh?

—Mamá... —dijo con advertencia—. No tengo relaciones serias. Complican la vida.

—Me gustaría escucharte por la radio uno de estos días —repuso Page cambiando el tema, solo por un momento, sin perder el tono cálido en su voz—. De haber sabido que estarías inmerso en un programa radial, le hubiera dicho a tu tía Yasey que te escuchara. Ah, y a tus primos.

—Fue un proyecto que surgió cuando te marchaste. No tenía sentido comentártelo si no podías escucharlo, porque solo se transmite en California. Luego te daré el dial, para que lo sintonices. Salgo tres veces a la semana.

Page se mantuvo en silencio mientras recorrían los carriles de la autopista. La música en el automóvil era la banda sonora de una película de Disney que le gustaba a Brad.

—Y también me gustaría que llevaras alguna chica a casa —expresó al fin volviendo a su intención inicial—. No de esas cabezas huecas con las que solías salir en los titulares, sino una que realmente valga la pena...

—Tío Jake, ¿sabes que mi tío Hunter tiene una novia? —interrumpió Brad, pensando en aquel grandulón que jugaba en la Liga Nacional de Fútbol, y que era hijo de la tía abuela Yasey.

—¿Ah, sí? —replicó con una sonrisa, mirando a su sobrino por el retrovisor. El niño lo miraba a su vez con ojos sorprendidos, como si estuviera contando un gran secreto.

—Y se estaban besando. ¡Qué asco!

Paige se echó a reír, pero aprovechó la ocasión para pinchar a su hijo.

—¿Brad, te parecería mal si un día tu tío Jake tiene una novia?

Jake no podía fulminar a su madre con la mirada. Era su madre. Mantuvo la vista al frente, y apretó los dedos con más firmeza sobre el volante. Giró en una curva, hasta llegar a la calle donde vivían su mamá y su sobrino, en Burbank. El niño estuvo un largo rato en silencio. Jake estacionó en el garaje de la casa.

—Solo si no es como aquella otra chica —expresó finalmente, cuando hubieron entrado en la casa, y Jake dejó las maletas en el pasillo que conducía a las habitaciones.

—¿Qué chica? —preguntó Jake, preocupado de que su sobrino hubiera visto fotografías suyas con

otras mujeres.

El niño elevó su cabecita, y su rostro se entristeció.

—Esa que me quiso golpear una vez, porque le dije que quería que tú te quedaras a jugar conmigo... La abuelita dijo que era una mala persona.

Jake palideció. Estuvo a punto de lanzar un soez improperio. Se contuvo a duras penas.

Paige intentó llevarse al niño, pero Jake se lo impidió, acuclillándose para tomar a Brad de los hombros y girarlo hacia él.

—Mírame, Bradley —pidió llamándolo por el nombre completo, pero hablándole con suavidad. Paige lamentó que su nieto tuviera tan buena memoria, en especial por temas que ella creía que un niño tan pequeño no pudiese recordar—. ¿De qué hablas?

—No estoy mintiendo —dijo el niño empezando a hacer un puchero.

—Por supuesto que no, pequeño —repuso Jake. Respiró y suavizó mucho más su voz—. ¿Fue Lauren? —indagó sintiendo cómo la bilis le subía por la garganta. Ella había sido la única novia que había conocido a Brad. Que fuera una desvergonzada por haberle hecho creer que llevaba un hijo suyo, cuando era de otro, era una cosa; pero que se hubiera atrevido a tratar mal a su sobrino, eso iba a costarle a Lauren muy caro. Los niños no solían mentir con ese tipo de acusaciones—. ¿A ella te refieres, Bradley?

El niño asintió. El corazón de Jake empezó a palpar aceleradamente. Quería romper algo, y apretar el cuello de Lauren con sus propias manos.

—¿He hecho algo malo al decirlo? —preguntó el niño asustado al ver el rostro fiero de su único tío.

Jake negó, y Paige se acercó a su hijo para ponerle la mano sobre el hombro. Este le dedicó una rápida mirada, antes de volverse a su sobrino.

—Claro que no —lo abrazó—. Claro que no. Solo quiero que estés seguro de que fue Lauren. La chica del cabello ondulado rojizo.

—Sí. Ella.

—Vale, pues ahora ve a tu habitación, y luego jugaremos un rato con el Play Station. ¿Qué tal eso? —dijo con un entusiasmo que le costó sacar. Estaba furioso.

—¡Siiii! —exclamó con el rostro iluminado de alegría, antes de correr a su cuarto.

Jake se incorporó.

—Lo siento, cariño —se apresuró a decir Paige cuando Brad se perdió de vista—. Me hubieras acusado de mentir de habértelo contado. Estabas completamente cegado por esa chica. No llegó a ponerle un dedo encima a mi nieto. Llegué a tiempo. Y le advertí que no volviera a intentar acercarse al niño.

Jake se pasó la mano por el rostro. Estaba consternado.

—Dios...

—No debes culparte. Todos cometemos errores, hijo —trató de calmar los ojos atormentados color gris.

—Se trata de Brad —murmuró respirando con dificultad.

—No, cariño. No se trata de Brad. A él no le pasó nada. En realidad se trata de ti. —Jake miró a un par de ojos idénticos a los suyos—. Créeme que no tengo interés en conocer detalles sobre tu relación con Lauren, porque lo único que me importa es que terminó. Pero es tiempo de dejar la desconfianza hacia las mujeres en el pasado. No todas son esa chica.

—Mamá, no pienso tener esta conversación —repuso apretando los dientes. Adoraba a su madre, pero los sermones jamás se le habían dado bien.

—Te has ido a vivir a otro sitio, porque estás inquieto, porque te sientes vacío, como si algo te faltara. Las madres tenemos un sexto sentido, y más experiencia de vida. Así que escúchame, cariño, las respuestas que buscas no están en el exterior. Puedes cambiarte de casa o de ciudad, cuantas veces quieras —expresó mirando a su hijo con amor—, pero seguirás sintiendo que algo no encaja. Porque estás buscando en el sitio equivocado.

—¿De qué hablas?

Page suspiró.

—Cuando sea el momento, lo entenderás —replicó, antes de darle un beso en la mejilla—. Voy a llevar a Bradley a darse un baño —finalizó antes de alejarse, dejando a Jake con la palabra en la boca, y de pie en el pasillo, ceñudo.

No estaba siendo una conversación fácil. Su madre, por primera vez desde que tenía uso de razón, se echó a llorar sin ningún preámbulo cuando ella prácticamente le lanzó las pruebas de ADN sobre la falda del vestido blanco, al encontrarla en la sala de lectura y pintura. Había estado a punto de volver a Orange, y no dirigirle la palabra en un largo tiempo, pero la necesidad de terminar de encajar la última pieza del rompecabezas de su nacimiento fue más fuerte.

La charla empezó con dureza y sinceridad, y Colette sintió empatía con Greta Kessler. Empatía en su desconcierto. Greta corroboró todo cuanto Bob le había dicho una hora antes en el hospital. Se deshizo en disculpas por haberle ocultado la verdad tanto tiempo, pero lo justificó refiriéndose al acuerdo de mantener el secreto al que habían llegado ella, Phillip y Bob.

—¿Y qué culpa tuve yo de tus decisiones amorosas, o de tu desastroso matrimonio con Phillip? ¿Qué culpa tuve yo para que me trataran como si todo cuanto hacía estaba equivocado? ¿Por qué era

siempre la que pagaba los platos rotos con más castigos, con más críticas? —preguntó con amargura. Observó temblar el labio inferior de Greta debido a los sollozos que iban remitiendo poco a poco. Colette no sintió ninguna pena. Era como si hubieran anestesiado sus emociones ese día.

—Lo siento tanto —dijo estirándose hacia adelante hasta tomarle la mano con firmeza. Estaban acomodadas en los sillones de terciopelo gris de la salita, una frente a la otra, y el único sonido consistía en el tic-tac del reloj cucú de pared—. Lo siento tanto... —repitió—. Intentaba no crear preferencia entre las tres, porque...

—Temías que Phillip pensara que me querías más a mí, y por ende que tus sentimientos por Bob aún estaban vivos y tu matrimonio se hubiera tambaleado—completó con decepción.

—Sí... En un principio fue así, pero cuando creciste ya no tenía excusas, porque nuestro matrimonio había sobrevivido a aquella época difícil. Lo seguí haciendo por costumbre... No tengo excusas, he sido una madre demasiado dura contigo, y no lo merecías. Siempre tuviste esa vena rebelde de los Meadows —sonrió con tristeza—, eras la chispa diferenciadora en la familia. Y porque conocía esa chispa en ti, intentaba que no te conformaras con menos de lo que podías lograr.

Colette hizo una mueca.

—Si te refieres a ser periodista, pues que sepas que no es una profesión fácil, y es lo que amo hacer. Si no te gusta la radio, me da bastante igual. Si no te agrada que trabaje escribiendo o dando clases de modo intermitente, también me da igual. Antes de todo esto, me propuse demostrarles lo mucho que valgo como profesional, cuánto puedo lograr por mí misma, demostrarles que soy capaz de conseguir cosas con mi esfuerzo, y que no necesitaba ser una economista. Quería vuestra aprobación, una aprobación que siempre me habían negado, porque siempre estaban presionando, y presionado —se le quebró la voz, pero continuó—: Las palabras de ánimo escaseaban, si no seguía el ejemplo de Moira o de Lizzie, entonces yo estaba equivocada. Pero ahora... —quitó la mano de Greta que había estado sosteniendo la suya desde hacía un rato—, no me interesa. Ya no me importa lo que puedan pensar ustedes. Y no sabes cuán liberador es. Si algo he sacado de toda esta trama de mentiras es que no necesito la aprobación de nadie, más que de mí misma. Y de ahora en adelante va a ser de ese modo —espetó sintiendo cómo respirar era más fácil ahora. Quizá era cierto; enterarse de la verdad había sido duro; seguía siéndolo, pero también se acababa de dar cuenta de que nunca necesitó probarle nada a nadie. Que en realidad los retos y el éxito primero debían hacerla feliz a ella; por ella; luego, el compartirlo con otros solo constituía una extensión de esa alegría, pero no necesitaba demostrar nada.

—Oh... —Greta la miró con tristeza—, entiendo lo difícil que debe ser para ti todo esto. Porque a mí me parte el corazón verte afligida y dolida. Yo pensé que todo estaba bien contigo, pensé que no te importaba mi opinión, ni la de tu padre... —se aclaró—, es decir, Phillip.

—Lo he llamado «padre» toda mi vida, supongo que será difícil desacostumbrarme a hacerlo. No voy a cuestionar tus motivos para haber engañado a Phillip, y ciertamente me da igual lo que él haya hecho con su vida. Lo que no voy a disculparte es la mentira, y que jamás, jamás, hubieras evitado que Phillip menoscabara mi autoestima de pequeña, que me dijera palabras frente a otros que me resintieran, y que me tratara como una persona cuya única misión era mantener el buen nombre de los

Kessler, y al fallar, entonces la sensación de fracaso que generaban sus reprimendas, era monumental.

—Cariño... nunca me lo dijiste... Si lo hubiésemos hablado.

—¿Habría servido de algo? ¿Te habrías enfrentado a tu marido por mí?

Greta la miró a los ojos.

—Sí, Colie. Lo hubiera hecho, porque eres mi hija. Porque te quiero. Porque me importas, y siempre será así, aunque ahora mismo estés disgustada, y decepcionada. Yo interpretaba tu malestar como parte de tu carácter o tu testarudez, porque eres orgullosa y cuando las cosas no se te dan tiendes a encerrarte en tu propio mundo; y cuando intentaba hablar contigo, siempre solías decir que no me necesitabas porque todo estaba bien. Cometí el error de creerte, y seguir adelante. He cometido errores, pero estoy dispuesta a pedirte que tratemos de construir nuestra relación desde una nueva perspectiva.

Colette se rio con amargura.

—¿Qué te crees que estás negociando una fusión empresarial?

—No seas dura, hija...

—No estabas atenta a mis emociones porque temías que se derrumbara tu matrimonio —soltó un suspiro cansino—. Estoy agotada —expresó con ánimo de irse. Greta lo notó.

—Por favor, no te vayas así...

—¿A qué me podría quedar? ¿A escuchar excusas?

—No —susurró Greta—. Fue una época muy difícil —empezó con suavidad a relatar—, y cuando Heather, aquella mujer que era la amante de Phillip, se me acercó, mi matrimonio se derrumbó. Había pasado una época difícil antes de aquella fiesta cuando la conocí. Perdí un bebé, un aborto espontáneo. —Colie la miró con asombro, y murmuró un «lo siento»—. Discutíamos mucho, y que él hubiera tenido una amante fue el detonante final. Amé a Robert, Colette. Pero me arrepentí, porque a pesar de la infidelidad de Phillip, nunca debí dejarme llevar, aunque sintiera que ya nada podía hacer por mi vida matrimonial.

—¿Fue entonces por despecho que estuviste con mi padre? —preguntó.

—Fue porque pensé que todo estaba acabado con Phillip, pero cuando supe que estaba embarazada, y se lo dije, él me pidió perdón. Hablamos de muchas cosas. Nuestro matrimonio había sido maravilloso, pero no supimos manejar la pérdida de nuestro bebé. Aceptamos que ambos tomamos decisiones equivocadas. Y decidimos, en honor al amor bajo el cual nos casamos, y por nuestras hijas, intentar salvar la familia que habíamos construido. Él dejó a su amante, y yo...

—Dejaste al tuyo.

Greta asintió.

—Dejar a Bob fue muy difícil... —apretó los labios—, y bueno, dejar de amarlo fue más difícil aún, pero Phillip trabajó por nuestro matrimonio; se esforzó de verdad. Llegamos a consensos, discutimos, lloramos, y vivimos una etapa de reconciliación. Fue una circunstancia muy dura, Colette. Muy dura. Y además de velar por mi matrimonio, también tenía que pensar en mis dos niñas, en Bob y su reacción de mi decisión de dejarlo del todo, y también debía pensar en la pequeña personita que crecía dentro de mí.

—Un error esa pequeña —dijo con acidez.

—No, Colette. No fuiste un error. Fuiste...

—Creada con amor —completó ella con ironía al recordar lo que le dijo Bob.

Greta asintió.

—Sí —manifestó con firmeza—, las decisiones equivocadas fueron otras. Tú fuiste un maravilloso regalo en medio de una situación emocional difícil. Bob quiso darte una familia, y yo ya tenía una. Eres mi hija, y el acuerdo al que llegamos los tres... —dejó caer los hombros—, solo pensamos que era lo mejor para ti.

—Phillip nunca me quiso, me veía como la hija de tu amante, nunca me perdonó que existiera...

Greta iba a responder, cuando entró Phillip, como si lo hubiesen invocado. Iba vestido listo para jugar golf. Eran las cuatro de la tarde. Colette imaginaba que Phillip tendría otra de aquellas reuniones de negocios que se llevaban mejor en el campo de golf, que en la oficina.

—¿Colie? —preguntó con extrañeza. Ella no solía ir a Orange últimamente, peor en mitad de la semana.

Colette lo miró un segundo sin decir nada, antes de volver la vista hacia su madre.

—Bob le ha dicho la verdad... —dijo Greta con suavidad. Phillip se acercó, y al ver los ojos llorosos de su esposa, la abrazó. La sostuvo un rato, hasta que puso distancia para sacarse un pañuelo y limpiarle los ojos con ternura.

Colette estaba alucinada, jamás había visto algo así entre ellos. Solían ser poco expresivos. Y parecían vivir un mundo aparte, salvo cuando estaban en familia, y charlaban. Pero los gestos afectivos eran casi inexistentes.

—Ya veo —comentó Phillip sentándose junto a su mujer—. ¿Cómo ocurrió esto?

Con tono monocorde y aburrido, Colette se lo explicó.

—Pensé en decírtelo, y al final supe que la decisión no era mía. Discutí con Bob, pero tenía razón. Era algo que les correspondía a Greta y a él. Siento que te enteraras de este modo. Lo lamento de verdad —expresó mirándola con sinceridad.

Colette se puso de pie. Si no se iba pronto, no solo que rompería a llorar, sino que se le haría tarde para volver a Orange, y no tenía ganas de quedarse a dormir en casa de su familia.

—Bueno —sonrió con una mueca que dejó entrever su sarcasmo—, ya has tenido toda la vida para hacerme sentir el fastidio de mi existencia en tu familia, y la deshonra de llevar tu apellido, y mancharlo con mis escándalos juveniles.

Phillip la miró un largo rato.

—Siempre he creído que la familia no está dada por llevar el mismo tipo de sangre. Eres lista y recursiva, algo que tus hermanas dan por sentado que poseen; además ellas han solido valerse más de las apariencias y sus contactos. Tú no, pues siempre te has querido ganar las cosas sin ayuda de otros, y por eso yo te exigía más que a Moira y Lizzie, para exprimir al máximo tu sentido de la lucha y tesón. Tú eres mi hija, no porque te di mi apellido, sino porque te ganaste mi corazón desde el momento que tu madre te puso en mis brazos.

—Me humillabas... —acusó con rabia recordando los momentos incómodos que había tenido que pasar muchas ocasiones.

—No, Colette, te enseñaba a ser fuerte y a defenderte. Tú le diste ese nombre; no era esa la intención —expresó ecuánime, pero al mismo tiempo con dureza—. Tratar con guantes de seda jamás ha sido mi política. Mi padre fue muy duro conmigo, y eso me convirtió en el hombre seguro y decidido que soy —meneó la cabeza—. Tu temperamento nunca me ha sido fácil de entender o controlar. Quizá es tu vena paterna.

—Quizá...

—Entonces puedes decir que tienes dos padres. Y cada uno te quiere a su modo.

—Pero...

—Espero que poco a poco dejes de pensar en tu pasado como un constante acosador de tus emociones. Acabas de sufrir un impacto muy fuerte y duro de digerir, pero tienes que sosegartte y no hacer de esto una bola de nieve que se empieza a convertir en una avalancha que podría aplastarte —continuó con un tono reposado y fluido—. Greta y yo vivimos un infierno matrimonial. No redundaré en algo que supongo que Bob te habrá contado, y por las lágrimas de tu madre, asumo que ella te relató su parte. —Colette asintió—. Lamento haberte manipulado para intentar que fueras lo que yo pensé que deberías ser, y no dejarte volar con tu esencia. Lamento que sintieras que te humillaba, cuando lo que intentaba era que fueses tan fuerte que nada te doblegara, en especial los comentarios de otros. Y finalmente, lamento si mis acciones a lo largo de estos años te han hecho pensar que no te quiero, o te lastimaron. Soy un hombre que ha cometido muchos errores, y si te he herido, lo siento de verdad. No es fácil pasar por lo que Greta y yo, menos aún cuando Bob ha seguido formando parte de nuestras vidas desde hace tantos años.

—Acepto tus disculpas —replicó. Phillip había aceptado sus errores, le había pedido perdón, evidenciando no solo que su orgullo no estaba presente, sino que al parecer, verdaderamente le importaban sus sentimientos y lo ocurrido.

—Solo quiero que tengas algo claro cuando salgas de casa. Somos tu familia. Te queremos. No necesitas probarnos nada. Estamos orgullosos de ti, y siento haber menospreciado tu elección profesional. Jamás debimos hacerlo...

—Yo... —Colette tomó su bolso, y empezó a incorporarse. Eran demasiadas emociones para un día—. Creo que necesitaré un tiempo lejos. Tal vez... tal vez más adelante me sea fácil volver a hablar con ustedes, pero ahora.

—Hija —dijo con súplica Greta con lágrimas rodando por sus mejillas, e intento ponerse de pie, pero Phillip se lo impidió, abrazándola con firmeza.

—Está bien, Colie. Tómame tu tiempo. Vamos a respetarlo. Si puedes perdonar todo este torbellino emocional que te hemos causado, siempre estaremos aquí. Y si no eres capaz de perdonarnos, siempre estaremos aquí de todas maneras.

—Empezaremos de nuevo... Danos una oportunidad de reparar la tristeza que te hemos causado sin saberlo —susurró Greta mirándola con impotencia.

Colette se guardó las lágrimas. Phillip estaba aceptando sus errores, pidiéndole perdón, y diciéndole que sea lo que fuera, estarían ahí para ella. No tenía fuerzas para hablar. Así que se puso de pie, y con un asentimiento hacia sus padres, salió de la estancia.

Lo primero que hizo Jake al llegar a casa fue darse un baño, y luego llamar a Colette. El teléfono lo enviaba directamente al buzón de voz. Le había ocurrido lo mismo seis veces. Imaginó que tendría la batería del móvil agotada. Sentía la necesidad de verla. Era una situación inusual, pues no le gustaba necesitar a otros. No obstante, ella simplemente no podía ser catalogada como el resto de personas que lo rodeaban. Colette se había convertido en una persona especial. «Una amante especial», se corrigió mentalmente. Sí. Eso era.

Le hubiera gustado verla antes del partido. Se había aficionado a sus besos y al sabor de sus curvas. Juntos creaban sensaciones explosivas que lo dejaban no solo exhausto y saciado, sino queriendo siempre más de aquel sensual cuerpo femenino.

Mientras se anudaba los cordones de los zapatos Adidas, pensó en las veces que habían hecho el amor en la casa. La cama, el mesón de mármol de la cocina, los sofás de la sala, en la tina de baño, el cuarto de huéspedes, el jacuzzi. Sonrió. ¡Vaya par! No creía posible volver a ver ese jacuzzi sin evitar pensar en Colette desnuda, con el calor del agua caliente echando vapor en el aire, y el frío del viento sonrojando el rostro hermoso y sus pechos descubiertos, mientras él le daba placer con sus dedos, y luego la tomaba sobre el borde del jacuzzi. Había sido una ocasión excitante hacer el amor al aire libre, en la privacidad de su casa, bajo la luz de la media Luna californiana.

Se quitó esos recuerdos de la cabeza, porque estar empalmado y tener una presentación en público era una pésima combinación. Así que fue por sus raquetas Babolat, y las guardó en su bolsa de tenis de la misma marca. Cuando terminó de ajustarse el cuello de la camisa, empezó a hacer estiramientos.

Sabía que Colette estaba en Orange, y consciente de que debía estar pasando momentos difíciles al enfrentarse a su familia, no esperaba que fuera a su partido esa noche, aunque nada le gustaría más

que verla en las gradas del complejo deportivo privado.

Cuando cerró la cajuela del Aston Martin, puesto que para ir a recoger a su madre y a Brad tuvo primero que ir hasta Bel Air y cambiar de automóvil, llamó a Gordon. Se aseguró de que Shuttle Box, la compañía de protectores solares y equipos de rehabilitación física para deportistas para la que trabajaba Lauren, estuviera presente. No pensaba dejarle pasar el asunto de Brad. Era momento de zanzar el pasado, y dejarlo ir para ser libre.

Capítulo 18

Apenas regresó a Santa Mónica, alrededor de las cinco y treinta de la tarde, Colette buscó una receta natural para deshinchar los párpados. Vaya si había llorado. Hizo mano de un par de bolsitas de té, y ejecutó el sencillo proceso, hasta que estuvieron tibias para usarse. Se metió en la tina y dejó que el agua temperada la abrigara, mientras las bolsitas de té hacían su trabajo. Disfrutó del glorioso silencio, consciente de que el asunto del sosiego y perdón, por todo lo que había escuchado ese día, progresaría con el tiempo. Estaba dispuesta a avanzar. No deseaba atarse al pasado, y por ello necesitaba dejar ir a poco a poco el impacto, el dolor y el resentimiento. Al final, los Kessler y los Meadows eran su familia.

Ahora iba disfrutar de lo que quedaba del jueves, merecía distraerse.

Estaba algo impaciente por ver a Jake, por besarlo, y dejarlo recorrer su cuerpo; y ella, maravillarse con aquellos músculos perfectos. Evocar todas aquellas posiciones en las cuales la había hecho alcanzar el éxtasis, la sonrojaban y la complacían. Nunca había sentido tanta libertad de darse y pedir. Jake era un amante versátil, apasionado, complaciente, y no dejaba de besar o acariciar ni un solo palmo de su cuerpo. Ella se entregaba sin restricciones, no solo porque era fácil adaptarse al ritmo del deseo que ambos sentían, sino porque su corazón, su necio corazón, estaba muy involucrado.

Salió del cuarto de baño, y empezó a arreglarse. Tardó veinte minutos en secarse el cabello, hasta que estuvo brillante. Se terminó de aplicar una capa de rímel negro en las pestañas, y sonrió a su reflejo del espejo de cuerpo entero que tenía en la esquina de la habitación. Llevaba el cabello suelto, y el flequillo le daba un aspecto desenfadado y coqueto. Debajo de la chaqueta roja, tenía un vestido de cuello redondo, mangas tres cuartos, espalda descubierta, y con un detalle justo debajo de sus pechos, que ayudaba a resaltar sus atributos. Había elegido un tono blanco para el vestido *cocktail* —dado que Jake le había comentado que luego del partido habría una fiesta—, y se decidió por unas preciosas botas de cuero rojo de Christian Louboutin.

Una vez que estuvo lista, fue a tocar la puerta de Kate. Ya eran las seis y treinta; tendría que ir hecho un bólido para llegar a tiempo, aunque ese tipo de eventos no solía empezar con puntualidad.

Kate sonrió al ver a su mejor amiga, mientras se colgaba la cartera sobre el hombro. Vestía un pantalón verde oscuro ajustado, y al tiempo que se abrochaba la cazadora blanca, que ocultaba una blusa elegante de vuelos color lila, empezó a relatarle a Colette que en la joyería iban a aumentarle el salario por tener que trabajar ejerciendo doble función.

—Fabuloso, Kate —le dijo Colette sonriendo—. Imagino que tu alegría de hoy no solo es por ese aumento salarial, sino porque tus amigos misteriosos esperan alguna foto exclusiva del evento. ¿Cierto? —preguntó haciéndole un guiño.

—De hecho, quizá conozcas a uno de ellos. Valente Markosso. Está invitado como representante

de su revista deportiva Tie Break. Es uno de los pocos medios de comunicación que han sido invitados. Me dijo que todo estaba muy restringido, porque al parecer no es un tema benéfico ni con fines de lucro, sino lúdico y social. Privado. Aunque sin duda irán algunos auspiciantes.

Colette sonrió.

—Ahora que lo mencionas, ¿no era Valente tu mejor amigo de la universidad? Me parece que se esparció el rumor de que se había casado con una heredera británica, y por eso abandonó Estados Unidos apenas se graduó.

Kate hizo una mueca.

—Se divorciaron hace tres años, cuando Valente rehusó vivir indefinidamente en Brighton y, como yerno de ese imperio de la construcción, dejar el periodismo de lado. La chica estaba apegada a su familia, y los prefirió a ellos en lugar de apoyar a su esposo. Decidieron divorciarse, y Valente volvió a California.

—Vaya... Aunque salía más contigo que conmigo, lo cierto es que me caía muy bien Valente. A lo mejor pudo luchar por su matrimonio, ¿no?

Kate frunció el ceño.

—No cuando encuentras a tu esposa teniendo sexo con otra mujer en tu cama.

Colette la miró boquiabierta.

—¿Qué?!

—Creo que ya superó el tema de la bisexualidad de su ex mujer, y también el golpe a su orgullo —replicó Kate con pesar—. Valente es una persona estupenda.

Colette le puso la mano en el hombro.

—De las conversaciones que sosteníamos a veces, siempre me pareció un hombre muy inteligente y con una perspectiva del mundo, como periodista, genial. Qué lástima lo que tuvo que pasar.

Kate asintió.

—¿Cómo te fue en Orange? —preguntó.

—Te lo contaré camino al evento —replicó con un suspiro.

—Te noto sosegada, supongo que atajaste bien el impacto.

—Lo estoy intentando. Cuando tienes las dos versiones de la historia, las conclusiones tienden a limitar las especulaciones —se encogió de hombros—, voy a intentar salir de esta. Es cuestión de tiempo.

—Sí. Además eres una persona fuerte Colie, conseguirás que este episodio y sus efectos, cada vez, te impacten menos.

—¿Estás lista para el partido de tenis? —preguntó Colette para cambiar el tema, tenían más de

treinta minutos de viaje en automóvil, y conversarían el respecto.

Una brillante y entusiasta sonrisa asomó al rostro de Kate.

—Totalmente.

—Por cierto, creo que Patrick Lombardo no asistirá. Me lo comentó Jake antes de ayer.

—Valente será el encargado de reemplazar ese autógrafo entonces, con otros de los famosos durante el partido.

—Pobre, Valente —dijo en broma, y Kate se echó a reír, antes de abandonar el departamento, seguida por Colette.

El recinto privado albergaba a no más de cuatrocientas personas, y pertenecía a Bruce Shalvis, un magnate entusiasta del tenis y amigo de los grandes organizadores de los circuitos internacionales. Ese evento era uno de sus caprichos. Así como cuando organizaba partidos de fútbol trayendo, desde donde se le viniera la gana, estrellas de ese deporte, sin importarle el costo; solo quería darse el gusto de tenerlos a su alrededor y pasar un buen rato entre amigos.

Los invitados estaban emocionados, mientras los tenistas *boleaban* entre ellos en la cancha de arcilla. Saques, bolea alta, bolea baja, spin, todos los movimientos empezaban a fluir de uno y otro lado de la superficie. El evento tenía como característica que jugarían doble en parejas mixtas, hombres y mujeres, para hacerlo distinto, ameno y entretenido. La dinámica consistía en que cada grupo, eran ocho tenistas, jugara durante treinta minutos; los ganadores de cada encuentro se llevaban el aplauso del público sin duda, además de un trofeo simbólico. Después de todo era un evento cuyo interés iba ligado a pasar un buen rato entre amigos.

El asiento de Colette le permitía una vista estupenda de la cancha, por lo que podía observar muy bien los movimientos. Las vallas publicitarias estaban ya colocadas, y los periodistas autorizados se encontraban apostados cerca de la cancha, haciendo fotografías. El ambiente en general era de buena vibra y entusiasmo; contagioso. Al lado derecho de Colette estaba sentada Kate, pero el resto de asientos a su izquierda estaban vacíos. El resto del sitio estaba abarrotado.

Empezó a buscar a Jake con la mirada. No le resultó difícil localizarlo. Estaba guapísimo. Con la pantaloneta corta, dejaba a la vista unas piernas poderosas; la camisa blanca daba cuenta de una espalda ancha, fuerte y musculada. El movimiento que hacía con las manos al conversar con otro jugador, ella identificó a Rex, conseguía que los músculos de los antebrazos se tensaran. Y su rostro varonil al sonreír, la dejó sin aliento.

No podía creer que ese hombre fuera el dueño de sus fantasías eróticas hechas realidad. Lo vio reír, ejercitarse, y bromear no solo con sus amigos, sino con las mujeres tenistas que también iban a jugar. Una de ellas, una rubia monumental, le dio un cachete en el trasero, y él se fingió ofendido, pero la prensa lo celebró e hicieron varias tomas. Ella hubiera querido bajar las gradas y explicarle a esa mujer que Jake le pertenecía. «Solo eres su amante», le recordó una molesta vocecita.

Dado que era una exhibición privada y selecta, no era difícil para los jugadores observar el rostro de las personas desde la cancha. Jake estaba pasándolo muy bien entre sus amigos. Le gustaba la camaradería. Henka Petrova, una jugadora rusa espectacular a quien conocía desde hacía años, le dijo que si no estuviera casada, habría echado la suerte para robarle un beso. Cuando le dio un cachete en el trasero, él no pudo evitar echarse a reír. Fue en ese preciso momento, cuando giraba la cabeza hacia el público, riéndose, cuando la vio.

Jake sintió una euforia inexplicable al ver el rostro de Colette. Sus miradas conectaron, pero lo primero que notó fue que lo observaba con el ceño fruncido. Fue un gesto tan rápido que, si no la conociera tan bien como lo hacía, se le habría pasado por alto. Estaba seguro que tenía que ver con lo que acababa de hacer Henka. La idea de que Colie pudiera estar celosa, lo complació. La satisfacción, a su ego masculino, le duró pocos segundos, pues el responsable de romper el brevísimo contacto visual que acababa de tener con ella fue Cesare. Su amigo no dudó en desplegar su maldita sonrisa.

Decidido a pasarla bien, y tragándose una palabrota, Jake empezó a tomar posiciones junto a su pareja de dobles; su equipo era el de color blanco. La dinámica del partido era jugar un set completo por equipos, y darle toques cómicos, para lo cual todos tenían un micrófono incorporado; así podían hablar, comentar, y compartir con el público, tal como se solía hacer en las exhibiciones multitudinarias para causas humanitarias o sociales.

—¡Qué suerte la mía! La mujer más guapa de este sitio tiene un asiento disponible —expresó Cesare al llegar junto a Colie. Le dio un beso en la mejilla.

Colette lamentó romper el contacto visual con Jake. Pero quizá fue lo mejor para mantener su piel libre de aquella inquietante electricidad que la recorría cada vez que la hipnótica mirada gris se posaba sobre ella con intensidad.

—Hola, Cesare —replicó sonriente. El hombre era, además de guapo, un Don Juan encantador. Pero sobre todo, su amigo—. Pensé que quizá te vería en la cancha.

—Fui a jugar bolos anoche. Hice un mal movimiento y me luxé el tobillo. Una tontería. Esperaré hasta que me recupere. Por cierto, preciosa, me preocupé por ti el sábado. ¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Estás mejor?

Ella le sonrió. Le gustaba el modo que Cesare tenía de tratar a las mujeres. Las hacía sentir el centro de su universo, aunque solo fuera por unos minutos. No era incomprensible, que muchas se enamoraran de él. No ella. No. Su corazón le pertenecía al sexy jugador de tenis que en ese momento conversaba amenamente con Rexford y dos personas más en la cancha. Jake no había mirado hacia las gradas de nuevo.

—Estoy mejor —y no mentía—, era un asunto familiar. Un accidente de automóvil, pero no hubo nada que lamentar, más que los golpes y la preocupación. —«Y el dolor de un secreto», pero eso no pensaba decírselo. Le parecía que desde el sábado habían pasado meses, y no solo unos días. «Pero vaya días.»

—Me alegro, *cara*.

El árbitro, un veterano del tenis, dijo por micrófono que el partido empezaría en cinco minutos. Todos aplaudieron dándoles ánimos a los jugadores, que se ponían en posiciones sobre la cancha. Unos llevaban camisetas blancas, los otros verdes, para identificarse por equipos. Quienes entraban a jugar en el segundo round, se sentaban en los banquillos, pero mantenían los micrófonos abiertos para poder interactuar.

—¿Piensas quedarte en Norteamérica mucho tiempo? Solías decirme que preferías pasar en tus casas de Europa.

Él asintió.

—Sí, he fijado aquí mi residencia indefinidamente —replicó con un tono amargo.

—¿Preferirías estar en Sicilia?

—Para nada —expresó con dureza. Al darse cuenta de que el tono había sido innecesario, bajó la voz cuando agregó—: No tengo nada que hacer en Italia; mis planes son otros. Pero, ¿por qué mejor no me cuentas qué es lo que pasa entre tú y Jake? —preguntó con media sonrisa.

Colette se rio.

—Solo te puedo decir que hemos hecho las paces por el pasado.

Cesare le dedicó una encantadora sonrisa.

—*Cara mía*, créeme, que esa mirada asesina que me acaba de lanzar Jake hace un segundo no solo tiene que ver con haber hecho las paces —le hizo un guiño y Colette le dio un empujoncito en el hombro, no sin antes mirar a la cancha para comprobar lo que acababa de decirle Cesare—. Qué fácil ha sido esa —expresó riéndose al ver que ella había caído en su trampa.

—Eres un embustero —replicó fulminándolo con la mirada, fingiéndose enfadada.

La sonrisa de Cesare se esfumó, y la miró a cambio con expresión preocupada.

—Solo quiero que tengas cuidado, Colie. No me molestaría consolarte, pero verte lastimada de nuevo por Jake no sería agradable. Sabes que te considero como una hermana.

Ella lo miró con afecto. Cuando se quedó en Europa, tras romper con Jake, Cesare la había invitado a su mansión en la Riviera Francesa, donde estaban vacacionando los padres y las tres hermanas de su amigo. Pasó un fin de semana fantástico, y el calor de aquellos bulliciosos italianos fue un bálsamo para su corazón maltrecho.

—Gracias, Cesare. Eres un buen amigo. Tendré en cuenta tu sugerencia.

—Hazlo —replicó con suavidad.

Colette quería cambiar el tema, así que aprovechó que Kate estaba a su lado, claro con los ojos abiertos y atentos a cuanto sucedía entre los jugadores que calentaban motores, para iniciar el partido de un momento a otro. La música en los parlantes sonaba con Pharrell Williams.

—Cesare, por cierto, te presento a mi mejor amiga, Kate. —La aludida se giró, y lo miró

haciendo un gran esfuerzo para no quedarse boquiabierta—. También es periodista y una chica muy lista.

El hombre mostró aquellos dientes perfectos en una sonrisa sexy. Una sonrisa natural, que solo la confianza en su capacidad innata de encantar a las mujeres podía generar.

—Un placer —dijo el tenista estirando sus largos y elegantes dedos, para tomar la mano pequeña de Kate y estrecharla.

«Ese acento, unido a la voz de barítono, podría envolverla como una tibia y acogedora manta», pensó Kate, estrechándole la mano de regreso. Hubo una descarga que le llegó al centro de su cuerpo. Eso la asustó. Cesare pareció sentirla también, porque con ágil elegancia, se apresuró a soltarla, con el ceño ligeramente fruncido.

Aunque Cesare era guapísimo, Kate enseguida escuchó alarmas en su cabeza. Él no le causaba el miedo o recelo que solían producirle otros hombres. En el caso del amigo de Colette, era algo más peligroso. Lo mejor sería ignorarlo. Después de todo, era poco probable que volviera a verlo.

—Igualmente —murmuró Kate girando el rostro hacia la cancha cuando el árbitro dio inicio al partido. Colette le dio un codazo, dándole a entender que estaba siendo grosera, pero a ella no le importaba. En ese momento llegó Valente, y luego de hacer las respectivas presentaciones, Kate empezó a ponerse al día con él, en voz baja para no incomodar.

La risa de los jugadores cuando hacían un punto ganador al otro equipo, la cháchara y los comentarios fuera de sitio del jocoso árbitro, crearon una hora amena de juego. El público aplaudió, se rio, mientras la prensa hacía fotografías, y los auspiciantes organizaban los stands para obsequiar sus productos y folletines informativos a la salida del evento.

Colette contemplaba admirada los movimientos fluidos de Jake. Verlo en la cancha, la emocionó. El modo de correr a cada envío, la potencia del saque y su impresionante golpe de revés, solo daba cuenta de cuánto se habían perdido las canchas de tenis del mundo, sin él. El rostro atractivo lucía completamente entregado al juego. Se giraba hacia el público, a veces, pero era como si no observara en realidad a nadie. A ella le gustó verlo en su elemento.

El partido continuó, hasta que el equipo verde, le ganó al blanco. Las pantallas gigantes instaladas a uno y otro lado, para que pudieran verse los gestos de los jugadores, mostraban las poses para fotografías de los tenistas, cuando acabó el partido.

Poco a poco, el público empezó a abandonar las gradas. Los tenistas intercambiaron comentarios, ya fuera de micrófono, y la música de Pink sonó con fuerza.

Kate le dijo al oído a Colette que se fuera a casa, porque ella no iría a la fiesta que se daría en el hotel, pues tenía que charlar con Valente luego de que él entrevistara a algunas personas en la cancha, tal como estaban haciendo ya algunos periodistas, antes de que los famosos tenistas se retiraran. Kate agradeció en silencio que Cesare estuviera revisando lo que fuera en el móvil, para no tener que cruzarse con esos intensos ojos negros.

Colie se ajustó la chaqueta. Estaba a punto de levantarse, pero una mujer llamó su atención al

cruzarse en su campo visual. Parecía estar dándole órdenes a un hombrecito para que descolgara una publicidad ubicada en una de las esquinas. Cuando al parecer logró su cometido, Colette la vio dirigirse con paso firme hasta donde se encontraba Jake. Algunos tenistas estaban dando entrevistas, y otros, como Jake, guardaban su equipo deportivo. Colette conocía muy bien las reacciones físicas de su amante, por eso podía decir con seguridad que estaba tenso, pero disimulaba bastante bien su molestia. Colette se extrañó de la reacción.

Jake se tomó su tiempo para beber agua, y en un movimiento que nada tenía que ver con el exhibicionismo, pero sí con la costumbre del deporte, se sacó la camiseta sudada, arrojándola a un lado, para ponerse una limpia. Colette no pudo evitar admirar aquel cuerpo pulido a base de ejercicio; un cuerpo que le encantaba recorrer con sus manos, con sus labios, con su piel. Al parecer la mujer aquella, tampoco pudo evitar mirar. De hecho, la desconocida llegó a dar un paso más, lo tocó. Le pasó la mano en una rápida caricia por la espalda, para llamar su atención. Colette dio un respingo en su asiento. Tenía una mala, muy mala corazonada.

Se puso de pie, y Cesare hizo lo mismo. Él le había dicho que la acompañaría en su automóvil hasta la recepción privada en el hotel, a la cual estaban invitadas solamente cien personas. En un principio Colette pensó en negarse, pero Jake quizá estuviese ocupado con sus colegas, así que lo más práctico sería ir por su cuenta y encontrarse en el hotel.

Antes de que el italiano empezara a alejarse, Colette lo tomó del brazo, deteniéndolo.

—Cesare —susurró. El atractivo italiano la miró con atención—. ¿Quién es la mujer que está junto a Jake?

Se hizo un incómodo silencio. Colette esperó.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó al cabo de un momento, cruzándose de brazos—. Puede ser una de esas fans. Él tiene muchas, ya lo sabes. Son difíciles de quitárselas de encima. Y cuando son parte de los auspiciantes es más difícil todavía.

Colette asintió, pero sentía que estaba evadiendo.

—Cesare —le puso la mano sobre el antebrazo cubierto por una camisa de Hugo Boss—. Suelen ser muy sincero conmigo —repuso con suavidad, mirándolo a los ojos.

Él soltó una maldición entre dientes.

—Es Lauren Jovinella, la exprometida de Jake.

Ella asimiló la información. Miró de nuevo a la mujer. El vestido naranja ajustado que llevaba daba cuenta de una estilizada figura. Una cintura estrecha, y un trasero respingón. En pocas palabras, un cuerpo esbelto de modelo de pasarela. «El tipo de mujeres con la que Jake solía salir a menudo», pensó Colette, no sin un tinte de fastidio.

No permitió que la idea de sentirse inadecuada se instalara en ella. Pero los celos la carcomían por dentro. Lauren había logrado algo que jamás podría tener Colette. Una promesa de Jake a largo plazo y la idea de formar una familia. Si él no creía en el amor, mucho menos querría tener compromisos emocionales con nadie. Y claro, aunque eso ya lo sabía, no dejó de escocerle el

conocer a la mujer causante del cinismo de Jake. Quizá lo mejor sería empezar a poner distancia poco a poco, antes de que pudiera salir lastimada de un modo irreversible. Aún estaba a tiempo. «O eso esperaba.»

Cesare reparó en que el graderío empezaba a vaciarse con celeridad, y pronto, Jake y Lauren, sabrían que estaban siendo observados. No quería que Colette quedara en ridículo. La tomó del brazo y empezó a avanzar hacia la salida.

—Vámonos, *cara*. Supongo que Jake te llamará cuando estemos en la recepción. Tiene que ir a ducharse, y el organizador querrá hablar con sus jugadores estrella antes de que abandonen este lugar. Ya sabes, agradecerles, blablablá.

Ella asintió. Tenía un nudo en la garganta.

Estaban a punto de salir, cuando Colette se giró hacia atrás. Hubiera querido no hacerlo, y seguir el consejo de Cesare de salir pronto para llegar al hotel. Su mirada atrapó el momento en el que la tal Lauren colocaba la mano en la mejilla de Jake, y él no se lo impedía. Se giró bruscamente. Dolida, se dejó guiar por Cesare para salir del sitio.

Jake se deshizo de la mano de Lauren con fastidio. Aunque no lo suficientemente rápido como hubiera querido, pues reparó en que Colette, de pie en las gradas, había visto esa imagen. Si Cesare estaba junto a ella, y conociendo que su amigo tendía a ser demasiado sincero con Colette, entonces ya le habría dicho la identidad de la mujer que estaba a su lado. Una suerte de pánico se apropió de él. Hubiera querido saltar la valla que separaba la cancha de las gradas, e ir a buscarla para decirle que no malinterpretara la situación, pero Colette y Cesare se alejaron con rapidez. «Tendría que hablar en la recepción con ella.»

En la cancha de arcilla aún había gente. Henka y Rexford estaban en una esquina hablando de negocios, pues ambos tenían previsto abrir, conjuntamente con el marido de Henka, un restaurante en la ciudad. Los encargados de limpiar la cancha pasaban de un lado a otro, al tiempo que los pasabolas aprovechaban para pedir autógrafos a los jugadores.

—Jake —susurró Lauren con emoción en su voz—. No sabes qué placer me dio saber que íbamos a estar en este exclusivo evento.

Él había fingido no reparar en la presencia de Lauren desde que llegó al pequeño coliseo cubierto, y menos mal, ella tampoco se acercó en un inicio. Quizá porque estaba con su jefe, o porque Gordon, tan diligentemente, había destinado el sitio para la valla de Shuttle Box en una de las esquinas más complicadas para colocarla. Como Jefe de Marketing, a Lauren le tocaba supervisar que todo lo que implicaba parte de la marca quedara perfectamente expuesto y cualquier distracción podía costarle una multa de la empresa.

—Tú sales con un amigo de Rex...—dijo cuando ella se dispuso a tocarlo de nuevo.

—Es un gran amigo de mi familia, no hay nada entre nosotros —interrumpió apresuradamente. Quizá habría una esperanza con Jake, pensó.

—Me interrumpiste dándome una información que no me interesa —replicó con frialdad—.

Quiero que sepas que no estarías en este evento hoy, si no hubiese sido por mí.

Lauren frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Gordon arregló que tu empresa formara parte durante este espectáculo privado, pero a la recepción solo irá Babolat, Adidas y Gearforce, y supongo que los representantes de los anunciantes de los otros jugadores; tú, no. Estás aquí, porque yo quería hablar contigo, y para ello preferí hacerlo en un sitio que no diera a confusiones de tu parte.

—No comprendo del todo...

Jake quería terminar ese asunto para ir por Colette. La conocía y podía empezar a armarse historias en la cabeza.

—Quiero que quede algo claro, Lauren —se acercó hasta casi rozarse las narices—, tú no me interesas en absoluto. ¿Me he explicado?

Ella asintió, visiblemente afligida.

—Entonces, ¿por qué armaste este escenario? —preguntó con desconcierto, y en el mismo tono bajo que estaba utilizando Jake—. ¿Solo para decirme esto? ¿Qué no estás interesado en mí de ninguna forma posible?

Ninguno de los dos fue consciente cuando uno de los fotógrafos de la prensa que había quedado rezagado, les hizo una toma. No necesitaba flash, pues los reflectores de luz de la cancha estaban al máximo. El fotógrafo, con una sonrisa por lo que seguro sería una fotografía vendida por un buen precio a sus colegas del espectáculo, guardó rápidamente su equipo y salió de las instalaciones con discreción.

—Me enteré hoy lo que intentaste hacerle a mi sobrino en mi casa, hace un par de años. Y no te lo iba a dejar pasar —espetó destilando rabia. Lauren palideció—. Brad me lo ha dicho hoy en la tarde. ¿Cómo te atreviste? Ese niño es una parte importante para mí —siseó.

La mujer soltó el aire, y meneó la cabeza.

—Tuve un mal día. Tú me estabas ignorando, el niño tenía pataleta... Nunca quise...

—Pues tuviste suerte que mi madre me hubiera dicho que lo quitó de tu camino, y que no le tocaste ni un cabello —expresó con firmeza, interrumpiéndola—. Porque créeme Lauren, que si el caso hubiera sido diferente, en este momento estarías buscando un nuevo empleo.

Lauren lo miró apenada.

—Lo siento, Jake —expresó con sinceridad—. No me siento orgullosa de muchas cosas que he hecho en mi vida. He cambiado mucho en este tiempo —suspiró—. Aquella ocasión en que perdí a mi bebé, me marcó... yo —se miró las manos un rato, antes de elevar de nuevo la mirada, y continuar hablando—: Por favor, discúlpame. Lo siento de verdad. Cuando tu mamá llegó, yo estaba a punto de guardar la mano, no iba a golpearlo... fue un impulso estúpido. Créeme.

Él, la escrutó con la mirada. Luego de un momento, asintió. Lauren supo que la había creído, y eso representó para ella un gran alivio.

—Acepto tus disculpas.

Pronto se dieron cuenta que solamente estaban ellos, y un equipo que empezaba a desinstalar los reflectores con la ayuda de uno los pasabolas en la cancha.

—Escucha, me apena que toda nuestra relación haya acabado del modo en que sucedió... —expresó Jake sin resentimiento, y mirándola a los ojos—. Estaba muy enfadado aquella noche, muy dolido. Pero aún así debí llamarte para comprobar que estuvieras bien luego del aborto; aunque sea por un sentido humano. No lo hice, y también lo lamento.

Las lágrimas afloraron a los ojos de Lauren. Tomó la mano de Jake entre las suyas. Le sonrió con calidez.

—No hay nada que deba disculparte, Jake. Entendí que no quisieras saber de mí. Entendí que me odiaras. Eres un hombre maravilloso, solo que yo... —suspiró—, pensaba de otro modo. No supe valorarte, y te perdí. He albergado la falsa esperanza de retomar lo que tuvimos —meneó la cabeza con una sonrisa triste—, una gran equivocación de mi parte. Otra que añadirle a la lista.

—Ya no te odio, Lauren. Ya no —manifestó Jake—. Ha pasado demasiado tiempo para vivir en el pasado y alimentar el resentimiento. —Ella asintió—. Solo quiero cerrar este capítulo de mi vida. Cerrarlo de verdad. Y no puedo hacerlo sin antes haberte dicho con sinceridad, cara a cara, que está todo en el pasado. Que te disculpo, sinceramente. Inclusive por el tema de mi sobrino.

—Gracias, Jake. Yo... —tragó en seco—. Yo realmente espero que puedas encontrar a la persona que logre llegar a tu corazón, y valore lo que yo eché a perder —le soltó la mano con suavidad. Al disculparla, Jake la había liberado de la sensación de pesar por la traición—. Creo que voy a aceptar esa propuesta de trabajo que recibí ayer —dijo de pronto con un brillo en la mirada.

—¿Algo interesante? —preguntó con cortesía colocándose la maleta con sus raquetas al hombro. Finalmente sentía que su pasado estaba en el sitio correcto.

—Me iré a Shanghái. Hay un proyecto de marketing muy importante en una nueva empresa, y la dueña ha escuchado de mi trabajo con Shuttle Box. Me ha hecho una oferta. Necesito un poco de distancia de California. Será bueno cambiar de aires —sonrió.

—Buena suerte, Lauren.

Ella asintió.

—Adiós, Jake.

Jake esperó a Colette varias horas. Cuando el reloj marcó las once de la noche, supo que ella no asistiría. Apenas divisó a Cesare, este intentó evadir su mirada, aquello lo puso de mal humor. Se

acercó.

—¿Dónde demonios está Colette? —le preguntó apretando los dientes, cansado de haber tenido que sonreír, hacerse fotos y charlar de temas que no le interesaban, mientras esperaba inútilmente que la única mujer que quería ver, apareciera.

Cesare lo miró con aquel maldito gesto indolente en la mirada.

—La has hecho buena, Weston —se limitó a responder dándole un trago a un whisky—. Dos veces la misma historia. ¿Eh?

Jake le gruñó, pero Cesare ni se inmutó. De hecho, aprovechó cuando pasó una camarera muy guapa repartiendo canapés, le hizo un guiño, tomó un bocadito, y luego regresó la mirada hacia su amigo, que, evidentemente, tenía los niveles de paciencia por los suelos.

—No es así —apretó los dientes.

—Te vio cuando Lauren te acariciaba y no se lo impediste. Cuando me preguntó quién era la chica del vestido naranja, hubiera sido bastante insultante escondérselo. ¿Qué diablos te ocurre, Jake? ¿Has perdido la cabeza? Colette es una mujer maravillosa, y te advertí que...

En ese momento llegó hasta ellos Rexford, interrumpiéndolos. Llevaba un pantalón gris de corte impecable, y una camisa azul que resaltaba la virilidad de sus músculos. Los tres, juntos, eran un espectáculo para la vista femenina. Aunque quizá la pupila de Rex, Charlotte Jenkins, no pensara igual, pues al tiempo que bailaba con un simpático publicista, fulminaba a su entrenador con la mirada. Rex parecía ajeno a ello; Jake, no.

—¿Por qué has invitado a Charlotte, si no piensas pasar con ella? —le preguntó.

—No estamos hablando de mí al parecer —replicó Rex sin perder el buen humor. Cesare rio con aquel tono gutural que volvía locas a las mujeres—. Pero si te interesa es mi obligación... —expresó con una mueca—. Se lo prometí a su padre. Llevarla a eventos de esta clase es parte de mi trabajo.

—Espero que esa estúpida promesa que hiciste no termine explotándote en la cara —señaló Cesare.

Rex se encogió de hombros.

—Es una chiquilla de veintitrés años. Me da bastante igual si le parece bien o no las decisiones que tomo en relación a su carrera.

—¿Una chiquilla? Rexford estás ciego. Esa muchacha es una preciosidad —señaló Jake.

Rex lo fulminó con la mirada.

—Es mí pupila. Si es bonita o es simplona, me da lo mismo.

—¿Por qué estás tan seguro que quiere continuar siendo tenista? En algún momento leí que ser diseñadora de modas era lo que perseguía, o modelo...

La sonrisa de Rex se esfumó.

—Estarse exhibiendo medio desnuda no es precisamente interesante.

—Vaya, que yo sepa estás saliendo ahora mismo con una modelo de Victoria's Secret —sonrió Jake—. Yo encuentro las pasarelas muy interesantes —añadió para pincharlo.

La mirada de advertencia de Rex fue suficiente.

Cesare se echó una carcajada.

—Par de idiotas estáis hechos —expresó restándole importancia a los comentarios de sus mejores amigos. Luego agregó—: Jake, ¿por qué estaba Lauren hoy? Shuttle Box no estila presentarse en esta clase de actividades privadas. Ellos prefieren las canchas abiertas con mucho público...

—No había reparado en ello. ¿Has vuelto con Lauren? —preguntó Rexford, extrañado, mientras daba un sorbo a su whisky doble.

—Necesitaba ver a Lauren para arreglar unos asuntos —replicó con acidez—. Se irá a vivir a Shanghái.

El italiano frunció el ceño. Rexford abrió sus brillantes ojos verdes con sorpresa.

—¿Entonces no estás pensando en liarte con ella de nuevo? —insistió Cesare.

—Diablos, no. Solo quería... —se encogió de hombros—, quería dejar el pasado atrás. Tenía que hablar con ella por eso, y debía hacerlo en un sitio que no le diera falsos indicios con respecto a la intención detrás de mi interés de hablarle. Gordon organizó que Shuttle Box estuviera.

—Ya veo... Ese agente tuyo tiene sus trucos, ¿eh? —agregó Rex.

Se encogió de hombros.

—¿Dónde está, Colie? —preguntó Jake a Cesare, zanjando el tema anterior.

Rex se abstuvo de preguntar más, y a cambio, dirigió la mirada hacia Charlotte, que esa noche lucía un vestido corto que dejaba al descubierto sus largas y estilizadas piernas. Apretó la mandíbula. Tendría que hablar con ella. No era un evento para exhibirse, sino para hacer contactos. Si los hombres se dedicaban a mirarle las piernas, entonces no la tomarían en serio. Estrujó con fuerza la mano alrededor del vaso. Charlotte era su quebradero de cabeza personal, y estaba deseando deshacerse de esa responsabilidad. Estaba atado a una maldita promesa. Pero si todo salía bien, pronto podría librarse de ella.

—Dijo que necesitaba pensar —lo miró con advertencia—. Se fue a casa, después del partido. Intenté convencerla de venir, pero fue inútil.

Ni bien terminó Cesare de hablar, Jake salió por la puerta del fastuoso hotel como si lo persiguiera el mismísimo diablo.

Rexford observó intrigado la partida de Jake. Miró a Cesare, quien sonreía a una camarera guapísima que le llevó una copa nueva. Luego miró a su amigo de toda la vida.

—¿Se trata de la chica de París? ¿La que fue a mi fiesta, cierto?

—Sí.

—Está enamorado —comentó con una sonrisa taimada—. Quién lo diría...

—Solo hay un detalle —agregó Cesare. Arrugó el ceño ligeramente antes de continuar —: Aún no se da cuenta y puede echarlo a perder. Ya sabes que Lauren...

Rex asintió. Ambos habían visto cómo Jake había pasado de mujer en mujer, sin importarle nada. Desdeñando todo aquello que tenía que ver con vínculos emocionales como si de la peste se tratara. Ninguna mujer, después de Lauren, duraba más de dos noches con él. Y de acuerdo a los que ambos sabían ahora, Colette llevaba mucho más tiempo que ninguna.

—Al parecer conoces bien a la chica —Rex se frotó la mandíbula con sus elegantes dedos—. ¿No me digas que tú y Colette...?

—Diablos, claro que no. La conocí en París, la escuché cuando necesitaba un poco de apoyo, y nos hicimos amigos. La quiero como una de mis hermanas. El código de honor masculino jamás lo transgredo. —«Salvo una vez», hubiera querido decirle. Una vez que había acabado con la vida de la única mujer a la que había amado.

Capítulo 19

La noche anterior, mientras estaba arrebujada entre las sábanas, había escuchado sonar el telefonillo del edificio con insistencia. Sabía que era Jake, porque a la par del telefonillo, el identificador del iphone no dejaba de parpadear. Ignoró cualquier forma de contacto deliberadamente. Menos mal Kate le había escrito para decirle que estaría en casa de Damon en Beverly Hills y pasaría ahí la noche. Colette estaba convencida de que su mejor amiga le habría abierto la puerta a Jake, sin pensárselo dos veces.

Para ella, la idea de ceder un poco de su habitual independencia era difícil de asimilar, pero con Jake no se había sentido amenazada. Solo pensar en tener que apoyarse del todo en otra persona, la incomodaba; principalmente, porque toda su vida había estado tratando de librar sus propias batallas. Con él sintió que era lo correcto.

Se había enamorado de Jake. Mucho más que eso. Lo amaba. Sabía que no podía exigir reciprocidad, pero eso no impedía que le hubiese dolido cuando vio la mano de Lauren sobre su mejilla. Hasta donde ambos habían acordado, la relación no permitía terceras personas. O quizá ella tenía problemas para comprender la implicación de la frase «amantes sin compromisos.»

La escena en la cancha de tenis de Jake y Lauren, le trajo a colación aquella amarga mañana en París, cuando él estaba besándose con otra mujer. Pero si lo ponía en perspectiva, si Jake hubiera querido terminar su relación del mismo modo que años atrás, entonces no la habría llamado más de quince veces al móvil, ni tampoco hubiera prácticamente dejado sin tono al telefonillo del edificio. ¿Cierto?

Por otra parte, Cesare se había portado como siempre, muy bien con ella. Era curioso cómo las mujeres lo miraban sin perderle detalle. Y él, parecía indiferente a ello. Sabía que el italiano era bastante reacio a abrirse a nivel personal. Su encanto no solo radicaba en su acento, o lo atractivo que resultaba, sino que tenía un halo de misterio, casi impenetrable, que parecía atraer a las mujeres como abejas a la miel. Sin embargo, su mirada, aquella de ojos negros sicilianos, además de profunda era la de un hombre atormentado. O quizá solo ella lo habría notado, al no estar pendiente de su impresionante atractivo físico como otras.

Ella jamás indagaba más allá de lo que Cesare daba oportunidad. Pero sin poder resistir su inquietud, le había hecho una pregunta mientras ambos estaban en el aparcamiento la noche anterior, antes de que él se fuera a la recepción luego del partido de tenis.

—Cesare...

—¿Sí?

—Esto... —se mordió el labio, nerviosa—. Sé que no eres dado a hablar de la vida de nadie, y que te limitas a mantener a raya a las personas.

—Al grano, *bella* —murmuró con su sedoso acento italiano.

—Hace varios días, Jake y yo estuvimos conversando. Me dijo que tuvo... —se aclaró la garganta—, que tuvo un hijo con Lauren...

Cesare se mantuvo en silencio, sin apartar la mirada oscura de sus ojos.

—Esa es una afirmación —replicó, cauto.

Ella se armó de valor.

—¿Por qué Jake nunca habla del niño... o la niña? En su casa no hay fotos más que de su familia. Pero ninguna de un bebé. No suyo al menos... Sé que no es mi asunto, pero Cesare —dijo casi como una súplica—, él no me deja entrar. No tengo derecho a...

—Colette hay algo que debes saber de Jake —la interrumpió. No era ningún idiota y conocía que ella se había vuelto a enamorar del cabezota de su amigo—. Si él te mencionó el tema de Lauren, no fue porque lo hubieras presionado. Jamás ninguna persona logra obtener respuestas de Weston si él no quiere darlas. Montón de periodistas lo han tratado de enredar, y él mantiene su hermetismo. —Ella lo miró intrigada—. Si te lo dijo fue porque quiso contártelo, pero no completó la historia porque no se sintió capaz de involucrarte.

—Aún así...

—Demonios —se pasó los dedos entre los espesos cabellos negros—. Colette...

—Me tortura no poder traspasar su cinismo, y entender sus motivos para ello, Cesare —lamentó con tristeza en su voz—. Sé que no debería quererlo, sé que...

—Ella perdió el niño —dijo al ver que las lágrimas parecían querer salir de los ojos verde-azulados. Odiaba ver llorar a una mujer.

Colette lo miró boquiabierta. Luego se tapó la boca con la mano.

—Oh, Dios... —susurró con la voz rota. «Ahora entendía el dolor de Jake, quizá ese sufrimiento de la pérdida los separó, a él y Lauren.»

Al verla meditabunda, él le puso la mano en la mejilla.

—Oye, no es lo crees. La historia no tiene que ver con traumas emocionales de hijos no nacidos. —Ella frunció el ceño—. Creo que deberías hablar con él... Si te deja entrar de nuevo. Lo cual espero que ocurra. Déjame aclararte algo también —susurró tomándole el rostro entre las manos—, tú eres como una hermana para mí, y lo sabes —ella asintió con una sonrisa nerviosa por lo que él acababa de contarle—, así que en honor a eso te he contado lo anterior. Pero no puedo traicionar la confianza de Jake. Como tampoco traicionaría la tuya. No hay nada más que pueda hacer o decir en este asunto —dejó caer la mano, y cruzó los brazos.

—Tú crees... ¿Crees que debería intentar luchar por él?

Cesare respiró profundamente.

—No sé con exactitud el tipo de asunto que tengan, pero...

—Somos amantes —comentó interrumpiendo con cierta timidez—. Se supone que yo... Bueno era un asunto conveniente para ambas partes... Es decir... Mira, entiendo que no tengo voto para exigir o pedir nada más allá de lo que acuerdo implica. Y... En fin.

Cesare sonrió al escucharla enredarse en la explicación innecesaria.

—Los amantes no se cuentan cosas tan privadas, Colie. Ni se preocupan por si el otro tiene o no cómo trasladarse de un sitio a otro, en medio de la noche. Eso tenlo en cuenta —dijo a modo de respuesta, y lo acompañó con un guiño—. Ahora sube al automóvil, hemos terminado esta conversación.

—Gracias... —añadió con sinceridad, aunque no le gustó el tono autoritario de su amigo.

Con una sonrisa, y un asentimiento, Cesare la ayudó a subir a su Ford Focus, antes de que cada cual tomara su camino en la autopista.

La alarma del horno la trajo de vuelta a su departamento.

Fue a sacar las tostadas con queso, y empezó a comer paulatinamente.

Le esperaba un día de trabajo agotador. En el programa tenían como invitado a Jimmy Fallon. El famoso presentador de televisión, y amigo personal de Jake, había aceptado una entrevista, pues estaba de paso por Beverly Hills para atender un evento de famosos. Sin duda, la visita de Jimmy dispararía los índices de audiencia en la radio de modo brutal.

Radio Costa Azul estaba yendo fantásticamente, y Colette se dejaba la piel cada día. Había descubierto que, si bien nunca se imaginó trabajando en una cabina radial, se sentía parte de ese mundo de sonidos, programación y entretenimiento que podía llegar a toda California. Francis estaba conforme, los auspiciantes aumentaban cada día, o bien, los que ya existían incrementaban su cuota de pago publicitario. Los medios de comunicación habían empezado a hacerse eco del programa. Lo cual era un buen síntoma. No era una publicidad a un nivel de exposición mediática alto, pero sí que ayudaba a dar cuenta de la existencia de *Oxigen California*.

Dado que Jake llevaba un perfil bajo, la prensa del espectáculo no había dejado de disparar el botón del obturador de la cámara en el partido de tenis de la noche anterior. Sin duda, encontrarse con el famoso tenista era garantía de que al siguiente día se iban a vender muchos ejemplares impresos. Solo hubo medios escritos en el evento de lo que ella pudo notar. No se dio acceso a las cámaras de televisión.

Curiosamente, ahora que ella estaba completamente volcada en *Oxigen California*, la habían llamado de tres diferentes sitios para una entrevista de trabajo. Una de las llamadas correspondía al editor de Los Ángeles Times, necesitaba una persona de Santa Mónica que colaborara con un blog en el que se relatara sobre los temas *trendy* en la población femenina entre veinte y treinta años. La propuesta iba acompañada de la posibilidad de realizar una o dos coberturas periodísticas al mes, en caso de que se requiriera. Aquella era una propuesta muy tentadora, pero les dijo que no. Ella era leal, y tenía un contrato con Francis. Tenía plena confianza y pasión por su programa. Lo estaba

sacando adelante, veía los ratings cada día, y la tendencia iba en aumento.

El editor del famoso periódico le dijo que, si en algún momento se interesaba, le gustaría que le escribiese de regreso comentándoselo. Ella aseguró que lo haría. Pero lo cierto era que pensaba seguir con su programa radial indefinidamente.

Con el café deslizándose por su garganta, luego de haber descansado ocho horas, se sentía más vital. Estaba lista para enfrentar el día. O eso creía.

Estaba furioso. Jamás ninguna mujer había rechazado sus intentos de hablar, flirtear, salir o acostarse con él. Colette lo había ignorado deliberadamente la noche anterior. Maldiciendo, aceleró el ritmo de sus pies para correr más rápido por la playa. Ni siquiera el ejercicio mañanero conseguía disminuir su enfado.

Que hubiera dejado atrás a Lauren, no implicaba que iba a quedar como un idiota, cayendo en el mismo patrón de ir tras una mujer. Por más que fuera dulce, inteligente y sensual. Por más que acelerara su corazón, o encendiera su sangre con solo una de aquellas cálidas sonrisas. Por más que... Demonios. Necesitaba verla.

Agotado, al llegar a casa dejó que la presión de la ducha de agua caliente relajara sus músculos. Esa mañana tenía un desayuno importante para decidir la compra de un viñedo nuevo en Napa Valley. Era un asunto interesante y a corto plazo podría representar ganancias interesantes. La reunión habitual de temas en la radio a las diez de la mañana iría directo al olvido. Así tenía tiempo de calmarse, pero apenas volviese de su reunión con los empresarios, Colette Kessler iba a escucharlo.

Dio un puñetazo contra la pared de la ducha, frustrado, pero sobre todo confundido por las emociones que Colette producía en él. Inclusive su cuarto de baño estaba impregnado de los recuerdos de ambos fundiéndose con el otro.

Mientras el agua caía sobre su cuerpo desnudo, podía recordar con claridad la piel suave y mojada de Colette entre sus dedos. El modo en que le había ofrecido sus pechos para que lamiera las gotas de agua que paseaban por ellos. Él no había dudado; se deleitó con cada centímetro de aquellos senos turgentes. Devoró los pezones, mientras su mano acariciaba el sensible clítoris, al tiempo que sentía las pequeñas manos femeninas rodearle el sexo y masturbarlo. Las piernas de Colette eran perfectas; él las había recorrido con las manos, hasta abarcar también sus firmes nalgas, para luego acariciar la piel suave de la espalda. Entre quejidos y murmullos de placer, ambos habían llegado a un clímax que los dejó jadeantes, pero no lo suficientemente saciados del otro, pues apenas la vio regresar de aquel delicioso orgasmo, la había sacado de la ducha, tomándola en volandas, para después de secarla rápidamente con la toalla, depositarla sobre su cama, y tomarla de nuevo en una vorágine de pasión. Había sido el martes en la noche. Se habían amado de un modo intenso, y devastadoramente erótico. Ninguno de los dos entregó, sin haber recibido placer a cambio.

El solo recordar, logró que su sexo se endureciera. Mascullando una palabrota, cerró la llave de la ducha y salió dando un traspié. No pensaba aliviarse a sí mismo. De ninguna manera. Si la culpable de ese estado de excitación de su cuerpo, y confusión de sus emociones, estaba cerca, entonces le haría saber, con hechos, lo que había causado. Ella sería la única que iba a aliviar su deseo. Porque era la única que podía.

Con ágiles movimientos se vistió con un pantalón negro, americana a tono, una camisa blanca, y mocasines mostaza. Sacó las llaves del Bentley del cajón donde las guardaba, y se dirigió a la puerta. Como todas las mañanas, los periódicos estaban esperando por él. De mala gana los recogió. Se disponía a dejarlos sobre la mesilla del café, cuando una foto suya en primera plana le llamó la atención. O más bien, el titular.

¿El soltero de oro ha dejado de serlo? ¡Jake y Lauren juntos de nuevo!

Sintiendo la bilis recorrerle las entrañas, lanzó el periódico a un lado, y tomó otro.

La apasionada historia de Jake y Lauren, ¿de regreso?

Sentía que las tortitas que se tomó de desayuno se convertían en ácido cuando leyó el último titular.

Weston deja sus encantos en la cancha. ¡Miradas cómplices de Jake y Lauren!

«¡Demonios! Si él tenía esos periódicos, ¿cómo no iba a leerlos una periodista que se alimentaba día a día de las noticias?» Sintiendo enfermo por la posibilidad de perder a Colette salió dando un portazo. No dejó de maldecir, mientras llamaba a cancelar la reunión con los dueños del viñedo, disculpándose por tener una emergencia que atender. «Y vaya que era una emergencia. ¡Condenados periodistas de espectáculos!»

Con una foto tan nítida como la de los periódicos que tenía sobre el escritorio, no era difícil darse cuenta que Lauren era guapísima, notó Colette. En todas las fotografías, las narices de Jake y la pelirroja, casi se tocaban. Como si fueran a darse un beso. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para intentar no leer la noticia. Pero no lo consiguió.

En honor a su ridículo intento de serenarse y apartar la oleada de celos que la invadió, primero dio una leída a las noticias de política, economía, salud, educación, y así, hasta que no le quedó de otra que ir a la página principal de la sección de espectáculos. Empezó a leer los titulares. Cada uno más sensacionalista que el otro, pero la esencia era igual. Todos dejaban en la palestra la interrogante de si la pareja había retomado el romance dejado años atrás por una infidelidad de Lauren.

Sin embargo, ella que lo conocía bastante bien, podría decir que viendo en detalle la expresión de Jake en las fotografías, esta no parecía la de un hombre a punto de besar a una mujer. De hecho, había fiereza en su mirada. ¿Pasión contenida, quizá? Los matices de las fotos eran confusos.

Si quería intentar ser imparcial, podría decir que Lauren y Jake hacían una pareja, físicamente perfecta. Algo que ella, Colette Kessler, distaría mucho de ser. No tenía estilo glamuroso al vestirse, ni la figura espigada de una modelo de pasarela. Al contrario, ella se vestía lo más cómoda posible, y su figura... bueno, la naturaleza la había dotado de atributos con bastante indulgencia.

—Colie —Zack abrió la puerta interrumpiéndola. Ella dejó los periódicos a un lado, y tomó un donut—. Tenemos un problema.

Se puso alerta.

—¿De qué se trata?

—Francis me envió con Deirdre para que le ayudase a traer unas cajas con pegatinas, y material de difusión de la radio. ¿Recuerdas que uno de nuestros auspiciantes es 3M? —Ella asintió—. Pues han sido muy amables, y nos han obsequiado varios lotes de sus productos para sortear. Me ha dicho Deirdre que debemos ir a retirarlos alrededor de las diez de la mañana. Pero la central está algo lejos, entonces tenemos que ir un poco antes... —la miró apenado—. Sé que es importante la reunión de temas que...

No tenía ganas de ninguna reunión. Así que si la suspendía podría estar en paz con sus pensamientos un rato. Socializar le apetecía muy poco. Al menos, hasta la hora del programa.

—Tranquilo —interrumpió al ver el rostro preocupado—. Yo dejé ayer todo organizado. El programa de hoy será un poco distinto como acordamos, porque le daremos un poco más de tiempo al entrevistado. No hay muchos temas de qué hablar. Haz lo que dice el jefe —dijo con un guiño.

—¡Jimmy Fallon es el mejor presentador! Me hace partir de risa. Seguro me da su autógrafo —expresó contento—. Te prometo que intentaremos llegar al medio día. Hoy toca ir a *Sizgag*, la nueva hamburguesería. Si es que te apetece almorzar ahí.

«Al menos eso no cambiaba nunca. La comida chatarra no se despreciaba nunca.»

—Seguro que sí. Por cierto, hace poco intenté comunicarme con Francis...

—Ha ido a jugar al golf con no sé quién. Eso me contó su asistente. Como sabes a esta hora solo está la programación musical, porque el presentador de noticias de las seis de la mañana ya se ha ido hace cinco minutos. ¡Se respira tranquilidad!

Colette rio. Sabía que a Zack no le gustaba el presentador Peter Kawasji.

—Siempre es mejor a escuchar la estruendosa música de Wanda.

—Oh, bueno, ella está en el cuarto de control como todas las mañanas, y esta vez ha cerrado bien la puerta de cabina, para que no salga su música —sonrió—. Francis cree que me gusta venir a hacer turnos dobles solo porque me ve a la hora de nuestra reunión de temas —rio—. En todo caso, no me molesta acompañar a Deirdre hoy. Después de todo, no puedo dejar que ella cargue sola con los paquetes.

—Por supuesto, pero, ¿qué es de Charlie, el mensajero? O, ¿qué hay de Rocco, el de bodega?

—Están ocupados fuera. Han salido súper temprano a hacer diligencias. Como el lunes es puente, quizá tienen más trabajo que otros días. O quieren terminar más rápido.

Colette comprobó el reloj.

—Son apenas las ocho y media. En todo caso, no hay problema Zack, todo está controlado para la tarde. Por cierto, iba a mencionártelo, pero dado que, a pesar de que no es tu obligación venir una hora en la mañana, y que solo lo haces por la reunión de temas que yo he impuesto, quiero que sepas que hablaré con Francis para que te pague una hora extra por ello. —La mirada de Zack se iluminó—. Tenemos ahora suficientes auspiciantes, nos está yendo fantástico, y tú eres parte de este proyecto.

—Vaya, yo...

—Nos vemos en la tarde.

—Claro, claro, sí. Gracias, Colie —murmuró mientras cerraba la puerta tras de sí.

Con un suspiro, ella se reclinó hacia atrás. Al fin, Francis había cambiado la silla por otra que no chirriara como trasto viejo, y cuyo material no estaba desgastado. Descansó la cabeza en el respaldo acolchado.

Cerró los ojos.

Minutos después, la puerta se abrió de la oficina sin previo aviso, y Colette dio un respingo. Abrió de golpe los ojos, tan solo para encontrarse a Jake frente a frente. Él la miraba con intensidad. Colette quiso salir de la oficina, pero hubiera sido un acto de cobardía. Así que le devolvió la mirada.

—Te fui a buscar anoche...

—Buenos días para ti también.

—Te llamé —continuó como si ella no hubiese hablado—. Estuve a punto de pedirle las llaves al portero, y no precisamente de un modo civilizado —expresó con voz dura. No sin antes haber puesto el seguro en la puerta. Un detalle que a Colette no se le pasó por alto, pero se veía incapaz de reaccionar. Jake destilaba virilidad por los cuatro costados. Eso la ponía nerviosa, y le aceleraba la respiración. Era un efecto que no podía evitar. Lo odiaba por ello.

—Estaba durmiendo —replicó Colie—. No me gusta que interrumpen mi sueño.

Él por supuesto, esperaba algo más que una contestación tan escueta. Por eso avanzó hasta quedarse frente a ella. Apoyó las manos sobre el escritorio, y se inclinó.

Colette, automáticamente, se echó hacia atrás, pero el espacio entre la silla y la pared era mínimo. No le quedó de otra que ponerse de pie, y rodear el escritorio. No era tan tonta como para ponerse frente a él, así que se quedó junto al lateral del escritorio, y se cruzó de brazos, como si de ese modo pudiera protegerse de algo.

—Respuesta equivocada —dijo él caminando con lentitud hasta quedar frente a ella.

—No puedes venir a mi oficina, encerrarnos y empezar a hacerme preguntas como si...

—¿Tuviéramos una relación?

Ella asintió.

—Bueno, pues la tenemos. Somos amantes. Ese es un tipo de relación —espetó.

—Entonces, si mal no recuerdo, los amantes no se hacen preguntas, no se exigen, no se...

—Creo que tienes un problema de conceptos —adujo con una media sonrisa muy sensual—. Podemos hacernos preguntas, exigir placer...

—Ninguna pregunta que implique explicaciones que no quieres dar —interrumpió.

—¿Y qué explicación es esa que no querrías darme, Colie? —preguntó con un tono peligrosamente sedoso.

Estaban cerca. Demasiado cerca.

—No soy yo la que tiene que explicarse —estiró la mano señalando los periódicos—, pero insisto, no me importa, al final, supongo que es tu modo de decirme que se ha terminado todo —expresó. Demasiado tarde para darse cuenta que estaba demostrándole que le importaba más de lo que quería admitir—. Pudiste decírmelo a la cara. Eres un cobarde.

Jake intentó no perder la paciencia. Estaba llamándolo cobarde. Jamás nadie se habría atrevido a insultar su orgullo de esa manera. Intentó pasarlo por alto. Lo intentó de verdad, pero su genio salió a flote.

—Te esperé en la recepción —la miró con enfado—. Y tuve que saber por Cesare que te habías marchado —achicó los ojo—, habríamos conversado entonces.

Lo miró desafiante. ¿Qué estaba diciéndole? ¿Qué la había esperado en la recepción para terminar su relación con ella?

—Yo no soy un juguete sexual al que apartas si surge algo incómodo como si fuera un sucio secreto. Te dije desde el principio que la única condición era la sinceridad. ¿Pretendías decirme que lo que teníamos...

—Tenemos —la corrigió.

Ella hizo un gesto con la mano para que se callara.

—...estaba acabado en medio de un evento social? No sé cómo funciona del todo tu mundo, en el mío hacemos las cosas distintas. Hay un lugar para cada situación. O quizá sea que este tema de las relaciones esporádicas...

—Estás mal interpretando, Colette —la interrumpió, apretando los dientes para contener las ganas de zarandearla y acallarla con un beso como deseaba.

—No has sido sincero —lo miró con altivez.

—¿Qué te hace pensar que no lo he sido? —preguntó achicando los ojos que lanzaban destellos acerados. Una clara señal de advertencia que ella pasó por alto.

—Coqueteabas con otra mujer.

Algo dentro de Jake se relajó.

—¿Estás celosa?

Ella odió el tono de complacencia con que lo preguntó.

—Para que eso ocurriera tú tendrías que importarme realmente —dijo orgullosa.

Eso terminó con el pequeño margen de diplomacia del carácter de Jake.

—Entonces, ¿no te importo más que como un semental que te dé placer? —expresó con sospechosa calma, aunque Colette podía ver cómo el gris de aquellos ojos parecía fundirse en ardientes llamas de acero.

—No tienes que ponerte soez. Eres mi amante, y punto. Eso implica dar placer. ¿O no? Ahora si tú te consideras un mero semental a mi servicio por ello, pues no es mi problema.

—Suficiente —replicó tajante, antes de estirar la mano, tomarla de la nuca, y acercarla para darle un beso brutal. No por su fuerza, al contrario. Era devastadoramente suave, casi tierno, pero ella no se equivocaba, porque lo conocía. La ternura era una ilusión de su estúpida mente enamorada. Una mente que al parecer en ese momento era incapaz de hilar correctamente las preguntas que debería estarle haciendo, en lugar de permitirle a su cuerpo reaccionar ante él, como si fuera una masa de barro y él un experto alfarero.

Las manos de Jake se deslizaron desde la nuca, hasta la cintura de Colette, pasando por los contornos laterales de sus pechos, sin tocarlos como ella tanto deseaba. Sentía los senos pesados, hinchidos y deseosos de ser acariciados. Fue muy consciente de la dureza masculina presionada contra su propio sexo, cubierto por la falda del vestido azul. El beso se volvió cada vez más apremiante, envolvente, mientras aquellos brazos fuertes la abrazaban. Jake devoró su boca como si la vida se le fuera en ello. Pero ella no se quedó atrás. ¿Cómo podía ser el sabor de la boca de un hombre tan maravillosamente erótico?

Aquel beso incendió el cuerpo de cada uno. Cuerpos que empezaron a acariciarse con urgencia, insistencia, anhelo. Las manos de ambos se movían por todas partes, quitando lo que estorbaba: la ropa, en su totalidad. Completamente desnudos, y jadeantes olvidándose de dónde estaban. Durante un breve instante se asombrados, mirándose a los ojos, por el nivel primitivo con el que se estaban acariciando.

—Vaya...—gimió Jake, y ella lo atrajo para besarlo. Se olvidaron de todo, nuevamente.

Los pechos de Colette tenían la marca de la barba de dos días de Jake; los pezones rosados estaban erectos, húmedos, y ella tenía la boca hinchada. Él no iba mejor. Ella le había dejado su marca en el cuello, algo que no había hecho desde el instituto con algún novio tonto sin importancia. El sexo masculino era una impresionante vara de terciopelo palpitante, y una pequeña gota perlaba el

glande. Sin poder evitarlo, Colette estiró la mano y con el dedo esparció la esencia alrededor de la sensible superficie de piel. Él contrajo el estómago, y en respuesta, la tomó de la muñeca para detener el avance, inclinó la cabeza y chupó con fuerza uno de los pezones, que parecía un dulce néctar derritiéndose en su lengua. Colie arqueó la espalda y apoyó las manos hacia atrás, sobre el escritorio.

—Me vuelves loco, te he deseado esta mañana —gruñó mordisqueando el otro pezón—, ayer. Cada maldita hora —confesó, recorriéndole con la lengua la suave piel de los tentadores senos, al tiempo que ella sentía cómo sus pliegues íntimos se lubricaban en señal del palpitante anhelo sexual.

—Jake...

Él la tomó de las nalgas, y la apretó contra su sexo, mientras la besaba apasionadamente. Se frotó contra ella, haciéndola aún más consciente, si acaso fuera posible, de cuánto anhelaba penetrarla, resguardarse en su interior, rodearse de aquellas paredes suaves y húmedas. Colette no podía más que gemir, y disfrutar de la sensual tortura, porque su cerebro se negaba a reaccionar o crear algún pensamiento coherente.

El escritorio era bastante amplio, por eso, lo único que la hizo ser consciente de dónde estaban fue palpar la madera fría contra su espalda. Giró la cabeza, y se encontró con papeles desperdigados por el suelo, así como algunos bolígrafos. No podría decir en qué momento él había echado todo cuanto había en el escritorio para recostarla en el borde de la superficie. Su piel estaba embotada de sensaciones.

—Quise verte ayer... —le dijo, mientras, inclinado sobre ella, continuaba besándola. Tenía un brazo detrás de la nuca femenina, y con la mano libre aplicaba una caricia tentadora en la entrada del sexo húmedo—. ¿Por qué no me dejaste entrar? —preguntó con voz ronca. Ella intentó incorporarse, pero él no se lo permitió. A cambio agachó la cabeza y le devoró la boca con un apremio tal, que la hizo gemir.

—Estaba... estaba cansada... —mintió, mientras él la acariciaba con los dedos sin tregua, y la gruesa erección se apretaba contra uno de sus muslos. Lo deseaba dentro, ¡Dios! ¡Qué tortura era esa! No podía ni siquiera recordar por qué estaba enfadada con él.

—¿Sí...? —hundió el dedo en el interior de Colette, y ella se arqueó. Jake agregó un dedo más y la frotó con lentitud.

—Alguien puede...

—Demasiado tarde. Y además, tengo la impresión de que esta radio está prácticamente desierta.

—Pero no podemos...

—Podemos —replicó, callándola con un beso profundo. La acomodó de tal forma, que el sexo brillante de Colette quedó totalmente expuesto a sus ojos. Unos ojos que quemaban y anhelaban.

Consciente de lo que venía a continuación, Colette quiso bajarse del escritorio. ¿En qué momento había perdido la cordura para desnudarse, y empezar a hacer el amor en su oficina? ¡Ella no era impulsiva! Sus intenciones de recuperar la cordura se vieron frustradas cuando un movimiento rápido

de la mano de Jake la recostó de nuevo contra la madera, y enseguida sintió una lengua invasora, pecaminosa, orgullosa y experta, lamiendo su sexo.

—Oh...

Jake paladeó aquella esencia almizclada, producto del deseo que ella tenía por él y nada más que por él. La saboreó, chupó e introdujo su lengua contorsionándola hasta que sintió a Colette al borde de la locura, mientras con una mano le acariciaba los pechos, alternativamente. Salió del Sur de su cuerpo para recorrer la piel satinada con la lengua, hasta llegar a la boca sensual, para que ella se probara a sí misma en un beso demencial. Jake sentía que no podría aguantar ni un momento más...

—Espera aquí, cariño... —susurró él. Con rapidez buscó en su pantalón, que yacía en el suelo, y sacó un preservativo del bolsillo trasero. Lo rasgó y se acomodó. Regresó con ella, y antes de que pudiera protestar la alzó en brazos, hasta que Colie estuvo sentada en el filo del escritorio—. Quiero que disfrutes conmigo —murmuró contra los labios sensuales de Colette.

—Creo que ya lo estamos haciendo...

—Eres muy respondona —comentó con una sonrisa, antes de tomarla de las nalgas. Ella sonrió—. Vamos a acomodarte de tal forma que encajemos con facilidad. —Colie se abrazó al cuello de Jake, y pronto sintió cómo entraba en su interior con un empuje contundente que le extrajo el aire de los pulmones. Tomó una bocanada de aire, mientras lo miraba a los ojos, y lo sentía moverse entre sus suaves pliegues.

—Se siente... tan profundo —gimió, cuando las embestidas se volvieron primitivas, apremiantes y electrizantes.

—Eso es bueno —jadeó Jake—, porque para mí es igual... Me encanta tu cuerpo. Es tan receptivo que me tiene loco.

Los pechos de Colette se agitaban arriba y abajo contra el pecho masculino, al compás del choque de ambos cuerpos sudorosos, y ardientes. La boca de Jake le devoraba los labios, mientras las manos, sobre sus nalgas, la movían al ritmo de los embates. Se menearon como si fuera un baile al que hubieran sido convocados desde siempre. Encajaban con perfecta sincronía. Ella casi lo había llevado al límite. Y él, a ella, a la locura.

Con un último empuje, Jake fue sacudido por un estremecimiento de placer en el momento exacto en que los íntimos pliegues de Colette empezaron a contraerse alrededor de su sexo ardiente y vibrante. Los espasmos los sacudieron a ambos con una fuerza alarmante. Él la besó para atrapar sus gemidos, y ahogar los propios. Un segundo después, la cabeza de Colie se recostó contra pecho de Jake, y él la abrazó.

Se quedaron en silencio. Jake aún dentro de Colette, y ella dejándose cobijar en esos brazos fuertes y poderosos. Minutos después, él salió del interior de Colie, y ella lamentó la pérdida. Pero una vez que sus cinco sentidos se pusieron a trabajar, ella se reprendió por haber sido tan débil.

Con la mayor dignidad posible se bajó del escritorio, agradeciendo que sus piernas hubieran decidido sostenerla, y empezó a vestirse con rapidez y precisión, consciente de que Jake la

observaba, al tiempo que él también se acomodaba la ropa.

Cuando terminó de recoger los papeles y todo el desastre del suelo, no tuvo otro remedio que mirarlo. Jake no parecía haber hecho el amor con ella como un poseso. Lo único que delataba su falta de pulcra perfección era el cabello despeinado. Un cabello con el que sus dedos se habían maravillado, mientras lo besaba y lo acercaba más y más. Sacudió la cabeza.

Jake observaba cómo Colette intentaba controlar los movimientos de sus manos temblorosas. Acababan de hacer el amor de un modo salvaje y sin miramientos. Ella lo hacía perder el control, y respondía a él de una manera que jamás lo había hecho ninguna mujer.

—No tengo nada con Lauren —dijo Jake rompiendo el plácido silencio. Guardó las manos en los bolsillos para evitar tocarla como deseaba hacerlo de nuevo—. Quería hablar con ella por motivos del pasado.

—No necesitas explicarme nada, Jake... —comentó con una voz que intentó ser firme, pero no lo consiguió.

Él lo notó.

Se acercó a Colie, levantó lentamente la mano para acariciar su mejilla, pero la dejó caer. Como si hubiera sido derrotado. Como si no pudiera postergar lo que debía decirle. No quería terminar lo que tenía con ella. Todavía no. Y si para ello tenía que contarle aquel episodio aciago de su pasado con Lauren, entonces lo haría.

—Quizá no, pero quiero hacerlo.

Ella estaba dubitativa.

—¿Por qué?

—No quería hablar contigo anoche para terminar lo nuestro, ni tampoco lo que ocurrió en la cancha fue una repetición de Paris. Te dije que había cambiado. Lo he hecho. Acordamos ser sinceros y lo he sido, Colette. No me acuses de lo contrario.

Colette se sentó en el sillón pequeño que estaba junto a la estantería.

—No creo que sostener una conversación aquí sea lo más adecuado —expresó haciendo un gesto con la mano para abarcar su oficina.

Él sonrió con suficiencia masculina.

—Tampoco tener sexo, pero lo hemos hecho de todas maneras, ¿verdad?

Ella se sonrojó, y él aprovechó para sentarse a su lado.

De pronto, la sonrisa de Jake se esfumó, para ser reemplazada por una expresión meditabunda. A Colette algo le decía que Jake no le había mentado con respecto a Lauren y lo ocurrido el día anterior. Las sombras de los ojos grises, le indicaron que su modo de reaccionar a lo que vendría a continuación iba a definir muchas cosas entre ellos.

Quizá ninguno de los dos aceptara frente al otro que la relación había dado un peligroso paso hacia adelante, desde muchos días atrás. Quizá ignorarlo era un mecanismo de defensa en común, porque desde que volvieron a encontrarse las chispas habían saltado entre ambos. Quizá ninguno era capaz de decir qué era lo que más temía, si reconocer que existía un sentimiento más allá de la lujuria y enfrentar la posibilidad de ser rechazado por el otro al confesarlo, o romper todo vínculo entre ellos.

Capítulo 20

El relato de Jake empezó con detalles generales sobre el modo en que había conocido a Lauren. Continuó por algunos eventos en donde eran fotografiados, lo bien que encajaban en círculos sociales, el acoso de la prensa, hasta que llegó al punto en que le mencionó sobre su paternidad.

—Me había costado convencerla de que se casara conmigo —comentó mirando al infinito—. Creía que era una mujer diferente y que valía la pena luchar por ella. Valía la pena hacerla mi esposa —negó con la cabeza—. Fue una grave equivocación.

—A veces todos cometemos errores —dijo con suavidad poniendo la mano sobre la de Jake—. ¿Qué pasó luego?

Él enlazó los dedos con lo de Colette, y se giró, mirándola.

—Nada tiene ya que ver sobre cómo me siento con respecto a ella, porque no hay sentimientos encontrados ni mucho menos.

Ella asintió.

—De acuerdo.

—¿Confías en mí?

—Lo hago. Sí.

Eso pareció calmar la mirada inquieta de Jake, y con ello, la presión de sus dedos sobre los de Colette disminuyó.

—Bien. Habíamos comprado la casa, ella contrató decoradores, y teníamos fecha de matrimonio y mudanza. Lo organizamos todo bastante rápido. Estábamos a punto de enviar las invitaciones, cuando Lauren me confesó que estaba embarazada; para entonces habían pasado tres semanas desde mi propuesta de matrimonio. Me puse eufórico. La idea no me asustó en absoluto, porque ese bebé iba a ser un miembro para mi familia que recibiría todo el amor y el cariño que merecía.

—Seguro que sí —agregó Colette. Escuchar cómo el hombre que amaba había estado con otra y planeando su vida juntos le escocía, en especial porque muy en el fondo de su corazón, nunca había dejado de estar enamorada de él. Pero sabía que esa conversación era importante, y las emociones de Jake por la tal Lauren estaban en el pasado.

—No se lo dije a mi madre, porque quería esperar el momento oportuno para darle la sorpresa. Pensé también en Brad y lo feliz que se pondría al saber que iba a tener un primo con el que jugar. Ideé varias maneras para contárselos, porque me hacía mucha ilusión. Nunca pensé que la idea de convertirme en padre me pudiera causar tanta alegría. Un hijo era un regalo bienvenido, aunque no hubiera sido planeado.

Ella asintió con la emoción atrapada en el pecho. ¿Cómo podía la prensa tachar de frío o indiferente a un hombre como Jake?

—Yo generalmente prefería vivir en casas separadas, porque a veces necesitaba concentrarme y lo cierto es que Lauren era una distracción. No es importante en todo caso... —cortó al ver el rostro de Colette. Tampoco quería relatarle su vida con otra mujer, pues de algún modo sentía que él no querría escuchar sobre Colette y otros hombres. La miró con gesto de disculpa, y el silencio de ella lo invitó a continuar—. Lauren empezó a sangrar en medio de la noche. Asustados al darnos cuenta de lo que ocurría fuimos hechos un bólido hasta el hospital. Yo estaba aterrado con la idea de que algo malo le ocurriese al bebé. La pasé muy mal. Mil imágenes se me colaron en la cabeza. No creía que fuera posible que el destino me castigara nuevamente como si haber perdido a mi padre, mi hermana y mi cuñado, no hubiese sido suficiente.

—Oh, Jake... —le acarició los nudillos de algunos dedos con el pulgar—. Lamento que hayas pasado un momento tan duro...

Una carcajada rota brotó de la garganta de Jake.

—No te equivoques, que aún no termino.

Ella se quedó en silencio y mirándolo con el ceño fruncido.

—Estuve yendo de un lado a otro como desesperado hablando con enfermeras, preguntando y averiguando por internet sobre las consecuencias de un inesperado sangrado durante el embarazo. Barajé cientos de hipótesis, mientras esperaba que Lauren saliera de la habitación. Confiaba en que todo fuera bien, que no hubiera inconvenientes y que solo fuera un susto —negó con la cabeza—. Le hicieron un legrado uterino, así que pasamos una noche en la clínica. Durante el tiempo que ella estuvo en quirófano, no me acerqué. Estaba sobrepasado, y me sentía abrumado. Cuando entré para verla una vez que la pasaron a la habitación, ella tenía la mirada perdida, el rostro pálido y yo me sentí terriblemente. El médico habló, pero para mí fue como si estuviera muy lejos. Fue como si me hubiesen golpeado dejándome sin aire.

—Perdió al niño...—murmuró con tristeza en la voz.

—Sí —repuso con frialdad—. Fue un golpe difícil de asimilar, pero intenté ser fuerte por ella. Los abortos espontáneos no son infrecuentes.

—No. No lo son.

—Cuando llegamos al departamento de Lauren en Beverly Hills, ella se acomodó en el salón y yo la abracé, hasta que las lágrimas dejaron de salir de sus ojos.

—Cualquier mujer que haya sufrido la pérdida de un niño debe pasarlo fatal; debe ser realmente muy difícil. Qué suerte para ella haber contado contigo. Muchas mujeres solteras y embarazadas pasan por esas experiencias sin nadie a su lado...

—Supongo que sí —replicó—. Yo viví esos momentos con una angustia brutal. Lauren me pidió que habláramos —levantó la mano de Colie, y le besó la palma. La quedó mirando un largo rato—. Mi madre no sabe lo del embarazo. Nunca se lo dije. Y me alegro de no haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Lauren me confesó que durante nuestra relación había tenido una aventura. Y que el resultado había sido ese embarazo —confesó su secreto.

Colette intentó asimilar la información. Se sintió furiosa, porque no entendía cómo era posible que una mujer fuera de tan baja moral para poder engañar así y causar dolor. ¿Dónde quedaba la dignidad?

—Jake —susurró poniéndole la mano en la mejilla.

Él se encogió de hombros.

—Ya ha pasado —le tomó la mano y volvió a entrelazar los dedos con los de ella—. La odié durante mucho tiempo. Me dediqué a ir de una mujer a otra, tan solo para darme cuenta de que ninguna era auténtica, ninguna valía realmente la pena. No me servían para olvidar, y al final, en realidad, yo ya no sentía más que rencor por Lauren. Todas esas mujeres querían algo de mí, pero no a mí verdaderamente. Les gustaba la idea del estatus de ser mi pareja, el acceso a sitios exclusivos, y si coincidentemente mi amante de turno era modelo o actriz, entonces la posibilidad de ver impulsadas sus aspiraciones profesionales era un plus que me hacían aún más atractivo a sus ojos. —Colette no pudo evitar sentir desprecio hacia Lauren, y todas esas mujeres que no habían sido capaces de ver más allá de la fachada de suficiencia e indiferencia de Jake. ¿Engañarlo? Definitivamente, Lauren había sido una estúpida—. Pero ninguna duraba lo suficiente para conseguirlo. No me apegaba a nadie. Me volví cínico... Y entendí que el amor es solo para imbéciles.

—Quizá tu posición es comprensible... Al menos ahora puedo entenderte mejor.

—¿Es así? —indagó perdiéndose en los ojos azul verdoso de Colette. Hablar con ella implicaba abrir partes de él que estaban prohibidas para el resto. Aquello le provocaba ganas de correr y alejarse. Pero era absurdo intentar apartarse de ella, porque de inmediato sentía el anhelo de verla de nuevo. Colette estaba colándose bajo su piel, y era aterrador asimilar que no podía limitarlo a una explicación de mero deseo sexual.

—No todas las mujeres somos mentirosas, ni buscamos engatusar para conseguir estatus o fama...

Él no dijo nada al respecto, y luego le contó brevemente sobre cómo se había enterado que Lauren intentó golpear a Bradley tiempo atrás, y cómo organizó que ella estuviera en el evento para encararla y cerrar ese capítulo de su vida.

—Creo que fue por ti en todo caso que decidí enfrentar ese capítulo definitivamente. Pude haber dejado pasar el tiempo, pero tú tuviste razón.

—¿Yo?

—Cuando me dijiste que quizá no lo había superado. Tenías razón. Pero no era porque continuara sintiendo algo por Lauren, sino porque no la había perdonado de verdad. Y era eso lo que no me permitía deslindarme de las emociones de ese episodio.

—¿Y ahora?

—La perdoné. Del todo.

—Los medios dijeron que te dejó por un criador de caballos.

Jake se rio.

—Los medios dicen muchas estupideces, pero en ese caso, fue la versión que ella y yo acordamos decir.

Colette lo miró sin entender. ¿Cómo era posible que aquello no le importara?

—Había perdido a su bebé, Colie, yo no quería que el engaño y ese episodio se supiese. Porque no solo iba a afectarme a mí al armarse un circo mediático, sino también a ella. El hombre con el que tuvo la aventura estaba distanciado de su mujer cuando ocurrió, pero no se habían divorciado; tenía ya dos hijos. ¿Te imaginas lo que hubiera sido para esa familia, para esos dos niños ser acosados por la prensa?

Colie sintió que en ese momento lo amó un poco más que hacía unas horas. A pesar del dolor de la traición, y la mentira, él había pensado en la familia del hombre con el que su prometida lo había engañado, en lugar de vengarse. Ese no era el hombre cínico y frío del que hablaban los medios. Ella había llegado a conocer y amar al verdadero Jake... Se preguntaba si alguna vez, él dejaría la desconfianza de lado y se aventuraría a abrir su corazón...

—A pesar de lo que quieras hacerme creer, sé que eres un buen hombre.

La mirada de Jake se volvió insondable.

—No quiero que veas en mí, cualidades que no poseo.

—He visto más allá de lo que pretendes que otras personas conozcan sobre ti.

—Colette —advirtió. No quería que ella empezara a psicoanalizarlo. No le estaba contando todo eso para que se sintiera más unida a él, sino para que no dejara de ser su amante pensando que la había dejado por otra. «Embustero.»

—¿Por qué estás en Santa Mónica, en lugar de continuar en los barrios de los famosos de Beverly Hills, Bel Air...?

—Estoy buscando respuestas.

—¿A qué?

—Encontrar un Norte.

Frunció el ceño.

—¿Por lo de la cancelación de tu programa?

Jake asintió y sonrió. Esta vez fue una sonrisa completa, resplandeciente. La sonrisa del amante de Colette Kessler; una expresión que a ella la hacía temblar de anticipación.

—No suelo hablar demasiado, pero supongo que tienen que ser consecuencia de tus habilidades de periodista y que sabes decir las palabras exactas para estimular la confesión —dijo bromeando.

Ella se inclinó, y lo besó. Un beso suave, lento, y que contenía una emoción que Jake no supo interpretar, pero que lo recorrió de arriba abajo infundiéndole un pánico que no sentía desde... Nunca había sentido algo así. Como si ella estuviese lanzando una cuerda invisible para retenerlo. Él no era de nadie. No quería serlo.

Se apartó.

—Lo de hoy en los titulares fue, como ahora sabes, una imagen que no captó todo lo que en realidad ocurrió ayer —dijo poniéndose de pie. Ella lo imitó—. No intentes analizar demasiado lo que te he contado. Continuaré sin querer comprometerme con nadie.

—¿Es esa una advertencia?

Jake achicó los ojos, pero cambió el tema deliberadamente.

—Tampoco hemos conversado sobre lo que ocurrió con tu familia.

Automáticamente, Colette se tensó.

En eso llamaron a la puerta.

Preocupada, ella se fijó en que nada a su alrededor delatara lo que había ocurrido. Corrió hasta la ventana, y dejó que el aire frío pasara, para que cualquier indicio se deshiciera. Recogió rápidamente todo lo que estaba desperdigado en el suelo, mientras Jake la observaba. Se alisó el vestido y se acomodó el cabello. Le lanzó una mirada furiosa a Jake, quien tuvo la audacia de dedicarle un guiño. ¡Un guiño! El muy pirata.

Colette abrió, y se encontró a Francis. Un sonriente Francis cabría decir. Le pidió que se reuniera con él, no sin antes saludar con un efusivo apretón de manos a Jake.

Antes de que Colie saliera, Jake la retuvo de la muñeca. Miró el reloj de pared.

—Al parecer hemos estado entretenidos casi una hora. Quién lo diría.

Ella se soltó con fastidio.

—Demasiado rápido para mi gusto —repuso desafiante. ¿En qué momento había perdido la noción del tiempo? ¡Una hora, que le pareció un suspiro!

Jake rio.

Colette lo fulminó con la mirada.

—Tenemos una conversación pendiente sobre Orange County, Colette.

—Creo que no... —murmuró antes de girarse para abandonar su oficina.

Sin darle tiempo, Jake la atrajo contra su cuerpo y la besó con suavidad.

—Hablaemos —replicó con una sonrisa sensual, antes de que ella desapareciera tras la puerta, para ir a su reunión con Francis.

Horas más tarde, a ella le fue imposible no sentirse cómoda ante la capacidad de Jake para escuchar y comprenderla, cuando le contó lo que había pasado con Bob y sus padres.

Capítulo 21

La relación con Bob aún conservaba ese tinte de desconfianza; Colette no tenía corazón para ignorarlo. Después de todo, él había salido airoso de un aparatoso accidente y ahora estaba recuperándose en casa. Y lo más trascendental es que Bob era su padre. Lo había ido a visitar un fin de semana, pero en lugar de acercarse a casa de sus padres o quedarse en la de Bob, prefirió hospedarse en un hotel. Retomar la relación con su familia iba a ser un proceso bastante lento, sin embargo, era preciso tomar acciones sobre su vida familiar y no estancarse.

Había llamado a sus hermanas a Nueva York. Lizzie y Moira tomaron la noticia de que ella era hija de Bob, consternadas, y también se mostraron empáticas. La charla duró poco más de dos horas por Skype. Rechazó la invitación de Lizzie y Moira de ir a pasar con ellas una temporada en la Costa Este, pero les aseguró que pensaría en visitarlas más pronto que tarde.

Jake era otro tema.

Lastimosamente, desde que ella conocía la verdad sobre Lauren, él parecía alejarse cada vez más. Los temas personales ya no se mencionaban; de hecho, cuando ella intentó hacerlo, durante un paseo por el Muelle de Santa Mónica, el silencio incómodo —algo que nunca había ocurrido antes entre ambos— se hizo presente. Sus preguntas ya no eran bienvenidas, pero las noches de placer continuaban siendo tan excitantes y eróticas como siempre, a veces más, inclusive. «Un affaire en toda regla», pensaba, para consolar su corazón inquieto y tratando de entender los motivos de Jake para haber restringido el acceso a una puerta que ella hubiese querido que él mantuviese abierta.

Oxigen California cumpliría en pocos días, tres meses al aire. La sensación de triunfo era impagable para ella. Después de todo, el programa era la única constante y apuesta segura. Para el programa de aniversario tenía preparada una programación especial que incluía un concurso cuyo premio era un viaje de cinco días con todo pagado para una pareja en Hawái. Además de una orden de compra en Target por cinco mil dólares.

—¿Colette? —Kate entró en su habitación sacándola de su recuento mental de las últimas semanas—. Hoy estaré trabajando hasta pasadas las siete de la tarde. ¡Viva el sábado, yei! —exclamó con sarcasmo. Colie se rio—. Tengo que hacer inventario. Y espero que no, pero quizá llegue tarde a cenar en nuestra primera noche de chicas en mucho tiempo. Lo siento...

—Oh... —comentó desanimada—. Había hecho reservaciones en ese restaurante griego que tanto te gusta.

—¿Has conseguido mesa en *Paloupos*? ¡Wow! Se necesita al menos un mes para conseguir una mesa —se puso dramáticamente una mano sobre la frente—. Y yo que creía que era la experta en esos asuntos de sitios VIP.

Colette sonrió.

—Empezaré por pedir una botella de buen vino. He trabajado muy duro estas semanas y merecemos una noche de chicas en toda regla.

—¡Bien por eso! —exclamó. De pronto frunció el ceño mirando fijamente a su mejor amiga—. Te veo algo pálida... ¿Estás bien?

—Sí. Todo va perfecto, solo estoy muy agotada... Ha sido una época, emocionalmente al menos, bastante dura.

—¿Se trata de Jake? —interrumpió con una sonrisa pícaro.

Se encogió de hombros.

—Mucho trabajo, las cosas de mi familia, proyectos en mente. Y Jake, pues está en Napa Valley. Ya te he contado que tiene unos viñedos. —Kate asintió—. Me dijo que quizá tenga que pasar la noche por esa zona —se encogió de hombros—, y yo le dije que hoy tenía noche de chicas contigo en *Paloupos*. Además, está algo extraño últimamente. Distante. Esa sería la mejor palabra para describirlo.

—Ya veo —repuso Kate, pensativa—, quizá sea tiempo de que tengan un espacio. Tú no eres una mujer acostumbrada a estar con alguien si no sientes algo. Lo amas, pero él...

—Lo sé. Lo sé... —empezó a pasearse sobre la alfombra gris de su habitación—, solo el hecho de pensar en que esto va a terminarse me aterra, Kate. Ya sabes que no soy impulsiva —comentó con tono resignado—, pero con él esa parte de mí ha salido a relucir. No sé cómo explicártelo...

La muchacha se acercó a Colie, y le dio un abrazo.

—¿Por qué no te arriesgas a decirle lo que sientes?

—No quiero presionarlo... —suspiró—. Ahora entiendo mejor muchas cosas sobre él y su pasado.

—¿Se trata de mujeres de su pasado?

—Mucho más allá de eso. Pero no puedo hablar al respecto. Es algo muy privado de Jake...

—Suena como una exclusiva para titular —dijo tratando de arrancarle una sonrisa a su amiga. Lo consiguió—. Escucha, Colie —cambió a un tono más serio—, estás comportándote como una cobarde, y ciertamente no lo eres. Yo creo que tú y Jake están demasiado plagados de desconfianza e inseguridades, y no son capaces de abrirse al otro. Lo que ustedes tienen no es sexo solamente, y sé que muy dentro de ti, lo has sabido con certeza hace mucho tiempo. Me has dicho que él confía en ti, que tú en él, luego que se hablan de sus pasados mutuos. Estoy muy segura de que Jake está enamorado de ti.

—¿Y si le digo lo que siento y...?

—No creo que quieras pasar el resto de tu vida preguntándote “qué hubiera sido si...” Tú ya diste el paso más difícil. Reconocer lo que sientes para ti misma. Solo tienes que ir un poquito más allá. Decírselo a él.

—Me lo pensaré, Kate —sonrió—. Ahora vete a tu trabajo, así de pronto sales más temprano y llegas a tiempo a *Paloupos*.

—Ve a hacer un poco de ejercicio, o al cine para despejarte. Te veo en la noche —expresó antes de salir.

No era muy aficionada a la comida griega. Sin embargo, últimamente había descuidado un poco su relación de amistad con Kate, y hacer algo por ella le pareció una manera justa de compensarla. Pensó de inmediato en el restaurante favorito de su amiga. Así que, por una vez, le pareció justo utilizar el nombre de Phillip Kessler, para lograr un espacio en un sitio exclusivo. Se divirtió haciéndose pasar por Jude, la asistente de Phillip, quien siempre conseguía los mejores sitios en cualquier parte del país. «Lo que era justo, era justo», pensó sin un atisbo de culpa en la conciencia, mientras removía la pajita alrededor de un *frozen* de naranja que acababa de ordenar.

La atmósfera del restaurante era muy íntima y acogedora. Poseía una decoración típicamente griega; una mezcla de piedra en tonos marrones y paredes lisas. El entorno poseía un toque entre *vintage* y moderno. La mantelería, así como las mesas y las sillas, mantenían una combinación de los colores de Grecia: blanco y azul.

Comprobó la hora. Las ocho de la noche. Estaba muriendo de hambre. Luego de la conversación con Kate, había seguido su consejo y fue a nadar a la piscina del club. Un club por el que pagaba una membresía anual, pero que rara vez aprovechaba. Esa tarde había sido el mejor momento para aprovechar. De algún modo, el ejercicio la ayudó a tomar una decisión: le confesaría a Jake lo que sentía, y al diablo los miedos.

Llamó al mesero y ordenó un Feta Tiri. Una entrada que consistía en queso de cabra fresco con aceite de oliva y orégano. Su pedido llegó en menos de diez minutos. Y con el pedido, también un mensaje de texto de Kate, en el que se disculpaba porque al parecer no iba a terminar el inventario hasta dentro de una hora y media. Así que Colette le respondió que ya volverían a organizar otra salida de chicas, y que se tomara el tiempo necesario con su trabajo para que no la despidieran.

Colie se propuso disfrutar de la comida griega. Después de todo no iba a desperdiciar la oportunidad de probar de primera mano la famosa cocina de *Paloupos*. Cuando terminó el *frozen*, pidió una copa de vino, e hizo un brindis anticipado y silencioso, en honor de su programa de radio, y también por la valentía que iba a necesitar para sincerarse emocionalmente con Jake.

Se alegró de que su mesa estuviera ubicada en una esquina que le brindaba una vista parcial a los hermosos jardines del restaurante. *Paloupos* no solo era famoso por su cocina griega, sino también por aquel jardín, que había sido diseñado por uno de los más prestigiosos paisajistas de Grecia, mencionado constantemente como un ambiente que agregaba un toque distintivo al restaurante y que merecía la pena visitarse. Antes de sentarse a la mesa, ella había pedido que la guiaran al jardín, un espacio que hacía honores a las buenas críticas. Era un entorno pequeño, con una fuente, pero había tal calidez y disposición de cada elemento, que apetecía quedarse largas horas sentada en las mecedoras colocadas estratégicamente alrededor del sitio.

—¿Colette Kessler? —preguntó una voz con un acento griego inconfundible.

Intrigada, quitó la vista que daba al jardín iluminado por lámparas de kerosén, y la fijó en el recién llegado.

—Sí... —abrió la boca, y volvió a cerrarla al reconocerlo. La abrió de nuevo—. ¡No puedo creerlo!

Una sonrisa arrebatadora le dio un toque imposiblemente más atractivo a Nikos Karimides. El periodista se inclinó para saludar con un beso en la mejilla a Colette, quien lo invitó a sentarse con ella.

—Esto sí que es una verdadera sorpresa —expresó Nikos—. No sabía que la comida griega era una de las cosas que disfrutabas. Por cierto, estás guapísima.

Ella sonrió. Nikos estaba vestido informalmente en esta ocasión: una camisa azul combinada con unos pantalones a tono. Lo que hacía de ese hombre un atractivo espécimen masculino era, más allá de su apostura, era el aura innegable de virilidad, y la chispa de sus ojos negros. Unos ojos que habían visto escenarios de guerra, fauna salvaje, así como eventos de diferente índole, en su calidad de periodista.

—Gracias, Nikos. Sigues tan encantador como siempre —rio—. Este sitio es el preferido de mi mejor amiga. Pero Kate me acaba de mandar un mensaje diciendo que no podrá llegar. ¿Tú has venido con alguien?

Nikos le dedicó una resplandeciente sonrisa.

—Mi prometida estará dentro de un rato por aquí. Estamos de paso por la ciudad, y si no te molesta, quiero que conozcas a Chantelle. Me parece que durante la fiesta en tu casa, aquella ocasión mientras bailábamos, te hablé de ella. ¿Verdad?

Asintió.

—Me gustaría conocerla, por supuesto. Cuéntame, Nikos, ¿estás solo de paso por Estados Unidos, o has venido a quedar un buen tiempo?

—He venido de paso, pero en esta ocasión se trata exclusivamente de negocios familiares. De hecho, el fin de semana estuve reunido con tus padres por temas de la textilera. Mi padre quería que estuviera presente durante el encuentro de negocios. Supongo que después de todo algún día tendré que hacerme cargo de todo. —Colette continuó en silencio, escuchándolo—. Antes de venir a California entregué mi último artículo para una revista que hace reportajes sobre animales en cautiverio. Luego de mi matrimonio espero poder retomar el periodismo.

—¿Chantelle viajaría contigo por todo el mundo?

Nikos sonrió.

—Es ella quien insiste en que no deje la profesión. Dice que son dos partes de mí que le gustan. Mi lado como hombre de negocios, y mi lado aventurero, como periodista. Ya veremos cómo vamos

organizándonos. Ella se dedica a las relaciones públicas de alto nivel, así que probablemente pueda trabajar en cualquier ciudad en la que nos asentemos. Nuestras profesiones tienen grandes ventajas al poder ejercerlas desde cualquier punto geográfico.

—Por supuesto. Me alegra saber que encontraste a alguien que valora tu profesión.

—Lo sé. Chantalle es única.

De repente, como gesto de disculpa anticipada, Nikos puso una mano sobre la de Colie.

—Voy a mi mesa, mi prometida debe llegar de un momento a otro. Nos pasaremos por aquí en un rato. Por cierto, te recomiendo probar el Galaktoboureko, que es un dulce que consiste en crema pastelera y hojaldre. Para chuparse los dedos, como dicen algunos.

«Era agradable habérselo encontrado», pensó.

Algo que, por supuesto, el hombre que estaba a la entrada del restaurante no compartiría en absoluto. Se acercó a la mesa de Colie con pasos rápidos. Se encontró no solo a una sonriente Colette, sino que estaba tomada de la mano con aquel desconocido.

—Vaya... buenas noches —expresó Jake sin ningún atisbo de educación, cuando Nikos se inclinó para darle un beso en la mejilla a Colette, antes de ponerse de pie, presto a retirarse.

—Jake —susurró Colie con sorpresa. ¿No se suponía que estaba en Napa Valley?

—Veo que recuerdas mi nombre, supongo que eso debe ser una buena señal —replicó sarcástico con una mirada heladora.

Nikos miró a uno, y otro.

—Soy Nikos Karimides, amigo de Colie —le extendió la mano. Jake le devolvió el apretón con fastidio.

—Jake Weston.

—Espero que disfrutes de tu cena —dijo Nikos a Colie, y ella asintió algo nerviosa por la presencia sorpresiva de Jake—. Supongo que presentarte a Chantelle será para otra oportunidad. No olvides el postre... —le recordó con un guiño, antes de alejarse hacia el otro lado del restaurante en donde estaba la mesa que tenía reservada.

Hubo un silencio nada agradable, mientras Jake le dedicaba una mirada acusadora, y ella, sin dejarse intimidar, elevaba la barbilla, orgullosa. Sin ser invitado, él se acomodó en la silla que momentos antes había dejado Nikos.

Jake era el flamante dueño de Viñedos Williams. Una hermosa propiedad de vinicultores que se remontaba a dos generaciones de norteamericanos. Había pensado que la negociación tardaría más de lo debido, pues Edgar Williams tenía fama de ser bastante parlanchín, pero una llamada de Atlanta hizo que el ahora antiguo propietario, tuviera que despedirse pronto, luego de brindar con un vino de la mejor cosecha.

Jake había puesto rumbo a Santa Mónica para sorprender a Colette.

El sorprendido había sido él.

—¿Y bien? —preguntó Jake con aspereza—. ¿Esta es tu idea de una noche de chicas? ¿Sexo con extraños?

—No te pases —lo fulminó con la mirada—. No acepto tus acusaciones absurdas.

Él frunció el ceño y procuró a cambio que el aire que llegaba a sus pulmones le quitara la rabia de haberla visto con ese tal Nikos.

—¿Ya ordenaste? —cambió de tema.

—Solo esto que ves aquí —señaló con indiferencia hacia el plato de Feta Tiri casi terminado.

—Qué pena haber interrumpido tu cita a ciegas —dijo gélidamente. Ver a Colette con otro hombre tocándola había sido como si hubiesen agitado frente a un toro un pañuelo rojo. Algo en su interior se rebeló ante la palpable idea de que ella pudiera estar con otro, en cualquier circunstancia que implicara intimidad. Y por intimidad, definitivamente, entendía una maldita cena.

—No te debo ninguna explicación.

—No, por supuesto que no —repuso sacando un billete de cien dólares. Lo dejó sobre la mesa—. Entonces vamos a lo que nos compete y el motivo por el que tú y yo estamos juntos.

Ella achicó los ojos, furiosa.

—¿Cuál es tu problema, Jake? —casi gritó—. No tienes ningún derecho a interrumpir mi cena —masculló entre dientes—, y con quien tenga amistad, solo es asunto mío. Y solo para que te quede claro, Kate canceló nuestra salida porque está terminando algo de su trabajo.

—Imagino que a tu amiguito no le ha gustado la interrupción. ¿Está casado y no te importa? ¿Ahora utilizas a Kate como excusa? ¿Un sábado? —inquirió con tono acerado, y apretando la mandíbula.

—Suficiente —replicó colérica.

Se puso de pie, y salió del concurrido restaurante sin mirar atrás. Caminó todo lo rápido que pudo hacia la parada de buses. No lo bastante era obvio, pues en pocos minutos tuvo a Jake tras ella. La tomó del codo y la giró para que quedara frente a él. Colette maldijo haber ido en taxi y no en su propio automóvil.

—Te llevo a tu casa. —No era una pregunta, obviamente.

—No gracias —repuso cruzándose de brazos y esperando el bus de las nueve y media—. El transporte público me parece excelente opción. No tengo ganas de soportar reclamos ridículos y sin razón de ser, peor cuando acabas de arruinarme una cena con gastronomía griega de primera clase.

Jake se pasó las manos por el cabello.

—¿Quién es él para ti?

Ella lo miró.

—Nikos es mi amigo. Su padre trabaja con Phillip en Orange, en la textilera de mi familia.

La creyó, y una absurda oleada de calma hizo presa de él.

—No quiero hablar aquí, en medio de la calle, y peor en una parada de bus que puede llenarse de un momento a otro.

—Mal para ti. Yo me voy en bus.

—Colie... —tomó una bocanada de aire para calmar su mal humor causado por haberla visto con otro hombre—. Lo siento —repuso como si lo hubiesen amenazado con un cuchillo para decir esas palabras.

Eso pareció quitar un poco el enfado de Colette, que reprimió una sonrisa porque sabía cuánto le costaba a él disculparse.

—¿Qué es exactamente lo que sientes? —presionó un poco más; él se dio cuenta de ello, pero no protestó.

—Haberte acusado... No tengo ningún derecho es cierto —dejó caer los brazos—. No sé qué me pasó. Es tu amigo, supongo... —reconoció.

—De acuerdo. Acepto tus disculpas.

Jake frunció el ceño.

—¿Sí? —indagó con un atisbo de duda en la voz—. ¿Dejarás entonces que te lleve a casa?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado. El bus estaba a dos minutos. De hecho, vio las luces acercándose a la parada. Era el momento de decidir si era el momento para ejecutar el consejo de Kate. La mirada intensa, el interés que ella no había catalogado erróneamente como celos, y el amor que sentía por Jake, la hizo reconocer que, estando a solas, podría sincerarse sobre sus sentimientos. Se arriesgaría. Nunca había entregado tanto a un hombre como lo hacía con Jake.

Varias personas empezaban a incomodarse porque Colette no avanzaba hacia la puerta del transporte público que acababa de abrirse de par en par para dejar entrar a los pasajeros nuevos.

—Vamos —contestó finalmente a Jake.

Entraron al departamento de Jake besándose, entre risas. El enfado del restaurante había dado paso a la pasión. No volvieron a hablar sobre la presencia de Nikos, ni cualquier otro tema que no fueran las necesidades sensuales mutuas. Él la tomó en brazos llevándola hasta su habitación. Se desnudaron con frenesí. Jake la besó una, y otra vez, hasta que la sintió completamente entregada a él. Era pura calidez entre sus brazos.

—Colie —murmuró contra sus labios sensuales y dispuestos. Adoraba besarla, porque al hacerlo la sensación de dulzura de su sabor era embriagadora. Los suaves gemidos que se le escapaban a ella de la garganta lo volvían loco.

—Jake... —susurró ella, mientras acariciaba con las uñas la espalda fuerte y musculada, al tiempo que él la dejaba sobre la cama para luego colocarse sobre ella con cuidado de no aplastarla —. Tus ojos dicen mucho —expresó cuando sintió la mano masculina apretando uno de sus pechos.

—¿Qué dicen hoy? —preguntó inclinando la cabeza ofreciendo a cada uno de los pezones rosados de Colette la atención que merecían.

Ella elevó las caderas, y Jake estaba demasiado excitado para pensar en nada que no fuera Colette, pero quería prolongar el placer para ambos. Sin dejar de saborear con sus labios y su lengua los pechos turgentes, deslizó la mano hasta los pliegues íntimos femeninos y la abrió con suavidad. Al sentirla húmeda emitió, un jadeo de complacencia, y la penetró con el dedo. La lubricó haciendo círculos, mientras ella se agitaba y le pedía que no parase. Él no tenía pensado hacerlo. A cambio de darle la liberación que ella esperaba, le introdujo otro dedo y jugueteó eróticamente con la parte más dulce en donde se escondía el punto que desataría el placer de Colie.

—Que me... me deseas —gimoteó antes de que la boca de Jake se apoderara de la suya, en un beso arrasador, y que imitaba los movimientos que él continuaba haciendo dentro de su ardiente centro de deseo.

—Pues no te equivocas —le dijo entre besos con un tono ronco—. Te deseo como nunca he deseado a ninguna mujer...

Jake le agarró el trasero, levantándolo. Dejó de tocarla y besarla. La miró a los ojos, y sin darle tiempo a nada, con un profundo empuje, se introdujo en ella por completo. Colette gritó arqueando las caderas de placer y sintiendo cómo él empezaba a marcar un ritmo implacable. Se aferró al cuello de Jake, mientras entre jadeos, se tocaban y sus pieles se mezclaban entre el placer, las pántinas de sudor y la desesperación por llegar a la cima.

Con ella entre sus brazos, completamente entregada, confiada y entrelazando la mirada con la suya, lo supo. Supo la verdad y lo golpeó como un rayo en el pecho.

Amaba a Colette.

Eso lo dejó atónito.

Él era un cínico. Creía que el amor era para imbéciles. No había buscado el amor. Empezó a temblar, y no solo de placer.

Estaba completa, total y profundamente enamorado.

—¡No te detengas ahora...! —gruñó Colette, rodeándolo con sus piernas, llevándolo más dentro de su cuerpo.

Tan estupefacto por el reconocimiento de sus emociones, no se había percatado de que ella lo miraba, frustrada, porque había bajado el ritmo de las acometidas.

—Colette... —rugió, antes de impulsarse con profundos y duros embates en el suave cuerpo que lo acogía como un guante perfecto. Dejó en el acto todo el impacto de su descubrimiento, lo asustado que se encontraba y el deseo que lo consumía como una fiebre.

Ajena a lo que pasaba por la mente masculina, Colie, mientras sentía cada una de las embestidas de Jake, y su cuerpo se adaptaba al de él en un embriagadora danza erótica, experimentó no solo el gozo sexual, sino la ratificación de cuánto lo amaba.

Sentirlo en lo más profundo de su ser, la impulsó a hablar con claridad en un momento en que su cerebro entremezclaba el éxtasis con la lucidez.

—Te amo... —susurró Colie cuando su cuerpo empezó a debilitarse sumido en sucesivas olas de desestabilizantes espasmos, y los dedos de Jake pellizcaron sus pezones, enviándola hacia una vorágine placentera de la que no deseaba retornar.

Algo iba definitivamente mal.

Colette abrió los ojos cuando el viaje sensual había acabado definitivamente. Su cuerpo estaba sumido en un plácido letargo, pero presentía que algo había cambiado en esa habitación; entre ellos. Ya no la envolvía una atmósfera cálida, erótica y displicente.

Jake la miraba con intensidad. Él no estaba ya a su lado, sino en una esquina de la habitación. Sus ojos eran dos gemas de acero impenetrables.

—¿Jake? —medio se incorporó y se cubrió el cuerpo con la sábana, hasta ocultar del todo sus pechos sensibles todavía por las caricias recibidas.

—Tengo que irme —repuso terminándose de abrochar la camisa.

Colette recordó entonces que le había confesado que lo amaba, y el corazón pareció dejar de latirle por un instante. La expresión de Jake resultaba inescrutable. Era la misma expresión que le dedicaba a los medios de comunicación. A los desconocidos... a los intrusos. La estaba dejando fuera.

No iba a permitir que él dejara de lado su confesión como si no hubiese ocurrido.

—¿Irte? Estamos en tu departamento... ¿Por qué? —indagó pasándose la lengua por los labios. De pronto tenía la garganta seca—. Es... ¿es por lo que te dije?

Él no respondió. Darse cuenta de que la amaba lo aterraba como mil demonios, y escuchar a Colette confesarle su amor, casi lo enloqueció. Ella tenía una idea equivocada de lo que era. No podía amarlo. No podía amarla. Tenía que irse de allí.

Alejarse de Colette para retomar su postura práctica en relación a las mujeres era lo mejor. Cada día, su deseo por ella aumentaba y eso en él resultaba patético. No era la primera vez que sentía de ese modo con Colette. En París había sido exactamente igual, y por eso necesitó alejarse. En esta ocasión el panorama pintaba peor, porque todo su cuerpo gritaba que la amaba. «Diablos.» Su cabeza iba a explotarle de un momento a otro.

Lo mejor sería poner distancia, y así, él podría controlar de nuevo sus emociones. No había dejado su agitada vida social en Beverly Hills y Bel Air, para ir a Santa Mónica a enredarse emocionalmente. Su cambio de residencia estaba basado en la búsqueda de un nuevo significado; un nuevo Norte. Y había extraviado su propósito al involucrarse con esa irresistible mujer.

—Ahora no, Colette —expresó con una voz dura—. Dijiste que no harías exigencias. Y las estás haciendo. Basta.

Se puso de pie, temblorosa, pero no iba a permitir que se le notara cuán afectada se encontraba.

Lo enfrentó, aunque la indiferencia de aquellos ojos que antes habían sido cálidos y cautivadores, la hirió.

—¿Vas a negar que sientes algo por mí? —preguntó con voz firme. Había confesado que lo amaba, ya no tenía nada que perder. Pero la frialdad con la que él estaba mirándola, empezaba a desgarrarla lentamente, como si le hubiesen colocado un cuchillo sobre la piel y la rasgaran poco a poco—. Eso también es sinceridad. No te estoy exigiendo nada, Jake. Te estoy diciendo la verdad.

—Dormiré en un hotel, puedes quedarte toda la noche si quieres —expresó ignorando la pregunta, deliberadamente.

Ella tomó un almohadón y se lo lanzó con lágrimas en los ojos.

—Cobarde. ¡Eres un cobarde! ¿Escuchaste? —le gritó, mientras Jake abría la puerta, sintiéndose miserable al ver las lágrimas correr por las mejillas de Colette. Lucía tan vulnerable, que una parte suya quiso acercarse y besarla, decirle que la amaba y que todo iría bien. Pero no podía. No podía volver a confiar su corazón a ninguna mujer. Lo mejor era olvidarse de todo... definitivamente.

—Como sea —repuso girándose para salir, y tratando de olvidar la imagen de Colie en la cama. Tenía el cabello alborotado, los labios hinchados y la sábana se le pegaba a cada curva insinuando aquellas partes que él había saboreado como un poseso. Reprimió las ganas de acercarse y besarla hasta perderse en ella de nuevo, pero no podía hacerlo. No podía.

—Maldito seas, Jake Weston —expresó airada—, has dejado claro que no me correspondes y, aunque no ser correspondida puede doler, no se compara con el hecho de que te atrevas a irte como si lo que acaba de ocurrir entre nosotros hubiera sido solo un revolcón.

Eso lo detuvo.

Se volteó, y la miró fijamente.

—Lo fue —mintió, tratando de convencerse a sí mismo. No lo logró. Solo consiguió sentirse más miserable.

Dicho eso desapareció de la vista de Colette, dejándola dolida y con lágrimas que parecían quemarle el alma.

Ella se había arriesgado. Y había perdido.

Capítulo 22

Kate había intentado darle ánimos invitándola a patinar en una de las pistas sobre hielo de alrededor, pero Colette rehusó. Su amiga también le propuso salir a un bar; a comer fuera; pasear por la playa. Nada. No quería saber de nadie. Tenía los ánimos por los suelos, y aquello no era normal en ella.

Sobre lo único que tenía certeza era que el día martes, nada podría afectarla de nuevo. Nunca un día de fiesta le había parecido tan oportuno, como el del lunes. Un día extra para tomar fuerza, pensó. Claro que tendría que ver a Jake en el programa, pero dejaría su rabia y el corazón roto en casa. La idea era pasárselo bien en *Oxigen California*, luego encontraría la manera de superar a Jake.

No sabía qué le dolía más, si el hecho de que la hubiese tratado tan mal, o que fuera un cobarde para no aceptar que él también sentía algo por ella.

—¿Colie? —preguntó Kate con la cadera apoyada contra el mesón de la cocina.

Ella elevó la mirada del periódico.

—Renuncié a mi trabajo.

—¿Encontraste algo mejor? —quiso saber, intrigada. Kate era impulsiva, pero no la clase de persona que abandonaría un empleo de la noche a la mañana. Frunció el ceño. Miró a su amiga—: Cuéntame que pasó. Anoche estaba todo bien. Sé que tienes unos horarios desquiciantes y te llaman de repente para cualquier estupidez, pero salario no está nada mal.

Kate se mordió el labio. Y le dedicó una sonrisa tímida.

—Yo... —bajó la mirada—, lamento mucho que estés pasando por esta situación con Jake. De verdad que sí, pero no puedo postergar la decisión que he tomado, porque mi madre está enferma.

—Oh, Dios, ¿qué le ocurre a Rowena? —se puso de pie, y fue hasta su amiga. Le puso la mano en el brazo con afecto.

—Me llamaron ayer en la noche cuando terminaba de cerrar el local. Ya sabes que mis padres no son alarmistas, pero si me han llamado es porque realmente me necesitan con ellos. Mi madre odia los doctores, y tiene que operarse de quistes en los ovarios. No es nada grave, pero mi padre tiene que llevar el negocio, Damon y yo aquí... No puedo dejar sola a mamá. Odia los médicos y no va a permitir que una extraña la cuide durante la recuperación... Además no quiero seguir trabajando en un sitio donde no soy feliz.

—Pero, Kate, ¿eso significaría que... que no vamos a vivir juntas?

La mirada triste de Kate dio la respuesta.

—Lo siento tanto, Colie, yo sé cuán importante es para ti demostrarle a tu familia...

—No tengo que demostrarle nada a nadie que no sea yo misma. Eso lo he aprendido y me siento feliz por tener ahora esa certeza —la interrumpió con suavidad—. Y si sientes que es el momento de regresar a Orange, yo te apoyo. Además, entiendo lo de Rowena. Se sentirá mejor si está contigo.

—Me iré al Lago Tahoe. Es ahí donde mi madre ha pensado recuperarse. De hecho, hay más: mi padre me ha dicho que han comprado un terreno a pocos kilómetros de distancia de la casa que recientemente adquirieron, porque van a construir un hotel boutique en la zona. Así que es una locación conveniente, mi madre estará conmigo, nosotras nos encargaremos de supervisar algunos detalles, mientras papá continúa el negocio de la revista familiar —suspiró—. Voy a dejar el periodismo un tiempo.

—Vaya... eso no me lo esperaba.

Kate sonrió.

—Sé que hemos pasado muchos años viviendo juntas... —la miró con pesar— Colette —le tomó las manos y las apretó con las suyas—, he estado trabajando en cosas que no me gustan para independizarme. No será tan malo vivir con mamá y ayudarla, una temporada, mientras me reencuentro conmigo misma. La verdad es que no suena tan mal. Quizá y pueda hacer colaboraciones *freelance* o algo así, mientras se construye el hotel. Amo el periodismo, pero de pronto, en mi obsesión por encontrar el trabajo perfecto, he aceptado algunos que no me han dejado más que un regusto ácido y sin beneficios intelectuales. No creo que esté siendo justa conmigo...

—Me sorprende la rapidez con la que te has decidido... pero con todo lo que me has dicho. Lo entiendo perfectamente —repuso sonriéndole, aunque sentía una gran pena porque iba a resultarle muy extraño vivir sin Kate. Habían compartido tanto, durante tantos años. Pero estaba feliz por ella, si iba a hacerle bien—. Tendremos que hablar con el casero.

—Sí. Si mal no recuerdo, una vez notificado, nos podemos quedar el tiempo que quede del mes. Es decir, en nuestro caso, tenemos dos semanas.

—¿Cuándo operan a Rowena?

—Dentro de siete días.

—Empacaremos juntas. Mientras tanto, yo empezaré a buscar un piso individual. También será una aventura vivir sola —sonrió sinceramente, porque aunque iba a extrañar a Kate, lo cierto era que estaba en un momento de su vida en que al parecer la soledad llamaba a la puerta. Era un tiempo de rupturas y cambios. Ella estaba dispuesta a abrazarlos con ímpetu—. Todo irá bien. Verás que sí. Será otra experiencia que agregar a las tantas que hemos vivido, Kate.

—Eres la mejor amiga de mundo —susurró Kate, antes de fundirse en un abrazo con Colette.

—No podría decir otra cosa de ti —replicó riéndole—. Por cierto, ¿cómo se han tomado tus jefes que renunciaras de un momento a otro? ¿No se supone que tienes que dar quince días de aviso?

—Pues... la verdad es que el contrato no decía eso. Menos mal ninguno de mis jefes se ha pasado

para supervisar nada como me dijo la odiosa de mi exjefa. Y bueno...la verdad es no los llamé — esbozó una sonrisa nerviosa—. En realidad le escribí un correo electrónico a la gerencia anunciándoles mi renuncia. O creo que era la gerencia en todo caso, porque era una dirección de correo que Marion tenía señalado como para solo emergencias... y bueno —se encogió de hombros—, mi renuncia era una emergencia.

Con una carcajada, la primera desde que Jake le había roto el corazón por segunda ocasión, Colette aceptó la sugerencia de Kate de ir juntas a una noche de fuegos pirotécnicos que las autoridades locales habían organizado para celebrar que el equipo local de soccer había ganado un importante campeonato estatal.

Además de la diversión de esa noche, para Colette la mejor noticia fue saber que Damon había empezado a salir con una muchacha que, a criterio de Kate, parecía bastante adecuada para él. Las palabras textuales de Kate fueron “amor a primera vista”. Y Colette se sintió muy feliz por su amigo. De hecho, también le quitaba un gran peso de su conciencia por el episodio de la cena y las emociones no aclaradas a tiempo. Que Damon hubiese encontrado a alguien con quien ilusionarse era perfecto. «Al menos alguien no tiene el corazón roto.»

Se sentía mucho más que miserable, pensó terminándose con un último trago, la media botella de scotch que tenía en casa. Luego de salir de su departamento había conducido ido a Bel Air. Lo había hecho en el cuarto intento, pues varias veces dio la vuelta con la idea de regresar donde Colette y pedirle que lo perdonara. Pero estaba haciéndoles un favor a ambos, y ese pensamiento fue el que lo impulsó a cruzar la ciudad hasta llegar a su mansión, pasada la media noche.

Rexford no estuvo muy contento de verlo. Jake supo por qué, cuando luego de que su amigo se diera por enterado que no era una visita momentánea, llamó a una rubia despampanante que bajó las escaleras, presta para irse, no sin antes besar a Rex de un modo que no dejaba dudas de cuál era el tipo de relación que mantenían.

Ahora, Rex lo miraba con el ceño fruncido, luego de escuchar entre tragos y largas pausas, lo que había ocurrido hacía pocas horas en casa de Jake en Santa Mónica.

—Nunca te había visto así, ni siquiera con Lauren —le dijo empujándolo sobre el sillón, cuando intentó ir por una botella nueva de licor—. Lo peor de todo es que me parece completamente estúpida la decisión que tomaste al dejarla de esa manera. No conozco muy bien a Colette, pero si Cesare prácticamente la trata como una hermana, eso ya dice mucho...

Jake le gruñó.

—Es lo mejor... y a Lauren en realidad... No puedo hacer comparaciones. Es ridículo. Solo sé que esto que siento por Colette va a pasárame. Así es todo —repuso poniéndose de pie, y tambaleándose. La cabeza le dolía como mil demonios, pero el dolor no era nada comparado con el

momento en que vio las lágrimas de Colette y aquella expresión de traición en su rostro. Estaba convencido que aquella imagen estaría presente durante un largo tiempo—. Ahora tengo que irme a dormir.

Rexford lo miró negando con la cabeza.

—Tengo la ligera impresión de que vas a lamentar la decisión que has tomado. No te creía un cobarde...

Antes de que terminara la frase, el puño vacilante de Jake se estrelló con la mejilla de Rex. Fue un golpe contundente, pero no demasiado fuerte.

—Maldita sea. Eres un imbécil —espetó frotándose la cara—, puedes quedarte aquí en el salón bebiéndote tu colección de whisky, o pensar en cómo vas a arreglar este asunto. No me gusta que me interrumpas cuando estoy...

—No me interezzzan tus asuntos sexualeszzz —expresó arrastrando las palabras, mientras llevaba a su cuerpo tambaleante por el pasillo que conducía a las escaleras.

De mala gana, Rexford lo ayudó a subir hasta una de las habitaciones y lo lanzó sobre la cama. Luego salió dando un portazo. Un portazo que Jake sintió como si le hubieran atizado con martillos en las orejas.

—Colie... —susurró Jake antes de quedarse dormido, cuán grande era, a lo largo del colchón.

Colette estaba hirviendo de indignación. Ella que había pensado que las cosas no podían ponerse peor en el panorama, y ahora Francis le acababa de dar una noticia que terminó de ponerle la cereza al pastel a los eventos complicados de su vida de los últimos meses.

Aquella mañana de martes, el café surtió el efecto habitual dejándola despierta y animada. Llegó a la radio armada con determinación y estoicismo. Temía la reunión de temas, pero no se sorprendió de que Jake no hubiese acudido a ella. «Cobarde. Eso es Jake Weston», pensó mientras observaba a su jefe sonreírle en un gesto que denotaba disculpa, pero también determinación. No había vuelta atrás.

—¿Qué voy a hacer entonces? Es el programa de aniversario. No me puedo quedar sin presentador, ¿qué hay con los auspiciantes, la gente que ha confiado en nosotros? ¡La prensa nos va a destrozar! —exclamó poniéndose de pie, y paseando de un lado a otro—. También se trata de mi prestigio profesional.

Francis se encogió de hombros.

—He contratado a una agencia de relaciones públicas para que capee el temporal. Tu prestigio seguirá intacto, porque estas decisiones salen de tu capacidad de gestión, pues les corresponde a los

dueños —se reclinó en el asiento, que chirrió con su peso—. Ha sido un programa genial, pero la decisión está tomada.

—¿Basándote en qué? —preguntó molesta.

—El contrato de Jake Weston era tan solo por tres meses como ya te he comentado hace cuarenta y cinco minutos. Mis socios y yo nos reunimos el fin de semana. Hemos decidido que, conjuntamente con la salida del programa, venderemos la frecuencia. Garantizaremos el trabajo de los empleados, pero, aunque *Oxigen California* ha generado buenos ingresos, nuestra radio continúa sin ser rentable en términos generales y a nivel de inversión como empresarios. El contrato de Jake solo aceleró una decisión que veníamos pensando desde hacía ya un año atrás, pero habíamos aplazado porque surgieron otros temas. Has hecho un trabajo encomiable, y te daré siempre las mejores referencias profesionales.

No tenía sentido que le diera vueltas al asunto. Si Jake era la voz del programa, reemplazarlo sería simplemente absurdo. La gente no iba a identificarse con otro locutor tan fácilmente, al menos no cuando ella había trabajado arduamente para vincular el nombre del programa con el locutor estrella. Un locutor al que en ese momento hubiese querido estrangular con sus propias manos.

—Supongo que estoy despedida.

Francis negó.

—Claro que no. Puedes esperar la transición y coordinar el noticiero del amanecer, tu contrato de un año permanecerá vigente.

Ya había tenido suficiente.

—No, Francis. Prefiero irme. He puesto mucha energía, tiempo e ilusión para convertir este programa en un referente para quienes salen de sus oficinas y van a casa. Para quienes buscan una alternativa entretenida... —se aclaró la garganta, porque no quería que se le quebrara la voz—. Me voy, y a pesar de la decisión abrupta que has tomado, créeme que te agradezco por la oportunidad de aprender más de mi capacidad para trabajar y construir un buen proyecto periodístico en un ámbito que jamás me esperé.

—Entonces, recibiré con pesar tu renuncia. Pero, de verdad, muchacha, estoy más que satisfecho con lo que has trabajado. Gracias por tu aporte.

Colette podía llegar a despreciar a alguien con intensidad, pero el odio... El odio era una emoción que nunca la había sentido tan real como en ese momento. Odiaba a Jake. No solo porque era un cobarde por no aceptar que también sentía algo por ella, que habían compartido algo hermoso juntos, sino porque la había traicionado. Le pidió sinceridad, y todo ese tiempo le estuvo mintiendo. Él era quien firmaba sus contratos profesionales. Él había firmado el de *Oxigen California*. Sabía que solo sería por tres meses. ¿Por qué no fue capaz de decírselo?

Después de todo lo que le contó sobre su familia, su pasado, lo importante que era para ella *Oxigen California*. A Jake nada de eso le había importado. Ahora lo sabía. Le dolía tanto la traición que estaba costándole respirar. Jake había arruinado su corazón, pero era como un tornado que

arrasaba todo a su paso; él se estaba llevando también la carrera que con tanta pasión empezaba a levantar desde una radio. No iba a perdonárselo. Nunca.

Francis se puso de pie. Se estrecharon las manos.

—De nada.

—Por cierto —expresó el empresario cuando Colette estaba presta a retirarse—, Jake no estará en la radio hoy. Me ha escrito su agente para recordarme de la finalización del contrato, y bueno, eso incluye dejar de ser presentador desde hoy.

Ella asintió.

—Cerraré entonces con broche de oro —repuso con firmeza—. Yo animaré el último programa, y al terminar, te dejaré mi renuncia sobre el escritorio.

Despedir a Gordon era solo la primera idea. La segunda, tratar de romper el contrato con Adidas como embajador de la marca en Ámsterdam, Madrid, Luxemburgo, Copenhague, Frankfurt, Roma y Londres, para poder regresar inmediatamente a Estados Unidos. Ninguna de las dos opciones era viable, pensó mientras observaba por la ventana la pista de aterrizaje del Aeropuerto de Frankfurt, la primera parada del tour por el que su agente había negociado el acuerdo. Lo peor de todo es que él no recordaba haberlo firmado.

—No sé qué te ocurre últimamente, ni por qué estás tan enfadado conmigo —había dicho Gordon, cuando le reclamó la arbitrariedad—. Me dijiste que te buscara algo perfil bajo, y fuiste a esa radio. Quisiste que no te ataran más de tres meses, te lo conseguí. Y en cuando a Adidas. El contrato con ellos lo firmaste hace seis años, lo renovaste hace dos, y tú mismo aceptaste la cláusula en la que dar conferencias en pro de la salud y el deporte, no necesitaba contrato adjunto, es decir, que automáticamente durante la vigencia del contrato principal, ibas a atender los eventos cuando Adidas te lo solicitara —había explicado con un tono de voz pausado—. Y esos miles de dólares diarios que te pagan, también fueron negociados. ¿Quieres que te diga la cantidad de ingreso neto diario para ti?

—No me interesa el dinero. Adiós, Gordon. Tengo que hacer la maleta —se había despedido de su agente. El haberse levantado la mañana del lunes con una resaca monumental, y enterarse luego de que tenía que viajar esa misma noche a Europa, no le dio tiempo para nada, salvo llamar a su madre y Brad, para despedirse.

Después de todo, estar lejos de Estados Unidos era lo que había pensado que necesitaba cuando dejó a Colette. La idea era quitarse esa fiebre emocional que lo consumía cada vez que pensaba en ella, la veía... la tocaba. La vida estaba dándole la oportunidad para poner en orden sus emociones y aclararse, e iba a aprovechar esas tres semanas fuera de su país.

Luego de pasar por migración, y ser conducido en limusina hasta el Europaeischer Hof Hotel

Europa, en Frankfurt, que era su primera parada, se alistó para dormir. A pesar de que en Europa era ya de mañana, él estaba cansado del viaje, y además, tenía horas atrasadas de sueño. Al siguiente día empezaría a dar conferencias motivadoras para adolescentes sobre la importancia del deporte, y más le valía descansar.

15 días después.

Aquella noche lo habían invitado a una fiesta en la casa del Embajador de Estados Unidos en Ámsterdam. Vestido de esmoquin y conversando con un grupo de compatriotas, Jake disfrutó de la música en vivo de un famoso pianista polaco, mientras cenaban en una preciosa sala con una exquisita decoración. La comida, deliciosa.

—Buenas noches —saludó de pronto una morena muy sexy, vestida con un elegante, pero a la vez sugerente, vestido color esmeralda. Le quedaba como un guante y marcaba cada una de las exuberantes curvas. Era, notó Jake, exquisita—. Me voy a llevar una buena reprimenda por haberme retrasado tanto —manifestó a modo de disculpa con una sonrisa a todos los que estaban en la mesa, quienes a su vez se pusieron de pie, mientras ella tomaba asiento en el único sitio que, hasta ese momento, había permanecido vacío. Junto a Jake.

Lo miró con educado interés.

—Jake Weston, ¿verdad? —Él asintió—. Mi padre me ha dicho que estás de paso por nuestra ciudad adoptiva —sonrió a Jake, cuando los integrantes de la mesa retomaron sus conversaciones.

Y vaya sonrisa, pensó él.

—Sí, esta es mi penúltima parada dentro de la gira de conferencias que estoy dando por Europa —replicó él.

—Qué interesante. Perdona no me he presentado, soy Jenna Morrison —le extendió la mano. Jake se la estrechó—. Hoy mis modales dejan mucho que desear, menos mal mi padre no ha reparado en mí todavía.

—Yo creo que tus modales son impecables.

—Gracias... —sonrió sin ocultar su interés por él.

El resto de la noche, pasó conversando con Jenna. Tenía veintiocho años y una licenciatura en arte. Una mujer muy interesante con la cual conversar. Sin embargo, a pesar de que durante su estancia en Europa había conocido varias mujeres despampanantes que se le habían insinuado, su cuerpo parecía inmune a ellas. De hecho, simplemente, no le interesaban. Él sabía quién era la culpable de ello.

Cuando terminó la velada, luego de bailar un par de piezas con la esposa del embajador

Morrison, y también con su hija, esta última le preguntó si podía acompañarla hasta su automóvil. Él no encontró un motivo para no hacerlo. Era consciente de que, sutilmente, Jenna le había insinuado que no le importaría en absoluto acostarse con él esa noche, y que estaba libre de compromisos.

Una vez que llegaron hasta el automóvil, el chofer abrió la puerta para Jenna esperando a que ella entrara. Con un sutil gesto, ella lo rechazó. El empleado se metió en el asiento del conductor, y esperó dentro.

—Jake —le susurró con su voz melódica, y poniendo las manos sobre la solapa del esmoquin, mirándolo con ojos brillantes y prometedores—, ¿me enseñarás esa preciosa suite del hotel donde te hospedas?

Nunca había sentido tanta ansiedad por volver a casa, como en los días anteriores. Ni siquiera en sus tiempos de competición en las canchas. Había intentado que Gordon persuadiera al equipo de Adidas de modificar el contrato, pero no fue posible.

Las noches en Europa eran un pequeño infierno. No solo porque echaba de menos tener el cuerpo cálido de Colette a su lado, sino porque extrañaba su conversación, su humor a veces chispeante a veces ácido, la pasión con la que hablaba de sus sueños. Con Colie la palabra *extrañar* había cobrado un significado mayor.

Una tarde en Copenhague, después de una de sus charlas en un famoso hotel, fue a dar una vuelta a una popular plaza céntrica. Estuvo a punto de llevarse una bofetada de una mujer. Él había estado comprando una cerveza, cuando la había visto doblar una esquina. Pensó que debería estar loco, pero había estado seguro de que se trataba de Colette, y aunque era una idea absurda, dejó la cerveza a un lado, y siguió a la mujer, hasta que ella se detuvo, y él la tomó de los hombros girándola bruscamente. Ella le gritó que qué le pasaba, que dejara de perseguirla y tocarla o iba a gritar tan fuerte que llamaría la atención de la policía. Avergonzado, y dándose cuenta de que, obviamente, no era Colie, se sintió todavía más estúpido. Se había disculpado profusamente.

Aquella experiencia no fue la única. También estaban los aromas. Creía percibir el olor de ella por todas partes. Estaba volviéndose loco, y no veía el momento de volver a California. Esas experiencias ridículas, lo empujaron no solo a aceptar que se portó como un verdadero asno con Colette, sino que solo la necesitaba a ella; ninguna otra mujer le importaba. La amaba profundamente, y el sentimiento que latía dentro de él, ya no lo asustaba. De hecho, la emoción de saberse correspondido solo era opacada por el recuerdo de la expresión de Colette cuando le había mentido al decirle que lo de ellos, aquella última noche en su cama, fue solo un revolcón.

Desde Lauren, decidió que el amor era solo para imbéciles. Pero la verdad es que solo un imbécil no podría reconocer algo tan valioso al tenerlo enfrente. Como le ocurrió a él.

Temía volver a California y saber que Colette quizá estuviese saliendo con otro. Diablos, mataría a cualquier mequetrefe que se hubiera atrevido a tocarla. Ella era suya. Y si no conseguía que lo perdonara... Maldición, no tenía idea de cómo podría enfrentar ese hecho. Llamaba varias veces al día Colette, pero saltaba la grabadora o sonaba varias veces sin obtener respuesta. La zozobra era una emoción desconocida, y no le sentaba bien experimentarla.

El toque del dedo de Jenna en sus labios, lo sacó de sus reflexiones.

En otra circunstancia, Jake la habría besado, luego llevado a su suite, sin pensárselo dos veces. De hecho, los primeros días en Frankfurt estuvo tentado a irse con una guapa danesa. Fueron aquellos primeros días cuando aún creía, estúpidamente, que alejarse de Colette conseguiría que la olvidara y así se daría cuenta de que cualquier emoción hacia ella tenía que ver con la amistad que habían forjado en medio del deseo, pero nada relacionado al amor. Había rechazado a la mujer, porque su cuerpo parecía inmune a ella... y cualquier belleza que estuviese cerca. Y la única persona capaz de ponerle remedio al sinsabor de su vida estaba a miles de kilómetros de distancia...

—Creo que ha sido una noche estupenda, Jenna, y también sé que debes descansar —expresó con sutileza—. Ha sido una velada magnífica, y tu compañía, muy agradable.

—Eres un hombre muy guapo, Jake. Si rechazas a una mujer que evidentemente te desea cuando tú estás solo, en un país extraño, soltero... —le acarició la mejilla con sus dedos de uñas pulcramente pintadas—, bueno, quizá sea porque tu interés ya pertenece a alguien —sonrió sin sentirse ofendida por el rechazo—. Ha sido un placer conocerte, y qué afortunada ella —se alejó de él, para introducirse en el costoso automóvil.

Jake sonrió cuando vio partir el coche. No estaba muy convencido de que Colette se sintiera afortunada de que él hubiera rechazado varias mujeres hermosas durante el tiempo que había estado con ella en California, y ahora, estando él, solo, en Europa.

De hecho, el afortunado era él, porque era amado por una mujer fantástica. Una mujer que lo odiaba seguramente, y a la que había hecho creer que no era correspondida, lastimándola. Una mujer que estaba dispuesto a recuperar a toda costa.

Jake no era partidario de las apuestas. Pero en ese momento no le importaría apostar todo lo que tenía tan solo por conseguir lo único que le interesaba: que Colette lo perdonara y le diera la oportunidad de regresar a su vida.

No veía la hora de subirse a ese maldito avión.

Capítulo 23

Dos meses después.

Finalmente había aceptado la invitación de sus hermanas a Nueva York. Pero no quiso quedarse en ninguno de los dos penthouse que le ofrecieron Lizzie y Moira. A cambio, aceptó las llaves de la casa de la playa en los Hamptons. La brisa del mar, aunque fría, era bienvenida. Y se sentía un poco más relajada desde que había dejado California ocho semanas atrás.

Luego de la cancelación del programa, los medios de comunicación especularon sobre la abrupta salida de Jake del aire. A ella, la mencionaron en unas cuantas líneas, pero nada importante. Después de todo no era la voz oficial del programa.

Tal y como Francis le había asegurado, la agencia de relaciones públicas fue impecable. Veinticuatro horas después de que se diera a conocer que *Oxigen California* dejaba de existir, el interés se volcó en varios famosos, cuyos videos y fotos íntimas habían sido filtrados en las redes sociales por unos hackers. Un programa de radio, con solo unos meses al aire por más exitoso que hubiese resultado, jamás podría equipararse a una noticia que tuviera el sexo por contenido y que vendería cientos de titulares.

Despedirse de Kate no fue fácil, menos aún tomar la decisión de dejar Santa Mónica. Pero con todos los mensajes de voz de Jake desde Europa, con la promesa de que iría por ella apenas volviera a Norteamérica, se terminó de convencer de que poner distancia era lo mejor para ella. Quizá él quería pedirle disculpas, pero eso podría hacerlo con otro mensaje de voz. ¿O no?

Ver de nuevo a Jake no iba en absoluto a ayudarla. Al contrario. Olvidarse de él no sería una tarea fácil... jamás. Y no solamente porque el aparente odio que había sentido por Jake, desde aquella noche, se había casi desvanecido, sino porque ahora...

—¿Colette, estás en casa? —la voz de Paula, su vecina, interrumpió sus pensamientos.

Paula era una mujer de setenta años, muy amable, que le había prometido enseñarle a hacer un pie de manzana. No es que cocinar la entusiasmara, pero no le parecía mala idea incluir entre sus aprendizajes, la gastronomía. Por otra parte, Paula la había recibido con entusiasmo cuando se mudó, dos meses atrás. No quería ser pesada.

—Sí, sí —expresó en voz bastante alta, mientras caminaba hacia la entrada de la casa—. ¡Hola! —saludó con un abrazo a su vecina luego de abrir la puerta.

—Querida el paisaje siempre es estupendo a pesar del frío. Le he dicho a Fred, el jardinero, que ponga una tumbona y me lleve chocolate caliente a la playa. ¿Te gustaría acompañarme? Mi marido ha ido a jugar golf, ya conoces a Burk.

Colie sonrió.

—Sí. Un hombre muy amable, sin duda —dijo con cierto tinte de añoranza en la voz.

—Vas a ver que pronto encontrarás al hombre ideal para ti. Y cuando tu corazón lo sepa, no permitirá que ningún otro se cole dentro —expresó, ajena a tirón de melancolía que sintió Colette en el pecho.

—Me uniré a tu chocolate, Paula. Ahora tengo que terminar de escribir un capítulo más de la novela, solo me faltan dos páginas, antes de que el detective sea atacado en la calle más popular de Chicago.

Paula Davers elevó las cejas con sorpresa, como si hubiese olvidado algo muy importante.

—¡Tienes que dejarme leer el manuscrito! —manifestó entusiasmada—. Me encantan las novelas de detectives. ¡Ah! Y también me ha gustado mucho ese artículo que publicaste el otro día en el semanario *Trendy*.

Colette había descubierto que escribir novelas de detectives le encantaba. De hecho, disfrutaba mucho haciendo investigación para darle credibilidad a las situaciones, personajes y escenarios. El contacto con Fredrick Henkins, un amigo periodista de Nueva York que a su vez trabajaba en la sección de sucesos y crímenes, la ayudaba con datos e información. Fredrick le facilitaba también el acceso a funcionarios de alto y bajo rango de la policía, el cuerpo de bomberos, o de alguna entidad que sirviera para sus propósitos, que a veces entendían la necesidad de algunos escritores de hacer preguntas para sus libros.

Por otra parte, ya tenía una casa editorial interesada, y había recibido un interesante anticipo económico. Así que combinaba su tiempo como escritora de literatura, con artículos que escribía para *Trendy*, una revista que publicaba reportajes sobre temas sociales importantes. El editor había quedado encantado con ella cuando acudió a la entrevista. Le pagaban bastante bien por su entrega quincenal, para la que tenía que hacer varias entrevistas e invertir tiempo investigando. Podía decir que tenía la suerte de ejercer dos cosas que le apasionaban: escribir novelas y trabajar en reportajes periodísticos.

Su vida había cambiado, considerablemente, y, aunque no pensaba quedarse a vivir en Nueva York de modo indefinido, sí que le apetecía permanecer allí un tiempo más...

—Gracias, Paula. Y sobre el manuscrito, ya sabes que tienes la primicia —le guiñó el ojo. Y la mujer de ojos verdes, se fue contenta para organizar su tarde.

Antes de ir a la playa, Colie estaba deseando darse un baño.

Desnuda, frente al espejo, se fijó en cómo había cambiado su cuerpo. «Dos meses y medio.» Se puso la mano en el vientre, ligeramente hinchado. Su bebé era el motivo por el que no podía odiar a Jake. No había sido solo sexo. Nunca fue solo eso, aunque en un principio quiso crearlo con todas sus fuerzas. Ese bebé, que ninguno de los dos esperaba, había sido creado con amor y entrega.

Jake jamás dejaba de usar protección cuando estaban juntos. Así que suponía que su embarazo pertenecía a ese mínimo porcentaje en que el condón fallaba. En algún momento se habría roto... Ninguno de los dos se había dado cuenta en todo caso. Cuando estaban juntos, el mundo parecía dejar

de girar y estaban solo ellos; no había espacio para nada más... Y lo cierto es que, aunque Jake lo hubiese sabido, ella estaba más que segura que le hubiese ofrecido quedarse con ella solo por el bebé, y no porque la quisiera. Esa perspectiva le parecía ridícula e inaceptable. No se iba a condenar a un matrimonio sin amor, ni a someter a un hijo suyo a constantes peleas y recriminaciones. Imposible.

Se giró un poco, para quedar de lado frente al espejo. Los pechos también los tenía ligeramente hinchados. Se los tocó. Sensibles, sin duda. Dejó caer las manos. A veces solo el roce de la tela del sujetador la hacía dar respingos. Sus hormonas también solían jugarle una mala pasada. Algunas noches se despertaba anhelando las caricias de Jake, sus besos, su sexo dentro del suyo. Entonces le era imposible conciliar el sueño. Insultarlo en el silencio de la noche, con las olas rompiendo contra la orilla, a lo lejos, era el único modo de hacerle saber cuánto la había lastimado... aunque él no la pudiese escuchar.

Se había enterado de su embarazo un día antes de que Kate se mudara al lago Tahoe, y ella, decidiera volar a Nueva York. Su amiga se puso frenética y prácticamente le exigió que respondiera las llamadas de Jake y se lo contara. No se dejó convencer. En cambio, le hizo prometer a Kate que guardaría su secreto, hasta que ella se sintiera lista para decírselo a Jake. Por muy canalla que hubiese sido, merecía saber que iba a ser padre; después desaber cómo lo había afectado el falso embarazo de Lauren, se sentía aún más motivada a hacerlo. En este caso era su hijo, de verdad, y era más justo que lo supiera.

Pensar en cómo podría afectar a Jake, si algún día se enteraba que habían tenido un hijo, o una hija, y que ella se lo había ocultado, le parecía más importante que el hecho de cómo se podría sentir ella, si Jake llegaba a acusarla de que no era hijo suyo... porque cabría la posibilidad dado el nivel de desconfianza que él tenía con las mujeres. Quizá ya no lo odiaba. Y quizá nunca lo hizo en realidad. El solo hecho de continuar pensando en cómo se sentiría él, cuando no debería siquiera importarle, era un claro indicio de que no existía odio. Sin embargo, dentro de sí, había un gran resentimiento.

La furia no se había ido. Sin duda. No sabía cómo iba a reaccionar el día en que volviera a verlo, porque no se sentía lo suficientemente fuerte para ello. Tampoco podría imaginarse cómo iba a tomarse el hecho de ser padre, considerando la experiencia con su exprometida.

Pero ella, ahora tenía alguien más en quién pensar, ya no se trataba solo de sus emociones. El pasado no iba a devolverle las ilusiones, ni el amor, así que solo quedaba mirar hacia adelante. Quizá algún día podría olvidar que seguía amando a Jake, y encontrar el amor con otra persona.

La mirada aguda de Kate Blansky, lo analizaba con el ceño fruncido. La muchacha era terca como una mula, y no se dejaba convencer tan fácilmente. Lo había chantajeado consiguiendo entradas para toda la temporada de tenis en los torneos de Estados Unidos durante el resto del año, con pases VIP por supuesto, a cambio de confesarle dónde podía localizarla para hablar personalmente. Por eso, ahora Jake estaba sentado en una gran sala con cómodos asientos tallados y una crepitante chimenea, así como con una vista sensacional al Lago Tahoe. Gordon le había conseguido el número de celular

de la mejor amiga de Colette, pero no fue tan eficiente como para lograr encontrar su ubicación geográfica.

Apenas regresó de su gira por Europa acudió con el corazón acelerado al departamento de Colette. En lugar de Colie, cuando la puerta se abrió, lo recibió una pareja de jóvenes esposos, quienes le informaron que se habían mudado recientemente y que desconocían el paradero de los anteriores inquilinos. A partir de ese día, Jake había vivido con un humor tal, que ni siquiera él se soportaba. Pensó inclusive en ir a buscarla a Orange County, pero intuía que Colette no había retomado del todo las relaciones con su familia.

Así que la única persona que, por lógica, podría conocer el paradero de Colie era su mejor amiga, Kate Blansky. Una cotilla, necia y obstinada mujercita. Cuando respondió a la primera llamada telefónica, y él se identificó, Kate le dio un pequeño y consistente discurso de cómo podría morir por lo que había hecho a Colie. Luego, el tono de reproche se calmó, pero no porque Kate se hubiese aplacado, sino porque ella le cerró el teléfono. Contactarse de nuevo con ella, le llevó varios intentos más, hasta que la sugerencia de que unas entradas al circuito de tenis en Estados Unidos serían bien recibidas para convencerla de decirle dónde podría localizarla personalmente, surgió en medio de la conversación.

Así que allí estaba. Mal humorado. Chantajeado, pero principalmente frustrado por no poder llegar a Colette, hasta que la mujercita que tenía delante en esos momentos se dignara informarle el paradero de Colie.

—Ya tienes las malditas autorizaciones para los pases, Kate —repuso señalando una carta autorizada y el número de contacto de Gordon, para que cuando quisiera hacer efectivo un pase VIP a un torneo, entrenamiento o lo que fuera, su agente se lo consiguiera sin problemas.

Ella sonrió y se cruzó de brazos.

—Eran los pases a cambio de vernos personalmente. Aquí estamos. Tú has cumplido tu parte, y yo he cumplido la mía.

Jake se pasó la mano por el rostro intentando controlar su mal humor. Apenas había dormido y esa mujer tenía la desfachatez de jugar con él. De haber sido otra la circunstancia, jamás lo habría permitido, pero dado que Kate era su vía para llegar a Colie, no le quedaba de otra que aguantarla.

—Hice un viaje largo hasta aquí, he cumplido mi parte y ahora quiero saber —se puso de pie—, ¿cuál es la maldita dirección de Colette Kessler en Nueva York?

—Decirte que estaba en la Costa Oeste también fue un adicional, eh...

—¡No te pases, jovencita! —prácticamente gritó, interrumpiéndola.

Kate cerró la boca. Iba a decirle una crítica mordaz, pero la verdad era que lo había tenido tonteando casi dos meses. Era su castigo personal por cómo la hizo sufrir a Colie. Pero sí, el hombre estaba evidentemente desesperado. Y lo cierto era que le gustaban los finales felices. Aunque no estaba muy segura de que Colie lo fuese a perdonar, decidió quitarle la incertidumbre a Jake.

—Está en una de las casas de sus hermanas en los Hamptons —escribió en un papel a medio usar,

la dirección que se sabía de memoria—, creo que si quisiera hablar contigo, te habría respondido el teléfono las innumerables ocasiones que llamabas...

Jake se guardó el papel como si fuera una lámina de oro y temiese perderla.

—Lo sé. Ella tiene todo el derecho a estar enfadada conmigo. Pero intentaré hacerla cambiar de opinión —expresó convencido.

Kate deseaba que su amiga fuera feliz, con o sin Jake. Por otra parte, no consideraba justo que él ignorara el hecho de que iba a ser padre, y también por eso había accedido a verlo. Lo del chantaje fue un divertido adicional. No era la llamada a decirle que Colette esperaba un bebé, aunque sí que intentó de muchas maneras que su amiga se lo confesara a Jake, en lugar de ir a refugiarse a otro Estado.

—¿Y qué piensas que sería lo suficientemente convincente para ella? Esta es la segunda ocasión en que la decepcionas y la lastimas...

Él la miró, antes de dirigirse hacia la salida.

—El amor, Kate.

—Buena suerte... —repuso cuando la puerta se cerró detrás de Jake.

Ya había anochecido. Miró el reloj de su mesilla de noche. Las once. Daba vueltas y vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. De mala gana se sentó, salió de entre las sábanas para dirigirse hacia el ventanal que daba al mar. Apenas podía ver nada, y aún a sabiendas de que la temperatura había bajado considerablemente, abrió la puerta corrediza. De inmediato, el aire frío la golpeó. No solía dormir demasiado abrigada. Llevaba unos shorts de seda gris, y una blusa sin tirantes a juego. La calefacción era perfecta, así que podía andar con las prendas habituales sin molestarse por el frío. Luego de abrir la puerta corrediza, era otro asunto.

Los pezones se le tensaron, y ella cruzó los brazos, abrazándose a sí misma. Intentaba ser fuerte, pensó observando el infinito. El desamor dolía demasiado, casi era como un arma letal. Esa tarde, antes de reunirse con Paula, había salido a comprar chucherías en los alrededores. Al ver varias parejas en las calles, abrazándose, le causó una envidia impropia de su carácter. Regresó a casa, un poco desanimada, pero se tomó el chocolate en la playa con Paula, y la cháchara de su amiga, con sus anécdotas y experiencias como mamá, la hizo sentir mejor. No le había contado aún de su embarazo. De hecho, la única persona al corriente de su estado era Kate.

Con un suspiro contempló cómo la luna llena iluminaba el firmamento, y al lado de esta, brillaba un lucero. Puso las manos sobre su vientre, y se imaginó cómo sería su bebé al nacer. A quién se parecería. Moría de ganas por alquilar un piso para decorar la habitación, una vez que supiera si tendría un niño o una niña.

Estaba presta a sumergirse en otro pensamiento, cuando el timbre de la casa sonó.

Ella salió del balcón, se colocó un salto de cama sobre el pijama, y bajó las escaleras de madera, descalza. ¿Le habría pasado algo a Paula, o al señor Davers? No había más vecinos alrededor que vivieran a tiempo completo en los Hamptons, pues solía ser un área para vacacionar, más que para vivir.

Sin pensárselo dos veces abrió la puerta.

—¿Ha pasado algo...?

No pudo completar la pregunta. No era la señora Davers, ni su esposo, sino la última persona que habría esperado ver en mucho tiempo.

—Hola, Colie —saludó Jake con una sonrisa vacilante.

Fue ese tono de voz, sus hormonas y el resentimiento, lo que impulsó a su mano derecha a elevarse y cruzarle la cara a Jake de una bofetada. El sonido retumbó en el silencio. Esperó que él reaccionara de alguna manera, que la insultara, o la tomara de las muñecas reclamándole por lo que había hecho.

Jake la miró, pero no hizo nada de lo que ella hubiese esperado. Aquellos ojos grises ardían, pero no era rabia. ¿Qué diablos era entonces?

—Supongo que es una bienvenida que merezco —repuso sin tocarse la mejilla en la que los dedos femeninos habían quedado ligeramente marcados.

Colette notó que el rostro masculino había perdido un poco de peso, y tenía ojeras. Seguía devastadoramente atractivo, pero era evidente el cansancio. ¿Qué habría estado haciendo todo ese tiempo?

—Eso es poco comparado con lo que pienso de ti —replicó ella, mirándolo con desconfianza desde el umbral de la puerta. La luz del pasillo era la única luz, pero no impedía que viese a Jake perfectamente.

Ni él, a ella.

«Está preciosa», pensó Jake conteniendo las ganas de acercarla, enterrar los dedos en sus cabellos suaves, y besarla hasta saciar la sed de ella. Pero antes tenía mucho por decirle, y pedirle disculpas. Esa bofetada era poco, comparado con el dolor que él le había infringido. Ni siquiera se planteaba reclamarle nada... Diablos, ¡cuánto la había echado de menos!

—He recorrido un largo tramo desde el Lago Tahoe, y ahora mismo tengo bastante frío, ¿me invitas algo de tomar? —preguntó con suavidad.

Ella frunció el ceño.

—¿Has estado en la casa de Kate? —replicó sorprendida. Se cruzó de brazos para que él no reparara en cómo le temblaban las manos por las ganas que tenía de estirar la mano y acariciarle la mejilla donde lo había golpeado. Una vez más, su lado impulsivo salía a relucir con la única persona que era capaz de activarlo. Se preguntaba si Kate le habría contado lo de su embarazo y si era ese el

motivo por el cual él estaba en los Hamptons.

Él asintió.

—Luego de asegurarle pases para las temporadas de tenis durante un año, finalmente me dijo dónde podía encontrarla para hablar en persona. Me ha costado casi dos meses llegar hasta ti. No me respondías los mensajes, las llamadas... —le dedicó una mirada arrepentida—, me gustaría hablar contigo... Por favor, escúchame.

Ella lo miró un largo rato. Sentía las piernas temblorosas y el corazón agitado como si hubiese corrido una maratón. Quería decirle que se fuera, que le dolía verlo, pero en cambio se escuchó diciendo otra cosa:

—No tenemos nada de qué hablar, pero está haciendo frío y te haré un café para que luego puedas marcharte.

«Al menos el café será una excusa», pensó Jake, aliviado.

Colette se demoró un largo rato en la cocina. Todavía sentía el impacto de verlo. Era imposible, al menos para ella, no notar la expresión insegura en él. Eso era totalmente ajeno al carácter de suficiencia que Jake solía tener.

Pensó en llamar a Kate en ese momento, y preguntarle si acaso le habría hablado a Jake sobre su embarazo. Y de paso la reprendía por haberse permitido chantajearlo. Su amiga era imposible, pero la adoraba.

Mientras encendía la cafetera, pensó que si Jake supiera de su embarazo, hubiese sido el primer tema en mencionar nada más verla. Y no lo había hecho. Pasó varios minutos más en silencio, mientras hasta ella llegaban los movimientos de Jake en la sala. Estaba encendiendo la chimenea a juzgar por el olor de la madera quemándose.

Con un suspiro, tomó la bandeja y salió de la cocina. Menos mal había tenido la buena cabeza de ponerse el salto de cama grueso color rojo, antes de bajar a abrir. No solo la abrigaba, sino que la protegía de su ligero pijama ante Jake.

Él estaba contemplando las fotografías sobre el borde de la chimenea, cuando escuchó que ella dejaba el charol con la cafetera. Se giró, y en silencio, se acercó a tomar una taza y varios sobrecitos de azúcar, antes de acomodarse en uno de los sillones blancos del salón. La casa era acogedora, elegantemente decorada, pero sin llegar a ser pretenciosa.

Colette se sentó en el asiento que estaba justo frente a él.

El mensaje era claro, notó Jake. No quería que la tocara, y le incomodaba su cercanía. Ella no sabía cuánto la había necesitado. Su tiempo lejos de ella, obligado por un contrato, fue una tortura. Los dedos le ardían por acariciar su rostro, y recorrer sus rasgos de nuevo. Tenía que hablar, sincerarse y disculparse.

Jake bebió un sorbo de café, antes de reclinarsse contra el respaldo acolchado. Apretó los puños, frustrado, porque quería besarla hasta ser capaz de derretir aquella máscara de hielo en que se había

convertido la expresión de Colette.

La miró. En el silencio de la noche, ella hizo lo mismo.

—Quise decirte lo del contrato con la radio —empezó quebrando el silencio—, pero postergué y postergué el asunto, hasta que simplemente, lo olvidé.

Ella resopló.

—Vaya, qué conveniente —repuso con sarcasmo—. Me arruinaste una gran oportunidad. Me dejaste en la estacada, y tuve que capear el temporal. Perdí el trabajo. No tenía sentido quedarme... Solo destruyes todo a tu paso, Jake —se puso de pie—. Ahora será mejor que te vayas. No eres bienvenido, y ya tomaste tu café.

Jake no podía irse sin antes dejarlo todo claro.

—Colie... lo siento. Lo siento muchísimo —dijo con voz ansiosa, poniéndose de pie también. Se sintió como un gusano—. Luego de aquella noche en mi casa —avanzó hasta ella—, fui a mi mansión en Bel Air.

—No me interesa, quiero que te vayas —expresó.

—Me emborraché como hacía muchísimo tiempo no me ocurría, me sentí muy mal por lo que te dije, pero estaba confundido, abrumado, sobrepasado con mis emociones —continuó como si ella no hubiese dicho nada. Se le acercó, y Colette retrocedió automáticamente. Jake estiró las manos, las colocó con suavidad en los hombros femeninos y la miró—: Solo escúchame, cariño. Es todo lo que te pido.

Colette se soltó. «¿Cariño? ¡Já!»

—¿Igual como tú me escuchaste a mí? —dejó escapar una carcajada rota, amarga.

—Fui un imbécil, y un cobarde. Tú eres valiente, y por eso te admiro...

—No quiero nada de ti, ni tu admiración, ni tu arrepentimiento, nada. ¿Me escuchas? ¡Nada! —exclamó mirándolo con dolor.

No era la expresión que a él le hubiese gustado ver en Colette, pero al menos ya no había hielo en su mirada. Empezaba a dejar salir lo que sea que sintiera por él. Quizá desde ahí podía convencerla de que le diera una oportunidad. Una única oportunidad de redimirse.

—Por favor... —susurró con la voz queda.

—¿Por qué debería darte la oportunidad de explicarte, cuando tú ni siquiera me la diste a mí? ¿Por qué? —preguntó elevando el mentón, orgullosa.

Estaban tan cerca que si ella retrocedía un poco más, quedaría pegada a la pared y no tendría salida si quisiera huir de él. La presencia de Jake lo abarcaba todo, y su cuerpo traicionero respondía. Sentía los senos pesados, y los pezones tensos contra la tela del pijama y el salto de cama, su piel ardía como si reconociera a la única persona capaz de saciar esa necesidad que la invadía

por las noches. El crepitar del fuego lanzaba rayos de luz alrededor. Rayos de luz que creaban sombras, y provocaba una sensación de intimidad que ella no quería sentir. Anhelaba que él la tomara en brazos, y la abrazara fuertemente; pero también lo deseaba tener lejos, porque con Jake no podía controlarse.

—Porque estoy enamorado de ti —confesó. Había pensado darle explicaciones, y luego declarársele, pero el panorama era más hostil del que pensó—. Esa es la razón.

Ella sintió que le faltaba el aire. Se quedó de piedra, mirándolo, incrédula.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Estoy enamorado de ti. Más que eso, te amo. Esa clase de amor que traspasa la barrera del tiempo, y que crece cada día. El tipo de amor que te fortalece. He sido un completo imbécil —susurró, cuando vio cómo los ojos de Colette brillaban en una mezcla de incredulidad y angustia. El terror de que ya no lo amara, lo invadió de pronto, pero lo hizo a un lado. Él tenía suficiente amor por los dos, y haría lo que fuera para que Colie pronunciara de nuevo esas maravillosas palabras que, estúpidamente, él había despreciado—. No sabes cuánto lo lamento. Lamento tanto haberte lastimado, y haber dicho que lo que aquella noche ocurrió entre los dos fue solo un revolcón. Nunca lo ha sido. Jamás contigo, aunque en un principio quise mantener ese pensamiento.

Jake le tomó el rostro entre las manos. Ella respiró entrecortadamente.

—No sé qué decirte, Jake... —le tomó las manos con las suyas, y las alejó de sus mejillas. Se soltó, pero no retrocedió—. Han sido semanas complicadas.

—Mi amor, te he llamado cada día. No podía romper el contrato que tenía en Europa sin enfrentarme a una demanda por incumplimiento en los tribunales... Cuando finalmente pisé California, estuve a punto de enloquecer al no encontrarte por ninguna parte. Mi agente consiguió el número de tu amiga, y lo único que me dijo fue que estabas en Nueva York. Nadie sabía nada.... Creo que han sido las peores semanas de mi vida, sin ti.

—Me lastimaste, Jake. Mucho... —dijo con voz trémula.

Él estiró la mano, y limpió una lágrima que se escapó de los ojos azul verdosos. Colette dio un paso atrás.

—Me arrepiento de ello cada día. Pensé que alejándome de ti, cambiaría de opinión sobre mis sentimientos, porque creía que estaba equivocado sobre ellos. Al darme cuenta de que te amaba, mi mundo se volvió de cabeza. Jamás he sentido por nadie, lo que siento por ti. Ni de cerca. Y eso no es fácil de asimilar para un hombre que no creía en el amor... —Al notar que ella iba a protestar, se apresuró a continuar—: El viaje a Europa fue inminente, y apenas tuve tiempo de despedirme de mi madre y mi sobrino. Cuando te llamé, me saltaba la contestadora... —suspiró—, me consolaba con el pasar de los días, al menos escuchando tu voz de la grabadora. Durante mi viaje conocí muchas mujeres hermosas. No... no te alejes, no he venido a contarte que tuve una aventura, no soy tan estúpido para pensar en otra cuando te quiero a ti. El punto de decírtelo es que ninguna de ellas me interesaba, porque ninguna eras tú.

Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Colette, pero ella no dijo nada. Solo lo miraba, como si intentara comprobar que no estaba mintiéndole. Luego fue a sentarse. Puso los codos sobre las rodillas, y se tapó el rostro. Jake se acuclilló frente a ella. Necesitaba demostrarle que estaba dispuesto a todo por ella, que no había orgullo cuando el amor estaba de por medio.

—Colie, ¿es tarde para recuperarte? —preguntó con un tono de voz estrangulado, que ella jamás había escuchado en Jake. Y sus preciosos ojos grises, aquellos ojos que tanto adoraba, tenían un inconfundible matiz de dolor.

Ella bajó las manos, y sin importarle la humedad de sus ojos y sus mejillas, lo miró con todo el amor y también la tristeza que había llevado consigo esas semanas.

—No lo sé Jake... tendrás que esforzarte más para que yo pueda responder a esa pregunta... —Él soltó lentamente el aire que estaba conteniendo. Fue como si un rayo de sol lo hubiera atrapado en medio de la oscuridad al escucharla. No lo estaba rechazando, pero tampoco aceptando. Sabía que inclinar la balanza hacia una oportunidad para ambos dependía enteramente de él; estaba más que dispuesto a ello—. Me lastimó que, a pesar de haberte enterado de temas sobre mi familia, mis ilusiones y también mis temores, no hubieras mantenido la confianza que deposité en ti, y que me trataras como lo hiciste...

—Lo sé, amor. Lo sé, y no sabes cómo he lamentado haberte lastimado... —se incorporó, la tomó de las manos para ponerla de pie—. Colie, cariño, dame una oportunidad y te prometo que no la echaré a perder. No esta vez.

Ella se sentía vulnerable. Necesitaba asimilar lo que él le había dicho, pero no podía hacerlo cuando estaba a su lado; su cercanía la desconcentraba. No podía confiarse, pero al mismo tiempo deseaba fervientemente hacerlo.

Era poco más de media noche.

—¿Sabes? Necesito descansar. Hoy tuve un día duro —mintió—, así que preferiría que hablásemos otro día.

—Colie... —murmuró acercándose. Ella lo detuvo.

—No me presiones. Déjame... déjame asimilar, y no sé si quizá mañana tenga tiempo de verte. Quizá te hostigas y vuelves a Santa Mónica, o donde sea...

La miró con determinación.

—Olvidalo. No me vas a hacer desistir. Te he dicho que te amo y eso implica hacértelo creer, aunque tenga que venirme a pasar los próximos días haciendo guardia fuera de tu puerta hasta que quieras hablar conmigo de nuevo, y decirme si estás dispuesta a darme una oportunidad para recuperarte. Y aún si no quieres dárme la, lucharé por ti hasta convencerte de que soy sincero.

Dios, cuando él hablaba de ese modo...

—Hasta pronto, Jake —dijo a modo de respuesta ante el apasionado discurso.

Él apretó la mandíbula. No iba a conseguir nada presionándola. Pero al menos ya le dejaba claro que estaba dispuesto a todo. Y por todo, incluía el acecharla día y noche si acaso era necesario para convencerla de que estaban mejor juntos.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente —aseveró antes de salir.

Colette se quedó mirando la puerta un largo rato, aún después de escuchar que el automóvil de Jake se alejaba. Luego subió a su habitación, y por primera vez en las últimas semanas logró dormir profundamente.

Capítulo 24

Colette había esperado que quizá Jake se apareciera en la mañana. Por eso se levantó, se dio un largo baño y se acicaló lo mejor posible. Se sentía como una tonta poniéndose guapa para él, cuando le había dicho que quería pensárselo un poco. ¿Y si él se había ido de regreso a California? Descartó esa pregunta sin sentido, porque si él decidió irse, entonces solo restaba pensar que la confesión de la noche anterior fue solo una mentira para intentar llevársela a la cama. ¿O no?

Llegó el medio día, y la sensación de decepción la invadió por completo. De mala gana se ajustó el vestido que marcaba cada una de sus curvas. Excepto la más importante, pues el estilo del corte se ajustaba hasta el bajo de sus pechos, y empezaba a ampliarse hasta el bordillo que le llegaba sobre las rodillas. Se recogió el cabello en una coleta y decidió llamar a Fredrick. Necesitaba averiguar cómo se podría limpiar un arma correctamente. Su detective, además de resolver un crimen, tenía que cometer un necesario asesinato. O al menos eso pensó a medida que la rabia por haber creído a Jake, aumentaba.

Quedó de verse en un café de los alrededores con su amigo. Fredrick tenía casi cuarenta años, pero conservaba un excelente estado físico. De hecho, a veces solía contarle lo que hacían las periodistas jovencitas para tratar de ligárselo con tal de que les enseñara bien cómo desentrañar los puntos clave en las entrevistas para los artículos diarios. Estaba casado, y su ascendencia húngara, de parte de madre, le daba un aire aristócrata irresistible. Pero no para ella, pues al parecer sus pupilas se negaban a aceptar como *atractivo* a otro espécimen masculino que no fuera el cretino de Jake Weston.

—Pensé que no llegarías —expresó Fredrick dándole un abrazo—. El oficial Robert Tisdale me ha dicho que recibirá tus preguntas con mucho gusto. Es un policía retirado, pero no ha pasado ni un minuto, desde su retiro, lejos de todo lo que involucre ese mundo del crimen organizado.

Ella asintió.

—Siento la tardanza, Fredrick, gracias por esperarme.

—Una mujer hermosa siempre es un placer de atender. —Colette sonrió—. Además que venir un rato a los Hamptons me hace bien luego de tanta locura en el centro de Nueva York —repuso llamando al camarero—. Hoy no tienes esa ilusión particular en la mirada. ¿Sucede algo? ¿Se han atascado los personajes?

«Si supieras.»

—Algo de eso hay. ¿Cómo está tu esposa?

Continuaron conversando durante casi una hora. Colette fascinada con las experiencias periodísticas de Frederick, y este, alegre de poder hablar de su trabajo, puesto que Sophie, su mujer, ya se conocía sus travesías de cabo a rabo. Era un periodista relativamente joven con mucho éxito y esperaba que pronto Sophie pudiera darle una alegría añorada: ser padre.

Colie se relajó y pudo conversar distendidamente con su amigo, hasta que sintió cómo los dedos le pedían escribir. Señal inequívoca de que era momento de retirarse. Llamaría al oficial retirado Tisdale lo antes posible.

Como no pudo ser de otra manera, Fredrick se ofreció a acompañarla a casa. Ella aceptó. Durante el camino, él empezó a relatarle sobre los tratamientos de fertilidad por los que él y Sophie habían pasado, y el anhelo de que el último diese finalmente resultado. Colie le deseó de todo corazón la mejor de las suertes, y acordaron llamarse en unos días por si ella tenía necesidad de algún dato adicional. Se despidieron con un efusivo abrazo.

De mejor ánimo, Colie abrió la puerta. Llegó hasta el comedor y dejó las llaves del automóvil de su hermana Lizzie, sobre la mesa. No solo le prestaban la casa, sino que le habían puesto a disposición un chofer, automóvil cuenta de gastos. Todo lo que ella quisiera. Pero Colie aceptó el automóvil y la casa. Lo que llevaba ahorrado le bastaba. No quería abusar de la generosidad de sus hermanas.

Tomó su cuaderno de apuntes de la repisa, un bolígrafo, y se dirigió hacia su habitación.

—¿Te has divertido?

Ella dio un respingo, y se dio la vuelta.

Jake estaba en el umbral de la puerta de la sala. Llevaba una cazadora azul, el cabello ligeramente despeinado y se veía tan alto, como peligroso. Sus ojos parecían llenos de sombras, y la observaban como un halcón a su presa.

—¿Cómo...?

—Creo que no te quedó lo suficientemente claro lo que te dije anoche.

Colette descendió los dos escalones que había avanzado. Caminó hacia él, pero se mantuvo a una distancia prudente. O eso creyó, cuando el aroma del perfume masculino llegó hasta su nariz y recorriéndole los sentidos.

—Mi puerta estaba cerrada —replicó, nerviosa.

—Paula es una vecina muy simpática, y una romántica incurable. Me dijo que no me preocupara por esperarte fuera en el automóvil, que pasara porque la puerta del jardín estaba abierta. Me alegro de que tengas una vecina tan comunicativa —sonrió, y avanzó hasta Colie. Quedaron bastante cerca—. Insisto. ¿No te quedó lo suficientemente claro lo que te dije anoche?

Ella se mordió el labio. Tragó en seco.

—Yo...

—¿Pensaste que no iba a volver? ¿Que me iba a largar sin más solo porque no me dejaste pasar la noche aquí, o tocarte, o besarte o hacerte el amor como deseo tanto?

—Jake...

Él no se movía, pero no necesitaba hacerlo, porque Colie sentía su presencia abrazándola. Era impresionante el modo en que la enfurecía o bien, la anestesiaba por completo impidiéndole recordar si acaso estaba enfadada con él, o no.

—¿Estás interesada en otro? —preguntó con rabia. Ver a ese hombre abrazándola casi lo vuelve loco—. ¿Es por eso que te costó tanto anoche decirme si me dabas o no otra oportunidad? ¿Es ese que te acompañó?

—Solo es un amigo. Está casado y solo me ayuda a investigar cosas para una novela de detectives que he empezado a escribir —repuso. ¿Por qué estaba dándole explicaciones?

Eso pareció aplacarlo. Dio un paso más, y ella tuvo que elevar el rostro para mirarlo.

—Ayer estuve viajando casi todo el día. Estaba agotado y me desperté muy tarde.

—Yo no...

Le colocó el dedo debajo del mentón, y le acarició el labio inferior con el pulgar, activando todos sus nervios.

—¿Me estabas esperando y como no llegué temprano, pensaste que te mentí anoche?

«¿Ahora lees la mente?»

—Tenía cosas que hacer, y la verdad no esperaba verte tan pronto. Pensé que te tardarías unos días. O no sé... —lo miró impotente—. No sé qué esperar. Y honestamente, no quiero hacerme ninguna expectativa. Te he dicho que necesito tiempo.

—¿Para aceptar que te amo, o repensar si continúas o no amándome?

Ella tomó una honda respiración.

—Tengo que escribir... —dijo, alejándose. Una excusa bastante pobre, pues las ganas de escribir se habían esfumado apenas lo vio—. Te ofrecería algo de comer, pero...

—Vamos a la playa a dar un paseo. Respirar aire yodado siempre viene bien, además echo de menos trotar en las mañanas como suelo hacer en Santa Mónica —sugirió. El vestido la hacía parecer más joven de lo que era, y con la coleta, él podía disfrutar de observar el cuello de piel suave que guardaba su aroma. Su embriagador aroma natural. Tenía los labios rosados que parecían pedir a gritos sus besos, y él solo era un hombre arrepentido y enamorado, que esperaba no haberla perdido del todo. Jamás se pensó en una situación como esa por una mujer. Aunque Colette no era ni por asomo cualquiera. Ella era la mujer de su vida, y no pensaba dejarla ir. Más le valía a Colette que se hiciera a la idea.

Era una petición tan inofensiva, y Colette que no pudo negarse.

—Yo... —suspiró—, de acuerdo.

La arena estaba helada, al igual que el agua del Atlántico, pero la cercanía de Jake la llenó de adrenalina y solo era consciente de su presencia a su lado. En un momento dado, él estiró la mano

con la yema de los dedos tocó los suyos, como si le estuviese pidiendo permiso para enlazar los dedos. Ella lo miró, sin perder el paso, y movió los dedos, hasta que quedaron perfectamente entrelazados con los de Jake.

Aquel gesto de aceptación, pareció quitar las sombras de los ojos de Jake, quien empezó a contarle anécdotas de su viaje por Europa. Se atrevió a contarle lo de la mujer en Copenhague, algo que removió una parte del corazón de Colette y le arrancó una sonrisa. También le habló de la cantidad de chicos que anhelaban hacer del deporte una carrera y cómo se esforzaban por conseguirlo; le habló de Pavel, un chico hindú nacionalizado en Luxemburgo, cuyos padres adoptivos habían vendido casi todo para pagarle un entrenador, al ver su pasión por el tenis. Le dijo que había ofrecido a Pavel costearle sus entrenamientos hasta que alcanzara las ligas profesionales, a cambio de que no dejara de estudiar.

Colette empezó a sentirse más cómoda, como había sido antes de que se separaran. La brisa del mar y la voz de Jake eran una grata compañía. Pronto se encontró hablando de su descubrimiento personal sobre la pasión que le causaba el hecho de escribir novelas detectivescas, y de su trabajo en *Trendy*. También le dijo que durante los últimos días había conversado con Greta y Phillip. Le comentó que Bob estaba muy recuperado del accidente y podía caminar bastante bien, que estaban retomando el contacto con más frecuencia.

A partir de aquella tarde, entre ellos se instaló una camaradería distinta a la habitual, en la que conversaban como siempre, pero Jake, a pesar de mostrarse solícito y divertido, no hacía intentos de besarla. Ella no sabía si mostrarse enfada, frustrada o aliviada. Había roces ocasionales en el brazo, o le acomodaba el cabello detrás de la oreja, o se sentaba muy cerca de ella. Y al final del cuarto día, desde que Jake estaba alrededor, estaba a punto de lanzarse sobre él y pedirle que la besara. Su frustración iba incrementándose, cada vez que Jake se despedía con un beso en la mejilla y se iba, cada noche, a las nueve.

No podía acusarlo de manipularla, porque ciertamente, él se mostraba abierto y conversador. Tampoco podía tacharlo de hipócrita, porque desde que apareció en los Hamptons, le hizo saber que iba a demostrarle que la quería de regreso. ¿No tocándola quería demostrárselo? Sus hormonas parecían más descontroladas que de costumbre, y cuando él estaba cerca, sonriéndole o simplemente cruzándose de brazos tensando la tela de la camiseta que perfilaba sus músculos, sus dedos parecían querer vida propia y tocarlo.

Un sábado por la noche, Jake le dijo que iba a cocinar.

—¿Es decir que además de café y comida nutricional deportiva sabes hacer más cosas?

Él le sonrió.

—Hubo una temporada en que me hostigué de los hoteles y su comida, así que empecé a alquilar suites por el tiempo que durasen los torneos. Y cuando me daba ciertos permisos con la dieta deportiva decidí que aprender a preparar algo diferente por mí mismo iría bien.

—Vaya...

Jake se dirigió a la sala, y volvió con una bolsa que había traído en la tarde.

—Un vino de la mejor cosecha. Lo compré en Italia —expresó haciéndole un guiño. Ella se sonrojó. Pero no por el motivo que él pensaba—. He visto que tienes pescado en el congelador, así que prepararé un poco. ¿Te apetece?

—Me gustará probar a ver si es cierto que aprendiste a cocinar bien.

Él se echó a reír, y mientras aliñaba el pescado y le contaba las travesuras de su sobrino, Colie sintió que no podía continuar extendiendo esa plácida rutina que empezaba a parecerle demasiado agradable. Quería hacerlo sufrir, pero al mismo tiempo, necesitaba su amor. No le bastaba con que se comportase como un perfecto caballero. Añoraba sus besos, el sabor de su boca, el poder de su sexualidad, su forma de hacer el amor y la capacidad de hacerla sentir un placer tal, que la hacía sentir que se partía en mil pedazos, para luego volver a reconstruirse.

Jake echó a freír el pescado. Colie contuvo la respiración. Quizá olía delicioso, pero ella... las náuseas del embarazo no eran tan frecuentes, y habían elegido ese preciso instante para aparecer. Se puso las manos en el vientre. Sus vestidos amplios la protegían, a pesar de que era poco visible su estado de gestación. Solo se podría notar si alguien la veía desnuda. Algo que, por supuesto, no iba a ocurrir...

—¿Colie?

—¿Eh?

—Te pregunté si querías probar la salsa del pescado...

«Oh, no, ahora no», pensó cuando la sola idea del aroma de la salsa en su boca la hizo sentir arcadas. Bebió un poco de agua, como si eso pudiera ayudarla. Fue peor.

—¿Cariño...?

Colette dejó el vaso sobre el mesón de la cocina, se levantó y fue corriendo al baño de visitas. Devolvió todo el almuerzo y el té de la tarde. Sintióse terriblemente, haló la cadencia del retrete y se refrescó la cara. Tomó un poco de *Listerine*, lo mezcló con agua, e hizo buchadas. Cuando creyó que su boca sabía a menta y se sintió más calmada, abrió la puerta. Jake estaba con la mirada preocupada, el ceño fruncido y los brazos en jarras.

—¿Te hizo daño la comida de la tarde en el restaurante? En el hotel me dijeron que era el plato más famoso. Supongo que aunque me hospede en un hotel cinco estrellas, no hacen las cosas siempre bien. ¿Eh? —preguntó. Notarla desconfiada ante él, sin saber si podía abrirse y ser la misma de siempre o retraerse, lo estaba matando. Por eso no había querido hacer ningún avance físico, más allá de un simple toque aquí o allá, porque no tocarla del todo era absolutamente imposible. Quería que fuera ella quien tomara la decisión de acercarse.

Ella trató de sonreír, pero estaba segura que le salió una mueca. Intentaba respirar calmadamente, pero sus nervios estaban a flor de piel, y tenía unas estúpidas ganas de llorar. Se sentía inexplicablemente desprotegida ante la sola idea de que Jake decidiera dejarla si se enteraba de que esperaba un bebé. O peor aún, que los rechazara a ambos. No estaba lista para anunciarle su estado. Trató de serenarse con todas sus fuerzas.

Fuera, las ligeras gotas de lluvia que habían caído durante todo el día, arreciaron. Una lluvia demencial golpeaba contra los vidrios de las ventanas de la casa.

—Yo... Sí —mintió—. Debió ser la comida.

Él la miró fijamente. Un largo rato, hasta que Colette iba a confesárselo. Jake no le dio tiempo a anda, se acercó a ella, sin darle excusa a nada, la tomó en brazos y la llevó hasta el salón. La dejó en la cómoda superficie. Le puso las manos sobre las rodillas, acuclillándose.

—Inténtalo de nuevo.

—¿Qué?

—Anda, inténtalo de nuevo. Dime por qué te dieron náuseas ayer cuando pasamos caminando por una casa donde hacían una barbecue, hace dos días subiste corriendo a tu habitación mientras comíamos una carne en salsa de hongos...

—Estaba demasiado llena, y el olor...

—...y ahora, las náuseas han vuelto, cuando te he preguntado si querías probar la salsa y te acerqué la cuchara a los labios —continuó sin escucharla. No era ningún estúpido, pero quería que fuera ella quien se lo dijera; se lo confirmara—. ¿Tienes algo que decirme?

—Jake...

El negó con la cabeza. Se levantó, y luego se acomodó junto a ella, que tenía las manos juntas sobre su regazo. Él tomó las manos de Colie entre las suyas.

—Créeme, no me importa pasarme el resto del mes, o del año si quieres, intentando convencerte de que estoy aquí, que te amo y que no me iré de tu lado. Pero sobre todo quiero que me des una oportunidad...—le dedicó media sonrisa. Una media sonrisa nostálgica—. Han pasado seis días desde que estoy aquí... no tocarte o besarte ha sido una tortura monumental. Sé que tú también me deseas, pero no quiero forzarte a nada. Puedes hacerme sufrir todo lo que quieras, lo merezco, pero también he sido sincero contigo y te he dicho lo que siento... ¿Puedes ser tú, ahora, sincera también? ¿Puedo pedirte que lo seas?

Colette sabía que no podía postergarlo. Era imposible hacerlo. Él lo sabía. Y tenía razón. Podían pasarse muchos días en esa armonía que había entre ellos, pero que iba a volar por los aires, explotando, de un momento a otro, porque la tensión sexual estaba matándola. Podría pretenderse activa, y echarlo para siempre de su vida. Pero una vez más, primero, ya no estaba sola, había una vida creciendo dentro de ella; y segundo, lo amaba tanto, que no perdonarlo no era un indicio de dignidad, sino de soberbia. ¿El amor implicaba soberbia? No. Quizá en una relación solo de lujuria, sí, pero en la de ellos, no tenía cabida.

—Jake... —susurró sin responder a su petición, mirándolo a los ojos. Era el momento de hablar claramente. Si bien, él lo hizo días atrás, ahora era el momento para ella.

—¿Sí? —preguntó acariciándole los nudillos con la yema de los dedos.

—¿Por qué te daba temor amarme?

Jake le acarició la mejilla con una expresión de vulnerabilidad, que no encajaba en absoluto con el hombre decidido y cínico que muchos conocían.

—Porque he perdido a muchos seres queridos en un tiempo corto y el dolor de la pérdida es lacerante. Aceptar amarte, implicaba aceptar la posibilidad de perderte... —replicó refiriéndose a su familia fallecida en el accidente de tránsito años atrás. Se encogió de hombros—. Temo ahora, también perderte a ti... Aunque al final, creo que estoy a punto de hacerlo...

Colette respiró profundamente.

—Jake, no vas a perderme.

—¿No?

Ella negó.

—Sé que has sido sincero. Al mantenerte lejos de mí, yo también sufro. Estoy dispuesta a darte una nueva oportunidad —manifestó con los labios temblorosos—. No lo eches a perder, porque no podría soportarlo...

El pecho de Jake pareció expandirse de emoción.

—Colette... Colette... —susurró con alivio, antes de tomar el rostro amado entre sus manos, acercarla, y mirarla como si estuviera pidiéndole permiso para besarla. En respuesta, ella se inclinó hacia él uniendo sus labios—. Te adoro —dijo Jake contra su boca—, y estar sin ti ha sido un infierno.

Jake tocó suavemente la boca de Colie con la suya, y ella emitió un suspiro. Él le recorrió los labios con lentitud, y deslizó las manos hasta enredarlas en el suave cabello negro. Poco a poco, se abrió paso con la lengua para saborear el glorioso sabor de su boca. El beso se hizo más profundo, y Jake exploró, saqueó y se deleitó con ella. Añoraba desnudarla, poseerla, pero no quería apresurarse, aunque su cuerpo moría de deseo.

Ella sentía su piel ardiendo, sus pechos clamando por ser acariciados, y su corazón desbocado al saberse amada. Jake había dejado a un lado su pose altiva, la había buscado, le pidió disculpas y aceptó sus errores. No solo era valiente quien cometía errores y los enfrentaba, sino quien sabía reconocerlos y trataba de reparar el daño causado con ellos. Como había hecho Jake.

Él le rodeó la cintura con los brazos, y la estrechó contra su cuerpo. Dejó escapar un gruñido de placer al sentir los pechos de Colie apretados contra su torso. Sin poder contenerse, le tomó el bajo del vestido fucsia, y se lo sacó. Subió sus manos por la piel suave del vientre, hasta acunar aquellos preciosos senos que tan bien conocía. Ella jadeó, y Jake apretó los pezones entre sus dedos sobre la tela negra del sujetador.

De repente, él dejó de tocarla, la tomó en brazos y la sentó a horcajadas sobre sus piernas. Ella se apoyó con las manos sobre los hombros fuertes. Lo miró desconcertada, ardía de pasión por él. Pero, ¿por qué se había detenido?

Él colocó la frente contra la de Colie, tratando de ralentizar su respiración.

—¿Jake...?

—Te hice una pregunta hace un rato. Quise saber si ahora podías ser sincera conmigo...

Ella lo miró con ternura. Le colocó la mano en la mejilla.

—Yo no sé cómo te lo vayas a tomar, Jake...

—Juntos podemos solucionarlo.

Colie sonrió.

—Jake, yo... —bajó la mirada, pero él le elevó el mentón con firmeza—. Antes de venir a Nueva York me enteré que estoy embarazada —confesó, mirándolo.

Él se quedó en silencio con los ojos muy abiertos. Abrió y cerró la boca, pero no logró articular ninguna palabra. Lo había sospechado. Por supuesto, pero la confirmación era simplemente gloriosa. Se quedó mirándola, arrobado, durante un largo rato.

Se hizo completo y absoluto silencio.

Colette, sintiéndose una estúpida, intentó bajar de las piernas de Jake. No le importaba que la hubiera dejado en ropa interior. Forcejeó para zafarse, pero él no se lo permitió. A cambio, le sonrió. Deslizó una mano hasta el vientre, apenas hinchado de Colie, y lo acarició con reverencia. Luego la tomó de la cintura y la estrechó contra él, un largo rato.

Emocionada por el gesto, Colette dejó que las lágrimas que llevaba guardando durante todo el día, salieran, deslizándose por sus mejillas. Jake empezó a reír, la alzó en volandas, y empezó a subir a la segunda planta con ella en brazos. Caminó por un pasillo, hasta que ella le dijo cuál de las habitaciones era la suya.

—Eres mía —susurró.

Mientras acomodaba a Colie sobre el suave colchón, no pudo impedir que las imágenes de Lauren en el hospital, perdiendo al bebé, aunque no hubiera sido suyo, lo atenazaran. Él prefería morir cien veces, antes de que Colette sufriera. Pero debía desterrar esos fantasmas del pasado, porque ya no tenían cabida para ellos. Para él. Colette era una mujer sana, y él se encargaría de que no tuviera ningún exabrupto o contrariedad.

Jake sentía un júbilo en el pecho incapaz de describir con palabras. ¡Un bebé suyo y de Colette! Se descalzó, encendió la luz de la mesilla de noche, y se acomodó de lado junto a ella, mirándola con adoración.

—Cariño —pasó la mano sobre el vientre y lo acarició con ternura—, ¿de cuánto estás? —se inclinó sobre Colie, hasta que la tuvo bajo su cuerpo. Ahhh, la sensación de estar así, de nuevo, tan cerca de ella, era gloriosa.

—Poco más de dos meses y medio, pero Jake... —replicó con un murmullo preocupado—, si no

crees que es tuyo...—empezó, recordando a Lauren, y aquella mal intencionada mentira—, entonces...

—*Sé que es mío* —expresó con firmeza, interrumpiéndola—. Tú no serías capaz de mentirme sobre algo como esto, ni tampoco te entregarías a otro hombre si llevases a mi hijo por más decepcionada que estuvieses. Eres mucho mejor que eso...

Ella soltó un suspiro.

—Temía que pensaras que como no nos habíamos visto en varias semanas, quizá te había engañado como lo hizo...

Él le puso el dedo sobre los labios.

—No lo digas. Está en el pasado. Y yo no desconfiaría de ti. El condón no es un método infalible... Y la verdad es que no me importa. Estoy demasiado feliz con la noticia —murmuró contra los labios de Colette, besándola profundamente, mientras sus manos le recorrían el costado con ansia. La misma ansia que ella tenía—. Si no estuvieras embarazada, créeme que habría hecho una campaña para conseguirlo.

Colette se rio. Pletórica.

—¿Estás feliz entonces...? —gimió cuando Jake deslizó la mano para quitarle con agilidad las *leggings* negras. Luego volvió con ella, y acarició sus muslos, mientras ascendía por su cuerpo sin tocar el punto más sensible, pasó los dedos por su vientre, hasta llegar a sus senos, para tomar uno y acariciarlo sobre la tela de randas del sujetador. Le arrancó un gritito al apretar el pezón con firmeza. Colie, a cambio, bajó la mano hasta tocar la firme protuberancia que se presionaba contra el pantalón de Jake.

—Absolutamente —dijo con voz ronca.

—¿Pensabas decírmelo si no me hubiese presentado aquí... o si no te hubiese acechado estos días? —indagó, no sin antes quitarle el sujetador dejando al descubierto sus pechos, que habían aumentado ligeramente de tamaño—. Eres una verdadera preciosidad, Colette —expresó al ver los senos del color de la nata, coronados por pezones algo más oscuros y erectos—. Están más grandes... son una delicia —dijo antes de tomarlos entre las manos con fuerza, y acariciarle los pezones con los pulgares. Sonrió al notar cómo ella contenía el aliento.

—Es el embarazo...

—Tu vientre apenas aún no está tan abultado —susurró, antes de inclinar la cabeza y llevar la boca de uno a otro pezón con gemidos de apreciación. Los sedujo con su lengua, hasta que el placer, para ambos, empezó a enfebrecerlos más todavía. Colette empezó a desabrocharle la camisa, y Jake se la arrancó de un tirón sin importarle nada, y luego se deshizo del pantalón con agilidad. A Colette le brillaban los ojos de deseo. Jake era un hombre espectacular, y la amaba. ¡La amaba! No quería albergar más resentimientos, necesitaba plenitud... necesitaba a Jake. Y ahora lo tenía—. No me habría gustado ignorar tu estado, Colie...

Sonrió como una tonta enamorada cuando vio que él se deshacía del calzoncillo negro. Estaba

duro y erecto para ella. Aquel era un poder sensual que adoraba sentir. Le hizo una seña con el índice para que se acercara. Con una risa ronca, él obedeció, no sin antes quitarle con agilidad las bragas.

Completamente desnudos, jadeantes y con una sonrisa, se miraron. Él estaba encima, arrojándola con su cuerpo atlético, y cuidando de no aplastarla. Estaba entre sus piernas, y sus caderas coqueteaban de tal manera, que la punta del glande tentaba la lubricada entrada de Colette, sin introducirse en ella. Una tortura absoluta, no solo para Colie, sino también para él que, al sentirla tan receptiva, ardiente y mojada, moría por penetrarla; había pasado demasiado tiempo sin ella. Demasiado.

—Sí, claro que te habría dicho lo del bebé, Jake... cuando me hubiera sentido lista para hacerlo... —le pasó la mano entre los cabellos espesos rubios curos, con ternura—, te hubiera ido a buscar cuando sintiera que había dejado de amarte y no me doliera saber que tú no me amabas.

Jake tragó en seco, y detuvo los movimientos de su cadera.

—¿Eso significa que aún...? ¿Qué tú...?

—Te amo, Jake. Claro que te amo... —le acarició el rostro. Jake giró la cara, y le besó la palma de la mano—. Han pasado muchos años desde la primera vez que te entregué mi corazón —sonrió—, y desde entonces siempre ha sido tuyo.

Él le sonrió con el alma en los ojos, antes inclinarse y besar apasionadamente la boca de Colette. Cuando la sintió ondular las caderas, le acarició los pechos, antes de penetrarla tanto con fuerza como con dulzura, en un vaivén de movimientos lentos y también frenéticos. No era una mera unión en busca de la satisfacción sexual; estaban compartiendo plenitud, anhelo, y un parte de sus almas con el otro. Durante el glorioso momento en que ambos sintieron la liberación del éxtasis, sus miradas se mantuvieron entrelazadas, exactamente como estaban sus corazones.

Horas más tarde, Jake escuchaba la respiración acompasaba de Colette que estaba abrazada a él. Tenerla a su lado, tan cálida y dulce, era una sensación maravillosa. Una sensación que deseaba experimentar cada día del resto de su vida.

Habían hecho el amor varias veces, en posiciones tan diferentes que él se sorprendió del nivel de confianza que juntos tenían en la cama, para pedir y exigir; para dar y recibir. Tenían una química sexual fantástica, pero no era nada comparado con el modo en que él se sentía tan solo con la idea de saber que ella lo amaba. No pensaba echarlo a perder. De hecho, estaba dispuesto a vivir donde ella se sintiera mejor. Sus negocios podía manejarlos desde cualquier parte del mundo, y viajaría con ella y su hijo o hija, donde fuera.

Giró la cabeza, y la contempló. Colette lo abrazaba con tanta confianza y amor, que lo hacía sentir el hombre más afortunado del mundo. Con suavidad, la apartó.

Antes de emprender el viaje a Nueva York, ya tenía decidido jugarse todo por el todo. Y eso incluía una pequeña pieza de joyería, cortesía de Cesare Ferlazzo. Su amigo, al enterarse de sus

intenciones con Colette, le dijo que ningún amigo suyo iba a pedir en matrimonio a una mujer con una joya que no fuera de su prestigiosa tienda siciliana. Jake no lo contradijo, porque las piezas que vendía la joyería *Mancherai* eran altamente cotizadas.

Jake buscó su pantalón en el suelo alfombrado de la habitación, se lo puso con rapidez y bajó las escaleras. Abrió la puerta principal y se dirigió hacia el automóvil. Abrió la guantera del BMW que había rentado, y sacó una pequeña cajita.

Tiritando, volvió rápidamente a la cama.

Consciente de que bajo el edredón Colette estaba desnuda, propició que cierta parte de su anatomía reaccionara. Pero lo que iba a preguntarle era muy importante como para pensar en otra cosa que no fuera aprovechar el momento, ahora que las cosas entre ellos se habían aclarado.

Le acarició la mejilla con dulzura, y empezó a darle besos en el hombro desnudo.

—Colie... —la movió ligeramente—. Nena...

—¿Mmm?

—Cariño, despierta un momento.

—¿Quieres hacer el amor de nuevo?

Jake sonrió.

—Siempre quiero hacerlo contigo, dulzura, pero ahora necesito hacerte una pregunta.

—¿No puede esperar...? —susurró abriendo un ojo. Estaba agotada. Solo de recordar aquella posición en la que ambos... No, no quería pensar en eso, porque iba a sonrojarse, y él por supuesto, deduciría qué estaba recordando.

Jake se rio.

—No, creo que no.

Haciendo un puchero, Colie se giró. Abrió los ojos lentamente, hasta que se adaptaron a la luz de la mesilla que Jake acababa de encender. Luego se sentó sobre los talones, colocando todo el enredo de sábanas bajo los brazos, cubriéndose del frío. Él sacó la mano que tenía en la espalda, y se puso de rodillas frente a ella. Estaban ahora a la misma altura. Como dos iguales. Porque lo eran.

—Jake...—murmuró cuando él sacó de la cajita el solitario de diamantes, y se lo mostró.

—Vine aquí pensando en arriesgarlo todo. El último riesgo, y el más importante de los tantos que he tomado en mi vida. Es este en el que he hecho la apuesta más alta, porque creo que nada ha valido jamás tanto la pena como arriesgarme por ti —declaró con los ojos sospechosamente empañados—. Siempre has sido tú. Desde París. Solo que he sido yo demasiado obtuso y tonto como para haberme dado cuenta cuando casi era demasiado tarde.

—Oh, Jake... yo... —susurró emocionada al verse reflejada en esos ojos grises. Veía el reflejo del amor, la pasión, y el tesón, pero sobre todo, veía la capacidad de lucha para dejar el pasado atrás

y construir un nuevo día—. Te quiero tanto. Tanto.

Él le tomó la mano izquierda, con la suya.

—No necesito un Norte cuando he encontrado mi brújula constante para llegar siempre a mi puerto seguro. Tú. —Ella no pudo contener las lágrimas que se deslizaron por sus mejillas. Ahora, con el embarazo, experimentaba todo con más sensibilidad—. Te amo, no solo porque eres la mujer más inteligente y sexy que conozco, sino porque cuando estoy contigo siento ganas de ser un hombre mejor... Sé que te he lastimado, y que quizá no te merezca, pero te prometo que trabajaré cada día por intentar ser digno de ti.

—Jake Weston, por supuesto que eres digno de mí —susurró con alegría—, yo te amo y eso no va a cambiar.

Él la miró con solemnidad.

—Colette Kessler, quisiera tener el honor de casarme contigo. ¿Aceptas ser mi esposa?

Ella sonrió.

—¿Esa preciosa sonrisa es un *sí*? —preguntó igual de sonriente.

Ella asintió, y Jake deslizó el anillo en su dedo, sintiéndose exultante.

—Es un gran *sí* —susurró con emoción, antes de que ambos se perdieran en un largo y tierno beso. Un beso que marcaba la promesa del inicio de una vida juntos.

Epílogo

La ceremonia fue un poco atípica, porque a la novia la entregaron dos padres. Phillip, que iba de un lado, y Bob, que iba del otro. Pero Jake solo estaba pendiente de la hermosísima y resplandeciente mujer que había cambiado su vida para siempre.

Jake y Colette pronunciaron sus votos y promesas, ante sus familiares y amigos más íntimos. Kate fue la dama de honor. Brad, el niño que llevaba los anillos, quien por cierto, desde que conoció a Colette, no dejaba de decir que era su tía favorita. Los padrinos de Jake fueron sus mejores amigos, Rexford y Cesare; ambos le comentaron entre risas a Jake, que le deseaban felicidad, pero que a ellos jamás se les ocurriría echar a perder la diversión de la soltería, con el matrimonio.

Por otra parte, Page le aseguró a su hijo que Colette era la chica perfecta para él. Jake no iba a discutirsele, porque era cierto, aunque seguramente la opinión de su madre tenía también que ver con que la hubiera escuchado a Colie reprendiéndolo por sugerir fugarse a Las Vegas y casarse más rápido, para no pasar por todos los preparativos.

La exclusiva del matrimonio para la prensa se la dieron a Katty Williams, la periodista amiga de Jake, que jamás lo había publicado noticias falsas para conseguir un titular. Colette estuvo de acuerdo, después de todo pronto estaría también trabajando como *freelance* para *Los Ángeles Times*, además de enviar artículos para *Trendy*, y empezar la promoción de su novela de detectives.

Jake y Colette decidieron reducir al máximo la lista de invitados. No fue nada fácil, pues ambos tenían muchísimos conocidos.

Los ciento veinte invitados, entre los que se encontraban Gordon, Damon y su novia, Theodore, Patrick Lombardo, el staff de Radio Costa Azul y varias estrellas del tenis, se congregaron alrededor de la pista, cuando inició la música de la banda en vivo, para ver a los novios iniciar el tradicional vals. La recepción se celebraba en un salón del hotel más lujoso de Beverly Hills.

Jake sonrió cuando su flamante esposa, luego de cambiar su largo y vaporoso vestido de novia por uno más fácil de llevar, caminó hacia él. Los meses de embarazo habían otorgado un brillo especial a los ojos de Colie, y él se maravillaba constantemente por los cambios que iba descubriendo en el voluptuoso cuerpo femenino. Por el bebé de ambos. Un bebé por el que estaba inmensamente agradecido.

Colie lucía con elegancia el vestido que estaba diseñado —al igual que lo estuvo el traje de novia— para ocultar la discreta pancita. Colette parecía un ángel tentador. *Su ángel tentador*, pensó Jake posesivamente.

—Señora Weston —le dijo con sensualidad tomándola de la cintura, y apegándola contra él, para bailar. No le importaba nadie más que no fuera ella—. ¿Le he comentado lo honrado que me siento de que sea mi esposa?

Colette le sonrió con amor. Su vida era maravillosa. Cuando regresaron de Nueva York, en donde permanecieron dos semanas más, hablando, profundizando en las emociones de cada uno y limando cualquier mal entendido del pasado, ella retomó más activamente las relaciones con su familia en Orange County. Si ella iba a empezar una nueva etapa, no podía hacerlo arrastrando resentimientos. Greta y Phillip se mostraron emocionados cuando llevó a Jake para presentárselos como su prometido.

Gert y Bob también estuvieron felices por su matrimonio y el bebé en camino. La primera vez que ella llamó papá a Bob, vio brillar las lágrimas en aquel hombre que durante tantos años se había convertido en su solaz y un punto fundamental de apoyo y consejos. Guardarle rencor no tenía sentido. Lo quería con todo su corazón, y deseaba más que nada que tanto él como sus padres, los Kessler, y sus hermanas, Moira y Lizzie, estuvieran durante las diferentes etapas de la vida de su bebé.

La más entusiasmada por su enlace fue sin duda Kate, quien se encargó de la coordinación de los más mínimos detalles, para darle tiempo de redecorar la casa de Jake en Santa Mónica. No podía continuar siendo una mansión de soltero, menos aún cuando en el pack matrimonial iba incluida una beba. Sí. Iba a ser madre de una preciosa niña.

—No, mi amor, pero me encanta escuchártelo decir —replicó moviéndose con suavidad y mirándolo con dulzura. «Ella solía mirarlo de aquella manera que hacía que se sintiera el hombre más afortunado del planeta», pensó Jake—. ¿Estaremos de acuerdo finalmente para el sitio en donde pasaremos la Luna de Miel?

—¿Australia o Tailandia, verdad? —preguntó bromeando.

Colette rio. Las dos opciones anteriores habían sido Grecia o Italia. Y antes de esas, Hungría o Irlanda del Norte.

—Creo que me he decidido por Las Maldivas —expresó bromista—. ¡Ups! De hecho, nuestra hija acaba de darme una patadita. —Jake la miró con emoción y, sin dejar de moverse, le colocó la mano sobre el vientre que había crecido ligeramente, pero no lo suficiente para que quienes ignoraban su estado, lo notasen—. Así que estamos decididos. Los Weston vamos a Las Maldivas. ¿Te gusta la idea, Jake?

Dieron una vuelta, y él aprovechó para darle un beso apasionado, sin importarle sus invitados. Unos invitados que vitorearon y aplaudieron. Colette se sonrojó.

—Cariño, yo no necesito estar en ningún lugar en particular para sentirme feliz. Te tengo a ti —deslizó la mano de la cintura, hacia la pancita de nuevo—, y a nuestra hija. Eso es suficiente para mí.

—Jake...—susurró con una resplandeciente sonrisa, antes de apoyar la mejilla en el hombro de su esposo.

En un lado de la pista, Kate se reía por una broma de un amigo que había aceptado ser su pareja

para el matrimonio de Colette. John era gay y le hizo prometer, a cambio de acompañarla, que no le contaría a su novio sobre la fiesta de los Weston, puesto que Jenk era celoso también con las chicas. Así que con esa promesa, allí estaban, divirtiéndose a lo grande.

Vestida con un precioso traje de Vera Wang, rojo y strapples, Kate se movía al ritmo de la música. Cuando Colette había lanzado el ramo de novia, ella estuvo a un pelín de que cayera en sus manos, pero se lo llevó una chica que horas atrás había conocido; se llamaba Charlotte y era tenista. La muchacha había mirado incrédula el ramo, sin embargo, lo que le pareció curioso fue que Rexford Sissley se puso como un basilisco cuando la chica salió a bailar con uno de los invitados. Kate no se quedó muy pendiente de lo que ocurría entre ese par, porque la verdad no era su asunto.

Los pies le dolían, pues llevaba de un lado a otro desde la ceremonia para que todo saliera perfecto, y bailando, desde las diez de la noche. Se quitó los zapatos. Los flamantes esposos ya se habían retirado, y el reloj marcaba las dos de la madrugada.

Kate se lo estaba pasando fenomenal. Empezó a dar saltitos al ritmo de la música de David Guetta, pero dio un paso en falso y estuvo a punto de caer hacia atrás. John parecía perdido en sus propios movimientos, y apenas reparaba en ella, salvo para hacer algún comentario que la hacía reír.

Estaba a punto de caer, cuando de pronto un par de manos firmes la sostuvieron de la cintura, evitándole un mal rato. Y un moretón de seguro.

Se giró para dar las gracias, y se le atoraron las palabras. David Guetta definitivamente dejó de cantar y la pista con sus ocupantes se difuminaron de repente. «Madre mía», pensó pasándose la lengua sobre los labios, al ver el hombre que estaba frente a ella. Creía que solo estaba escuchando las precipitadas palpitaciones de su corazón. ¿O eran las de ambos? «Respira, vamos. Respira.»

—Hola —expresó él con voz aterciopelada. Parecía un ronroneo. «Un peligroso ronroneo», pensó ella—. Al parecer nos volvemos a encontrar. La dama de honor de Colette. Kate, ¿verdad?

El vello de la nuca se le erizó, e inexplicablemente su cuerpo tembló. Ese hombre emanaba riesgo y dosis indiscriminadas de testosterona. Lo mejor sería alejarse, como ya lo había hecho en aquel partido de tenis... y durante toda la fiesta de Colette. «Aléjate de él. Hazlo. Ahora.» Sus pies no se movieron.

Kate asintió. Él aún tenía las manos en su cintura. Sentía la piel quemándole. No quería que la tocara. Que nadie la tocara. Se alejó abruptamente. Él frunció el ceño, desconcertado por esa reacción tan ajena en las mujeres hacia su persona.

—Yo... —se aclaró la garganta—, gracias por haber evitado que me cayera, Cesare...

Él asintió, y luego sonrió.

«Ay no, no, ¿cómo le permitían sonreír a ese hombre? ¿Algún policía dispuesto a llevárselo? ¿Alguien?», gimió para sí misma. Temía estar cometiendo un grave error al continuar hablando con él. Cesare Ferlazzo era el tipo de hombre que ella tenía que evitar: atractivo, con voz seductora y vestido tan elegantemente que parecía salido de una revista de moda masculina. Ni siquiera se atrevía a pensar en su físico, porque eso sí sería un suicidio para sus sistema nervioso.

La experiencia le había enseñado que los hombres tendían a confundir las señales. Ella ya había pasado por...

—Tu acompañante se ha ido. Así que, ¿bailamos? —preguntó extendiéndole la mano e interrumpiendo sus cavilaciones.

«Ni loca que estuviera», pensó Kate. Aunque le pareció bastante curioso escucharse responder otra cosa.

—Sí...

Sobre la autora

Kristel Ralston es una escritora del género romántico y ávida lectora a quien le apasionan las historias detrás de los palacios y castillos de Europa. Le gustaba su profesión como periodista, pero decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al *viejo continente* para estudiar un máster en Relaciones Públicas.

Durante su estancia en Europa leyó varias novelas románticas que la cautivaron, e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal, ni en su agenda semanal, faltan libros de este género literario.

La autora fue finalista del concurso de novela romántica *Leer y Leer 2013*, organizado por Editorial Vestales de Argentina y el blog literario *Escribe Romántica*, de este último ahora es coadministradora. Otras novelas publicadas por Kristel Ralston son: *Bajo tus condiciones*, *Desafiando al Corazón*, *Un Capricho del Destino*, *Un orgullo tonto*, *Más allá del ocaso*, y el relato corto, *Cálido Invierno*.

Kristel vive actualmente en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. En su tiempo libre se dedica a escribir novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Encuentra más sobre la autora visitando su blog:

www.kristelralston.com

Puedes escribirle a contacts@kristelralston.com y seguirla en Twitter [@KristelRalston](https://twitter.com/KristelRalston) o

www.facebook.com/kristel.ralston